

TÍTULO: EL COMITÉ DE LA MUERTE
AÑO: 1969
AUTOR: NOAH GORDON
TRADUCCIÓN: JESÙS PARDO



AGRADECIMIENTOS.

Muchas personas se han mostrado amables conmigo durante el tiempo que pasé escribiendo este libro.

Los médicos que tuvieron la paciencia de aguantar mis interminables preguntas y me dieron tanta información y tanto estímulo no pueden ser considerados, en modo alguno, responsables de mis opiniones ni de los errores que pueden encontrarse en mi obra. Siempre han merecido mi respeto; ahora tienen también mi gratitud.

Quiero dar aquí las gracias a Andrew P. Sackett, doctor en medicina, presidente de la Junta directiva del Departamento de Hospitales y Salud Pública de Boston, y a James V. Sacchetti, doctor en medicina, vicepresidente en la misma Junta, por permitirme entrar en el Hospital de Boston en calidad de técnico quirúrgico voluntario; a la señorita Mary Lawless, enfermera profesional, supervisora de la Sala de Operaciones del Hospital de Boston, por enseñarme a conducirme debidamente en dicha Sala; y al señor Samuel Slattery, empleado médico de la Sala de Operaciones, gracias al cual de esta experiencia mía guardaré un memorable recuerdo.

En respuesta a la pregunta que se me hará inevitablemente, diré que el Hospital General del condado de Suffolk es un producto de mi imaginación y no imitación de ningún hospital del mundo, como tampoco el Colegio Médico mencionado en esta novela ha sido trasunto de ningún otro.

Estoy agradecido a Lawrence T. Geoghegan, doctor en medicina, ex jefe de los cirujanos del Hospital de Boston, por permitirme seguir a sus subordinados en sus visitas de la tarde, y, por el mismo favor, doy las gracias también a Mayer Katz, doctor en medicina, que sucedió al doctor Geoghegan como jefe residente de los cirujanos cuando éste fue a Vietnam, a donde también el doctor Katz le siguió más tarde.

Por permitirme asistir a las conferencias sobre mortalidad en sus respectivos hospitales, estoy agradecido a Paul Russell, doctor en medicina, director de Cirugía de Transplante del Hospital General de Massachusetts; a Samuel Proger, doctor en medicina, jefe de médicos de los hospitales del Centro Médico de Nueva Inglaterra; y a Ralph A. Deterling Jr., doctor en medicina, cirujano jefe de los hospitales del Centro Médico de Nueva Inglaterra y director del Primer Servicio de cirugía del Hospital de Boston.

Como fueron tantos los que me ayudaron, y dado que mis notas y mi memoria son imperfectas, quiero pedir perdón a aquellos cuyo nombre debiera ser mencionado en esta página y no lo ha sido.

Richard Ford, doctor en medicina, examinador médico del condado de Suffolk, que hace largo tiempo, con tacto y sensibilidad, mostrò a un joven periodista una autopsia por primera vez, me permitió màs tarde asistir junto a èl a otras, y, a lo largo de los años, se mostrò conmigo un asesor paciente y hábil.

Mi agradecimiento especial a Jack Matloff, doctor en medicina, y a John Merrill, doctor en medicina, que me dispensaron generalmente su tiempo y sus conocimientos y que junto con Susan Rako, doctora en medicina, tuvieron, además, la amabilidad de leer mi manuscrito.

Por su ayuda en la preparación de este manuscrito quiero dar las gracias a la señora Ernest Lamb; por su ayuda en general, a la señorita Lise Ann Gordon, y, por su cooperación y cortesía, al personal de las bibliotecas pùblicas de Framingham, la biblioteca del colegio estatal de Framingham, la biblioteca mèdica de Boston, y la biblioteca Francis A. Countway de medicina.

Por su constante e incondicional ayuda y valiosas sugerencias quiero dar las gracias a mi agente literario, la señorita Patricia Schartle, y a mi supervisor literario, el señor William Goyen. Gracias a ellos y a Lorraine Gordon, pudo escribirse este libro.

NOAH GORDON

1966-1968

Una persona

Da dinero

Al mèdico.

Quizá

Se cure.

Quizá

No se cure.

El Talmud

Tratado Kezobot: 105

Un residente

Entra por un extremo

De un túnel,

Algo ocurre
En su interior
Y
Gradualmente,
Al cabo de
Seis o siete
Años màs,
Vuelve a salir
Convertido en cirujano.

Medical World News
16 de junio de 1967

PRÒLOGO

Cuando Spurgeon Robinson había pasado treinta y seis horas en ambulancias y otras treinta y seis descansando, sin parar, durante tres semanas, el conductor, Meyerson, ya le había puesto nervioso desde hacía tiempo, y se sentía como aturdido por tanta sangre y desconcertado por los traumas. Su trabajo no le gustaba en absoluto. A veces conseguía escapar de la realidad con ayuda de la imaginación, y esta vez había conseguido convencerse a sí mismo de que no estaba en una ambulancia, sino nada menos que en una nave espacial. Tampoco èl era interno del hospital, sino el primer negro en òrbita. El quejido de la sirena era la estrella del cohete, convertida en sonido. Pero Maish Meyerson, el muy patàn, rehusaba cooperar haciendo de copiloto.

-Wehr fahrbrent –gruñò al conductor de un terco Chrysler descapotable haciendo a la ambulancia dar una vuelta en torno a èl.

En una ciudad como Nueva York podrían perderse buscando el edificio en construcción a donde habían sido llamados, pero en Boston no había todavía muchos edificios realmente altos. A causa de la pintura roja que cubrìa el desnudo acero, la estructura esquelética apuñalaba el cielo gris como un dedo ensangrentado.

Parecía llamarles la misma escena del accidente. Spurgeon cerrò de golpe la portezuela en el momento en que cesò el quejido de la sirena. Mientras, un grupo de hombres rodeaban a la figura yacente.

Se agachò. La mitad intacta de la cabeza le dijo que el paciente era un hombre joven. Un levísimo goteo le caìa del carnosó lóbulo de la oreja.

-A alguien se le cayò una tuerca desde el tercer piso –dijo un sujeto tripudo, el capataz, en respuesta a una pregunta no hecha.

Spurgeon separò con los dedos el pelo apelmazado y bajo la carne lacerada se movió un fragmento de hueso, suelto y cortante como una càscara de huevo rota. Era probablemente fluido cerebroespinal lo que goteaba de la oreja, pensó. Resultaba inútil hacer nada allí, con el pobre hombre tendido en el suelo, por lo que se limitò a coger un trozo de gasa esterilizada y aplicarlo sobre la herida, donde enseguida enrojeció.

La bragueta del caído estaba abierta, con el pene al descubierto. El capataz tripudo se dio cuenta de la mirada de Spurgeon.

-Estaba orinando –dijo.

Spurgeon se imaginò la escena. El trabajador aliviando apremiantemente su vejiga y sintiéndose màs y màs satisfecho al bautizar el edificio mismo que estaba ayudando a levantar; la tuerca, entretanto, cayendo, cayendo, con certera puntería, como si Dios estuviera irritado por aquellos pequeños y sucios actos humanos.

El capataz mordisqueò su puro sin encender y mirò al herido.

-Se llama Paul Connors. No hago màs que decirle a estos imbéciles que se pongan el casco metàlico. ¿Cree usted que morirà?

-Aùn no se puede decir –respondió Spurgeon.

Abrió un pàrpado cerrado y vio que la pupila estaba dilatada. El pulso era muy irregular.

El gordo capataz le mirò con recelo.

-¿Es usted mèdico?

¿Negro?

-Sì.

-¿Va a darle algo para aliviar el dolor?

-No siente dolor.

Ayudò a Maish a sacar la camilla y en ella depositaron a Paul Connors, luego le metieron en la ambulancia.

-¡Eh! –gritó el capataz mientras Spurgeon cerraba la portezuela-. ¡Voy con ustedes!

-Es antirreglamentario –mintió Spurgeon.

-Lo he hecho en otras ocasiones –dijo el otro, indeciso-. ¿De què hospital son ustedes?

-Del Hospital General del Condado.

Tirò de la portezuela, que se cerrò de golpe. En el asiento delantero, Meyerson puso el motor en marcha. La ambulancia se estremeció y arrancò. El paciente jadeaba de manera anhelante y suave, y Spurgeon le puso en la boca un tubo de aire otofaríngeo de goma negra de modo que la lengua no lo obstruyese, y conectò acto seguido el respirador. Puso la màscara en el rostro del paciente y la presión positiva de oxígeno comenzó a penetrar en golpes rápidos y breves, haciendo un ruido como el de un niño pequeño que eructa. La sirena emitió un leve quejido y de nuevo estallò la gruesa y espesa cinta de sonido electrónico. Los neumáticos de la ambulancia raspaban sonoramente el pavimento.

Spurgeon se puso a pensar en cómo se podría orquestar musicalmente el incidente. Tambores, cuernos, flautas. Se podrían usar todos los instrumentos.

“Casi todo”, pensó ajustando el flujo del oxígeno.

Sólo que sin violines.

Dormitando, con la cabeza sepultada entre los brazos, Adam Silverstone estaba apoyado contra la dura superficie del escritorio de la oficina del médico adjunto y soñaba que su cama era de hojas secas y crujientemente curvas, resultado de largas acumulaciones otoñales pasadas, en que había yacido en otros tiempos, de muchacho, con la mirada fija en un tranquilo estanque, en pleno bosque. Aquello había sido a finales de la primavera del año en que cumplió catorce, mal año para él, porque su padre había cogido por entonces la costumbre de responder a las indignadas maldiciones italianas de su abuela con beodos insultos en yiddish de invención propia. Él, para huir de Myron Silberstein tanto como de la vieja vecchia, había salido un buen día a la carretera, y andado durante tres horas, sin destino, parando coches con la mano, alejándose el humo y el polvo de Pittsburgh y de todo cuanto representaba, hasta que un motorista le dejó junto a la carretera, en un trecho flanqueado por un bosque a ambos lados. Más tarde, había intentado media docena de veces encontrar de nuevo aquel lugar, pero jamás consiguió recordar el sitio exacto, o quizá fuese que cuando él volvió el bosque ya había sido violado por un tractor y engendrado casas. No es que el sitio tuviera nada de particular; el bosque era ralo y con muchos claros, lleno de árboles caídos, el insignificante arroyo nunca había visto una trucha, y el estanque no pasaba de ser un charco hondo y límpido. Pero el agua estaba fresca y relucía al sol. Adam se había echado al borde mismo, sobre las hojas, husmeando los olores del frío moho del bosque y comenzando a sentir hambre, consciente de que pronto tendría que volver por donde había venido, parando coches, pero indiferente a todo, echado y mirando los pequeños insectos que proliferaban por el agua. ¿Qué había experimentado en esa media hora hasta que la insistente humedad primaveral le llegó a través de las hojas secas obligándole a abandonar aquel sitio, temblando, para pasarse el resto de su vida soñando con él?

Era la paz, había pensado, años más tarde.

La paz, ahora turbada por el teléfono, que él, aún adormilado, se llevó al oído.

-¿Adam? Soy Spurgeon.

-Ya –respondió, bostezando.

-Es posible que tengamos un donador de riñones, amigo.

Estaba comenzando a despertarse.

-¿Sí?

-Acabo de traer a un paciente. Fractura grave, en el cráneo, con grave lesión cerebral.

En este momento, Meomartino está ayudando a Harold Poole en la neurocirugía. Me dijo que te llamara para decirte que el ECG no acusaba actividad eléctrica en absoluto.

Ya estaba totalmente despierto.

-¿Qué tipo de sangre tiene el paciente? –preguntò.

-AB.

-La de Susan Garland también es AB. O sea, que sus riñones nos llevan a Susan Garland.

-Ah, Meomartino dice que te diga que la madre del paciente està en la sala de espera. Se apellida Connors.

-¡Al diablo!

La tarea de conseguir permiso legal para trasplantes le correspondìa al mètico adjunto y al jefe de servicio de cirugía. Adam había notado que Meomartino, el encargado, tenía cosas urgentes que hacer siempre que había que lidiar con parientes de moribundos.

-Ya voy –dijo.

La señora Connors estaba con el cura de la parroquia, apenas preocupada por el hecho de que su hijo no hubiera recibido la extremaunción. Era una mujer agotada por la vida.

-No me diga esas cosas –dijo , con los ojos muy abiertos, como si pudiese convencerle a èl de que estaba en un error-. No puede ser –insistiò-, no puede estar muriéndose mi Paullie.

Técnicamente tenía razón –pensò Adam- porque para entonces, a efectos pràcticos, su hijo estaba ya muerto. La Compañia Edison, de Boston, le ayudaba a seguir respirando. En cuanto le desconectarán el respirador eléctrico tardarìa veinte minutos en morir definitivamente.

Nunca se las arreglaba para decirles que lo sentía, le parecía inadecuado.

La mujer comenzó a llorar desconsoladamente.

Adam esperò el largo intervalo que transcurrió hasta que hubo recobrado cierto control de sí misma, y luego, con la mayor suavidad posible, le expuso el caso de Susan Garland.

-¿Comprende lo que le digo de la muchachita? Tambièn ella morirà si no le damos el riñòn de otra persona.

-¡Pobre! –exclamò ella.

No aclaraba si se referìa a su hijo o a la chica.

-¿Entonces nos firma el permiso?

-Ya està bastante destrozado el pobre, pero si así se salva el hijo de otra madre...

-Eso esperamos –dijo Adam.

Conseguido el permiso, le dio las gracias y se fue corriendo.

-Nuestro señor dio su cuerpo por usted y por mì –oyò decir al cura mientras se alejaba-, y también por Paul, desde luego.

-Yo nunca dije que fuera la Virgen Marìa, padre –dijo la mujer.

Deprimido, sentía que le reanimarìa algo ver el reverso de la medalla.

En la habitación 308, Bonita Garland, la madre de Susan, estaba sentada en una silla haciendo calceta. Como de costumbre, cuando la muchacha recostada le vio acercarse se arropò hasta el cuello, tapándose los pechos, pequeños y cubiertos ya por el camisón, con un ademán que él fingió no notar. La muchacha estaba reclinada sobre dos almohadas, leyendo Mad, lo que en cierto modo le aliviò. Semanas antes, durante una larga noche insomne, cuando Susan estaba uncida a la ruidosa màquina dialítica que periódicamente liberaba su sangre de los venenos que se le acumulaban a causa de un riñòn enfermo, Adam la había visto hojear Seventeen y le había tomado el pelo por leer tal revista cuando apenas había cumplido los catorce.

-Quería cerciorarme de que llegarè a cumplirlos –dijo ella, volviendo una página.

Ahora, portador de buenas noticias, Adam se detuvo a los pies de la cama.

-Hola, bonita –la saludò.

La muchacha ahora estaba interesada en conjuntos musicales ingleses, afición en la que Adam se prostituìa a sÌ mismo sin el menor escrúpulo.

-Conozco a una chica –prosiguió- que dice que me parezco a un sujeto que siempre aparece fotografiado en la portada de esa revista. ¿Còmo se llama?

-Alfred E. Neumann, ¿no?

-Sì, eso.

-Pero tÙ eres mucho màs guapo.

Ladeò la cabeza para mirarle, y èl vio que tenía círculos oscuros que daban màs profundidad a sus ojos y que su rostro estaba màs delgado, con surcos de dolor en torno a la nariz. La primera vez que había visto aquel rostro era vibrante y pícaro. Pero ahora, aunque las pecas contrastaban fuertemente con la piel amarillenta, aquel rostro prometìa gran belleza adulta.

-Gracias –dijo-, es mejor que tengas cuidado y no me piropees. A lo mejor viene Howard y me pega.

Howard era su novio. Los padres de ambos les tenían prohibido formalizar el noviazgo, le había confiado a Adam una noche, pero ellos lo habían formalizado por sÌ y ante sÌ. A veces, Susan le leìa fragmentos de las cartas de Howard.

Adam se daba cuenta de que estaba tratando de darle celos con Howard, y esto le conmovía y le halagaba.

-Viene a verme este fin de semana.

-¿Por què no le dices que venga el fin de semana siguiente?

La muchacha le mirò, alerta, con el recelo instintivo e invisible del enfermo crònico.

-¿Por què?

-Pues porque podrías darle buenas noticias. Te hemos encontrado un riñòn.

-¡Dios mío!

Los ojos de Bonita Garland exultaban. Dejó la labor y se puso a mirar a su hija.

-No lo quiero –dijo Susan.

Sus dedos finos doblaron las cubiertas de la revista.

-¿Por qué no? –preguntò Adam.

-No sabes lo que estàs diciendo, Susan –dijo su madre-, con la de tiempo que llevamos esperando esto.

-Me he acostumbrado a las cosas como son ahora. Sè lo que puedo esperar.

-No, no lo sabes –protestò Adam con suavidad. Apartò las manos de la muchacha de la revista y las cogió entre las suyas-. Si no te operamos, empeoraràs. Empeoraràs mucho. Después de que estès operada las cosas iràn mucho mejor. Ya no tendràs dolores de cabeza. No tendràs que pasar las noches enganchada a esa condenada màquina. Después de algùn tiempo podràs volver al colegio. Podràs ir a los bailes con Howard.

Ella cerrò los ojos.

-¿Me prometes que no me pasará nada?

¡Santo Dios! Adam vio a su madre sonreír con dolorosa comprensión, hacerle un ademàn.

-Naturalmente –dijo èl.

Bonita Garland se acercò a su hija y la cogió en sus brazos.

-Cariño, todo irà de maravilla. Ya veràs.

-Mamà...

Bonita apretò la cabeza de su hija contra su pecho y se puso a acunarla.

-Susan, guapa –dijo-, ¡Dios mío, y què suerte tenemos!

-Mamà, estoy asustada.

-No seas tonta. Ya has oído al doctor Silverstone. Te ha dado su palabra.

Adam salió de la estancia y fue escaleras abajo. Ninguna de las dos había preguntado quièn era el donante. Se dijo que la próxima vez que las viera estarían avergonzadas por eso.

Fuera, en la calle, àun había tràfico, pero menos. El aire soplaba del mar y se cernía sobre la zona màs sucia de la ciudad, llevando consigo una rica mezcla de olores, en su mayor parte desagradables. Adam sentía ganas de nadar o de hacer el amor prolongadamente, de dedicarse a cualquier actividad física que requiriera gran energía, algo que aliviara el peso que le impulsaba hacia el asfalto. Si no fuera porque era hijo de un borracho se habría metido en cualquier bar, pero lo que hizo fue cruzar la calle y entrar en Maxie`s, donde se tomò un guiso de almejas en lata y dos tazas de café. Nada hubiera podido dar sabor al guiso, y el café sabía a beso de chica fea, nada del otro jueves, pero confortante.

El jefe del Servicio de Cirugía, Meomartino, había establecido las líneas de comunicación entre la sala de operaciones y el pariente màs cercano del donante. Realmente había que reconocer que el sistema funcionaba bien, se dijo Adam Silverstone con desgana, al tiempo que se limpiaba las uñas.

El cirujano Robinson estaba apostado a la puerta de la sala de operaciones número tres.

Arriba, en el despacho quirúrgico del primer piso, otro interno llamado Jack Moylan esperaba con la señora Connors. En el bolsillo de Moylan había un papel que daba permiso para la autopsia. Él se sentó con el auricular del teléfono pegado a la oreja, escuchando a ver si venía algún ruido por la línea silenciosa. Al otro extremo del hilo un residente de primer curso llamado Mike Schneider estaba sentado ante una mesa, en el pasillo, junto a la entrada de la sala de operaciones.

A tres metros de distancia de donde Spurgeon estaba vigilando y esperando, Paul Connors yacía sobre una mesa. Hacía más de veinticuatro horas que había ingresado en el hospital, pero el respirador todavía respiraba por él. Meomartino ya le había preparado, colocándole una hoja de plástico esterilizado sobre la zona abdominal.

Junto a él, el doctor Kender, segundo jefe de cirugía, hablaba en voz baja con el doctor Arthur Williamson, del Departamento de Medicina.

Al mismo tiempo, en la sala de operaciones contigua, la número cuatro, Adam Silverstone, ya reluciente de limpio y envuelto en un batín blanco, se dirigía hacia la mesa de operaciones en que yacía Susan Garland. La muchacha, tranquilizada con calmantes, le miraba adormilada, incapaz de reconocer su rostro, cubierto con la máscara quirúrgica.

-Hola, guapa –dijo él.

-Ah, eres tú.

-¿Cómo te encuentras?

-Todo el mundo envuelto en sábanas. ¡Qué raro parece!

La muchacha sonrió y cerró los ojos.

A las siete cincuenta y cinco, en la sala de operaciones número tres, el doctor Kender y el doctor Williamson pusieron los electrodos de un electroencefalógrafo en el cráneo de Paul Connors.

Como la noche anterior, la aguja del ECG trazó una línea recta sobre el papel, confirmando que la mente de Connors no estaba viva. Dos veces en veinticuatro horas había registrado ausencia de actividad eléctrica en el cerebro del paciente. Sus pupilas estaban muy dilatadas y tampoco se encontraron reflejos periféricos.

A las siete cincuenta y nueve, el doctor Kender desconectó el respirador. Casi inmediatamente Paul Connors dejó de respirar.

A las ocho y dieciséis, el doctor Williamson comprobó el pulso del paciente y, al no percibirlo, le declaró muerto.

Inmediatamente el cirujano Spurgeon Robinson abrió la puerta que daba al pasillo.

-En este mismo momento –comunicó a Mike Schneider.

-Muerto –dijo Schneider al teléfono.

Aguardaron un momento. Schneider escuchó atentamente un momento y luego se apartó del teléfono.

-Lo firmò.

Spurgeon volvió a la sala de operaciones número tres e hizo a Meomartino un ademàn de asentimiento. Mientras el doctor Kender observaba, el jefe del servicio de cirugía cogió un escalpelo e hizo una incisión transversal que le iba a permitir extraer el riñòn al cadáver.

Meomartino trabajaba con gran esmero. Se dio cuenta de que su nefrectomía era limpia y certera porque el doctor Kender le sonreía en aprobador silencio. Estaba acostumbrado a operar siendo observado por los ojos de los expertos veteranos, los cuales nunca le ponían nervioso.

A pesar de todo su aplomo, vacilò un instante al levantar la vista y ver al doctor Longwood sentado en la galería.

¿Era la sombra? ¿O sería que, viéndole observarle, le pareció descubrir bajo los ojos del viejo los indicios oscuros y fofos del envenenamiento urémico?

El doctor Kender carraspeò y Meomartino volvió a inclinarse sobre el cadáver.

Tardò dieciséis minutos en extraer el riñòn, que la pareció en buen estado, con una sola arteria definida. Mientras buscaba en el abdomen con los dedos enguantados para cerciorarse de que no había ningún tumor oculto, el equipo de comunicaciones, cuyos miembros estaba ahora bien lavados y dispuestos a empezar el trabajo, se hizo cargo del riñòn liberado y lo uncieron a un sistema de perfusión que inyectò en el òrgano fluidos frìos como el hielo.

Ante sus ojos, la gran alubia roja de carne se blanqueò al quedarse sin sangre, y el frìo la encogió.

En una bandeja, llevaron el riñòn a la sala de operaciones número cuatro. Adam Silverstone hizo de ayudante al doctor Kender, que lo transplantò al cuerpo de la muchacha y extrajo luego los dos riñones destrozados y arrugados, que llevaban mucho tiempo sin funcionar. Al soltar uno de ellos de los fórceps, dejándolo caer en la toalla, Adam se dio cuenta de nuevo de que ahora la única esperanza de vida de Susan Garland era la arteria que encauzaba su flujo sanguíneo al riñòn de Paul Connors. El òrgano transplantado esta ya sonrosándose saludablemente, reanimado por el flujo de la sangre de la joven.

Menos de media hora después de comenzar las operaciones de transplante, Adam cerrò la incisión abdominal. Ayudò al asistente a transportar a Susan a la estancia esterilizada donde se restablecerìa y, por lo tanto, fue el último que entrò en el cuarto de los cirujanos bisoños. Robinson y Schneider ya se habían quitado la ropa verde de la sala de operaciones y, nuevamente de blanco, habían vuelto a la sala del hospital. Meomartino estaba en ropa interior.

-Parece que salió bien –dijo Meomartino.

Adam cruzò los dedos en ademàn de esperanza.

-¿Viste a Longwood?

-No. ¿Estaba allí el viejo?

Meomartino asintió.

Adam abrió el armario metálico que contenía su ropa blanca y comenzó a quitarse las botas negras antiestáticas de la sala de operaciones.

-No sé, la verdad, por qué querría verlo –dijo Meomartino al cabo de un momento.

-Uno de estos días tendremos que darle a él también un riñón. Si tenemos la suerte de encontrar un donante con sangre B negativa.

-Pues no va a ser fácil. Los B negativos son raros.

Adam se encogió de hombros.

-Yo diría que el próximo trasplante se hará a la señora Bergstrom –comentó.

-No estás tan seguro.

Una de las cosas más irritantes de la amistad que unía al médico adjunto y al jefe de servicio era que cuando uno de ambos recibía información que aún no había llegado a oídos del otro, el afortunado encontraba difícil resistir a la tentación de dar la impresión de que Dios mismo le contaba todos los secretos. Adam arrolló las prendas verdes, y las tiró al cesto de la ropa sucia, que estaba lleno, en un rincón.

-¿Y qué demonios quieres decir con eso? La señora Bergstrom recibirá el riñón de su hermana gemela, ¿no es eso?

-Es que su hermana no está muy segura de que sea su deber dárselo.

-¡Vaya por Dios!

Sacó las prendas blancas del armario y se puso los pantalones, que le parecieron sucios.

Se dijo que al día siguiente tendría que conseguir otros nuevos.

Cuando salió Meomartino, Adam ya estaba atándose los cordones de los zapatos. Le apetecía un cigarrillo, pero el pequeño monstruo electrónico que tenía en el bolsillo de la solapa resonó con un suave gruñido, y cuando telefoneó a ver qué pasaba se enteró de que el padre de Susan le estaba esperando, de modo que fue inmediatamente a verle.

Arthur Garland estaba entrando en los cuarenta, pero ya se le notaba gordo, con ojos azules inseguros y el pelo, ralo, de un castaño rojizo.

Era representante de artículos de cuero, le pareció recordar a Adam.

-No quería irme sin hablar con usted.

-Yo soy aquí uno de tantos. Sería mejor que hablara con el doctor Kender.

-Acabo de hablar con el doctor Kender. Me dijo que había ido todo lo bien que cabía esperar.

Adam asintió.

-Bonnie, mi mujer, insistió en que le viera a usted. Me dijo que había sido muy comprensivo. Quería darle las gracias.

-No es necesario. ¿Cómo está su esposa?

-La mandè a casa. Esto ha sido muy duro para ella, y el doctor Kender dice que no podrá ver a Susan hasta dentro de un par de días.

-Cuanto menos contacto tenga ahora con la gente, incluso con la gente querida, tanto menos probable es que coja alguna infección. Los medicamentos que estamos usando para impedir que su cuerpo rechace el nuevo riñòn debilitan también su resistencia física.

-Comprendo –dijo Garland-. Dígame, doctor Silverstone, ¿le parece a usted que todo va bien?

Adam estaba seguro de que Garland ya había hecho la misma pregunta al doctor Kender. Frente a un hombre que lo que necesitaba era un signo cabalístico garantizador de que todo iba de mil maravillas, Adam se dio cuenta claramente de su propia impotencia.

-La operación quirúrgica fue bien –dijo-. El riñòn era bueno y esto nos da una gran ventaja.

-¿Y què hay que hacer ahora?

-Vigilarla.

Garland asintió.

-Un pequeño obsequio como muestra de gratitud. –Sacò una cartera del bolsillo-. Es de piel de caimán, un artículo de mi empresa.

Adam se sitiò confuso.

-Di otro también al doctor Kender. No tenga la osadìa de darme las gracias. Ustedes me están devolviendo a mi hija.

Los ojos azules, acosados, se volvieron relucientes, crecieron, se desbordaron.

Avergonzado, Adam apartò la vista, fijándola en la pared.

-Señor Garland, està usted muy cansado. Si me lo permite, le recetarè un calmante y se va usted a casa.

-Sì, por favor –dijo el hombre, sonàndose las narices-. ¿Tiene usted hijos?

Adam moviò negativamente la cabeza.

-Es una experiencia que no debería usted perderse. ¿Sabìa que a Susan la adoptamos?

-Sì.

-A Bonnie le costò mucho convencerme. Cinco años. Estaba avergonzado. Pero finalmente la acogimos. Tenía seis semanas...

Garland cogió su receta, comenzó a decir algo màs, pero moviò la cabeza y se fue.

El transplante se había efectuado un viernes. El miércoles siguiente, Adam se dijo que la cosa iba ya por buen camino.

La tensión de Susan Garland era todavía alta, pero el riñòn le funcionaba como si se lo hubieran diseñado a medida.

-Nunca pensé que el corazón se me iba a parar sòlo porque alguien me pide un orinal –le dijo Bonita Garland.

Aùn pasarìa algún tiempo antes de que su hija se sintiese perfectamente.

La incisión le molestaba, y los medicamentos que habían impedido a su sistema rechazar el riñón la habían debilitado. Se sentía deprimida. Respondía con irritación a preguntas llenas de buena voluntad, y de noche lloraba. El jueves recibió la visita de Howard, y se reanimó; resultó ser un muchacho delgado y sumamente tímido.

Lo que le dio a Adam la idea fue el efecto que había producido en ella la visita de Howard.

-¿Cuál es su locutor de radio favorito?

-Me parece que J.J. Johnson –dijo su madre.

-¿Y por qué no le telefoneo y le pido que dedique a Susan algunos números en su programa del sábado por la noche? Podríamos invitar a Howard a visitarla. No podrá bailar con él ni bajarse de la cama, pero en estas circunstancias el chico podría ser un buen sustitutivo.

-Debiera usted ver a un psiquiatra –comentó la señora Garland.

-¿Una fiesta para mí sola? –exclamó Susan cuando le comentaron la idea-. Tengo que lavarme el pelo, está muy sucio.

Su estado de ánimo cambió tan radicalmente que comenzó a entusiasmarse. Silverstone encargó por teléfono un ramillete de flores y se gastó en rosas un dinero que tenía apartado para otras cosas. Luego puso en una tarjeta.

“Que te diviertas, guapa”.

El viernes, su moral era alta, pero iba bajando a medida que se acercaba la tarde. Cuando Adam llegó para la visita supo que se había quejado a la enfermera de varias cosas.

-¿Qué te duele, guapa?

-Me duele.

-¿Qué?

-Todo. El estómago.

-Era de esperar. Después de todo, has sufrido una operación muy seria.

Sabía que era fácil caer en la trampa del mimo excesivo.

Examinó la herida quirúrgica, que no tenía nada de particular.

Su pulso era un poco más rápido, pero cuando le tomó la tensión sonrió satisfecho.

-Normal. Por primera vez. ¿Te gustaron las manzanas?

-Mucho –sonrió ella.

-Ahora duérmete un poco, para que mañana por la noche lo pases bien en tu fiesta particular.

Ella asintió y Adam se marchó a toda prisa.

Seis horas más tarde, la enfermera del piso, al entrar en el cuarto de Susan con medicinas, comprobó que la muchacha había muerto, víctima de una hemorragia interna, durante la noche, mientras dormía.

-El doctor Longwood quiere que se discuta el caso Garland en la próxima reunión del Comité de la Muerte –dijo Meomartino, al día siguiente, cuando estaban los dos comiendo.

-No me parece que eso sea justo –comentò algo contrariado Adam.

Estaban sentados, con Spurgeon Robinson, en una mesa junto a la pared. Adam trataba de comer el terrible cocido que servìa el hospital los sàbados. Spurgeon comìa el suyo con apatìa, mientras Meomartino lo consumìa vorazmente.

“¿Quièn habrá inventado eso de que los ricos tienen el estòmago delicado?”, se preguntò Adam.

-¿Y por què?

-Pues porque los transplantes de riñòn están empezando ahora y son experimentales. ¿Còmo vamos a echar la culpa a nadie de una muerte asì, en un tipo de operaciones sobre el que aùn tenemos tan poco control?

-Estas operaciones no son experimentales –dijo Meomartino, tranquilo, secàndose la boca-. Están siendo realizadas en hospitales del país entero, y con éxito. Si nos empeñamos en hacer una operación clìnicamente no tenemos màs remedio que asumir la responsabilidad.

A èl le era fácil hablar asì, se dijo Adam; el único papel de Meomartino en este caso había consistido en extraer el riñòn del cadáver.

-¿Tenìa buen aspecto cuando la viste anoche? –preguntò Spurgeon Robinson.

Adam asintió y mirò hoscamente al interno. Luego se obligò a sì mismo a calmarse.

Spurgeon, al contrario que Meomartino, no tenía complejos que lidiar.

-No creo que el doctor Longwood deba presidir esta vez –dijo Robinson-; no està bien de salud y preside las Reuniones de Mortalidad como si fueran la inquisición, y èl Torquemada.

Meomartino sonriò.

-Su salud no tiene nada que ver con esto. El viejo siempre ha dirigido las reuniones de la misma manera.

En ellas era fácil acabar para siempre con las esperanzas profesionales de cualquiera, pensó Adam. Dejò el tenedor y echò hacia atrás la silla.

-Dime una cosa –dijo a Meomartino, sintiéndose con ganas de pelea-: tù eres el único en este servicio que cuando hablas del doctor Longwood le llamas el viejo. ¿No te parece poco respetuoso?

Meomartino sonriò.

-Al contrario, lo que pasa, sencillamente, es que me parece una expresión de afecto –respondiò sin alzar la voz.

Y siguió comiendo con el mismo entusiasmo de antes.

Aquella noche, antes de salir del hospital, Adam se acordó del ramillete de rosas.

-¿Flores? Sì, llegaron, doctor Silverstone –dijo la enfermera-. Las mandè llevar a casa de los Garland. Es lo que solemos hacer.

“Que te diviertas, guapa”.

Por lo menos podía haberles evitado eso, pensó.

-¿Hicimos bien, doctor?

-Sì, sì.

Subió al cuartito del sexto piso y se sentò a fumar cuatro cigarrillos seguidos, sin el menor entusiasmo. Se puso a morderse las uñas, lo que le sorprendió cuando se dio cuenta de lo que hacía, porque era una costumbre que èl creía haber abandonado hacía tiempo.

Pensó en su padre, de quien no sabía nada desde hacía algún tiempo. Iba ya a telefonarle a Pittsburgh, pero decidió, con alivio, dejarle en paz.

Al cabo de largo rato salió del cuarto y bajò las escaleras. Al salir a la calle, vio que Maxie`s estaba cerrado y a oscuras. Las farolas, como balas luminosas, abrían un camino de luz por entre la oscuridad, interrumpido algo màs allà, donde los niños habían roto a pedradas la bombilla.

Se puso a andar.

Luego comenzó a correr.

Al llegar a la esquina, sintió que la acera de cemento le raspaba los pies.

Dio la vuelta a la esquina.

En la avenida, empezó a correr màs deprisa.

Un coche pasò ruidosamente junto a èl; sonò el claxon y una mujer dijo algo y riò. Adam sintió en el pecho una leve sensación y corrió màs y màs, a pesar del dolor que notaba en el costado derecho.

Dio la vuelta a la esquina.

Pasò por el patio de las ambulancias. Vacìo. La vercosa sombra metàlica de la gran luz que iluminaba la entrada vacilaba a la brisa nocturna, telegrafando sombras móviles a todo lo largo del patio.

Màs allà de la plataforma de carga y descarga del almacén contiguo, un vagabundo –entrevisto oscuramente como una vaga forma, bulto, fantasma, su padre- apuraba las últimas gotas de una botella y luego la tiraba al vacìo, contra èl, que corrìa, agitando ahora los brazos, perseguido por un dolor de espalda y el sonido cortante del cristal roto.

Dio la vuelta a la esquina.

Hacia la parte màs oscura la cara oculta de la luna. Màs allà las casas negras del suburbio vacìo del otro lado de la calle, misericordiosamente dormido.

Màs allà del coche aparcado, donde las formas entrelazadas no interrumpieron su ritmo, aunque la chica le mirò, a través del cristal, por encima del hombro de su amante, a la forma espectral que corrìa calle adelante.

Màs allà de la calleja, el ruido de sus pies asustò a algo que estaba vivo y era pequeño, garras que rasgaron la tierra apisonada al pasar èl corriendo hacia el túnel.

Dio la vuelta a la esquina.

De nuevo las farolas. Los pulmones le quemaban, incapaces de respirar, la cabeza echada hacia atrás, el dolor cortante en el pecho, esforzándose por romper la cinta aunque nadie gritaba a su lado... Llegò al Maxie`s, se detuvo y vacilò.

“Santo Dios”.

Apurò aire, tragò aire, sabìa que iba a encontrarse mal, eructò sonoramente y luego se dijo que no.

Se sentía húmedo en los sobacos y entre las piernas. Su rostro estaba húmedo. Idiota. Jadeando, se apoyò contra la ventana de Maxie`s, que crujió peligrosamente; y se inclinò sobre ella hasta que las nalgas se apoyaron sobre el alfèizar de madera pintada de rojo en que descansaba el cristal.

El alfèizar le escocìa. Al diablo con todo, la ropa blanca ya estaba sucia.

Echò hacia atrás la cabeza y mirò al cielo sin estrellas.

“No tenían derecho a rezarme a mì –se dijo-. ¿Por què no te piden promesas a ti?”.

Dejó caer unos pocos grados la trayectoria de sus ojos y sintió la presencia del edificio, sòlo un poco màs bajo que el cielo; vio el viejo ladrillo rojo oscurecido por la suciedad y el humo de la ciudad de que vivìa rodeado, y percibió la estúpida paciencia de la fachada llena de cicatrices.

Recordó la primera vez que había visto el hospital, apenas hacìa unos meses y, sin embargo, eran ya miles de años.

LIBRO PRIMERO

EL VERANO

Adam Silverstone

Las estrellas se habían ido escondiendo lentamente en el cielo blanquecino. Cuando el asmático camión salió del portazgo de Massachusetts, marchando roncamente por los desiertos suburbios, la larga hilera de farolas que bordeaba el río relucieron dos veces para hundirse luego en la oscuridad. El día se acercaba calurosamente, pero la pèrdida de la hilera de luces daba un frescor engañoso y triste al amanecer.

Adam mirò por el polvoriento parabrisas. Boston se iba acercando a èl, y pensaba que aquèlla era una ciudad que había forjado a su padre, rompiéndole y pisoteándole luego en el polvo.

“Eso a mì no me lo haràs”, les dijo a los edificios que pasaban a su lado, el cielo, al río.

-Pues no parece una ciudad muy dura –dijo.

El conductor del camión le mirò con sorpresa. La conversación entre ambos había ido desenmarañándose en zigzag y terminado en un silencio fatigado de trece kilómetros, entre Hartford y Worcester, como consecuencia de un desacuerdo tenso, breve, sobre la Sociedad John Birch. Ahora, el otro le dijo algo poco claro, cuyo significado se perdió a causa del persistente ronquido del motor del camión.

Adam movió la cabeza.

-Dispense, no le oí bien.

-¿Pues qué le pasa? ¿Está sordo?

-Un poco, pero sólo del oído izquierdo.

El otro frunció el entrecejo, husmeando sorna.

Adam asintió.

-¿Y qué tipo de trabajo?

-Soy cirujano.

El conductor le mirò con desagrado, ya seguro de que sus peores sospechas se confirmaban.

-Sí, so vagabundo. Y yo soy astronauta.

Adam abrió la boca para dar una explicación, pero luego lo pensó mejor y se dijo que al diablo con aquel sujeto; la volvió a cerrar y concentrò su atención en el paisaje. Emergiendo entre la oscuridad, al otro lado del río Charles, se veían espiras blancas indudablemente de Harvard. Por allí cerca estaría el colegio universitario de Radcliffe y también estaría allí Gaby Pender, durmiendo como una gata perezosa, pensó, preguntándose cuánto tiempo pasaría para que se decidiese a llamarla. ¿Se acordaría de él? Le vino vagamente a la memoria una frase inesperada: algo sobre cuántas veces tiene necesidad el hombre de ver a una mujer; una es suficiente, pero la segunda vez lo confirma.

Dentro de su cabeza, la pequeña computadora le dijo quién era el autor de esos versos. Como de costumbre, su gran memoria para cosas no médicas le llenaba de descontento y no de orgullo. Malgastador de palabras, parecía oír decir a su padre. “Adamo Roberto Silverstone –se dijo-, mira lo útil que es la memoria cuando tratas de recordar algo de la Cirugía Anatómica, de Thorek, o de la Obstrucción Intestinal, de Wangenstein”.

Poco después el hombre dio media vuelta al volante y el camión salió dando trompicones del Paseo de Storrow para subir una cuesta. De pronto, se vieron ante las ventanas iluminadas de un gran almacén: camiones, coches, gente, un distrito mercantil. El conductor hizo bajar el camión por una calle empedrada de adoquines, junto a una casa de comida cuya muestra de neón aún lucía, y luego por otra, también adoquinada, parando ante BENJ. MORETTI E HIJOS, HORTALIZAS. En respuesta al claxon salió de allí un hombre que les mirò desde la plataforma de carga y descarga. Grandote y un poco calvo, con una camisa blanca, les mirò con el aire de los patólogos del hospital de Georgia donde Adam había hecho sus prácticas como interno y el primer curso como residente. “Eh, paisan”.

-¿Qué traes?

El conductor eructò con un ruido como de alfombras que se desgarran.

-Melones, melocotones.

El hombre de blanco asintió y desapareció.

-Se acabò el trayecto, amigo.

El conductor abrió la portezuela y bajò pesadamente del camión.

Adam buscò detrás del asiento, sacò la maleta usada y se unió al otro, en tierra.

-¿Puedo ayudarle a descargar?

El conductor frunció el entrecejo y le mirò con recelo.

-Ellos se encargaràn de eso –dijo, señalando con la cabeza hacia el almacén-. Si lo que quieres es trabajo, ve y dìselo a ellos.

Èl se había ofrecido por mera gratitud, pero vio, con alivio, que no era necesario.

-Gracias por el viaje –dijo.

-De nada.

Fue con la maleta hacia la casa de comidas; pesaba mucho. Adam era pequeño, estevado, demasiado grande para el jockey, pero no lo suficiente para otros deportes, excepto quizá, el buceo, que, por lo que a èl se referìa, había dejado de ser un deporte hacia cinco años. A veces, como en aquel momento, Adam lamentaba no ser màs parecido a los hermanos de su madre, altos y fuertes. Le repugnaba estar a merced de alguien o de algo, aunque fuese una maleta.

Dentro, se percibìan olores a comida, muy agradables, y reinaba un ambiente ruidoso y loco: charlas y risas, el ruido sordo de los cacharros llegaba desde la ventanilla que daba a la cocina, y el sonido fuerte de las tazas de café contra el mostrador blanco de mármol, y de cosas que se retorciàn, crujientes, en la parrilla. “Cosas caras”, se dijo.

-Un café, solo.

-Diez centavos –dijo la muchacha del cabello amarillo.

Estaba muy bien desarrollada, y sus carnes eran firmes, pero la piel parecía pàlida y lechosa; tendrìa problemas de obesidad antes de los treinta años. Vestida de blanco, bajo su pecho izquierdo manchas de roja mermelada contrastaban como estigmas. El café se desbordò en la taza al acercàrsele la chica, que aceptò hoscamente su monedita y le volviò la espalda con un insultante movimiento de caderas.

Al diablo.

El café estaba muy caliente, y Adam lo bebiò despacio, atreviéndose de vez en cuando a dar un sorbo bueno, y sintiéndose victorioso al comprobar que no se había quemado la lengua. La pared que había al fondo del mostrador, estaba cubierta de cristal. Mirándole, frente a èl, había un sujeto mal vestido, con aire de vagabundo, sin afeitado, con el pelo revuelto, cubierto con una camisa de faena azul sucia y muy usada. Cuando terminó el café se levantò, cogió la maleta y se fue al retrete. Mirò los grifos, y los abrió: tanto del que decía caliente como del que decía frìo salìa agua fresca, circunstancia que no le produjo

sorpresa alguna. Volvió al comedor, con la maleta, y pidió a la chica una taza de agua muy caliente.

-¿Para sopa o para tè?

-No, para agua.

Ella, con aire de paciente irritación, dejó de hacerle caso, y Adam, finalmente, pidió tè. Cuando lo hubo pagado y sacado del agua el saquito lo tirò sobre el mostrador y fue con la taza de agua caliente el retrete de caballeros. El suelo estaba cubierto de varias capas de arena y de algo que, a juzgar por el olor, parecía orina reseca. Puso la taza en el borde del sucio lavabo y, dejando la maleta en equilibrio sobre el radiador, la abrió y sacò las cosas de aseo. Recogiendo agua fría con la mano y añadiendo agua caliente de la taza consiguió enjabonarse la barba y empaparse la cara con agua lo bastante caliente para suavizar las cerdas. Cuando terminó de afeitarse, el rostro que le miraba desde el espejo moteado teía un aspecto màs civilizado. Era el doctor Silverstone. Ojos oscuros, nariz que èl prefería definir de romana, no demasiado grande, pero acentuada por su poca altura. Boca ancha como una cínica hendidura en el rostro fino. La cara era innegablemente clara de tez, a pesar de lo tostado que se había puesto, y estaba coronado por una cabellera castaña y revuelta. Un color poco apetecible. Pesado. Sacò un cepillo de la maleta y se disciplinò un poco el pelo. Aquel color le había hecho sentirse siempre levemente culpable. “Los niños deberían ser del color de la aceituna, no del limón, o de la sèmola”, había oído decir a su madre. Èl era de color de sèmola, un tèrmino medio entre su rubio padre y su madre italiana.

Su madre había sido una mujer de ojos negros, de pàrpados increíblemente pesados, los ojos eróticos de un santo terrenal. Adam apenas recordaba su rostro, pero para ver de nuevo aquellos ojos no tenía màs que cerrar los suyos. Cuando su padre volvía de noche a casa borracho –apòstata Myron Siberstein, ahogándose en el strega, que había adoptado junto con algunas frases italianas para mostrar la democracia que presidía su vida matrimonial, reverberante de alcòholicos gritos de socorro (O puttana nera! O donna! Oi, Nafkeh!) –el niño yacía despierto en la oscuridad, temblando ante el ruido enfermizo de los puños de su padre contra la carne de su madre, la bofetada de la palma de ella contra el rostro masculino, ruidos que con frecuencia tomaban otro carácter distinto, cálidos y frenéticos, líquidos y urgentes, mientras èl yacía rìgido, odiando la noche.

Cuando estaba empezando la escuela secundaria y su madre llevaba cuatro años muerta, Adam, habiendo descubierto la historia de Gregor Johann Mendel y los guisantes, se puso a reconstruir su propio esquema hereditario, esperando, sin confesarlo, que su cabello y sus ojos oscuros fueran genéticamente imposibles, que el pelo rubio de su padre le perteneciera a èl por derecho, y que quizá, después de todo, fuese hijo bastardo, producto de la bella madre muerta y un macho desconocido poseedor de todas las nobles virtudes que tan evidentemente faltaban en el hombre a quien èl llamaba papà.

Pero los libros de biología le dijeron que la mezcla de luz lunar y sombra suele dar por resultado sèbola.

Què le vamos a hacer.

En cualquier caso, para entonces èl ya se sentía unido a Myron Silberstein por lazos de cariño, tanto como de odio.

Para demostrarlo, so tonto, le dijo al rostro que le miraba desde el espejo, reúne doscientos dólares y luego déjale que te los pida y te los quite y te deje sin un centavo. ¿Què era lo que había relucido en los ojos de su padre cuando sus manos, aquellas manos de portero de violinista hebreo, con polvillo de carbón incrustado en los nudillos, se cerraron sobre su dinero?

¿Amor? ¿Orgullo? ¿La promesa de la mejor sorpresa de la vida, una borrachera inesperada? ¿Buscaba el viejo aún los goces del amor? Era dudoso. La impotencia a mediana edad era corriente entre los alcohólicos. Tarde o temprano, ciertas cadenas nos atan a todos, incluso a Myron Silberstein.

Sòlo una persona, la abuela, su vecchia, había conseguido achantar a su padre. Rosella Biombetti había sido una mujercita pequeña del sur de Italia, con el cabello blanco recogido en un moño, y todo lo demás, por supuesto, negro: zapatos, medias, vestido, pañolón, incluso a veces, el genio, como de luto por el mundo entero. Había hoyos en su rostro oliváceo, dejados allí desde los cuatro años, en la aldea de Petruno, y todos y cada uno de los ocho hijos de su padre había tenido vaiolo, la temida viruela. Le enfermedad no mataba a nadie, pero dejó señales en siete de los ocho niños y destruyò al octavo, llamado Muzi, cuya mente se diluyò por completo en la fiebre, dejándole convertido en una cosa que acabò volviéndose un hombre viejo, en la parte oriental de Pittsburgh, Pensilvania, y pasándose el día jugando con cucharas y tapones de botella, siempre envuelto en un jersey harapiento, incluso cuando el infierno de julio hacía hervir la avenida de Larimer.

En cierta ocasión, Adam había preguntado a su abuela por què era así su tìo abuelo.

-L`Arlecchino –dijo ella.

No tardò en enterarse de que el Arlequìn era el temor interno que había perseguido a su abuela durante toda su vida, el mal universal, una herencia de Europa de diez siglos atrás. ¿Muere un niño a causa del sùbito ataque de una enfermedad inesperada? Se le llevò el Arlequìn, que persigue a los niños. ¿Se vuelve una mujer esquizofrénica? El demoniaco amante delgado y diabólicamente bello, la ha seducido y ha atrapado su alma. ¿Se encoge un brazo por la parálisis, va muriéndose un hombre poco a poco bajo el peso de la tuberculosis? El Arlequìn està chupándole la vida a su vìctima, saboreando su viva esencia como un caramelo.

Al tratar de echar de la casa al Arlequìn, la vieja se ha convertido en un miembro de la familia. Cuando las primas de Adam se hicieron mujeres y florecieron y comenzaron a hacer experimentos con los lápices de labios y sostenes corniveletos, la vieja les gritaba que iban

a atraer al Arlequìn, amigo de robar virgos por la noche. Poco a poco, escuchando a la vecchia año tras año, Adam fue copiando los detalles. El Arlequìn llevaba pantalones y una chaqueta de remiendos multicolores, y era invisible, excepto cuando había luna llena, que le convertía el vestido en un reluciente traje de luces. Era mudo, pero su presencia se notaba por el tintineo de las campanillas y abalorios de su gorro de bufòn. Llevaba una espada mágica de madera, una especie de porra de farsante que usaba a modo de varita mágica.

El muchacho pensaba a veces que sería una maravillosa aventura ser el Arlequìn, tan deliciosa y onnipotentemente malo. Cuando cumplió los once años, y tuvo sus primeros sueños húmedos en torno a la lujuriente Lucy Sangano, que tenía ya trece, Adam, una víspera de Todos los Santos, decidió convertirse en el Arlequìn. Mientras los otros niños corrían de puerta en puerta en busca de aguinaldos, èl fue deambulando, en la oscuridad súbitamente propicia, e imaginándose bellas escenas en las que le era permitido golpear las nalgas tiernas de Lucy Sangano con su espada de madera, ordenándole silenciosamente: “Ensèñamelo todo”.

Rosella eliminaba el mal de ojo de cuatro maneras, de las que sòlo dos, asperjar agua bendita e ir todos los días a misa, le parecían inocentes a Adam. Su costumbre de untar los pestillos de las puertas con ajo era muy molesta porque dejaba las manos pegajosas, y el olor cortante le ponía en ridículo en el colegio, por màs que èl, personal y secretamente, encontrase agradables los últimos efluvios en la palma sudorosa de la mano cuando, de noche, se la llevaba a las ventanillas de la nariz.

La màs poderosa defensa contra el Arlequìn consistía en pasar los dos dedos del medio bajo el pulgar, extendiendo el índice y el meñique para simular los cuernos del demonio, escupiendo saliva por entre ellos y diciendo a continuación las palabras de rigor: afuera, mal de ojo, scutta mal occhio, pu pu pu. Rosella hacía este rito varias veces al día, lo que también le ponía nervioso; para algunos amigos de Adam, este signo con los dedos era secreto e indicaba otra cosa, una expresión despectiva de incredulidad, resumida con una palabra rápida y poco grata. Los no iniciados encontraban graciosísimo ver a la abuela de Adamo Silverstone hacer su signo secreto y salaz. Esto le costò su primer puñetazo en la nariz y mucho resentimiento.

Su joven alma estaba dividida entre las pias supersticiones de la vieja y el padre, que todos los días de Yom Kippur cuidaba de no emborracharse y con tan Fausto motivo se iba de pesca. La superstición y la religión de la vieja tenían sus atractivos pero mucho de lo que decía era verdaderamente estúpido. La mayor parte del día Adam votaba silenciosamente a favor de su padre, quizá porque buscaba en aquel hombre algo que le permitiera admirarle.

Y, a pesar de todo, cuando, a los ochenta años, teniendo èl quince, la vieja enfermò y comenzó a decaer, Adam estuvo angustiado por ella. Cuando el Packard largo y negro del doctor Calabrese comenzó a parar con creciente regularidad ante la casa de pisos proletarios de la avenida de Larimer, el muchacho rezaba por ella. Cuando murió, una

mañana, con una coqueta sonrisa en los labios, llorò, dándose cuenta por fin de la verdadera identidad del Arlequìn. Ya no quiso hacer màs el papel de bufòn enamorado que era la muerte; en su lugar decidió que algùn dìa tendrìa un coche largo y nuevo como el del doctor Calabrese, y combatirìa al Arlequìn con todas sus armas.

Adam se despidió de la vieja en el funeral màs fastuoso que podía ofrecer la casa de seguros de la muerta, “Los hijos de Italia”, pero nunca se separò completamente de èl. Años màs tarde, cuando ya era todo un mèdico y todo un cirujano y había hecho y visto cosas con que ella jamàs soñara en Petruro o incluso en Pittsburgh, su reacción instintiva ante la desgracia seguía siendo una búsqueda inconsciente e instantánea del Arlequìn. Si tenía una mano en el bolsillo, involuntariamente los dedos se ponían en forma de cuerno. Su padre y su abuela habían dejado en èl un conflicto interno interminable: tonterias, se burlaba el hombre de ciencia, mientras el muchachito estaba murmurando: scutta mal occhio, pu pu pu.

Ahora, en el retrete del lavabo de caballeros de la casa de comidas, metió de nuevo sus cosas de aseo en la maleta, y , como una torpona ave acuática, levantando primero una pierna y luego la otra a modo de precaución contra el repulsivo peligro del sucio suelo, fue quitándose los pantalones de algodón y la camisa azul de faena. La camisa y el traje que sacò de la maleta estaban algo arrugados, pero presentables. La corbata ya no tenía tan buen aspecto como dieciocho meses antes, cuando todavía era seminueva, comprada de segunda mano a un estudiante de tercer curso que se entrampaba jugando al pòcker. Los zapatos oscuros con que sustituyò los de gimnasia que llevaba puestos conservaban aùn cierto brillo.

Al salir de nuevo al comedor, se dio cuenta de que la vaca de detrás del mostrador le miraba como preguntándose si se habían visto antes.

Fuera, hacìa màs sol. Un taxi zumbaba una suave canción mecánica junto a la cuneta; el taxista, perdido en la contemplación de un boleto de apuestas de las carreras de caballos, soñaba el eterno sueño de la riqueza inesperada. Adam le preguntò si el Hospital General del condado de Suffolk estaba muy lejos.

-¿El Hospital del Condado? Desde luego.

-¿Còmo se puede ir allì?

El taxista le sonriò.

-A patita y andando. Cruzando la ciudad entera. Es demasiado temprano para los autobuses y no hay ninguna boca de metro cerca.

Dejó a un lado el boleto, seguro de contar con un cliente.

¿Cuànto tendrìa en la cartera? Desde luego, menos de diez dólares. Ocho, nueve. Y faltaba un mes para cobrar el sueldo.

-¿Me lleva por un dólar?

Una mirada de asco.

Recogió la maleta y fue calle abajo, llegando hasta BENJ. MORETTI E HIJOS. HORTALIZAS. Entonces el taxi pasó junto a él y se detuvo.

-Siéntese atrás –le indicó el taxista-, es mi trayecto habitual. Si me para alguien, usted se baja. Por un dólar.

Subió, agradecido. El taxi iba por calles a poca velocidad, y Adam, asomado a la ventana abierta, se imaginaba la clase de hospital que le esperaba. Las calles eran viejas y tristes, flanqueadas por casas de pisos miserables, con escalones rotos y cubos de basura desbordantes, vecindario de gente pobre, apiñada en un derroche de pobreza. Sería un hospital cuyos bancos clínicos se llenaban todas las mañanas de enfermos y tullidos, víctimas de las trampas que la sociedad se ha tendido a sí misma.

“Es duro –dijo silenciosamente a las víctimas que dormían detrás de las ventanas ciegas, mientras el taxi seguía su camino-. Pero para mí, bien; un hospital donde quizá aprenderé algo de cirugía”.

El complejo del hospital se levantaba como un monolito en la mañana perlina, con grandes farolas de aparcamiento aún encendidas y amarillas en torno a la plaza desierta del patio de ambulancias.

La entrada inferior era sombría y anticuada. Un viejo de mejillas arrugadas y fofas y pelo absurdamente negro estaba sentado en la portería. Adam miró la carta que había recibido del administrador cuatro semanas antes y luego preguntó por el jefe del servicio de cirugía, doctor Meomartino.

“Ah, italianos –pensó-; estamos en todas partes”.

El otro consultó una lista.

-Cuarto servicio de cirugía. A lo mejor está dormido –dijo, dubitativo-. ¿Quiere que le llame?

-No, por Dios.

Le dio las gracias y salió. Al otro lado de la calle una luz relucía aún a la entrada de una cafetería, y Adam fue hacia allá. En el mostrador, un hombre pequeño y oscuro añadía agua a la fuente de café; pero la puerta estaba cerrada y el hombrecillo ni siquiera miró cuando Adam la golpeó. Volvió al hospital y preguntó al hombre del pelo teñido por dónde se iba al cuarto servicio de cirugía.

-Baje por este pasillo, todo derecho, más allá de la clínica de urgencia, y luego suba al piso siguiente. Sala Quincy. No tiene pérdida.

Al acercarse a Urgencias se le pasó por la imaginación la idea de ofrecer sus servicios. Menos mal que la desechó sin más, antes incluso de entrar en la sala y no ver en ella a un solo paciente. Un interno, en una silla, leía. Una enfermera estaba sentada al otro extremo del cuarto, haciendo calceta, medio dormida. En una litera, en una esquina, yacía un ayudante dormido como un oso, con la boca ligeramente abierta.

Subió al piso de arriba, hacia la sala Quincy, pasando por estancias silenciosas. Sólo vio a un interno rubio y delgado, cuyo cuello abierto caía contra la barbilla cubierta de acné como bandera en día sin viento.

Excepto por las luces nocturnas, la sala estaba a oscuras. Los pacientes yacían en hileras, algunos como bultos, pero otros inquietos y poseídos, en el sueño, por los diablos.

“Habéis sido llamado, Oh sueño, el amigo del dolor, pero sólo los felices os han llamado así. Southey”, dijo el ordenador.

De una de las camas le llegó el ruido de una mujer que lloraba. Se detuvo.

-¿Qué le pasa? –preguntó, con suavidad, al rostro escondido.

-Tengo mucho miedo.

-No hay ningún motivo.

“Sal de aquí –se dijo a sí mismo, furioso-; a lo mejor hay motivos sobrados”.

-¿Quién es usted?

-Soy médico.

La mujer inclinó la cabeza.

-También Jesús lo era.

Esto le dio la oportunidad de alejarse.

En el cuarto de enfermeras, dio con una veterana acostumbrada a los médicos nuevos. Le dio café y panecillos frescos y duros, y mantequilla de la cocina, todo ello deliciosamente gratis.

-Todo lo que quiera, doctor; este condado es rico. Me llamo Rhoda Novak –de pronto se echó a reír, y añadió-: Pues tiene suerte de que esta noche no estuviera de servicio Helen Fultz; esa no da ni los buenos días.

Se fue antes de que Adam terminase de comer los panecillos. Quería otro más, pero se sintió agradecido por lo que se le había dado. Un hombrón con el uniforme verde de quirófano entró en el cuarto y suspiró al ocultar una silla con su enorme trasero. Por debajo del gorro del uniforme quirúrgico le salía el pelo rojizo, y a pesar de su tamaño tenía un rostro suave y sin formar, como de niño. Saludó a Adam con un movimiento de cabeza, e iba a acercarse a la cafetera cuando sonó el aparatito de avisos que llevaba en la solapa.

Se dirigió hacia el teléfono y llamó, dijo unas pocas palabras y salió corriendo.

Adam dejó los posos de café y fue detrás del hombrón de verde, bajando una serie de laberínticos pasillos, hasta llegar a la zona de cirugía.

En el hospital de Georgia la cirugía era limpia, brillantemente luminosa, libre de obstáculos. Esta luz era, en el mejor de los casos, incierta. Los pasillos parecían depósitos de muebles sobrantes, como camillas, estanterías y piezas sueltas de maquinaria; durante las horas de mayor actividad probablemente ponían también aquí a los pacientes antes y después de cada operación. Las puertas de las salas de operaciones estaban gastadísimas por ambos lados, donde habían chocado y raspado los bordes de innumerables camas,

dejando al descubierto capa tras capa de madera terciada, como calculadoras de tiempo o anillos arbóreos.

Había una escalera y Adam subió por ella, hasta el observatorio anatómico, que estaba a oscuras y empapado de un jadeo extraño y sonoro. Era el jadeo del aparato intercomunicador, que había sido conectado y dejado demasiado alto. Incapaz de dar con la luz, Adam fue tanteando hasta un asiento en la primera fila, donde se dejó caer. A través de un cristal veía al hombre echado en la mesa, como de cuarenta años, casi calvo y con aire de animal arrinconado, y evidentemente dolorido, que miraba a la enfermera preparar los instrumentos. Tenía los ojos como empañados: probablemente había recibido un calmante antes de venir aquí, sin duda escopolamina.

Pocos minutos después, entrò, limpio y enguantado, el hombrón que había estado tomando café en la cocina.

-Doctor –dijo la enfermera.

El gordo asintió sin interés y comenzó a anestesiar. Sus dedos como salchichas jugaron con el brazo izquierdo hasta encontrar sin la menor dificultad la vena antecubital, sirviéndose entonces del catéter intravenoso. Luego enrollò el otro brazo con una correa y comenzó a tomar la tensión.

-Con esto sì que no contábamos –advirtió la enfermera.

-Y podíamos haber prescindido de èl perfectamente –dijo el gordo.

Administrò el relajador muscular con una dosis de pentotal, luego entubò la tràquea del paciente y pasó la tarea de respirar de èste a un respirador.

Entrò el interno, el sujeto delgado y alto que Adam había visto ya. Ni el anestesista ni la enfermera parecieron darse cuenta de su presencia. Comenzó a prepara el abdomen, limpiándolo con antisépticos. Adam observaba con interés, deseoso de ver cómo hacían las cosas. Parecía que el interno ponía en práctica una solución sencilla. En el hospital de Georgia tenían que lavar primero con éter, luego con alcohol, y después, por tercera vez, con betadina.

-Ya habrá notado usted que està afeitado, señor Peterson –dijo el interno-. A su lado, el culo de un niño es una selva virgen.

-Richard, ya sè que eres buen barbero –respondió el gordo.

El llamado Richard terminó de lavar el vientre y comenzó a cubrir al paciente con telas esterilizadas, dejando al descubierto nueve centímetros cuadrados de carne, enmarcados por el trozo de tela.

Entrò un cirujano, Meomartino, el encargado del servicio de cirugía, se dijo Adam, pero no estaba seguro del todo, porque nadie le había saludado. Era un hombre corpulento, con la nariz aguilina rota y una antigua cicatriz, casi invisible, en la mejilla. Bostezò y se estirò, con un súbito escalofrío.

-Estaba teniendo sueños maravillosos –dijo-. ¿Què tal va la ùlcera perforada? ¿Sangra el paciente?

-Creo que no, Rafe –respondió el gordo-. Los latidos cardíacos son de noventa y seis, y la respiración, treinta.

-¿Y la tensión?

-Máxima once y mínima diez.

-Pues vamos. Te apuesto a que es como una quemadura de cigarrillo.

Adam le vio coger el bisturí que le tendía la enfermera y practicar acertadamente la incisión paramedial, cortando a propósito la carne de modo que formasen dos labios donde antes había habido un vientre fofo. Meomartino cortó la piel y el tejido subcutáneo graso y amarillo. Adam vio con interés que al interno le habían enseñado a contener la hemorragia con esponjas en lugar de pinzas, usando al mismo tiempo la presión de la esponja para ampliar el margen de la herida, de modo que pusiese al descubierto el reluciente envoltorio gris de la aponeurosis.

“Esto está muy bien –pensó-; nunca se le había ocurrido hacerlo a él de esta manera. –Por primera vez, sintió una punzada de felicidad-. Aquí hay cosas que aprender”.

Meomartino había hecho la incisión lenta y cuidadosamente, pero ahora cortó al aponeurosis rápida y limpiamente. Hacerlo así, de un solo golpe, sin cortar el músculo recto que está justo debajo, significaba que este hombre tenía que haberlo hecho bien muchas veces; esto Adam lo veía perfectamente. Durante un estúpido momento, se permitió sentir un pequeño resentimiento por la facilidad y pericia de aquel detalle. Casi se puso en pie para ver mejor, pero el animal del interno movía la cabeza y los hombros entre él y el campo operatorio, reduciéndole la zona de visibilidad.

Se retrepó en el asiento y cerró los ojos en la oscuridad. Veía mentalmente lo que estaría haciendo ahora el cirujano: levantaría la aponeurosis y la inclinaría con el borde cortante del bisturí, apartándola luego con el borde romo, de manera que quedase al descubierto la intersección media del recto. Luego levantaría el músculo y efectuaría una retracción lateral para dirigirlo por el peritoneo y penetrar en la cavidad abdominal.

En la cavidad abdominal. Para una persona como él, que quería dedicarse a la cirugía general, donde se presentan tantos casos abdominales, esa era la frase clave.

-Bueno, ahora es tu turno, Richard, ahí lo tienes –dijo el cirujano un momento después.

“Su voz es grave y su inglés, un poco demasiado preciso –pensó Adam-, como un segundo lenguaje, aprendido”.

-Tiene que ser precisamente a través de la pared anterior del duodeno, ¿qué hacemos ahora?

-¿Dar puntadas?

-¿Y después?

-¿Vagotomía?

-Richard, hijo, por Dios, no acabo de creerlo. Ser tan joven y tan brillante y tener casi razón, hijo mío. Una vagotomía y un proceso de drenaje. Entonces sí que curaría como Dios manda. Vamos, una pica en Flandes.

Después de este diálogo trabajaron en silencio, y Adam sonreía a sus espaldas, en la oscuridad, sintiendo como suyo el disgusto del interno, igual que él mismo lo había sentido otras veces en situaciones parecidas. Hacía calor en el anfiteatro, que era del color de una matriz. Se adormiló y tuvo de nuevo la vieja pesadilla: dos hornos que había tenido que alimentar de combustible durante sus veladas del primer curso, hasta acabar odiando aquellas bocas sonrosadas y abiertas, siempre hambrientas de más y más carbón, más del que él podía darles de un solo golpe.

Sentado en el oscuro anfiteatro, gimió entre sueños; luego, se despertó sobresaltado, sintiéndose rígido y desgraciado, momentáneamente inseguro de por qué había cambiado tanto su estado de ánimo. Y de pronto, recordó, se relamió los labios y sonrió; era aquella condenada pesadilla. Hacía mucho tiempo que no la tenía. Debíase, sin duda, al hospital nuevo, a la situación insólita en que se encontraba.

Más abajo, a sus pies, el equipo de cirugía seguía trabajando.

-Ayúdame a cerrar el vientre, Richard –dijo el médico adjunto-. Yo hago las suturas y tú los ligamentos. A ver si queda como a mí me gusta, bien tirante.

-Se lo voy a dejar tan tirante como el de su primer amor –contestó Richard, hablando a Meomartino, pero mirando a la enfermera, que no dio muestras de haber oído.

-Más tirante todavía, doctor –insistió Meomartino.

Cuando, por fin, asintió, satisfecho, y se apartó de la mesa de operaciones, Adam corrió escaleras abajo, para cogerle antes de que saliera de allí.

-Doctor Meomartino.

El jefe del servicio de cirugía se detuvo. Era más bajo de lo que le había parecido a vista de pájaro. “Debiera haber sido hijo de mi madre”, pensó Adam, ilógicamente, al acercarse a él. Pero no era italiano, decidió; quizás español. Color de aceituna, ojos oscuros, piel atezada a pesar de la palidez, habitual en los hospitales, el pelo, bajo el gorro de quirófano, oscuro de humedad, pero casi completamente gris. “Este individuo es más viejo que yo”, pensó.

-Soy Adam Silverstone –dijo, jadeando suavemente-. Soy el nuevo médico adjunto.

Mientras los ojos escrutadores le disecaban, una mano que parecía un tarugo de madera asió la suya.

-Llega usted con un día de anticipación, y me doy cuenta de que va a ser un rival serio –dijo Meomartino con una leve sonrisa.

-Vine como pude, haciendo autostop. Salí un día antes por precaución, y luego resultó que no me hizo falta.

-Ya. ¿Y tiene dónde vivir?

-Aquí. La carta dice que el hospital facilita un cuarto.

-De ordinario el mèdico adjunto lo usa sòlo las noches que està de servicio. Yo prefiero vivir fuera. Usted y yo estaríamos demasiado disponibles aquí.

-Pues yo no tendrè màs remedio que estarlo.

Meomartino asintió, sin demostrar sorpresa.

-No tengo atribuciones para asignarle un cuarto, pero le encontrarè uno donde podrà caerse muerto lo que queda de noche.

El ascensor era viejo y lento. “En caso de emergencia, dè tres timbrazos”, aconsejaba un letrero junto al timbre. Adam se dijo que estar a merced de aquel monstruo lento y crujiente en caso de emergencia sería màs que arriesgado.

Llegó por fin y les subió al sexto piso. El corredor era muy angosto y oscuro. El número del cuarto era el 6-13, lo que, se dijo Adam, no podía ser un augurio. El techo estaba ladeado, porque el cuarto se hallaba debajo del alero del viejo edificio. Las persianas estaban bajadas. A la luz incierta vio una aterradora grieta en una de las paredes, que le parecieron del color del excremento. Bajo la grieta y frente a las dos camas había una silla de madera flanqueada por un escritorio y una mesa, ambos de color de mostaza. Sobre una de las camas yacía un hombre vestido de blanco, con el New England Journal of Medicine abierto sobre el pecho y abandonado a favor del sueño.

-Harvey Miller. Un préstamo que nos ha hecho esa institución de fantasía que hay al otro lado de la ciudad –dijo Meomartino, sin molestarse en bajar la voz-. No es un mal hombre para este lugar.

Su tono de voz creaba un vacío en torno a èl. Bostezando hizo un ademàn y fue hacia la puerta.

En el cuarto, el aire era pesado. Adam fue a la ventana y abrió unos centímetros la persiana, que inmediatamente comenzó a agitarse; la levantò un poco màs y se quedó quieta. El que estaba sobre la cama se movió ligeramente, pero sin llegar a despertarse.

Cogió el New England Journal que yacía sobre Harvey Miller, y se echò. Tratò de recordar el rostro de Gaby Pender, pero se dio cuenta de que no le era posible juntar sus diversas partes, recordaba sòlo una tez muy oscura y un lunar maravilloso que tenía en el rostro, y también que el conjunto pertenecía a una chica que le gustaba mucho. El colchòn era duro y tenía bultos, un desecho de las salas del hospital sin duda. En alas del aire, procedente de la ventana abierta, llegó un sonido de dolor, màs que un gemido pero menos que un grito. Harvey Miller se acarició la ingle en sueños, ignorante aún de que su retiro había sido violado.

-Alice –dijo, con absoluta claridad.

Adam pasó las hojas de los anuncios por palabras de la revista, imaginándose un mundo futuro que le ofrecería todos los lujos de la vida que èl nunca había disfrutado por falta de dinero, además de permitirle seguir dándoselo en suficiente cantidad a la mano abierta de Myron Silberstein, que, de esta forma, dejaría de constituir una amenaza para su supervivencia.

Pasò ciertos anuncios sin leerlos, o los leyò despectivamente: invitaciones a solicitantes de estudios pordctorales, gastos pagados, pero sin sueldo o apenas sin sueldo; avisos de becas de siete mil dólares al año; cátedras con sueldos de hasta diez mil dólares; descripciones falsamente atractivas de clientelas mèdicas a la venta por poco dinero en Chicago, Los Àngeles, Boston, Nueva York, Filadelfia, donde había médicos acreditados listos para atar de pies y manos al principiante y mandarle, de mendigo, a las compañías de seguros a trabajar a destajo por seis dólares a la hora.

De vez en cuando, un anuncio le interesaba hasta el punto de leerlo varias veces:

CLÍNICA MULTIESPECIALISTA DE DIEZ HOMBRES

Empresa necesita cirujano general. Situada en el norte de Michigan, en el centro de zona de caza y pesca. Clínica recién edificada y plan de reparto de beneficios. Sueldo inicial: veinte mil dólares. A los dos años, participación en la propiedad. Beneficios de la propiedad rondan entre treinta y cincuenta mil dólares. Dirección: F-213, New Eng. J. Med. B-2t.

Adam se dijo que un año después èl necesitarìa una región apartada del agobiante ambiente mèdico de los hospitales docentes, lejos de la competencia estatuida. Lo ideal sería ponerse en contacto con un cirujano achacoso o entrado en años, en algún lugar remoto, dispuesto a beneficiarse poco a poco de la transferencia gradual de su clientela a un asociado màs joven. Este tipo de acuerdo podría producir desde el principio cosa de treinta y cinco mil dólares, y posiblemente, hacia el final, hasta setenta y cinco mil.

En las raras ocasiones en que se había parado a analizar sus ideas sobre la medicina, llegaba a la conclusión de que èl quería ser un curandero, y, al tiempo, capitalista; Jesucristo y el tiempo cambista, todo junto. Bueno, ¿y por què no? La gente que puede pagar sus cuentas enferma exactamente igual que los pobres. Nadie le había pedido a èl que hiciese voto de pobreza. Ya había tenido bastante pobreza sin necesidad de votos.

SPURGEON ROBINSON

“¡Niño!”, susurrò la madre de Spurgeon, con voz como una pluma.

“Spurgeon, niño”, volvió a decir, alzando màs la voz, màs pesadaa, un pajarito que llenaba el cuarto con sus aleteos.

Los ojos del niño estaban cerrados, pero, así y todo, la veìa. Se inclinaba sobre su cama como un melocotonero cargado de fruta; su cuerpo estaba envuelto en la bata de franela sin pelusas, todo èl curvas maduras y llanuras duras; y los dedos de los pies bajo las piernas que parecían troncos de àrboles viejos, eran nudosos como raíces. Se sentía

avergonzado de que mamá le hubiera visto de esta manera, porque bajo la manta fina, por culpa de sus sueños, se le había erigido el pene. “Quizà, pensó, si finjo mirar se irà”, pero en aquel instante concreto el sueño se volvió imposible a causa de un golpe metálico y fino, la reanimación del mecanismo del despertador. El reloj chillò; era un sonido familiar, casi consolador, que llevaba años despertándole fielmente, y también esta vez, aunque no tardò un instante en recordar que ahora era un hombre hecho y derecho, con todas sus consecuencias.

El doctor Robinson recordó.

Y dònde... una miseria de hospital, en Boston. Su primer día como interno.

En el retrete, al final del pasillo, había alguien, de puntillas ante el espejo moteado, rascándose la barbilla con una màquina de afeitar.

-Buenos días, soy Spurgeon Robinson.

El muchacho blanco se secò cuidadosamente con la toalla y luego alargò una buena mano de cirujano, fuerte, pero amistosa.

-Adam Silverstone –dijo-. No me faltan màs que tres toques y estoy afeitado.

-No hay prisa –le tranquilizò Spurgeon, aunque sabían ambos que sí la había.

En el cuarto de baño, con suelo de madera, la pintura de las paredes estaba desportillándose. Sobre la puerta de una de las garitas, un filántropo había escrito: “Rita Leary es una enfermera que lo hace como una conejita. ASpinbwall 7-9910”. Era la única lectura que había en todo el cuarto y la leyò rápidamente, echando instintivamente una mirada para ver si el muchacho blanco le había visto.

-¿Què tal el mèdico adjunto? –preguntò, con indiferencia.

La hoja de afeitar, a punto de asestar el golpe, se detuvo a unos centímetros de la barbilla.

-A veces me cae bien, pero a veces no puedo ni verle –respondiò Silverstone.

Spurgeon asintió y decidió que lo mejor era cerrar el pico y dejarle que terminara de afeitarse. “La espera le exponía a llegar tarde el primer día de su estancia allí”, pensó. Colgó su bata y se quitò los calzoncillos y se metió bajo la ducha, sin atreverse a rendirse a su prolongado placer, pero incapaz de resistir, después de la larga noche de calor veraniego que se había concentrado en su cuarto, bajo el tejado.

Cuando salió, Silverstone se había ido.

Spurgeon se afeitò con esmero, pero rápidamente, inclinado como un tenso signo de admiración sobre el anticuado lavabo; en el primer día de su estancia en un hospital nuevo había que establecer precedentes. “Uno de ellos- pensó- es no ser el último en llegar al despacho del mèdico adjunto para comenzar las visitas matinales”.

En su cuarto, se puso la ropa blanca, rìgida a fuerza de almidón, los calcetines blancos y los zapatos, que èl mismo había limpiado la noche anterior. Le quedaban sòlo unos minutos. “El desayuno –se dijo tristemente- ya no es posible”. El ascensor era lento; con un programa de trabajo tan ajustado, iba a tardar mucho tiempo en acostumbrarse a este

ritmo tan lento. El despacho del adjunto, en el segundo piso, estaba lleno de jóvenes vestidos de blanco, sentados unos, otros en pie, algunos tratando de aparentar aburrimiento, y unos pocos de éstos consiguiéndolo.

El médico adjunto estaba sentado ante su mesa, leyendo Surgery. Era Silverstone, notò Spurgeon con cierto embarazo. “Un comediante o un filósofo”, pensó, y se sintió irritado consigo mismo por su torpeza al preguntar a un desconocido lo que opinaba sobre un jefe a quien aún no conocía. Notò que la mirada de Silverstone iba observando uno a uno a todos los rostros del cuarto. Santo Dios, que no me desconcierte; era la plegaria que llevaba años diciendo siempre que aguardaba un examen.

Siguió allí, descansando ya sobre un pie, ya sobre el otro. Finalmente, llegó el último, un residente de primer curso, con seis minutos de retraso, la primera vez que le ocurría.

-¿Cómo se llama usted? –preguntò Silverstone.

-Potter, doctor. Stanley Potter.

Silverstone le mirò sin pestañear. Los nuevos esperaban una señal, una revelación, un aviso.

-Doctor Potter. Nos ha tenido usted esperando. Y ahora tenemos que hacer esperar a los pacientes y a las enfermeras.

El otro asintió, sonriendo, lleno de embarazo.

-¿Me comprende usted?

-Sí.

-Esto es un deber cívico y educativo, no un espectáculo para sus diversiones de adolescente, al que se va tarde o cuando a uno se le antoja. Si tiene usted intención de seguir aquí tendrá que actuar y pensar como un cirujano.

Potter sonrió, desconcertado.

-¿Me comprende usted?

-Sí.

-Muy bien. –Silverstone mirò a su alrededor-. ¿Me comprenden todos ustedes?

Varios de los nuevos asintieron, casi felices, cambiándose entre sí miradas secretas altamente significativas, pues habían averiguado lo que querían.

“Es un déspota”, se decían unos a otros con los ojos.

Silverstone iba el primero, seguido por una larga fila de residentes e internos. Se detenía solamente ante determinadas camas, charlando un momento con el paciente, hablando concisamente sobre sus historiales clínicos, haciendo una pregunta o dos con voz adormilada, casi indiferente y siguiendo adelante. El grupo dio la vuelta al perímetro de la espaciosa sala.

En una de las camas yacía una mujer de color, cuyo pelo rojo estaba teñido. Se le quedó mirando como si viese algo a través de él cuando Silverstone se parò a su lado y se vio rodeada de una pared silenciosa de jóvenes vestidos de blanco.

-Buenos días –dijo Silverstone.

“Se parece mucho a media docena de prostitutas del viejo barrio nativo”, pensó Spurgeon.

-Es... -Silverstone leyò el nombre- la señorita Gertrude Soames –leyò un momento-. Gertrude ya ha estado màs veces en este hospital a causa de ciertos síntomas que pueden ser atribuidos a que ha tenido cirrosis hepática, probablemente debida a lo de siempre. Parece que aquí hay algo palpable.

Apartò la sàbana y levantò la bata de toско algodón, dejando al descubierto unos muslos delgados que terminaban en un triste mechòn y una tripa con dos antiguas cicatrices. Tanteò el abdomen, primero con las puntas de los dedos de una mano y luego con las dos, mientras ella miraba ahora personalmente a Spurgeon, a quien la pobre le pareció un perro que quiere morder pero no se atreve.

-Justo aquí –dijo Silverstone, tomando la mano de Spurgeon y colocándola.

Gertrude Soames mirò a Spurgeon Robinson.

“Eres como yo –decían sus ojos-. Ayúdame.”

Èl apartò la mirada, pero sus ojos quizá decían: “No puedo ayudarte”.

-¿Lo nota?-preguntò Silverstone.

Èl asintió.

-Gertrude, vamos a tener que recurrir a una cosa que se llama biopsia hepática –dijo el mèdico adjunto, con optimismo.

Ella movió lentamente la cabeza.

-Desde luego que sì.

-No –dijo ella.

-Si usted no nos deja, no podemos hacer nada. Tendrá que firmar un papel. Pero a su hígado le pasa algo y no podremos ayudarla sin hacer antes un examen.

Ella volvió a guardar silencio.

-No es màs que una aguja. Hincamos la aguja y la sacamos y en la punta habrá un poquitín de su hígado, no mucho, pero lo suficiente para poder hacer el examen.

-¿Y duele?

-Duele un poco, pero no hay otra solución. Hay que hacerlo.

-Yo no soy su conejillo de indias.

-Aquì no queremos conejillos de indias. Lo que queremos es ayudarla a usted. ¿Se da cuenta de lo que pasará si no nos deja? –preguntò, con suavidad.

-De la forma en que lo dice, claro que me la doy.

El rostro de ella seguía petrificado, pero sus ojos mate relucieron de pronto y se le saltaron unas làgrimas, que corrieron mejilla abajo, hacia la boca. Silverstone cogió un pañuelo de un estante de la cama y enjugò la cara, pero ella apartò la cabeza.

Silverstone volvió a bajar la bata y ajustò la sàbana.

-Pues piènselo un rato –dijo, acariciándole la rodilla y prosiguiendo la visita.

En el departamento de hombres había un individuo tan corpulento que parecía desbordarse de la cama; estaba recostado sobre tres almohadas y les veía acercarse a él con expresión de recelo.

El señor Stratton es conductor de camiones por cuenta de una empresa de refrescos embotellados –dijo Silverstone, mirando el historial del paciente-. Hace un par de semanas se le cayó del camión una caja de madera y le dio en la rodilla derecha.

Apartò la sàbana y mostrò la pierna del paciente, robusta, pero de aspecto malsano, con una herida ulcerada muy fea de unos diez centímetros de diámetro.

-¿Siente fría la pierna, señor Stratton?

-Sì, constantemente.

-Hemos probado con antibióticos y emplastos, pero la pierna no se cura y ha perdido color –dijo Silverstone. Se volvió al residente a quien había criticado por llegar tarde:- Doctor Potter, ¿què le parece a usted?

Potter volvió a sonreír, con aire deprimido, pero no dijo nada.

-¿Doctor Robinson?

-Un arteriograma.

-Muy bien. ¿Dònde inyectarìa usted la sustancia de contraste?

-En la arteria femoral –dijo Spurgeon.

-¿Qué? ¿Es que tienen que operarme?

-No estamos hablando de operaciones, o por lo menos todavía no –respondiò Silverstone-. Si tiene fría la pierna es porque la sangre no circula como debiera. De lo que ahora se trata es de averiguar el motivo. Vamos a inyectar cierta tintura en una arteria de su ingle y luego tomaremos algunas fotos.

El señor Stratton enrojeciò.

-Eso no lo aguanto –dijo.

-¿Qué quiere decir?

-¿Por qué no siguen como hacìa el doctor Perlman hasta ahora?

-Intèntelo un poco màs.

Se produjo un breve silencio.

-¿Dònde està el doctor Perlman? –dijo el hombre-. Quiero hablar con èl.

-El doctor Perlman ya no es aquí mèdico adjunto –repuso Silverstone-. Tengo entendido que ahora es el capitán Perlman y està camino de Vietnam. Yo soy el doctor Silverstone, el nuevo adjunto.

-Ni siquiera era capaz de aguantar inyecciones cuando estaba en la marina mercante –dijo el otro.

Se oyò una risita en el extremo del grupo que rodeaba la cama. Silverstone se volvió y mirò fríamente hacia allà.

-Parece que tiene gracia que un hombre de mi corpulencia tenga miedo, demonios – dijo Stratton-, pero creedme que gracia no tiene ninguna, y al primero que me ponga la mano encima le voy a dejar en el sitio.

Silverstone puso la mano, como sin darse cuenta, en el pecho del paciente. Los dos se miraron. Inesperadamente, al señor Stratton se le humedecieron los ojos.

Nadie rió. “Su rostro –pensò perplejo Spurgeon- tiene la misma expresión de temor que el de la prostituta del otro lado de la sala; tan parecidos son ambos que se diría que son hermanos”.

Esta vez, Silverstone no buscò pañuelos de papel.

-Y ahora va a escucharme –dijo, como quien habla con un niño travieso-. No puede perder el tiempo. Si nos crea usted problemas, los que sean, cuando tratemos de examinarle, le dejaremos para que se las arregle como pueda. Y le advierto de que eso de dejarnos en el sitio, nada. No podrá dejar en el sitio ni a una hormiga. Se quedará sin pierna, o será usted quien se quede en el sitio. ¿Me comprende?

-Carniceros –murmurò el señor Stratton.

Silverstone dio media vuelta y se alejó, seguido obedientemente por catorce sombras vestidas de blanco.

Se congregaron en el anfiteatro quirúrgico para celebrar la Conferencia de la Mortalidad.

-¿Qué diablos quiere decir eso de Conferencia de la Mortalidad? –murmurò Jack Moylan, el interno que estaba junto a Spurgeon, después de mirar el programa mimeografiado del primer día.

Spurgeon lo sabía. También celebraban conferencias de mortalidad en Nueva York, aunque él, por ser estudiante, no había podido asistir a ellas.

-Es una reunión en la que se ponen en evidencia los errores de cada uno –dijo.

Moylan pareció sorprendido.

-Acabarà llamándolo el Comitè de la Muerte, como todos. Todo el personal de cirugía se reúne para pasar revista a las muertes que se han producido y decidir si hubiera sido posible evitarlas; y, si es así, por qué no se impidieron. Es unamanera de continuar la educación y el control quirúrgico. Una especie de control de responsabilidades, para tenernos siempre alerta.

-¡Santo Dios! –exclamò el otro.

Estaban sentados en las hileras de asientos, en grada, tomando café o Pepsi-Cola en vasos de cartón. Una de las enfermeras pasaba bandejas con galletas. Delante de todos, Silverstone y Meomartino, sentados a ambos extremos de una mesita, hojeaban los historiales. Por razones administrativas y docentes, los empleados del hospital estaban divididos en dos grupos, el equipo azul y el equipo rojo. Los casos que dependían del equipo rojo eran examinados por Meomartino, mientras que los del equipo azul los revisaba Silverstone. Junto a un asiento vacío, al comienzo de la primera fila, el segundo jefe de los

servicios de cirugía, doctor Bester Caesar Kender (“Cuando hay jaleo basta llamar a Kender), ex coronel de la aviación muy aficionado a los cigarrillos puros, que había ganado fama como especialista en cirugía renal, y era autor de innovaciones en el trasplante de los riñones, estaba contando un chiste verde al doctor Joel Sack, jefe de los servicios de patología. Eran ambos un curioso contraste humano: Kender era alto, hirsuto, de tez colorada, y el acento suave y lento del condado patatero de Maine todavía se notaba en su manera de hablar, mientras Sack era calvo, y de aire refitolero, como un mono enfurruñado.

Sentados juntos, estaban los dos chinos del equipo, el doctor Lewis Chin, nacido en Boston y cirujano visitante, y el doctor Harry Lee, de cara de luna, residente ya en su tercer año, de Formosa; como para hacer de contrapeso, había también dos mujeres: la doctora Miriam Parkhurst, también visitante, y la doctora Helena Manning, muchacha fría y segura de sí misma, residente desde hacía un año.

Todos se levantaron cuando entró en la sala el jefe de Cirugía, Spurgeon derramándose Coca-Cola en la pernera de su vestimenta blanca.

El doctor Longwood saludó con un movimiento de cabeza y todos se sentaron obedientemente.

-Caballeros –dijo.

“Doy la bienvenida a los recién llegados al Hospital del condado de Suffolk”.

“Èste es un hospital municipal muy lleno de trabajo, donde hay muchísimo quehacer y exige a cambio muchísima dedicación”.

“Nos gusta hacer las cosas bien y esperamos que todos ustedes harán cuanto puedan para conseguirlo”.

“La reunión que está a punto de comenzar se llama Conferencia de Mortalidad. Es la parte de la semana que más importancia tiene para el desarrollo profesional de ustedes. Una vez que salen de la sala de operaciones, la cirugía realizada se convierte en cosa pasada. En esta reunión, sus errores y los míos serán sacados a la superficie y examinados con minuciosidad por sus compañeros. Lo que ocurre aquí es, quizá, más importante que lo que ocurre en la sala de operaciones, por lo que se refiere a convertirles a ustedes en verdaderos cirujanos”.

Cogió una galleta, se repantigó en el asiento de primera fila e hizo una señal a Meomartino.

-Empiece usted, doctor.

Al leer el jefe de cirugía los detalles, se vio con claridad que el primer caso era corriente: un hombre de cincuenta y nueve años con un carcinoma grave del hígado que no había buscado curación hasta que era demasiado tarde.

-¿Prevenible o inevitable? –preguntó el doctor Longwood, limpiándose las migas.

Todos los veteranos votaron inevitable, y el jefe se mostró de acuerdo.

-Demasiado tarde –dijo-, lo que indica la necesidad de diagnosticar a tiempo.

El segundo caso era una mujer que había muerto de un ataque cardíaco mientras estaba siendo tratada en el hospital por lesiones gástricas. No había tenido anteriormente ninguna enfermedad cardíaca y la autopsia había revelado que sus lesiones no eran serias. De nuevo los cirujanos consideraron que la muerte había sido inevitable.

-De acuerdo –dijo el doctor Longwood-, pero quiero advertir que de no haber fallecido de un ataque cardíaco la habríamos tratado equivocadamente. Debiera haber sido abierta y explorada. Un artículo interesante publicado hace dos meses en el Lancet subrayaba que el porcentaje de supervivencia de cinco años en casos de tumores gástricos tratados médicamente, sean o no serios, es del diez por ciento. Cuando el paciente es explorado para averiguar qué es exactamente lo que tiene, el porcentaje de supervivencia aumenta, hasta llegar a un cincuenta o sesenta por ciento.

“Esto es una clase –pensò Spurgeon, calmándose y comenzando a pasarlo bien-; no es màs que una clase”.

El doctor Spurgeon presentò a la doctora Elizabeth Hawkins y al doctor Luis Solomon. Spurgeon notò un ligero cambio en el ambiente, y se fijò en el doctor Kender, el experto en riñones, que se había inclinado hacia delante, jugueteando nerviosamente con algo en su manaza.

-Tengo mucho gusto en que los doctores Hawkins y Solomon hayan aceptado nuestra invitación y estèn ahora aquí con nosotros –dijo el doctor Longwood-. Son residentes del equipo pediátrico, donde estaban acabando su internado al ocurrir el fallecimiento que vamos a examinar a continuación.

Adam Silverstone leyò los datos de la niña de cinco años Beth-Ann Meyer, que había sufrido treinta por ciento de quemaduras en el cuerpo al ser escaldada con agua hirviendo. Después de dos injertos cutáneos en la sala de pediatría del hospital, una noche, a las tres, había vomitado, atascándosele algo de comida en la garganta. Un residente de anestesia había tardado diecisiete minutos en llegar, y cuando acudió la niña había muerto.

-No hay excusa alguna para justificar la tardanza del anestesista en llegar al lugar del incidente –dijo el doctor Longwood-, pero, dígame... -los ojos fríos se fijaron en la doctora Hawkins y luego en el doctor Solomon-, ¿por qué no hicieron ustedes una traqueotomía?

-Ocurriò con gran rapidez –respondiò la muchacha.

-No teníamos los instrumentos necesarios –arguyò el doctor Solomon.

El doctor Kender mostrò, entre el índice y el pulgar, el objeto que tenía en la mano.

-¿Saben ustedes lo que es esto? –dijo.

El doctor Solomon carraspeò.

-Una navaja de bolsillo .

-Siempre llevo una encima –dijo el experto en riñones, sin alzar la voz-. Con ella podría abrir la garganta en un tranvía.

Ninguno de los residentes pediátricos contestò. Spurgeon no lograba apartar los ojos del pàlido rostro de la muchacha. “Estàn arrinconándoles –pensò-; lo que están diciéndoles es: Ustedes mataron a esa niña, ustedes”.

El doctor Longwood mirò al doctor Kender.

-Prevenible –dijo èste, a través del puro.

Al doctor Sack.

-Prevenible.

Al doctor Paul Sullivan, cirujano externo.

-Prevenible.

A la doctora Parkhurst.

-Prevenible.

Spurgeon permanecía inmóvil mientras la palabra iba rodando, como una piedra helada, en torno al perímetro de la estancia, incapaz ya de mirar a los dos residentes pediátricos.

“Dios –dijo-, que no me ocurra nunca esto a mì”.

Le asignaron a la sala Quincey, con Silverstone, y los dos fueron allí juntos. Era una hora de mucho ajetreo para las enfermeras, la hora de tareas como cambiar vendajes, y tomar temperaturas, o servir zumo de frutas y traer y llevar orinales, entregar píldoras y completar historiales. Estuvieron un rato en el pasillo, mientras el residente tomaba notas que había tomado durante las visitas matinales, y Spurgeon observaba a dos enfermeras estudiantes, haciendo camas y riendo como locas; finalmente, el doctor Silverstone levantò la vista.

“Y hablò el Señor –pensò Spurgeon-, y dijo...”.

-Harold Krebs, operación de psotectomìa, habitación 304, necesita dos unidades de sangre. Comenzar una intravenosa para Abraham Batson en la 310. Y luego recoger los instrumentos y poner un catéter central venoso Roger Cort, 308.

Una vieja delgada y de pelo ralo con la insignia de jefa de enfermeras en el gorro, estaba en el archivo de los historiales clínicos. Spurgeon pasó junto a ella murmurando excusas y descolgó el teléfono.

-¿Tiene el número del banco de sangre? –le preguntò.

Sin mirarle, la mujer le pasó la guía de teléfono.

Marcò el número, pero comunicaba.

Una enfermera morena, muy guapa y con buen tipo, envuelta en un uniforme de nailon, entrò y se puso a escribir un recado en la pizarra: “Doctor Levine, por favor, llame a W. Ayland 872-8694”.

Marcò el número de nuevo.

-¡Maldita sea!

-¿Necesita algo, doctor? –preguntò la enfermera joven.

-Estoy tratando de hablar con el banco de sangre.

-Es el peor número de todo el hospital. La mayor parte de los internos lo que hacen es ir ellos y recoger la sangre personalmente. La persona por quien hay que preguntar allí es Betty Callaway.

Le dio las gracias y se fue corriendo. Volvió a pasar junto a la jefa de enfermeras y colgó de nuevo el teléfono. “La vieja bruja blanca –pensò-, debiera habérmelo dicho. La verdad –se dijo deprimido-, ni siquiera se encontrar ese maldito banco de sangre”.

Se inclinò de nuevo y mirò el nombre de la vieja.

-Señorita Fultz –dijo.

Ella siguió escribiendo, como si nada.

-¿Puede decirme por dònde se va al banco de sangre?

-Sòtano –respondiò ella, sin levantar la vista.

Lo encontró después de preguntar tres veces màs y encargò la sangre que necesitaba Betty Callaway, esperando impaciente mientras èsta buscaba el tipo de sangre de Harold Krebs. Volviendo a subir en el lento ascensor, se maldijo a si mismo por no haber tomado la precaución de darse una vuelta por el hospital, enteràndose bien de dònde estaba todo.

Tal y como estaban pasando las cosas, a Spurgeon no le hubiera sorprendido ver que el paciente de la 304 tenía venas invisibles, pero Harold Krebs resultò ser un hombre con un sistema venoso bueno y bien definido, apto para la introducción de catéteres, de modo que la transfusión se llevó a cabo sin dificultad.

-Ahora, la intravenosa para la 310. –Pero, ¿dònde se guardaban las intravenosas? “No puedo preguntárselo a la señorita Fultz –pensò, y entonces cambiò súbitamente de idea:- ¿por què dejarme asustar por esa vieja bruja?”.

-Armario del pasillo –respondiò ella, aùn sin levantar la vista.

“Vieja bruja, usted me va a mirar –se dijo Spurgeon-; no es màs que piel negra, no hace daño a los ojos”.

Cogió las intravenosas y, naturalmente, Abraham Batson, el de la 310, resultò ser lo que èl esperaba encontrar en la 304, o sea, un viejecito reseco, con venas como pelos y marcas de inyecciones dejadas por otros que, como èl, habían intentado la empresa y habían fallado. Hicieron falta ocho punzadas extra, con acompañamiento de gemidos, miradas y gruñidos, y sòlo entonces volvió a verse en libertad.

“Santo cielo, los instrumentos”.

-Señorita Fultz –dijo.

Esta vez le mirò. Se sintió furioso por el desprecio que vio en sus ojos, que eran de un azul desvaído.

-¿Dònde están las herramientas de cortar?

-Tercera puerta a la izquierda.

Encontró lo que buscaba y vio a Silverstone en el lado femenino de la sala.

-Menos mal, iba a dar la voz de alarma –dijo el residente.

-Pasè la mayor parte del tiempo extraviándome.

-Como yo.

Fueron juntos a la 308.

Roger Cort tenía carcinoma intestinal. “Fijàndose bien –pensò Spurgeon- podía ya ver al àngel cogido al hombro derecho de Cort”.

-¿Has hecho esta operación alguna vez?

-No.

-Pues fijate bien. La próxima vez seràs tù quien la haga.

Estuvo atento mientras Silverstone esterilizaba el tobillo e inyectaba novocaína, poniéndose luego guantes esterilizados y practicando una incisión anterior diminuta en el maléolo medial. Dio dos puntadas, una arriba y otra abajo, introdujo la cánula y, en unos pocos segundos ya estaba goteando glucosa en la sangre de Roger Cort. Silverstone hacía que todo pareciera fácil. “Serè capaz de hacer esto”, pensó Spurgeon.

-¿Y ahora què se le ofrece al señor? –le dijo.

-Pues café –respondió Silverstone, y fueron a tomarlo.

Lo sirvió la guapa y morena enfermera.

-¿Què les parece nuestra sala? –preguntò.

-¿Què le pasa a su jefa? –preguntò el mèdico adjunto-. No ha hecho màs que gruñirme toda la mañana.

La muchacha se echò a reír.

-Es ya una especie de tradición en el hospital. No habla con los médicos màs que cuando le son simpáticos y se lo son poquísimos. Algunos de los que vienen de visita la conocen desde hace treinta años, pero ella sigue sin decíarles màs que gruñidos.

-Menuda herencia me ha tocado –dijo Silverstone, deprimido.

“Por lo menos –pensò Spurgeon- no es mi color lo que le cae antipático”. Por alguna razón, esta idea le tranquilizó. Terminò el café y se fue, dejando allí a Silverstone. Cambió algunos vendajes sin tener que preguntar a la señorita Fultz dònde estaban las cosas. “Lo mejor será que me dedique a explorar este lugar”, pensó, preguntándose de pronto lo que haría si se produjera un caso de ataque cardíaco. No sabía dònde estaba el desfibrilador, ni el resucitador. Una enfermera corria pasillo abajo.

-¿Puede decirme dònde se guarda el material número 99?

Ella se parò como si hubiera chocado contra una pared de cristal.

-¿No tiene nada del 99? –preguntò.

-No –repuso èl.

-¿Espera algún caso de urgencia, doctor?

-No.

-Bueno, pues tengo a una mujer que està vomitando hasta los intestinos –dijo la chica, indignada, y se alejó corriendo.

-Sì, señora –dijo Spurgeon, pero ella no le oyò, ya se había ido.

Exhalando un suspiro se lanzó a la busca, como un explorador en una tierra extranjera y desconocida.

A las ocho de la tarde, treinta y seis horas después del comienzo de su carrera como interno, Spurgeon abrió la puerta de su cuarto, en el sexto piso, y se estremeció al recibir de sopetón la ola de calor que salió a su encuentro.

-Santo cielo –dijo, en voz baja.

Sòlo había dormido allí unas horas la noche anterior, porque los internos son los primeros en ser llamados, mientras que a los residentes sòlo se les molesta en casos de cierta gravedad. Ocho o nueve veces había tenido que despertarse para prescribir medicamentos que darían a los pacientes el sueño que a èl, el interno, le era negado.

Dejó el saco de papel que llevaba y abrió la ventana de par en par. Se quitò los zapatos, sin desatárselos, y la ropa blanca de trabajo, y se arrancò la camiseta empapada en sudor. Extrajo del saco una caja con seis latas de cerveza y, desgarrando el aluminio del tapòn, bebió la tercera parte del contenido de la primera en un solo y largo trago. Luego, suspirando, fue al armario y sacò la guitarra.

Sentado en la cama, terminó la primera lata de cerveza y comenzó a desflorar las cuerdas, cantando, en voz baja, la parte de tenor de un madrigal:

Una rosa en mi jardín
tiene una espina cortante,
y yo en ella me herí
dos veces a media tarde.
Y me apresuro a pedir,
mientras me corre la sangre,
mientras me corre la sangre:
límpiasela
a la rosa
de la tarde.

“Al diablo –se dijo con tristeza-, el ambiente de este sitio no està bien”.

Lo que sus composiciones necesitaban siempre era un auditorio que le admirara, una chica esbelta que le dijera con la mirada: “Què listo eres, Spurgeon”, la leve presión llena de promesas de una rodilla junto a èl, a su lado, en la banqueta del piano, y muchos hombres invitándole a copas, como si èl fuera Duke Ellington, y pidiéndole que tocara esto y aquello o lo de màs allà.

“Eso me lo he perdido”, se confesò.

-Culpa tuya, tìo Calvin –dijo, en voz alta.

El tìo Calvin había pensado sin duda que Spurgeon acabaría tocando el piano en algún tugurio de Harlem, matándose por un mendrugo, o por menos incluso. Sonriò y abrió otra

lata, y bebió a salud de su padrastro, cuyo dinero había hecho de él todo un médico, a pesar de la negativa de Spurgeon a prepararse para heredar el negocio que el viejo había sudado toda su vida por sacar adelante. Y luego bebió a su propia salud, nadando en su propio sudor en aquel cuarto diminuto y sofocante.

-Tío Calvin –confesò, en voz alta-, la verdad es que esto no es realmente lo que yo considero éxito.

Fue a la ventana y mirò las luces que estaban empezando a cobrar vida a medida que la ciudad iba oscureciéndose. Por allà abajo tengo que perderme yo, se dijo. Por allà abajo tiene que haber algún apartamento agradable, y quizás algún piano de segunda mano.

-Malditos –dijo, a la ciudad.

Había pasado tres días en el Hotel Statler respondiendo anuncios de apartamentos en el Herald y el Globe. Los agentes de pisos siempre reaccionaban afablemente por teléfono cuando les llamaba el doctor Robinson, pero cuando iba a verles personalmente siempre acababa por ser alquilado el apartamento.

-¿Sabe usted quièn es Crispus Attucks? –le preguntò al último de todos.

-¿Quién? –preguntò a su vez, el otro, nervioso.

-Pues era un hombre de color, como yo. Fue el primer norteamericano que murió en nuestra dichosa revolución.

El otro había asentido con regocijo, y sonriò con alivio al irse.

“Tiene que haber casas bonitas donde nos admitan”, se dijo.

“Bueno, pensó, a lo mejor había estado buscando apartamentos demasiado buenos”. La cosa era que él tenía dinero para ir a un buen sitio. Iba a recibir todos los meses el cheque del tío Calvin, aun cuando le había explicado que ahora recibiría un sueldo del hospital. Discutieron largo y tendido, hasta que Spurgeon, por fin comprendió que todos los terceros jueves de cada mes, al firmar el maldito cheque, el tío Calvin le daría dos cosas: dinero, que le importaba porque no siempre lo había tenido, y amor, la cosa màs milagrosa de su vida.

“Tío –pensò Spurgeon con ternura-, ¿por què no habrè podido llamarle padre?”

Hubo una época que recordaba como se recuerda una pesadilla, en la que él y su madre habían sido negros pobres, antes de que ella se casara con Calvin y se volvieran negros ricos. Él dormía entonces en su cuna, junto a la cama de su madre, en un indecente cuartucho de la calle 172 Oeste. El papel de la pared era de un marròn desvaído, con manchas de humedad en torno al borde superior de una de las paredes, dejadas allí mucho antes cuando alguien, en el piso de arriba, había desbordado la bañera o roto una tubería. Él siempre se acordaba de aquellas manchas como si fueran huellas de lágrimas, porque, cuando lloraba, su madre las señalaba y le decía que si no dejaba de llorar sus mejillas tendrían marcas iguales que las de la pared. Se acordaba de una mecedora renqueante con el asiento de ratòn gastado, de la cocinilla de gas que funcionaba tan mal que el agua

tardaba eternidades en hervir, de la mesita de jugar a las cartas en la que no podía dejarse nada de comer de un día para otro porque de las paredes salían animales hambrientos.

Se acordaba de todo ello cuando no le quedaba más remedio. Él prefería acordarse de mamá, de lo guapa que había sido de joven.

Cuando era niño, su madre le solía dejar todos los días con la señora Simpson, que vivía en el piso de abajo, y tenía tres hijos y un cheque de beneficencia pública en lugar de marido y trabajo. Mamà no recibía cheques. Siendo él niño, trabajó de camarera en una serie de restaurantes, y este trabajo había acabado por estropearle los pies, y engordarle las piernas. Aun así era guapísima. Le había dado a luz siendo aún jovencita, y más arriba de las piernas estropeadas su cuerpo había madurado, sin dejar de ser esbelto y duro.

Mamà a veces lloraba durmiendo y siempre estaba untando de desinfectante el anillo del retrete que compartían con los Henderson y los Catlett. A veces, de noche, después de rezar, Spurgeon murmuraba el nombre de su madre una y otra vez en la oscuridad: Roe-Ellen Robinson..., Roe-Ellen Robinson...

Cuando era pequeño y ella le oía murmurar su nombre, ella le dejaba meterse en su cama. Le rodeaba con sus brazos y le apretaba hasta hacerle gritar, y le arañaba la espalda y le cantaba canciones:

*¡El río es hondo y ancho, aleluya,
leche y miel en la otra orilla..."*

Y le decía lo bien que lo iban a pasar ellos dos cuando llegasen a la tierra de la leche y de la miel, y él entonces apoyaba la cabeza en su pecho grande y suave, y se dormía feliz, feliz, feliz.

Fue a un colegio vecino, un viejo edificio de ladrillo rojo, con ventanas que se rompían más fácilmente de lo que el Ayuntamiento daba abasto para arreglarlas, un patio de recreo situado fuera, y, dentro, un olor que apestaba, compuesto más que otra cosa de hedor a gas de carbón y a cuerpos no acostumbrados a los baños y el agua caliente. Cuando empezó en primer grado, su madre le dijo que aprendiese bien a leer y escribir porque su padre había sido un gran lector, siempre con la nariz metida en un buen libro. En vista de ello, Spurgeon aprendió a leer y llegó a gustarle. Cuando pasó a grados superiores, el cuarto y el sexto, resultaba más difícil leer en la escuela porque solía haber siempre algún jaleo, pero para entonces él ya había aprendido a ir a la biblioteca pública, y llevaba libros a casa para leer.

Tenía dos buenos amigos. Tommy White, que era negrísimo, y Fats McKenna, de un amarillo claro y muy flaco, motivo por el cual le habían puesto el apodo de Fats. Al principio, lo que más le había gustado de ellos era precisamente los apodos, pero luego llegaron a hacerse amigos de verdad. A los tres les agradaba una chica llamada Fay Hartnett, que cantaba como "Satchmo" y hacía ruidos con los labios como una trompeta

loca. Solían merodear por los alrededores de la calle 171 Oeste, jugando a la pelota y metiéndose con los chicos blancos y sus maestros. De vez en cuando, para robar alguna cosa, dos de ellos llamaban la atención del tendero mientras el otro se hacía con el botín, que de ordinario era comestible. Tres sábados por la noche habían tumbado a borrachos, pero de verdad; Tommy y Spurgeon se cogían de los brazos del borracho, juntándoselos a la espalda, mientras Fats, que se creía una especie de Sugar Ray Robinson, se encargaba del resto.

Seguían con interés el desarrollo del cuerpo de Fay Hartnett y una noche, en el tejado de la casa de pisos de Fats, la chica les enseñó a hacer una cosa que le habían enseñado a ella los chicos mayores. Los tres se jactaron a los cuatro vientos de que lo habían hecho, y un par de noches después Fay volvió a hacerles el mismo favor, junto con un grupo más numeroso de amigos y conocidos suyos. Dos meses más tarde Fay dejó de ir a la escuela, y de vez en cuando la veían por la calle y se reían, porque su estómago estaba hinchándose como si se hubiera tragado una pelota de jugar al baloncesto y alguien estuviera inflándola de aire. Spurgeon no se sentía ni culpable ni responsable; la primera vez a él le había tocado el segundo y la segunda vez el séptimo o el octavo, bien al fin de la cola. Y además, ¿quién sabía cuántas otras juergas habría habido sin que él hubiera sido invitado? Pero a veces sentía no oír a Fay cantar como Louis Armstrong.

No se imaginaba a su mamá haciendo aquello que solía hacer Fay, abriéndose de piernas y agitándose, toda húmeda y excitada, y, sin embargo, en el fondo de su corazón, él pensaba que probablemente sí que lo hacía, por lo menos de vez en cuando. Roe-Ellen siempre tenía muchos amigos, y a veces pagaba a la señora Simpson para que dejara que Spurgeon durmiera en su apartamento, con sus dos hijos, Petey y Ted. Un hombre sobre todo, grandote y guapo, Elroy Grant, que tenía una lavandería en la avenida de Amsterdam, hacía la corte a mamá. Oía a whisky fuerte y no hacía el menor caso de Spurgeon, que no le podía ver. Siempre iba por ahí con muchas mujeres; un día, Spurgeon encontró a Roe-Ellen llorando en la cama, y cuando preguntó a la señora Simpson lo que le pasaba, ella le dijo que Elroy se había casado con una viuda que tenía un bar en Borough Hall, había cerrado la lavandería y se había mudado a Brooklyn. Mamá anduvo varias semanas como un alma en pena, pero acabó pasándosele, y un día anunció que Spur tendría que portarse con sensatez y ser un hombre, porque ella se había inscrito en un curso de taquimecanografía nocturno y tendría que pasar cuatro noches a la semana en la Escuela Superior Patrick Henry, en Broadway. Las noches que no tenía que ir al curso las pasaba siempre en casa, y para Spurgeon era como estar de vacaciones.

Roe-Ellen asistió a aquellas clases dos años seguidos, y cuando hubo terminado el curso sabía escribir a máquina a setenta y dos palabras por minuto y tomar taquigrafía a cien palabras por minuto, según el método de Gregg. Pensaba que le iba a costar mucho encontrar un buen empleo, pero a las dos semanas de empezar a buscar la contrataron como secretaria en la compañía de seguros American Eagle. Todas las noches volvía a casa

llena de entusiasmo y contaba nuevas maravillas: el ascensor era rápido, las chicas tan estupendas que había en el equipo de secretarias, las pocas horas de trabajo, lo magnífico que era poder descansar las piernas mientras trabajaba.

Un día, volvió a casa con aire asustado.

-Guapo, hoy vi al presidente.

-¿A Eisenhower?

-No, a Calvin J. Priest, presidente de la compañía de seguros American Eagle. Spur, guapo, ¡es de color!

Eso era absurdo.

-Tienes que haber visto mal, mamá. A lo mejor, lo que pasa es que es blanco, pero muy oscuro.

-Te digo, Spur, que es tan negro como tú. Y si Calvin J. Priest puede llegar a ser importante, nada menos que el presidente de una compañía de seguros, ¿por qué no va a poder también subir Spurgeon Robinson? Hijo, hijo, vamos a acabar viendo la tierra de la miel y la leche, te lo prometo.

-Te creo, mamá.

El vehículo que les llevó a la tierra prometida fue, naturalmente, el tío Calvin.

Cuando llegó a ser hombre, Spurgeon ya conocía a Calvin Priest, cómo había sido después, y también antes de entrar en sus vidas. Esto se debía a que Calvin era un hombre muy comunicativo, que usaba la voz para establecer contacto con la gente, acercándose a Roe-Ellen y a su hijo con palabras que eran como manos. Los pedazos dispersos de su vida fueron siendo recogidos y juntados por Spurgeon a lo largo de mucho tiempo, en el transcurso de muchas conversaciones, después de escuchar sus constantes recuerdos e historias inconexas, hasta que por fin, comenzó a emerger la verdadera historia de aquel hombre, su padrastró.

Había nacido el 3 de septiembre de 1907, en medio de una tormenta tropical, en la ciudad de Justin, Georgia, tierra de melocotones. La inicial media de su nombre era abreviatura de Justin, el apellido del fundador de la comunidad, en cuya casa había sido esclava y criada la abuela materna de Calvin, Sarah.

El último superviviente de la familia Justin, Osborne Justin (fiscal, secretario del Ayuntamiento, bromista inveterado y heredero, encima, de una serie de funciones y deberes tradicionales), había ofrecido a la vieja Sarah diez dólares a condición de que su hija llamase a su hijo Judas, pero la vieja era demasiado orgullosa y demasiado lista para aceptar. Lo que hizo fue dar al niño el nombre de la familia del hombre blanco, a pesar de que, según la leyenda local, sus relaciones en los días de su juventud habían sido algo más íntimas de lo que es normal entre la esclava joven y el hijo del amo, o quizá fuera por eso por lo que lo hizo. Además ella sabía perfectamente que la tradición exigía que, en

cualquier caso, el viejo blanco hiciera un regalo al niño como reconocimiento de aquella deferencia a su apellido.

Calvin creció y se educó como un negro campesino. Mientras vivió en Georgia la gente siempre le llamó haciendo énfasis en el segundo nombre: Calvin Justin Priest, y quizá fuera este vínculo con la clase alta y agüero de grandezas futuras lo que le permitió recibir una educación más extensa. Era religioso y le gustaba el ambiente dramático de las plegarias en común, hasta el punto de que durante mucho tiempo pensó en hacerse predicador. Su niñez fue feliz, a pesar de que sus padres murieron en la epidemia de gripe que, procedente de las ciudades, barrió el campo, tardía pero implacablemente, en 1919. Tres años más tarde, Sarah comprendió que, aunque Dios le había concedido una vida larga y rica en experiencias, el fin se acercaba. Dictó una carta al joven Calvin, que la transcribió con dificultad y la envió a Chicago, el lugar de las oportunidades y la libertad. En ella, la vieja ofrecía el dinero de su entierro, ciento setenta dólares, a unos antiguos vecinos apellidados Kaskins si accedían a tener al nieto en su casa y tratarle como a un hijo. Estaba segura de que Osborne Justin correría con los gastos de su entierro: era una última oportunidad de gastar una buena broma a sus propias expensas.

La respuesta llegó en forma de una tarjeta postal barata en la que alguien había escrito con lápiz:

ENBIA AL CHICO

Cuando volvió a Georgia, Calvin ya era todo un hombre.

Moses Haskins resultó ser un matón compulsivo, que pegaba a Calvin y a sus propios hijos con periódica imparcialidad, por lo que el chico se escapó de la casa antes de un año de vivir con los Haskins. Se dedicó a vender el Chicago American y a limpiar zapatos; luego, atribuyéndose más edad de la que realmente tenía, entró a trabajar en una casa de envasado de carne. El trabajo era durísimo (¿quién hubiera pensado que los animales muertos pesaban tanto?), y al principio se dijo que no aguantaría mucho tiempo allí, pero su cuerpo fue fortaleciéndose, y, además, el sueldo era bueno. A pesar de todo, dos años más tarde, cuando se le presentó la oportunidad de trabajar de peón en un circo o carnaval itinerante, aunque por menos dinero, la aprovechó con entusiasmo. Viajó por el país con el espectáculo, absorbiéndolo todo: la gloria, las alturas, y los valles remotos, las distintas clases de gente. Hizo un poco de todo, generalmente trabajos que requerían una espalda robusta, como empaquetar la carpa del circo, subir y bajar las tiendas de campaña, alimentar y abrevar a los desgraciados animales: unos pocos gatos sarnosos, unos cuantos monos, una jauría de perros amaestrados, un oso viejo, y un águila con las alas recortadas y encadenada a una percha, con las plumas blancas de la cola colgando lacias. El águila acabó sus días en Chillicothe, Ohio.

Cuando Calvin llevaba ya diez meses en el circo, este carnaval puso proa al sur. El día que llegaron a Atlanta ayudò a levantar las tiendas y luego dijo al capataz que tenía que ausentarse unos días. Cogió un autobús y no bajò de èl hasta que llegaron a Justin.

Sarah ya había muerto hacia varios años, y Calvin ya la había llorado, pero quería ver dònde estaba enterrada. No consiguió localizar la tumba, y cuando aquella noche fue a ver al predicador, el viejo estaba de mal humor porque se había pasado el día entero cosechando melocotones, pero acabò cogiendo una linterna y yendo con Calvin a buscar la tumba, que era pequeña, no tenía nombre alguno y estaba en el rincón de los pobres.

Al día siguiente, Calvin contratò a un hombre para que le ayudase. No había sitio libre junto a la tumba de su madre, pero sì un poco màs allà, y allí fue donde llevaron a la abuela. La caja en que estaba enterrada se deshizo al levantarla, pero, así y todo, no estaba tan mal después de dos años de coexistir con la húmeda y roja arcilla. Aquella tarde Calvin oyò al predicador espetar sus bellas frases bíblicas contra el cielo oscuro. En algún lugar, muy arriba, un pájaro revoloteaba orgullosamente. “Un águila”, se dijo Calvin; pero era completamente distinta del ave cautiva del circo, ya muerta. Èsta se movía libremente por el aire, que era suyo y, observándola, Calvin se echò a llorar. Se dio cuenta de que, al relegar a la vieja negra a su tumba de pobres, Osborne Justin, fiscal, secretario del Ayuntamiento, bromista inveterado y heredero de ciertos cometidos tradicionales, había sido el último en reír. Calvin dejó dinero al predicador para pagar la làpida y volvió a coger el autobús, reintegrándose al circo. A partir de entonces se llamò simplemente Calvin J. Priest.

Cuando la economía norteamericana se vino abajo, calvin tenía veintidós años. Había visto el país entero, las ciudades gigantescas y las pequeñas villas campesinas, y llegado a la conclusión de que lo amaba apasionadamente. Sabía que era un país que realmente no le pertenecía a èl, pero sus mil setecientos dólares sì que le pertenecían, y los tenía bien guardaditos en el calcetín marròn.

La Bolsa se derrumbò cuando el circo ambulante comenzaba su gira por el sur, y a medida que iban a la quiebra empresas y compañías la profundidad de la depresión saltaba a la vista incluso en el hecho de que a cada función acudía menos público, hasta que, en Memphis, Tennessee, el espectáculo no tuvo màs que once espectadores, y fue también a la quiebra.

Calvin se consiguió una habitación en dicha ciudad y pasò el otoño tratando de pensar què haría. Al principio se limitò a vagabundear. Había sido un verano seco, y èl pasaba los días pescando con un tenedor y un saco de arpillera, arte que le había enseñado un gañàn de Missouri. Iba al lecho seco del río y abrìa la corteza de barro agrietado hasta llegar al fondo húmedo y fangoso, donde como joyas cebadas, se refugiaban los bagres hasta la llegada de lluvias invernales. Los cosechaba como si fueran patatas, y volvía a casa con el saco lleno de bagres, ayudaba a su patrona a despellejarlos y limpiarlos y toda la

pensión cantaba hosannas a su pericia con la caña y el anzuelo. Por la noche yacía en la cama y leía los periódicos con noticias de hombres blancos que habían sido millonarios y ahora se tiraban por las ventanas de los rascacielos, mientras él se llevaba la mano al bolsillo y acariciaba su dinero, como un hombre que se toca el sexo distraídamente mientras pensaba si le convendría o no ir al norte.

La patrona tenía una hija alocada llamada Lena, de ojos como charcos blancos en el rostro oscuro y el pelo estirado y la boca caliente; Lena jugaba con su cuerpo, y una noche se acostó con la chica en su cuarto, tratando de hacer el amor sobre el colchón donde tenía escondido el dinero, pero el ruido de alguien que lloraba les distraía.

Calvin preguntó a la chica quién lloraba y ella le dijo que su madre.

Cuando le preguntó por qué, Lena le explicó que el Banco blanco donde su madre tenía el dinero del entierro acababa de quebrar, y ahora la pobre mujer derramaba lágrimas por el funeral que ya no iba a tener.

Cuando se fue la chica, Calvin se puso a pensar en la vieja Sarah y en el dinero del entierro que solía llevar cogido con alfileres a la ropa interior. Se acordó de la miserable tumba de Justin, en Georgia.

A la mañana siguiente fue a dar una vuelta por Memphis. Luego, después de comer, salió de la ciudad y cruzó los suburbios hasta llegar a campo abierto. Después de cinco días de búsqueda se decidió por dos acres de tierra pobre, entre un bosquecillo de pinos y la orilla de un río cubierta de maleza. Le costaron seis billetes de cien dólares y le temblaban las manos al pagar el dinero y recoger el título de propiedad, pero nada hubiera podido detener sus planes, porque lo había pensado muy bien, y sabía que era una cosa que tenía que hacer, fuera como fuese.

Le costó otros veintiún dólares con cincuenta centavos aprestar un gran letrado en blanco y negro, que decía: CEMENTERIO SOMBRAFLOR. Sacó el nombre del Libro de Job, que había sido el favorito de Sarah: “Brotó como una flor y se marchita; huye como una sombra sin pararse”.

Encontró a su patrona en la cocina de la pensión, hirviendo una gran puchero lleno de ropa, con los ojos rojos y lagrimeando entre el vapor de la lejía. Había una jarra de leche cremosa. Calvin se sentó y bebió tres vasos sin decir nada, luego puso una moneda de níquel sobre la mesa para pagarlos y empezó a hablar. Le habló de los planes que tenía sobre Sombraflor, las preciosas tumbas, más espaciosas que las de los blancos, los pájaros canoros entre los pinos, e incluso los enormes peces que había en el río, aunque no los había visto, pero daba por supuesto que tendría que haberlos.

-No sigas, muchacho –dijo ella-, mi dinero del entierro ha desaparecido.

-Tiene que haber algo de dinero, tiene usted pupilos.

-Eso no es dinero que pueda gastarse así como así, ni siquiera para mi entierro.

-Bueno, veamos –dijo él, tocando la moneda que había dejado sobre la mesa-, tiene usted esto.

-¿Una moneda de níquel? ¿Vas a darme una tumba por una moneda de níquel?

-Le dirè –respondiò-; usted va y me da una moneda de níquel todas y cada una de las semanas de lo que le quede de vida y la tumba es suya.

-Pero, hombre –replicò la mujer-, ¿y si me muero dentro de tres semanas?

-Pues saldría yo perdiendo.

-¿Y si no me muero nunca?

Èl sonriò.

-Pues entonces los dos seríamos muy felices, amiga. Pero todo el mundo acaba muriéndose tarde o temprano, ¿no es cierto?

-Pues claro que lo es –respondiò ella.

Le vendió tres tumbas, una para cada una de sus hijas.

-¿Tiene amigos que hayan perdido el dinero del entierro con las quiebras de los bancos?

-Sì que los tengo. ¿Una tumba por una moneda de níquel? Hasta a mì me cuesta crearlo.

-Pues dème sus nombres e irè a verles –dijo Calvin.

Y así fue como comenzó la compañía de seguros American Eagle.

Spurgeon recordaba el día en que mamá trajo a Calvin a casa. Estaba sentado en el cuarto haciendo los deberes cuando oyò la llave en la cerradura, y se dijo que tendría que ser mamá. Se levantò para ir a saludarla y al abrirse la puerta vio que había también un hombre, no alto, medio calvo, con gafas de montura de plata, ojos oscuros e inquisitivos que le miraban a la cara, sopesándole, juzgándole y, evidentemente, aprobándole, porque le sonriò y le cogió la mano apretándosela con seguridad y firmeza.

-Soy Calvin Priest.

-¿El presidente?

-¿Còmo? Ah, ya –riò èl-, sì.

Mirò despacio la habitación, observando el techo manchado de humedad, el papel de la pared viejo, los muebles rotos y baratos.

-No puedes seguir viviendo aquí –le dijo a su madre.

A su madre, la voz se le atragantò en la garganta.

-No se haga ideas falsas sobre mì, señor Priest –murmurò-. Yo no soy màs que una chica de color como tantas otras, ni siquiera soy una verdadera secretaria. Yo lo que he sido durante toda mi vida es camarera.

-Eres una dama –dijo èl.

Siempre que Roe-Ellen contaba eso, una y otra y otra y otra vez, durante el resto de su vida, aseguraba y requeteaseguraba que lo que había dicho era: “Eres mi dama”, como Don Quijote a Dulcinea.

Ni Spurgeon ni Calvin se molestaban en contradecirla.

A la semana siguiente ya les había instalado en el apartamento de Riverdale. Su madre tuvo que haberle contado a Calvin muchas cosas sobre ellos. Cuando llegaron vieron sobre la mesa del comedor una botella de champaña en una cubeta llena de hielo, y al lado un plato con miel.

-¿De modo que por fin triunfamos, mamá? –preguntò Spurgeon.

Roe-Ellen no le supo contestar, pero Calvin le acarició la lanosa cabeza.

-Cruzaste el río, compadre –dijo.

Se casaron una semana después, y se fueron un mes de luna de miel a las Islas Vírgenes. Una mujer gorda y alegre llamada Bessie McCoy se quedó con Spurgeon. Se pasaba el día entero haciendo crucigramas, y guisaba grandes banquetes, y le dejaba en paz cuando le preguntaba palabras extrañas que no sabía.

Cuando los recién casados volvieron, Calvin dedicò varias semanas a la tarea de escoger un buen colegio para èl, decidiéndose finalmente por el de Horace Mann, colegio liberal preuniversitario que no estaba lejos del apartamento de Riverdale, y después de los exámenes y tràmites iniciales, Spurgeon fue admitido, lo que fue para èl un gran alivio.

Sus relaciones con Calvin eran buenas, pero una vez le preguntò a su padrastro por què no hacìa màs por ayudar a los demás de su raza.

-Pero, Spurgeon, ¿què quieres que haga? Si coges todo el dinero que tengo y lo repartes entre todos los hermanos de una sola casa de pisos de Harlem, todos ellos acabaràn, tarde o temprano, por quedarse como antes. Tienes que darte cuenta de que los hombres son todos iguales. Acuérdate de lo que te digo, muchacho: todos iguales. Sea cual sea el color de su piel, lo único que les divide es que unos son perezosos y haraganes, y otros quieren trabajar.

-No puedes decirlo en serio –dijo Spurgeon, molesto.

-¡Claro que lo digo en serio! Nadie les ayudará si ellos no se ayudan a sù mismos.

-Pero, ¿còmo van a ayudarse a sù mismos sin educación ni oportunidades?

-Pues yo acertè, ¿no?

-Sì, pero tù eres una excepción. Para los demás tù eres un monstruo, ¿no te das cuenta?

Con su torponería juvenil había tratado de hacerle un cumplido, pero la amarga desesperación que temblaba en su voz le sonò a Calvin a desprecio. Durante meses, a pesar de los esfuerzos de ambos, se levantò entre ellos un muro de cristal. Aquel verano, teniendo Spur ya dieciséis años, se escapò y se puso a trabajar en un barco, diciéndose a sù mismo que lo que èl quería era averiguar lo que había sido su padre, el marino muerto, pero en realidad de lo que se trataba era de ponerse a sù mismo a prueba contra la leyenda de la independencia conquistada por su padrastro desde tan temprano.

Cuando regresò, en el otoño, èl y Calvin consiguieron volver a su antigua amistad. El viejo calor seguía allí, y ni uno ni otro se arriugaron a perderlo de nuevo reanudando la conversación sobre su raza. Finalmente, la raíz misma de la discusión murió en la mente del

muchacho, que llegó a pensar de los habitantes de sitios como la Avenida Amsterdam lo mismo que pensaba de los blancos.

Eran “la gente èsa”.

Al final, su vida con Calvin llegó a sumirle en confusiones. En Riverdale, negro de piel pero haciendo vida de blanco, Spurgeon no sabía lo que era ni lo que iba a ser de èl. Ahora se daba cuenta del orgullo racial que le producía a Calvin su presencia, porque ni los Justin de Justin, en Georgia, habían tenido jamás un mèdico en la familia. Pero años después de irse de Riverdale, Spur pensaba inmediatamente en la casa de apartamentos con el portero blanco siempre que oía las payasadas de Godfrey Cambrigde sobre los negros ricos, que, cuando alguien les dice que hay un negrazo cerca, se vuelven a mirar y dan gritos, llenos de angustia, preguntando: ¿Dònde, dònnde, dònnde?

El pequeño cuarto, bajo el tejado del hospital, era insoportablemente caluroso y estaba muy alejado de la Avenida Amsterdam y del confort climatizado de Riverdale. Se levantò y mirò por la ventana; el sexto piso del hospital tenía una repisa. Justo debajo, el tejado del quinto piso salía hasta tres metros. Spurgeon, después de pensarlo un momento, cogió una almohada y una manta y las tirò por la ventana; luego, con la guitarra y las latas de cerveza, saltò por el alfèizar.

Fuera, se notaba una leve brisa salina, y Spurgeon se echò a su gusto sobre el tejado, con la almohada contra la pared. A sus pies se extendían las fantásticas luces de la ciudad, y a la derecha, comenzaba una zona de gran oscuridad que era el Océano Atlàntico, y allà, a lo lejos, con una luz constante y amarilla, el faro.

Por la ventana abierta del cuarto contiguo oyò a Adam Silverstone abrir la puerta, entrar y luego salir. Oyò el ruido de la moneda en el teléfono del pasillo y luego la voz de Silverstone, que preguntaba a alguien si podía hablar con Gabrielle.

“No estoy escuchando –pensò-. ¿Què voy a hacer, tirarme del tejado?”

-Oiga. ¿Gaby? Adam. Adam Silverstone. ¿Recuerdas? El de Atlanta...

Riò.

-Ya te dije que vendría. Ahora soy residente en el hospital del condado...

-¿Eh? No, nada, ya sabes lo que me cuesta escribir. De verdad, no escribo nunca a nadie...

-Tambièn yo. Fue maravilloso. He pensado mucho en ti.

Parecía muy joven, se dijo Spurgeon, y sin el aplomo que tenía como mèdico. Bebió un poco de cerveza, pensando en la vida que tenía que haber pasado aquel blanco. “Judío, se dijo, ese apellido es judío. Probablemente de unos padres complacientes: bicicleta nueva, clases de baile, iglesia. Casa colonial. Adam, al cuarto oscuro, no se dicen èsas palabras; bueno, tràela para que la conozcamos...”.

-Oye, me gustaría verte. ¿Qué te parece mañana por la tarde...?

-Ah –respondiò, con voz mate, mientras Spurgeon, escuchando, sonreía comprensivo.

-No. Para entonces tengo que estar aquí. Treinta y seis horas de servicio y luego treinta y seis libres. Así. Y las dos primeras rachas que me toquen libres tendré que pasarlas viendo la forma de agenciarme unos ochavos...

-Bueno, ya nos veremos –dijo èl-; yo soy paciente. Te llamarè la semana que viene. Sè buena.

Se oyò el ruido del teléfono al colgarlo Adam y sus pasos lentos que volvían al cuarto.

“Este blanco no sabe manejarse. Por muy mèdico adjunto que sea, su primer dìa en este sitio fue probablemente tan duro como el mío”, pensó Spurgeon.

-¡Eh! –le llamò.

Tuvo que volverle a llamar para que Adam le oyera y se asomara a la ventana.

Adam vio a Robinson sentado en el tejado con las rodillas cruzadas, como un Buda negro, y le sonriò.

-Anda, sal, hay cerveza.

Salió y Spurgeon le tendió una lata. Se sentò a su lado y bebió, suspirando y cerrando los ojos.

-Fue un buen comienzo –dijo Spurgeon.

-Pues sì. Tardaremos lo nuestro en llegar a conocer este sitio. Lo menos que podían haber hecho era organizar un viaje colectivo de inspección.

-He oído decir que muere màs gente en los hospitales en la primera semana de julio, cuando llegan los nuevos internos y residentes. Mucha màs gente que en otra época.

-No me extrañaría en absoluto –dijo Adam.

Bebió otro trago y movió la cabeza.

-Esa señorita Fultz...

-Pues mira que ese Silverstone....

-¿Què opinas del mèdico adjunto? –preguntò Silverstone con suavidad.

-A veces me cae bien y a veces no.

De pronto ambos de dieron cuenta de que se estaban riendo.

-Me gusta tu manera de tratar a los pacientes –dijo Spurgeon-. Te defiendes estupendamente.

-Llevo mucho tiempo defendiéndome –dijo Silverstone.

-Stratton nos dejó administrarle el arteriograma. No ha vuelto a armar jaleo.

-La chica èsa de color, Gertrude Soames, firmò esta tarde el documento de salida del hospital –dijo Adam-. Se està suicidando.

-A lo mejor es que no tiene ganas de vivir, amigo –observò Spurgeon en voz baja.

Quedaban dos latas de cerveza. Le tendió una a Adam y se quedó con la última.

-Un poco caliente estarà –se excusò.

-Es buena cerveza. La última vez que probè la cerveza era Bax.

-No la conozco.

-Sabe a agua con jabòn y a pies de caballo. Allà, en el sur, se bebe mucho.

-No hablas como la gente del sur.

-Soy de Pensilvania. Pitt, colegio mèdico de Jefferson. ¿Y tù?

-De Nueva York. ¿Dònde hiciste tù el internado?

-En el General de Filadelfia. La primera parte de la residencia la hice en el Quirùrgico de Atlanta.

-¿En la clínica de Hostvogel? –preguntò Spurgeon, impresionado, aunque no queria impresionarse-. Y, ¿viste al gran hombre?

-Yo era el residente de Hostvogel.

Spurgeon silbò sin ruido.

-¿Y què fue lo que te trajo aquí? ¿El programa de transplante de riñones?

-No, voy a dedicarme a la cirugía general. Eso de los transplantes no es màs que un detalle de conjunto –sonriò-. Ser residente de Hostvogel no es tan gran cosa como parece. Al gran hombre le gusta operar. Sus colaboradores apenas tenían oportunidad de coger el bisturí.

-Santo Dios.

-No es por ruindad. Es que si hay que cortar, insiste en ser èl quien lo haga. A lo mejor, por eso es tan buen cirujano.

-¿Es realmente un gran cirujano? ¿Tan bueno como dicen?

-Es estupendo, sì –respondiò Silverstone-. Es tan bueno, que nota pulsos que se le escapan a todos los demás porla sencilla razón de que no existen. Y las estadísticas fueron inventadas para su uso exclusivo. Recuerdo una reunión de una sociedad mèdica en la que Hostvogel declaró que, gracias a una técnica quirùrgica de su invención, sòlo tres de cada mil prostatectomias salían mal, y un viejo veterano, que había usado el método en cuestión, se levantò y gruñò: “Sì, y las tres son pacientes mios”. –Sonriò-. Tiene gran fama, es pésimo maestro, y, después de pasarme allí el tiempo sin hacer otra cosa que mirar, me dije: al diablo, y me vine aquí para aprender cirugía en vez de retòrica. Longwood no brilla tanto como Hostvogel, pero es un maestro fantástico.

-Pues a mì me dejó asustado con la Conferencia de la Mortalidad.

-Pues no creas que es cosa de broma. Ese residente chino, Lee, me dijo que la tradición de este hospital se remonta a hace años, cuando el predecesor de Longwood, Paul Harrelman, estaba luchando por el puesto de jefe de servicio contra Kurt Dorland. Era en el comité donde competían, pidiendo justificaciones de técnica. Finalmente, quien se llevó el puesto fue Harrelman, y Dorland se fue a Chicago, donde se hizo famoso, como sabes. Pero habían demostrado que el Comitè de la Muerte puede ser usado para obligar a la gente a operar como Dios manda. –Silverstone moviò la cabeza-. No es un grupo de damas de la caridad, crèeme, yo no esperaba una cosa así.

Spurgeon se encogió de hombros.

-Tampoco es único. Hasta sin alguien como Longwood que insista en ello, en muchos sitios no son solamente los nuevos los que tienen que ponerse firmes. Los viejos

profesionales también se tiran los trastos a la cabeza. –Mirò a Silverstone con expresión de curiosidad-. Hablas como si te cogiese de nuevas. ¿No teniais Conferencia de Mortalidad en la tierra de los melocotones, con el viejo Hostvogel?

-Sì, claro. De vez en cuando hacen alguna autopsia por puro tràmite, para enseñar. Un sujeto llamado Sam Mayes, el segundo de a bordo de Hostvogel, se sentaba con dos o tres de los médicos, hablaba del hijo de Jerry Winter, que había sido admitido en el colegio mèdico de Florida, se metia un poco con la gente de Washington que quiere socializar la medicina y hacìa algùn comentario sobre el bonito trasero de alguna nueva enfermera. Luego bostezaban y uno decìa: “Làstima de ese pobre hombre, muerte inevitable, claro, no cabe duda”, y todos asentían y se iban a casa, y retozaban con sus mujeres.

Estuvieron un momento en silencio.

-Yo creo que es mejor como lo hacen aquí –dio por fin Spurgeon-; es màs incòmodo, o, mejor dicho, le pone a uno los pelos de punta, pero por lo menos nos tiene a todos en vilo. Probablemente es una garantía de que no acabaremos volviéndonos como la gente està empezando a pensar que somos los médicos.

-¿Còmo?

-Ya sabes: gente de Cadillac, gente gorda, ricachones.

-Al diablo con la gente; que les aspen.

-No es tan fácil.

-¿Què saben ellos de medicina? Tengo veintiséis años. Hasta ahora he sido pobre como las ratas. Personalmente, tengo ganas de comprarme el Cadillac màs largo, màs lujoso que haya en el mercado. Y muchas otras cosas encima, cosas materiales, quiero decir. Pienso ganar todo el dinero que pueda practicando la cirugía.

Spurgeon le mirò.

-Pues si es eso lo que quieres no tienes por què seguir mucho tiempo de residente. Ya has hecho el internado. Mañana mismo puedes lanzarte al mundo y ganar dinero.

Adam moviò la cabeza, sonriendo.

-Eso es lo malo. Podría ganar dinero, pero no mucho dinero. Lo que da dinero de verdad es el certificado del hospital. Eso se tarda en conseguirlo. Por eso estoy perdiendo el tiempo. Para mì, el año que viene será la mejor tortura posible, los últimos instantes antes del orgasmo.

Spurgeon no pudo por menos que sonreír ante la comparación.

-Pues si te tienes que enfrentar al Comitè de la Muerte unas pocas veces acabaràs en el monasterio.

Volvieron a beber. Adam señalò con la lata la guitarra.

-¿Sabes tocar?

Spur la cogió y rasgueò las cuerdas tocando el principio de “Ay, me gustaría estar en la tierra del algodón...”.

Adam sonriò.

-Mentiroso.

A varias manzanas de distancia sonò una sirena de ambulancia, màs y màs fuerte, hasta que casi se cernìa sobre ellos.

Cuando comenzó a bajar, Spurgeon riò.

-Hoy mismo estuve hablando con un conductor de ambulancia, un simpático estafador con la típica barriga de bebedor de verveza, llamado Meyerson, Morris Meyerson. “Llàmame Maish”, dice.

“Bueno, el mes pasado, Meyerson tuvo que salir de madrugada a recoger a aquel sujeto de Dorchester. Parece ser que el paciente sufre de insomnio y una noche no podía dormir. El gotear de un caño en la cocina estaba volviéndole loco, de modo que bajò de la cama y fue a cerrarlo”.

Eructò.

-Perdona –dijo-, pues veràs ahora lo que pasò.

“Es de esos que duermen sòlo con la chaqueta del pijama, sin pantalones, ¿me entiendes? Bueno, pues baja al sòtano a por una tuerca o algo asì, y en el sòtano es donde duerme el gato, un gato macho, ruin, grande. Al volver a la cocina se le olvida cerrar la puerta del sòtano, y està bajo la pila, de rodillas, cerrando el agua, sin pantalones, rucuerda, y entonces, el gato viene sin hacer ruido, ve ese extraño objeto y... la mano negra se levantò, los dedos se volvieron garras y saltaron.

Bueno, claro està, en esos casos uno da un salto y es lo que hizo ese sujeto, y se dio con la cabeza en la pila. Su mujer se despertó a causa del estruendo, bajò corriendo de la cama y al entontrarle en el suelo llamò al hospital. Era poca cosa, y cuando Meyerson y el interno llegaron el hombre ya había recobrado el conocimiento. Estaban sacàndole de la casa cuando Meyerson le preguntò què le había ocurrido y el otro se lo dijo. Maish se echò a reír de tal manera que soltò la camilla y el tìo cayò al suelo y se rompió la cadera. Ahora ha puesto pleito al hospital”.

Màs que la anécdota, fue lo cansados que estaban lo que les soltò. Rompieron a reír, llorando, y se hubieran tirado al suelo de no haber estado tan cerca del borde del tejado. El regocijo sùbito, inesperado, provenìa del fondo mismo de sus vientres, como resortes que se sueltan como consecuencia de la tremenda tensión acumulada durante las treinta y seis horas pasadas. Con las mejillas húmedas, Adam dio una patada en el aire y su pie tocò una de las latas vacias, que rodò sobre el alquitrán y desapareció por el borde.

Cayò.

Y cayò.

Y finalmente rebotò contra el cemento del patio.

Aguadaron en silencio y recobraron la respiración al mismo tiempo.

-Lo mejor es que mire a ver –murmurò Adam.

-No, déjame a mì. Camuflaje natural.

Se acercò cuidadosamente y asomò la cabeza por el borde del tejado.

-¿Qué ves?

-Una lata de cerveza, nada más –respondió.

Tenía la mejilla pegada al borde del tejado, y la uralita aún estaba caliente del sol diurno. La cabeza le daba vueltas a causa de la fatiga, el regocijo y la cantidad de cerveza ingerida. “Después de todo, a lo mejor este sitio me va bien”, se dijo.

Aquella misma noche, más tarde, se sintió algo menos optimista. Hacía más calor, la oscuridad estaba surcada de relámpagos de calor, pero no por lluvia. Spur yacía desnudo en la cama, echando de menos Manhattan. Cuando en la habitación contigua cesaron los movimientos y se sintió seguro de que Silverstone se había dormido, cogió la guitarra y tocó bajo en la oscuridad, al principio tanteando, pero luego improvisando en serio, la melodía anónima y larga que nunca había oído hasta entonces, pero que le decía lo que sentía en aquel preciso momento: una mezcla de soledad y esperanza. Tocó así durante diez minutos.

-Eh –oyó decir a Silverstone-, ¿cómo se llama eso?

No contestó.

-Oye, Robinson –llamó Silverstone-, tocas estupendamente. Repítelo, ¿quieres?

Siguió inmóvil y silencioso. No podría seguir tocando aunque quisiera. “En este sitio –pensó- no se puede estar solo pero acústicamente es bueno”. De vez en cuando refulgía algún relámpago trayendo consigo gruñidos de trueno. Dos veces más se oyeron sirenas de ambulancia. “Fantástico sonido para una composición musical –pensó-. Se podría imitar con cuernos”.

Finalmente, sin darse cuenta de ello, fue hundiéndose en el sueño.

HARLAND LONGWOOD

A comienzos de agosto, cuando sus abogados ultimaron los detalles del fideicomiso irrevocable, Harland Longwood telefoneó a Gilbert Greene, el presidente del comité directivo del hospital, y le pidió que fuera a su despacho a revisar las cláusulas de su testamento, del que nombraba albacea a Greene.

El fideicomiso le parecía muy bien pensado. La renta de sus valores bastaría para dotar de una nueva cátedra para Kender en el Colegio Médico. El sueldo de Longwood como jefe de Cirugía era más que suficiente para sus necesidades inmediatas, pero tenía la aversión propia de un aristócrata de Nueva Inglaterra a echar mano del capital.

El grueso de su fortuna no formaría parte del fideicomiso hasta después de su muerte, cuando se formaría un comité facultativo de asesores para invertirla en beneficio de la escuela médica.

-Espero que tardarà aùn mucho tiempo en nombrar ese comité –dijo Greene, después de leer los documentos.

Esta frase era lo màs parecida a una expresión de afecto que había oído Longwood de labios del banquero.

-Gracias, Gilbert –dijo-.¿Quieres una copa?

-Un poco de coñac.

El doctor Longwood abrió la licorera portátil que tenía detrás de su mesa de trabajo y escanciò el coñac de una de las viejas garrafas azules. Sòlo un vaso, nada para èl.

Le gustaba aquella licorera portátil, de bella caoba oscura y plata vieja. La había comprado una tarde, en una subasta de antigüedades en la calle de Newbury, dos horas después de haber votado a favor del nombramiento de Bester Kender como miembro del hospital. Kender ya se había ganado cierta fama en Cleveland, como innovador de la técnica del transplante, y, aquella tarde, Harland Longwood se había dado cuenta de nuevo de que a su alrededor estaban surgiendo hombres màs jóvenes y brillantes. Pagò algo màs de lo que realmente valìa aquel pequeño bar antiguo, en parte porque sabìa que a Frances le gustaría y, en parte también, porque se dijo, con cierto humor negro, que si los jóvenes invasores acababan echándole de lado siempre podía dedicarse a llenar las botellas de su licor favorito y anesthesiarse a solas tarde tras tarde.

Y ahora, diez años después, seguía siendo jefe de Cirugía, se recordó a sù mismo, no sin cierta satisfacción. Kender había atraído en torno a sù a otros jóvenes genios, pero cada uno de ellos iluminaba solamente un campo reducido de actividad. Seguía siendo èl, el viejo cirujano general, el encargado de reunir todas las piezas y dirigir el servicio de cirugía del hospital.

Greene husmeò, tomò un sorbo, se frotò el coñac contra el paladar, y tragò despacio.

-Es una donación generosa, Harland.

Longwood se encogió de hombros. Ambos sentían una gran lealtad al hospital y al Colegio Mèdico. Aunque Greene no era mèdico, su padre lo había sido, y èl fue nombrado miembro del comité directivo automáticamente, en cuanto su posición en el mundo de la banca le convirtió en una persona influyente. Longwood sabìa que en el testamento de Gilbert había clàusulas que serian màs ventajosas para el hospital que las suyas incluso.

-¿Y de verdad no crees que tu lealtad hacia este sitio no ha perjudicado a otros herederos? –preguntò Greene-. Veo que los otros legados son de diez mil dólares cada uno, a la señora Marjorie Snyder, del Centro Newton, y otro a la señora Meomartino, de Back Bay.

-La señora Snyder es una vieja amiga –dijo Longwood.

Greene, que conocía a Longwood de toda la vida, y también creìa conocer a todos sus viejos amigos, asintió con la ausencia de sorpresa del hombre que ha leído muchos testamentos raros.

-Tiene una buena pensión mensual y ni necesita ni desea ayuda económica mía. La señora Meomartino es mi sobrina Elizabeth, la hija de Florence –añadiò, recordando que, en cierta época, Gilbert había estado enamorado de Florence.

-¿Con quièn se casò?

-Con uno de nuestros encargados del servicio de cirugía. Tiene dinero, es de familia rica.

-Seguro que le he visto alguna vez –dijo Greene, con desgana.

Longwood había notado que a Gilbert le desagradaba confesarse incapaz de identificar a la gente joven del hospital, como si fuera una organización pequeña e íntima.

-No hay nadie más –dijo el doctor Longwood-. Por eso quiero donar la cátedra de Kender lo antes posible. Es urgente.

-La Càtedra Harland Mason Longwood de Cirugía –dijo Greene, saboreando el nombre como había saboreado el coñac.

-No, la Càtedra Frances Sears Longwood –corrigiò el doctor Longwood.

Greene asintió.

-Eso està muy bien. A Frances le hubiera gustado.

-No estoy yo muy seguro, pienso que le habría intimidado –dijo-; yo quería que tú y otros comprendierais que esto no va a reducir los gastos del departamento, Gilbert. No es èse el motivo de mi legado, en absoluto. Quiero utilizar de otra manera los fondos que quedaràn libres.

-¿De què manera? –preguntò Gilbert, cauto.

-Para pagar un nuevo curso de instrucción quirúrgica, eso lo primero. No preparamos bien a nuestra gente. Creo que lo mejor es empezar, y lo antes posible.

Gilbert asintió, pensativo.

-A mì me parece bien. ¿Tienes ya candidato?

-No, la verdad. Tenemos a Meomartino, pero no sè si le interesará. Y luego està el chico nuevo, Silverstone, que acaba de venir al hospital y parece excelente. No hay necesidad de escoger ahora. Eso es cuestión del departamento. Nosotros lo que tenemos que hacer es vigilar y dejar que el comité seleccionador nos presente al mejor candidato para julio próximo.

Gilbert se levantò para irse.

-¿Y què tal estàs tú, Harland? –preguntò, al darle la mano.

-Yo, bien; cuando està mal, lo dirè –respondiò, a sabiendas de que Gilbert recibía informes sobre su estado de salud.

El presidente del comité directivo asintió. Vacilò un momento.

-El otro día estaba pensando en esas tardes que solíamos pasar juntos en la finca –dijo-. Lo pasábamos bien, Harland, bien de verdad.

-Sì –dijo el doctor Longwood, asombrado.

Tengo que tener peor aspecto del que creía –pensó-, para que Gilbert se muestre tan emotivo.

Cuando Greene se hubo ido se dejó caer en la silla y se puso a pensar en las tardes de verano en que, siendo joven y aún cirujano visitante, hacía sus visitas de la tarde y luego se ponía a la cabeza de tres coches llenos de gente (empleados y médicos del hospital, y, a veces, alguno de los administradores), e iban todos a la finca de Weston, donde jugaban al fútbol y lo pasaban en grande, en un prado inclinado y duro, hasta que llegaba la hora de la cena y comían salchichas de Francfort, alubias cocidas y pan negro que les había preparado Frances.

Fue después de una de esas bellas tardes de sábado cuando Frances cayó enferma. Inmediatamente se dio cuenta de que era el apéndice. Había tiempo sobrado para llevarla al hospital.

–¿Me lo vas a quitar tú? –había preguntado ella sonriente a pesar del dolor y la náusea, porque realmente tenía mucha gracia verse convertida en paciente de su marido.

Èl movió negativamente la cabeza.

-No, Harrelman. Pero yo estaré allí, querida.

No quería operarla èl, ni siquiera tratándose de una apendicectomía.

En el hospital la había puesto en manos de un interno portorriqueño llamado Ramírez.

-Mi mujer es alérgica a la penicilina –le había dicho Longwood, por si ella olvidaba advertirlo.

Repitió esto dos veces más y luego corrió a buscar a Harrelman. Más tarde descubrió que el muchacho casi no hablaba inglés. No había examinado el historial médico de Frances porque no sabía interrogarla ni hubiera entendido sus respuestas. Evidentemente, lo único que comprendió de su advertencia fue la palabra penicilina, y, consciente de su deber, le había administrado cuatrocientas unidades intramuscularmente. Antes incluso de que Harland hubiera conseguido dar con Harrelman, ya Frances había sufrido un shock anafiláctico y estaba muerta.

Aunque sus amigos habían tratado de impedirle asistir a la Conferencia de Mortalidad, èl acudió por su propia voluntad, insistiendo en que se buscara un intérprete para que el doctor Ramírez comprendiese todo cuando se iba a decir allí. Bajo la mirada vigilante y analítica de Harrelman, Longwood había tratado al muchacho con consideración y moderación, pero con implacable minuciosidad. Un mes después de que el comité declarase la muerte evitable, el doctor Ramírez dimitió y se volvió a su isla. El doctor Harrelman invitó entonces a Harland a comer y le convenció de que aceptara la dirección del departamento cuando èl se retirara.

Para esto tuvo que renunciar a su clientela habitual pero nunca se arrepintió de ello. Modificó todo lo posible su modo de vida. El otoño siguiente vendió la finca, rehusando a un beneficio de cinco mil dólares que le ofrecía un contable de Worcester llamado

Rosenfeld para vendèrsela a un abogado de Framingham apellidado Bancroft. Rosenfeld y su mujer parecían simpáticos, y èl nunca revelò a sus amigos la oferta que le había hecho. Sabía que Frances se habría enfadado mucho con èl por esto, pero la verdad era que no podía acostumbrarse a la idea de que la finca que su mujer había querido tanto pasase a manos de gente tan diferente a como había sido ella.

Moviò la cabeza y, después de una lucha consigo mismo, volvió a poner en su sitio la botella de coñac.

Nunca le había gustado mucho beber, pero últimamente había empezado a tomar coñac, razonando que el contenido alcohólico del coñac estaba casi completamente metabolizado y, por lo tanto, podía ser considerado como una especie de medicamento.

Cuando aparecieron los primeros síntomas, èl sospechò que tenía una inflamación prostática. Contaba sesenta y un años, justo la edad en que es probable que esto se produzca.

La perspectiva de tener que someterse a una prostactetomía era irritante; quería decir que tendría que dejar de trabajar precisamente cuando estaba comenzando un proyecto que llevaba años preparando: la redacción de un nuevo texto de cirugía general.

Pero no tardò en resultar evidente que aquello no tenía nada que ver con la próstata.

-¿Has tenido la garganta irritada recientemente? –le había preguntado Arthur Williamson al pedirle Harland que le examinara.

Esta pregunta era precisamente la que había esperado y por eso le irritò.

-Sì, no durò màs que un dia. Hará dos semanas.

-¿Mandaste hacer un cultivo?

-No.

-¿Tomaste un antibiótico?

-No eran estreptococos.

Williamson se le había quedado mirando.

-¿Y còmo lo sabes?

Pero los dos sospechaban que sì lo eran, y sabían también, sin motivo o razón, con una curiosa resignación, antes incluso de proceder al examen, que la infección le había dañado el riñòn. Inmediatamente, Williamson le había entregado a Kender.

Le habían puesto una desviación arteriovenosa en una vena y una arteria en la pierna.

Desde el principio Longwood se había portado como un pésimo paciente, luchando emotivamente contra el aparato renal desde el momento mismo que le conectaron el tubo a la desviación. El aparato era ruidoso e impersonal, y durante la sesión de limpieza de sangre, que requería catorce horas, Harland tenía que yacer inquieto en la cama y sufría violentos dolores de cabeza, tratando inútilmente de trabajar con sus fichas, en las que había acumulado material para el primer capítulo de su libro.

-Con frecuencia los riñones se restablecen y vuelven a funcionar después de unas pocas sesiones con este aparato –le había dicho Kender, optimista.

Pero hubo que realizar el obscuro rito con el aparato dos veces a la semana durante todo un mes, y entonces resultò evidente que sus riñones no reaccionaban y que sòlo el aparato le iba a conservar la vida.

Le impusieron sesiones fijas, todos los lunes y jueves por la tarde, a las ocho y media.

Se liberò de todos los horarios quirùrgicos. Llegò a pensar en dimitir, y luego, desapasionadamente, decidió, o mejor dicho, esperò que èl era demasiado importante como administrador y maestro. En vista de ello continuò con su rutina diaria.

Pero el jueves de la séptima semana que pasaba con el aparato, sin premeditación o deliberación en absoluto, sencillamente dejó de ir al laboratorio. Mandò recado de que pusieran en su lugar a otro paciente.

Pensò que quizá Kender intentara convencerle de que tenía que volver a usar el aparato, pero el día siguiente el uròlogo no hizo el menor esfuerzo por ponerse en contacto con èl.

Dos noches màs tarde notò que se le habían hinchado los tobillos, con edema. Yaciò despierto toda la noche y, luego, por la mañana, por primera vez en muchos años, llamò a su secretaria y le dijo que aquel día no irìa a trabajar.

Un par de píldoras le permitieron dormir hasta las dos. Se despertò nervioso e irritable, se preparò un poco de sopa en conserva que en realidad no le apetecía, luego tomò una dosis extra de grano y medio y volvió a echarse a dormir hasta las cinco y media.

Por falta de algo mejor, se duchò, se afeitò y se medio vistiò. Después, se sentò en el cuarto de estar, casi a oscuras, sin molestarse en encender la lámpara. Al poco rato se dirigió al armario del pasillo y bajò de detrás de la balda una botella de Château Mouton-Roschild de 1955 que le había dado tres años antes un paciente agradecido, aconsejándole que la guardara para celebrar algo. La descorchò con muy poco dificultad y se sirvió un vaso; luego volvió al cuarto de estar y se sentò allí a oscuras, bebiendo el vino càlido y espeso.

Estaba pensando con gran lucidez. Seguir así no conducía a nada ni valía la pena. No era realmente el dolor, sino màs bien lo indigno de la situación.

Los somníferos eran realmente muy suaves y haría falta tomar un buen puñado de ellos, pero en la botella había de sobra.

Tratò de imaginarse situaciones en que su presencia pudiera resultar necesaria.

Liz tenía a Meomartino y a su hijo, y Dios sabìa que èl no había sido capaz de ayudar a Liz a resolver sus problemas.

Marge Snyder le echarìa de menos, pero los dos llevaban años dándose muy poco. Ella había perdido a su marido poco antes de la muerte de Frances, y los dos habían sido amantes en el período de máxima necesidad humana, pero la cosa había terminado hacía mucho tiempo. Ella le echarìa de menos únicamente como se echa de menos a un viejo

amigo, y tenía su propia y ordenada vida, en la que la ausencia de èl no dejaría ningún vacío.

En el hospital quizá su muerte dejara un vacío, pero, aunque Kender preferiría seguir siendo especialista en transplantes, tendría que asumir, por ser su obligación, el puesto de cirujano jefe, y Longwood sabía perfectamente que haría el papel muy bien, brillantemente incluso.

Sòlo quedaba, pues, el libro.

Fue a su despacho, y mirò los dos viejos archivos llenos de historiales clínicos y los montones de fichas que tenía sobre la mesa.

¿Sería realmente la gran aportación que èl imaginaba?

¿O no sería, después de todo, màs que una simple tentación a abandonarse a un último estertor de una vanidad que en otros tiempos fue vital, a un deseo de que futuros estudiantes consultaran a Longwood, en vez de a Mosely o a Dragstedt?

Cogió el frasco de las píldoras y se lo metió en el bolsillo.

Se sirvió retadoramente otro vaso de vino y salió del apartamento. Sacò el coche, y, en la oscuridad temprana y nubosa, se dirigió hacia Harvard Square, pensando, quizá, meterse en algún cine, pero ponían una vieja película de Humphrey Bogart, de modo que siguió adelante, cruzando la plaza y diciéndose que ahora Frances no la reconocería, llena como estaba de pies descalzos, barbas y muslos al descubierto.

Dio la vuelta al patio, y aparcò no lejos de la capilla de Appleton. Sin saber por qué, bajò del coche y entrò en la capilla, que estaba silenciosa y vacía; justo lo que la religión había sido para èl.

No tardò en oír pasos.

-¿Puedo serle útil en algo?

Longwood no sabía si aquel joven cortès era o no el capellàn pero vio que no era mayor que un interno del hospital.

-No, muchas gracias –respondiò.

Volvió a salir y subió al coche. Esta vez sabía a dònde iba. Fue a Weston y cuando hubo llegado a la finca sacò el coche de la carretera para aparcarlo donde se dominara el prado en que tantas veces había jugado al balón.

Apenas se veía en la oscuridad, pero parecía no haber cambiado nada. A pocos pasos del coche vio la vieja haya gris y plata y se alegrò de que siguiera en pie.

Con gran sorpresa, sintió en la vejiga la presión antes familiar, apremiante.

“A lo mejor es por el vino”, pensó, con creciente emoción.

Bajò y fue a un lugar a mitad de camino entre el coche y el gran árbol. Frente a la vieja tapia de piedra se deslizò la cremallera y concentrò sus esfuerzos.

Al cabo de un largo rato salieron dos gotas, que cayeron, como de un grifo mal cerrado.

Aparecieron faros que se acercaban, y Longwood se echò hacia atrás violentamente, cerràndose los pantalones como un muchacho a quien sorprende una puerta inesperadamente abierta. El coche pasò raudo junto a èl, que seguía allí, temblando. Soy un idiota, un idiota –se dijo, irritado-. Tratando de mear en plena oscuridad, en un parterre de lirios de los valles que èl mismo había plantado un cuarto de siglo antes.

Una gota de lluvia le besò fríamente sobre la frente.

Se preguntò si, cuando llegara el momento, el Comitè de la Muerte decidirìa si el fracaso de Harland Longwood había sido evitable o inevitable.

Si gracias a alguna especie de reencarnación pudiera èl mismo presidir la reunión, insistiría en echarle toda la culpa al doctor Longwood, pensó.

Por tantas decisiones equivocadas.

Horrorizado, lo vio con perfecta claridad.

Toda la vida era una Conferencia de Mortalidad.

El historial clínico empezó con el primer momento de existencia consciente y responsable.

Y, tarde o temprano, al principio poco a poco y luego con sorprendente rapidez, llegaba el momento en que la historia terminaba para uno. Y èl ahora se veía las caras con el total de su propia e imperfecta actuación.

Tan vulnerable, tan terriblemente vulnerable.

Caballeros, examinemos el caso Longwood.

¿Evitable o inevitable?

Cuando volvió al coche la lluvia caía ya persistentemente, como vertida desde el cielo por sus músculos pélvicos.

Dio la vuelta al coche y sus faros iluminaron el letrero que había al final de la calzada; entonces vio que los Bancroft habían vendido la finca a una familia apellidada Feldstein.

Ojalà los Feldstein fueran tan simpáticos como los Rosenfeld.

Un momento màs tarde comenzó a reír, y no tardò en reír tanto que tuvo que parar el coche a un lado de la carretera.

“Oh, Frances –le dijo-, ¿còmo es posible que, sin saberlo, haya podido convertirme en un viejo estúpido en mal funcionamiento?”.

Haciendo memoria, àun se sentía por dentro como el joven que se había arrodillado desnudo ante ella la primera vez que hicieron el amor juntos.

“Y después de rezar toda la vida ante un santuario como aquèl –pensò-, no puedo empezar a creer de pronto en un Dios salvador simplemente porque me vea necesitado de salvación”.

Ni tampoco, se dijo con aterradora claridad, era capaz, después de haber luchado toda su vida contra la muerte, de ayudarse a sì mismo a morir.

Cuando llegó Longwood al hospital, Kender estaba todavía en el laboratorio de urología, examinando Rayos X con el joven Silverstone.

-Me gustaría volver al aparato –dijo.

Kender levantò la vista de la foto.

-Està ocupado en lo que queda de noche –dijo-. No te lo puedo dejar hasta mañana.

-¿A què hora?

-A eso de las diez. Cuando termines, quiero que te hagas una transfusión de sangre.

Era una orden, no una petición. Kender estaba hablando con un paciente.

-Creemos que el aparato no es una solución permanente para ti –estaba diciéndole Kender-. Vamos a ver la forma de conseguirte otro riñòn.

-Ya sè lo difícil que es escoger donadoresde riñones –dijo Longwood, con sequedad-. No quiero privilegios.

El doctor Kender sonriò.

-No vas a tener ninguno. Tu caso fue seleccionado por su valor docente por el Comitè de Trasplantes, pero tienes un tipo de sangre poco corriente, y, como es natural, es posible que tardemos algo en encontrar un cadáver adecuado.entretanto, tendràs que ser formal y venir al aparato dos veces por semana.

El doctor Longwood asintió.

-Buenas noches –dijo.

Fuera, las puertas cerradas neutralizaban el rumor de las màquinas y reinaba el silencio. Había llegado ya casi al ascensor cuando oyò abrirse una puerta y ruido de pasos apresurados.

Se volvió y vio que era Silverstone.

-Dejò usted esto en la mesa del doctor Kender –dijo Adam, mostrándole el frasco de las píldoras somníferas.

Longwood buscò en los ojos del joven un atisbo de piedad, pero no vio màs que un interés atento. “Dios –pensò-, èste quizá llegue a cirujano”.

-Gracias –dijo, cogiendo el frasco-. ¡Què descuido el mìo!

ADAM SILVERSTONE

Los turnos de trabajo de treinta y seis horas hacían que los días y las noches se juntasen curiosamente, por asì decirlo, de modo que durante periodos de exceso de trabajo, si no miraba por la ventana, a veces Silverstone no estaba seguro de su afuera había sol o luna.

Encontró que el Hospital General del condado de Suffolk era lo que èl había estado buscando desde hacìa tiempo sin saberlo.

Era un hospital viejo, no tan limpio como cabría desear; la sucia pobreza de los pacientes le ponía nervioso, la administración escatimaba dinero de mil antipáticas maneras, como, por ejemplo, no dando ropa blanca a los médicos con suficiente frecuencia. Pero se practicaba un interesantísimo tipo de cirugía universitaria. En un solo mes allí, Adam había operado más casos de más interesante variedad que en medio año en Georgia.

Había sentido una sensación deprimente al oír por primera vez que Rafe Meomartino estaba casado con una sobrina del Viejo, pero tuvo que admitir que las buenas operaciones se repartían imparcialmente entre ellos dos. Se dio cuenta de que existía una inexplicable frialdad entre Meomartino y Longwood, y acabó pensando que lo más probable era que el parentesco le resultase perjudicial a Rafe.

La única parte incòmoda de su existencia era cuando se encontraba en el sexto piso, que, en un momento de distracción y estupidez, había sido convertido por èl mismo en un lugar frío y solitario.

Lo peor del episodio del jabòn era que, en realidad, a èl le caía simpático Spurgeon Robinson.

Una mañana, había entrado en el cuarto de baño mientras el interno se afeitaba, y se pusieron a hablar de béisbol mientras èl se desnudaba y se duchaba.

-¡Demonio! –murmurò.

-¿Què pasa?

-No tengo jabòn.

-Toma el mío.

Adam había mirado el jabòn blanco que Robinson tenía en la mano, moviendo la cabeza y diciendo:

-No, gracias.

Se estirò bajo el agua caliente y unos pocos minutos más tarde -¿por distracción? Recogió de una bandeja un pedacito de jabòn usado frotándose el cuerpo con èl.

Robinson echò, al salir, una ojeada a la ducha.

-Ah, veo que por fin encontraste el jabòn –observò.

-Sì –contestò Adam, sintiéndose súbitamente incòmodo.

-Èse es el pedazo con que me lavè ayer el culo negro que Dios me ha dado –dijo entonces Spur, afablemente.

El dinero ya no era motivo de preocupación. Se dedicò a trabajar de noche gracias al capote que le había echado al rechoncho anestesista residente, a quien las enfermeras de la sala de operaciones llamaban “gigantico verde”, y que a èl siempre le había parecido un gordinflas, pero cuyo nombre había resultado ser sencillamente Norman Pomerantz. Un día, Pomerantz entrò en el cuarto de personal y, sirviéndose una taza de café, preguntò si alguien querría hacerse cargo varias veces a la semana de la clínica de urgencia de un hospital al oeste de Boston.

-Me da igual donde esté –dijo Adam, antes de que nadie tuviera tiempo de contestar-. Si me pagan, voy.

Pomerantz se echò a reír.

-Està en Woodborough, y te pagan con dinero del seguro de hospitalización.

De modo que renunciò a dormir y no quedó nada descontento del negocio que había hecho. La primera noche que tuvo libre en el Hospital General del condado de Suffolk cogió el tren elevado hasta la plaza del Parque, y, allí, el autobús hasta Woodborough, que resultò ser una villa industrial barroca de Nueva Inglaterra convertida recientemente en un extenso y populoso suburbio de gente que trabajaba en Boston e iba allà a dormir. El hospital era bueno, pero pequeño, y el trabajo, poco interesante: chichones, bultos, heridas; la operación màs complicada que tuvo que hacer fue una fractura de muñeca. Pero el dinero le venìa de perlas. La segunda vez que cogió el autobús de Boston se dijo, casi con miedo, que ya era solvente. Claro es que lo suyo le costaba, pues llevaba sesenta y dos horas sin dormir: treinta y seis al pie del cañòn en el Hospital General del condado de Suffolk y otras veinticuatro en Woodborough, pero la sùbita sensación de opulencia lo justificaba. Cuando volvió a su cuarto del hospital durmiò ocho horas seguidas y luego se despertó sintiéndose ligero de cabeza, ágil de lengua y extrañamente rico.

Iba en autobús a Woodborough siempre que tenía tiempo libre. A medida que su cuerpo iba fatigándose màs y màs, Adam se habituaba a robar pequeños momentos de descanso: en camillas, sentado en el cuarto del personal, una vez incluso apoyándose un momento contra la pared del pasillo, y aquellos momentos de sueño eran para èl como para un niño saborear un caramelo.

Se sentía màs solo incluso que de costumbre. Una noche, echado en la cama, escuchaba a Spurgeon tocar una especie de guitarra cuya existencia èl nunca había sospechado. Adam pensaba que aquella música le enseñaba mucho sobre el carácter del interno. Un rato después se levantò, bajò a la calle y fue a una tienda para comprar una caja de seis latas de cerveza. Robinson abrió la puerta al oírle llamar y estuvo un momento mirándole sin decir nada.

-¿Estàs ocupado? –preguntò Adam.

-No, entra.

-Pensè que podríamos ir al tejado a tomar un trago.

-Fenòmeno.

El perfecto anfitrión abrió la ventan y cogió el paquete, dejando que Adam pasara primero sobre el alfèizar.

Bebieron y charlaron de varias cosas y, de pronto, se quedaron sin saber de què hablar. Se sentían incómodos, y Adam eructò y frunció el entrecejo.

-Al demonio –dijo-. Perdona, tù y yo no podemos estar así, enfadados como un par de niños pequeños. Somos profesionales. Hay gente enferme que depende de nuestras posibilidades de comunicación.

-Me enfado y me voy de la lengua –dijo Spurgeon.

-Pero tienes razón. No me gusta usar el jabòn de cualquiera.

-Pues yo el tuyo ni regalado –sonriò Spurgeon.

-Pero cuanto màs pienso en ello, tanto màs evidente me parece que no por eso rehusè tu jabòn –dijo Adam, en voz baja.

Spurgeon se limitò a mirarle.

-Nunca he conocido lo que se dice bien a una persona de color. Cuando era pequeño, en nuestro barrio de Pittsburgh, pandillas de chicos negros venían a pegarse con nosotros. Hasta ahora èsa es la parte màs importante de mis contactos interraciales.

Spurgeon seguía sin decir nada. Silverstone cogió otra lata de cerveza.

-¿Has conocido tù a muchos blancos?

-En estos doce años últimos me han tenido sitiado.

Los dos miraron hacia los tejados vecinos.

Robinson alargò algo y Adam lo cogió, pensando que sería una lata de cerveza, pero resultò que era una mano.

Que èl estrechò.

Con su primer cheque devolvió el adelanto que, a cuenta del sueldo, había recibido del hospital el día de su llegada, y cuando le fue entregado el segundo cheque fue a un banco y abrió una cuenta de ahorros. En Pittsburgh tenía aùn al viejo, callado por el momento, pero dispuesto sin el menor gènero de dudas a darle un sablazo en cualquier momento. Adam se prometió resistir: toda mi fortuna para salvarle de una catástrofe, pero ni un centavo para alcohol. Aunque no retirò el dinero ni comenzó a buscar un coche de segunda mano, sentía por primera vez el deseo de derrochar. Querìa tener su propio coche para aparcarlo y forcejear con alguien, por ejemplo con Gaby Pender.

Seis semanas ya y aùn no la había visto. Habìa hablado con ella por teléfono varias veces, pero sin invitarla a salir con èl, sintiéndose como impelido hacia Woodborough, para poder aumentar su tesoro.

Cuando por fin salieran, se decía Adam, podría gastar dinero sin escatimar nada.

Pero al otro extremo de la línea telefónica ella estaba comenzando a mosquearse y cada vez que la llamaba se le mostraba màs fría, por lo cual acabò por contarle lo que hacía en su tiempo libre.

-Pero te vas a morir de fatiga –le dijo horrorizada.

-Estoy ya casi a punto de trabajar menos.

-Promèteme que descansaràs el próximo fin de semana.

-Bueno, pero sòlo si sales conmigo el domingo por la tarde.

-No; es para que duermas.

-Despuès de verte.

-Bueno, de acuerdo –dijo ella, al cabo de un momento.

“Parece contenta de rendirse”, pensó èl, optimista.

-Lo pasaremos en grande.

-Oye –dijo ella-, tengo una gran idea para pasarlo realmente bien. La Orquesta Sinfònica de Boston va a radiar esa noche el concierto desde Tanglewood. Yo traigo mi radio portátil y ponemos una manta en la hierba de la explanada y oimos la música.

-Estàs tratando de ahorrarme dinero. Tengo para pasarlo bien de verdad.

-Para pasarlo màs caro, pero no mejor. Tendremos la oportunidad de hablar.

Accedió a estar lista a las seis; así tendrían màs tiempo.

-Estàs loca –dijo Adam, encontrando que lo de la manta era una gran idea.

El domingo por la tarde, su impaciencia estaba ya tensa a màs no poder. Era un día apacible. Pensando en el futuro inmediato, puso buen cuidado en preparar lo mejor posible los detalles de la jornada, a fin de que no saliese nada mal a última hora. En el cuarto de las enfermeras había un reloj grande y viejo, con las manecillas señalando las cinco menos veinticinco, como las manos de un bailarín de charlestón paralizado inmediatamente después de abrirlas en abanico sobre las rodillas. “Ochenta y cinco minutos eternos”, pensó. Se ducharía y se mudaría de ropa, y saldría del hospital bien defendido en todos los frentes. Afeitado, con loción y polvos, los zapatos relucientes, el pelo bien domado y las esperanzas bien altas, en busca de Gaby Pender.

Se echò hacia atrás en la silla y cerrò los ojos. El gran edificio era como un perro dormido, pensó; podía dormir tranquilo, pero, tarde o temprano...

Sonò el teléfono.

“La vieja, siempre despierta”, pensó, hosco, y descolgó. “Urgente, tres casos de quemadura”.

-Voy –dijo y se fue.

En el ascensor, siguió preocupándose, inquieto por si aquello resultaba serio y le hacía llegar tarde a su cita.

El olor a quemado chocò con èl en el pasillo.

Eran un hombre y dos mujeres. Adam vio que el estado de las mujeres no era tan preocupante. Ya habían tomado calmantes. Bien hecho, residentede la clínica de urgencia, el muchacho llamado Potter, que necesitaba el éxito. Había operado al hombre en la tràquea, su primera operación de este tipo sin duda (muy bien por el valor, pero regular sòlo por no haber esperado un par de minutos màs para hacer la operación en el sitio adecuado), y ahora estaba concentrando su atención en un catéter de aspiración, tratando de absorber las secreciones.

-¿Han llamado a Meomartino?

Potter moviò negativamente la cabeza. Adam telefoneò al jefe de servicio de cirugía.

-Doctor, aquí nos vendría al pelo que alguien nos echase una mano.

Meomartino vacilò.

-¿Pueden arreglárselas solos? –dijo, tajante.

-No –respondió Adam, colgando el teléfono sin más.

-Santo Dios, mire la de cosas que estoy sacándole de los pulmones –dijo Potter.

Adam miró y se encogió de hombros.

-Eso es contenido gástrico, del estómago. ¿No se da cuenta de que ha sido aspirado?
–dijo irritado.

Se puso a cortar toda la ropa que pudo, para dejar libre la carne quemada.

-¿Cómo ocurrió?

-El inspector de bomberos está haciendo averiguaciones, doctor –dijo Meyerson, desde la puerta-. Fue en una tienda de comestibles. Es casi seguro que se produjo una explosión en la cocina, en el horno. La tienda estaba cerrada por reparaciones. Sin embargo, a juzgar por el olor, debían de tener la cocina llena de una mezcla de queroseno y aceite de cocinar, que se incendió poco antes de caerles encima.

-Vaya, menos mal que no fue una pizzería, porque no hay nada peor que quemaduras de tercer grado de mozzarella –dijo Potter, tratando de recobrar la serenidad.

El hombre se quejó. Adam se cercioró de que aún no había recibido calmantes y entonces le dio cinco miligramos de morfina, y dijo a Potter que les limpiase a los tres lo más que pudiera, no mucho, sin embargo, porque el fuego es una cosa muy sucia.

Apareció Meomartino, hosco, pero se volvió más afable cuando vio que realmente hacían falta manos extra; sacó muestras de sangre a las mujeres para que las examinase el laboratorio; ayudó a Adam, que estaba tratando al hombre. Luego, inyectó a los pacientes sus primeros electrolitos coloides con las mismas agujas que había empleado para extraer la sangre. Cuando todos ellos fueron enviados a la sala de operaciones número 3, una enfermera ya había examinado la cartera del paciente y anotado el nombre y la edad: Joseph O. Grigio, de cuarenta y cuatro años. Meomartino vigiló mientras Potter cuidaba de las mujeres y Adam acoplaba el catéter urinario al señor Grigio y luego seccionaba la larga vena sana del tobillo, insertando una cánula de polietileno y sujetándola con ligaduras de seda, para fijar bien el curso intravenoso.

Tenía quemaduras de segundo grado en un treinta y cinco por ciento del cuerpo: el rostro –¿los pulmones?-, el pecho, los brazos, la ingle, pequeñas secciones de las piernas y la espalda. Antes había sido un hombre musculoso, pero ahora era fofo. ¿Cuántas reservas de fuerza quedarían aún en aquel cuerpo de mediana edad?

Adam se dio cuenta de pronto que Meomartino estaba mirándole mientras él observaba el estado del paciente.

-No hay nada que hacer –sentenció el jefe de cirugía-. No llegará a mañana.

Se quitó los guantes.

-Pues yo creo que sí –replicó Adam, sin darse cuenta.

-¿Por qué?

Se encogió de hombros.

-Nada, una idea mía. He visto muchas quemaduras.

Enseguida se enfadó consigo mismo por haber dicho aquello. Después de todo, él no era especialista en la curación de quemaduras.

-¿En Atlanta?

-No, en Filadelfia. Trabajé de ayudante en el depósito de cadáveres cuando era estudiante de medicina.

Meomartino pareció sorprendido.

-No es exactamente lo mismo que trabajar con gente que todavía está viva.

-Ya lo sé, pero me da la impresión de que este sujeto aguantará –dijo, con obstinación.

-Lo espero, pero no lo creo. Se lo dejo a usted. –Meomartino se volvió para irse, pero se detuvo-. Verá, vamos a hacer una cosa: si aguanta, invito yo a café en Maxie's la semana entera.

“Simpático”, pensó Adam al verle irse con las mujeres.

Estableció un tratamiento profiláctico antitetánico y luego le siguió hasta la sala. Aplicando la regla de Evans para calcular la cantidad de líquido que se había de reemplazar en un hombre de ochenta y cinco kilos de peso, llegó a la conclusión de que harían falta dos mil ciento centímetros cúbicos de coloide, dos mil cien de suero salino fisiológico y dos mil de agua para la excreción urinaria. La mitad de esa cantidad se le aplicaría en suero venoso gota a gota en las primeras ocho horas, se dijo, junto con dosis masivas de antibióticos para contrarrestar la posibilidad de infección bacteriana en la superficie chamuscada y sucia de la zona quemada.

Mientras sacaban la cama del ascensor, en el segundo piso, con una súbita sensación de desánimo vio la hora que era.

Las seis y cuarto.

Debería estar arreglándose para ir a ver a Gaby, y en lugar de eso aún tendría que atender al paciente durante unos veinte minutos.

La habitación 218 estaba vacía, y en ella instalaron al señor Grigio aislado; luego, Adam concentró su atención en la tarea de tratarle la quemadura localmente preguntándose qué estaría usando Meomartino con su paciente en la sección de mujeres.

La señorita Fultz estaba en el cuarto de las enfermeras, con sus historiales clínicos y su enorme pluma estilográfica. Como de costumbre, Adam podría haber sido la sombra de un mosquito. Cansado de esperar a que fuera ella quien levantara la vista, carraspeó ruidosamente.

-¿Dónde hay una palangana grande esterilizada? Y me hacen falta otras cosas.

Una enfermera principiante pasó rápidamente por su lado.

-Señorita Anderson. Déle lo que necesita –dijo la jefa de enfermeras, sin perder siquiera un plumazo.

-Joseph P. Grigio está en la 218. Necesitará enfermeras especializadas por lo menos durante tres turnos.

-No hay enfermeras especializadas disponibles –dijo ella, como hablando con la mesa en la que escribía.

-¿Y por qué diablos no las hay? –replicó Adam, más molesto por la negativa de ella de hablarle directamente que por el problema mismo.

-No sé. Por la razón que sea, las chicas ya no quieren ser enfermeras.

-Tendremos que trasladarle a la sección de tratamiento intensivo.

-En esta sección, el tratamiento no es tan intensivo como se cree. Está sobrecargada desde hace más de una semana –respondió ella, mientras su pluma proyectil describía pequeños círculos negros en el aire antes de caer en picado para escribir una frase sobre el papel.

-Solicite enfermeras y dígame lo que haya en cuanto sepa algo, por favor.

Aceptó el cuenco esterilizado que le tendía la señorita Anderson y mezcló su potingue. Cubitos de hielo para refrescar y anestesiar la quemadura y mantener la hinchazón lo más baja posible. Suero salino fisiológico, porque el agua fresca hubiera actuado a modo de sanguijuela en los electrolitos del cuerpo. Phisohex para limpiar; se cortaba en pequeños remolinos al revolverse la mezcla. Lo único que faltaba en aquella poción mágica era sangre de dragón y lengua de salamandra acuática.

Se puso a sacar trozos de gasa de un armario, hasta que, viendo que en una balda superior había compresas higiénicas, cogió tres capas de ellas. Eran ideales para su objeto.

-Ah. ¿No podría usted por casualidad echarme una mano?

-No, doctor, la señorita Fultz me ha dado orden de hacer otras cosas, como suministrar orinales a la sala entera.

Èl asintió, exhalando un suspiro.

-¿Me haría un pequeño favor, sólo uno? Llamar por teléfono.

Escribió el nombre de Gabrielle Pender y su número de teléfono en una hoja de recetas que arrancó de un block.

-Dígale, por favor, que me temo que voy a tardar un poco.

-De acuerdo. Esperaré. Yo, en su lugar, esperaría.

La chica sonrió, y se fue, dejándole el recuerdo de sus pequeñas y atractivas nalgas escandinavas, recuerdo que fue efímero. Cogió cuidadosamente el cuenco y fue a la habitación 218 derramando sólo un poco de líquido en el suelo reluciente del pasillo. Luego metió las compresas en el líquido, las exprimió suavemente, para liberarlas del exceso de humedad, y fue aplicándolas una a una sobre la carne quemada, comenzando por la cabeza y yendo cuerpo abajo, hasta que el señor Grigio pareció vestir un absurdo traje de vendas higiénicas. Cuando hubo cubierto las espinillas comenzó de nuevo, sustituyendo las compresas viejas, calentadas por el aire, por otras húmedas y frías.

Bajo la acción del opio, el señor Grigio dormía. Diez años antes, su rostro debió de ser atractivo, el rostro de un espadachín italiano, pero su belleza mediterránea se había

disuelto en la calvicie creciente y los gruesos carrillos. “Mañana por la mañana –se dijo Adam- este rostro se convertirá en un globo grotesco”.

El hombre quemado se agitó.

-Dove troviamo i soldi? –gimiò.

Se estaba preguntando dònde encontrarìa dinero. “No en la compaña de seguros”, se dijo Adam. ¡Pobre señor Grigio!

La grasa y el queroseno habían sido puestos en el horno y ahora, con el inspector de bomberos metido en el ajo, el señor Grigio iba a salir muy mal del asunto.

El hombre se movía con leve nerviosismo, y murmurò un nombre, quizá el de una mujer, que obsesionaba su conciencia, o tal vez fuese un presentimiento del dolor que le esperaba si sobrevivía. Adam sumergía las compresas en el cuenco, las sacaba y se las aplicaba al cuerpo, mientras el reloj de pulsera que se había subido brazo arriba tictaqueaba burlonamente.

Poco después de haber usado y repuesto por cuarta vez el contenido del cuenco, se detuvo y se dio cuenta de que la señorita Fultz estaba a su lado, con una taza de tè en la mano.

Sorprendido, la aceptò.

-Creo que he encontrado para esta noche una enfermera especializada –dijo la señorita Fultz-. Llega a las once, y yo no tengo nada que hacer entre ahora y las once, así que puede irse.

-Sì, tenía una cita –dijo èl, recobrando por fin el habla.

Las diez y cinco.

En la cabina telefónica màs cercana marcò el número de Gaby, y se oyò una voz femenina, burlona.

-Serà sin duda el doctor Silverstone.

-Sì.

-Soy Susan Kaskell, la compañera de cuarto de Gaby. Le esperò mucho tiempo. Hará cosa de una hora que me pidió que cuando llamara usted le dijese que està esperándole en la explanada.

-¿Fue sola, a esperar en la oscuridad, junto al río? –preguntò èl, imaginándose agresiones o violaciones.

Se produjo una pausa.

-Usted no conoce bien a Gaby, ¿verdad? –dijo la voz.

-¿En què parte de la explanada?

-Junto al quiosco de música en forma de concha. Ya sabe cuàl, ¿no?

No lo sabìa, pero el taxista sì.

-Esta noche no hay concierto –le dijo el taxista.

-Ya lo sè, ya lo sè.

Cuando bajò del taxi se adentrò en la oscuridad, pisando la suave hierba, por el Paseo de Storrow. Durante un rato pensó que ya no estaría allí, pero finalmente la vio sentada a bastante distancia, sobre una manta extendida bajo una farola, como si fuera un pino de copa protectora.

Cuando se dejó caer junto a ella sobre la manta recibió de golpe todo el calor de su sonrisa y se le olvidò el cansancio que tenía.

-¿Fue algo realmente catastrófico lo que casi te hizo dejarme plantada?

-Acabo de terminar. Estaba seguro de que no esperarías –señalò su ropa blanca-. Mira, ni siquiera tuve tiempo de mudarme.

-Me alegro mucho de que al fin vinieras. ¿Tienes hambre?

-Estoy muerto.

-Di tus bocadillos.

Adam la mirò.

-Como no llegabas... Pasaron tres estudiantes, que no se metieron conmigo en absoluto. Uno de ellos, monísimo, me dio a entender que no tenían dinero para cenar. Queda una ciruela.

La aceptò y se la comió, sin que se le ocurriera nada galante que decir. Adam se sintió en desventaja y quería impresionarla, pero de pronto se dio cuenta de que, aunque llevaba tiempo muriéndose por verla, la compañera de alcoba de Gaby tenía razón, porque realmente no la conocía lo que se dice bien; de hecho, sólo había pasado con ella tres horas, una de las cuales había transcurrido en una fiesta muy concurrida, en el cuarto de estar de la hermana de Herb Shafer, en Atlanta.

-Lo siento, pero te perdiste la sinfonía –dijo ella-. ¿Os ocurre eso con mucha frecuencia?

-No demasiada –respondió èl, por no asustarla.

Se echò de espaldas sobre la manta y luego recordó que habían hablado de música y de sus estudios de psicología. Luego, cuando volvió a abrir los ojos, se dio cuenta de que se había quedado dormido, pero sin tener la menor idea de cuánto tiempo. Ella, a su lado, seguía sentada, mirando al río, esperando, paciente. Se preguntò cómo habría podido olvidar su rostro. Si aquella nariz fuera de plástico, habría sido un buen negocio, por mucho que le hubiera costado. Los ojos eran castaños, ahora tranquilos, pero llenos de vida. La boca era quizás un poco ancha, con el labio superior delgado, indicio de mala intención, pero el inferior lo tenía carnoso. El pelo, de un rubio oscuro, reluciente bajo la luz de la farola, presentaba manchas de sol. El lunar estaba debajo del ojo izquierdo, acentuando los pómulos. Sus facciones no eran lo bastante regulares para poder calificarla de realmente bonita. Era más bien baja de estatura, pero muy atractiva sexualmente para merecer simplemente el calificativo de linda. “Un poco demasiado delgada”, se dijo Adam.

-Tienes la cara muy atezada –dijo-. Debes de pasarte el día en la playa.

-Tengo una lámpara especial. Tres minutos al día durante todo el año.

-¿Incluso en verano?

-Claro; en mi alcoba estoy màs sola.

O sea, que no tendrìa marcas blancas o marcas de tirantes. Sintió que las rodillas le temblaban.

-Uno de los chicos del colegio dice que me gusta el calor físico porque procedo de una familia desunida. Me encantan los días con mucho calor.

-¿Os analizáis unos a otros en la clase de psicología?

-Una vez terminada la clase. –Se echò a su lado sobre la manta-. Hueles a jugos masculinos fuertes –añadiò-, y como si hubieras estado en un incendio.

-¿Es malo eso? Querìa venir a verte oliendo como una flor.

-¿Y a quièn le gusta un hombre que huele como una flor?

Sus cabezas estaban muy juntas sobre la manta y a Adam le costò algùn esfuerzo besarla.

Le dio un beso en el lunar.

La radio portátil les proporcionaba, con suavidad, la música de Never on Sunday.

-¿Sabes el hasapiko?

-Me gustaría aprenderlo –dijo èl, lujurioso.

-El baile griego.

-Ah; eso, no, no sè.

Se levantò a desgano al insistir ella, que le enseñò a bailarlo. Adam tenía el instinto rítmico del buen buceador y enseguida aprendió el paso. Cogidos de las manos los dos bailaron el lánguido ritmo, y luego màs y màs locamente, a medida que la música de la radio iba en crescendo. Zorba y su mujer en la suave hierba de la explanada, hasta que èl, naturalmente, dio un traspíe y cayeron al suelo, riéndose y sin aliento, y èl la besò de nuevo, y sintió su calor bajo su boca, sus brazos.

Se estaba bien así. Yacieron sin hablar, y con una grata sensación de soledad, mientras el tràfico, a sus espaldas, discurrìa en direcciòn al Paseo de Storrow, y el rìo, enfrente, se extendía, satisfactoriamente oscuro, hasta las luces de la calzada del Monumento, del lado de Cambridge; en el centro, desdibujada, se veìa una vela blanca.

La luz de la farola les centraba, enmarcándoles.

La vela se movìa.

-Me gustaría ir en el bote –dijo èl.

-Pues hay un par de botes de remo en el club, detrás del quiosco de música.

Adam alargò la mano y ella se la cogió y los dos corrieron hacia el pequeño muelle. No había remos, pero de todos modos èl la ayudò a subirse a uno de los botes.

-Puedo hacerme pasar por Ulises –dijo Adam, sintiéndose aùn helénico-. Tù eres una sirena.

-No, yo soy Gabrielle Pender.

Se sentaron en la popa, frente a la orilla lejana y a las luces que hubieran debido de estropear la escena, pero no podían; Adam la volvió a besar y ella le dijo:

-Estaba casado.

-¿Quièn?

-Ulises. ¿No te acuerdas de la pobre Penèlope, esperándole en Itaca?

-Llevaban veinte años sin verse. Bueno, pues serè otra persona.

Hundió su cabeza en el cabello de Gaby. La verdad era que olià bien. Su aliento, apenas perceptible, se hizo màs rápido al besarla Adam en el cuello, y el pulso suave le daba golpecitos de martillo en los labios. El bote subìa y bajaba, a lomos de diminutas olas que llegaban de la boca del río, a unos pocos kilómetros de distancia y rompian contra el muelle.

-Ah, Adam –dijo ella, entre besos-, Adam Silverstone, ¿quièn eres ahora? ¿quièn eres realmente?

-Averìgualo y dìmelo –respondiò èl.

Los mosquitos les obligaron a volver a tierra. Adam la ayudò a doblar la manta y la guardaron en el coche de Gaby, un destartalado Plymouth azul de 1963, descapotable, que estaba aparcado en el Paseo de Storrow. Fueron a una cafeterìa de la calle Charles, se sentaron en una mesa junto a la pared y tomaron café.

-¿Fue un caso lo que te entretuvo en el hospital?

Adam le hablò de Grigio. Ella sabìa escuchar y hacìa preguntas inteligentes.

-No tengo miedo ni de quemarme ni de ahogarme –dijo.

-Pero eso quiere decir que tienes miedo de algo.

-Tenemos casos de càncer en ambas ramas de la familia. Mi abuela acaba de morir de càncer.

-Lo siento. ¿Què edad tenía?

-Ochenta y un años.

-Pues ya querria yo morir a esa edad.

-Sì, y también yo, pero mi tìa Luisa, por ejemplo, bella y joven... No me gustaría nada morirme antes de llegar a vieja –dijo-. ¿Mueren muchos pacientes?

-En nuestra sección del hospital mueres unos pocos al mes. En nuestro servicio, si pasa un mes sin que muera nadie el mèdico adjunto da una fiesta.

-¿Dais muchas fiestas?

-No.

-Yo no sabría hacer lo que tù haces –dijo-. No podría ver el dolor y la gente que se muere.

-Hay màs de una manera de morir. Tambièn en la psicología hay mucho dolor, ¿no?

-Sì, claro, en psicología clínica. Yo acabarè examinando a muchos chicos guapos, para averiguar por què no salen de debajo de la cama.

Adam asintió, sonriendo.

-¿Cómo es eso de ver morir a la gente?

-Recuerdo la primera vez..., siendo estudiante. Era un hombre..., le vi en una de mis visitas. Estaba muy bien; reía y bromeaba. Mientras le administraba una inyección intravenosa se le paró el corazón. Lo intentamos todo, todo, para volverle a la vida. Recuerdo que le miré y me pregunté: ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Por qué se ha muerto? ¿Qué es lo que le ha convertido, de una persona que era... en esto?

-Dios –dijo ella y añadió-: Tengo un bulto.

-¿Cómo?

Ella movió la cabeza.

Pero Adam la había oído.

-¿Dónde lo tienes?

-Prefiero no decirlo.

-Por Dios bendito, acuérdate de que soy médico.

“En el pecho, probablemente”, pensó.

Ella apartó la mirada.

-Por favor. Ojalá no lo hubiera mencionado. Seguro que no es nada. Lo que pasa es que yo me asusto de todo.

-Pues entonces, ¿por qué no vas a un médico para que te examine?

-Lo haré.

-¿Me lo prometes?

Ella asintió, sonriéndole, y cambió de tema: le contó cosas sobre su vida. Sus padres estaban divorciados. El padre poseía un lugar de veraneo, en Berkshire. Se había vuelto a casar. La madre se había casado en segundas nupcias con un ganadero de Idaho. Adam le dijo que su madre era italiana y estaba muerta, y su padre judío, pero se guardó de decir nada más sobre él, pues se había dado cuenta de que ella lo había notado y por eso no insistía.

Cuando hubieron tomado tres tazas de café cada uno, Gaby insistió en llevarle al hospital en coche. Él no la besó al despedirse, en parte porque la entrada del hospital no era nada privada, y en parte también, porque estaba demasiado fatigado para pensar en si era Zorba, o Ulises, o quien fuese. Sólo quería echarse en la cama del cuarto del último piso.

Sin embargo, paró el ascensor en el segundo piso, y, como atraído por un imán, fue a la habitación 218. Una ojeada rápida, se prometió a sí mismo y a la cama.

Helen Fultz estaba allí, tiesa, junto a Joseph Grigio.

-¿Qué hace aquí?

-La enfermera de once a siete no se presentó.

-Bueno, pero yo sí que llegué –su culpabilidad se revelaba en forma de irritación-. Haga el favor de irse a la cama.

“¿Cuántos años tendrá?”, se preguntò. Parecía vieja, con el lacio pelo gris sobre el rostro arrugado, de labios delgados.

-No voy a ningún sitio. Hace demasiado tiempo de dejè de hacer de enfermera. El papeleo la convierte a una en chupatintas.

Su tono de voz no admitìa discusiones, pero èl intentò disuadirla. Al final llegaron a una componenda: eran màs de las doce y Adam le permitió quedarse hasta la una.

La presencia de otra persona, comprobò Adam, cambiaba mucho las cosas. Ella se mantenía en un neurótico silencio, pero le hizo un café màs caliente que la carne de Gaby, màs negro que la de Robinson. Los dos aplicaban el vendaje al quemado, turnándose cuando sus manos protestaban contra las repetidas inmersiones en el helado suero fisiológico.

Joseph Grigio seguía respirando. Este espantapájaros, esta vieja canosa y silenciosa, este ogro cansino era quien le había conservado la vida. Ahora, con ayuda de un cirujano, quizá llegase a restablecerse, y a resultar ser un asno. Shakespeare.

A las dos de la madrugada, tras desafiar su fiera mirada, consiguió echarla de allí. Estar solo resultaba màs duro. Los ojos se le cerraban. Comenzó a sentir un dolorcillo en los músculos de la espalda. La pernera izquierda de sus pantalones, antes blancos, estaba ahora fríamente húmeda por el goteo de las compresas empapadas en suero salino fisiológico.

El hospital estaba en silencio.

Silencio.

Excepto algún que otro ligero ruido. Gritos de dolor, tamborilear hueco y amortiguado de orina contra el orinal, ruido rítmico de tacones de goma contra suelos de hule, todo ello mezclándose con un telòn de fondo de cantos estridentes de grillos, y gorjeos de pájaros, sentido màs bien que oído.

Dos veces se quedó dormido, despertándose súbitamente sobresaltado para cambiar las empapadas y heladas compresas.

-Lo siento, señor Grigio –murmurò a la forma que yacía en la cama.

“Si no fuera por mi avidez de dinero, ahora estaría màs descansado, sería capaz de cuidarle mejor pero tengo hambre de dinero, y con buen motivo, y necesito el dinero de ese otro trabajo, de verdad que lo necesito.

Pero, por favor, no se me muera sòlo porque me he quedado dormido.

Dios, que no me ocurra a mì eso, que no me ocurra a mì eso”.

Sus manos se hundían en el suero helado.

Estrangulaban el paño frìo.

Lo aplicaban al cuerpo.

Cogía la tela preparada para cálidos lomos femeninos, calentada ahora, por el contrario, por el fuego absorbido por quemada carne masculina, y la sumergía en el cuenco para que volviera a enfriarse.

Repitió esta operación una y otra vez, mientras Joseph Grigio exhalaba suspiros suaves e inconscientes, gimoteando de vez en cuando ininteligibles palabras italianas. El rostro y el cuerpo del quemado estaban ya perceptiblemente hinchados.

-Escucha –le dijo Adam.

“Va a haber mucho llo si te mueres. No te me mueras, so miserable incendiario, hijo de tal”.

-Si te me mueres... -amenazò.

Una vez, le pareció oír al Arlequín andando por los pasillos de la sala.

-Fuera de aquí –dijo, en voz alta.

Scutta mal occhio, pu pu pu.

Repitiendo la letanía, pasaba las manos por el helado suero.

Perdió la cuenta de las horas, pero ya no era una batalla mantenerse despierto. Tenía espolones de dolor que le empujaban sin cesar hacia la inconsciencia. A veces casi lloraba de dolor al alargar la mano hacia el cuenco, cuyo hielo ya había sido repuesto tres veces más en lo que iba de noche. Tenía las manos torponas y azuladas, los dedos se negaban a doblarse, y las yemas estaban arrugadas e insensibles.

Una vez, dominado por su propia agonía, olvidò al paciente.

Se levantò, se frotò las manos, se estirò, arqueò la espalda, ejercitò los dedos, uno por uno, se golpeò los ojos, fue al retrete y se lavò las manos con magnífica agua caliente.

Cuando volvió a la habitación 218, las compresas que cubrían el cuerpo del señor Grigio estaban calientes, demasiado calientes. Furiosamente, humedeció otras nuevas y se las aplicò, metiendo las usadas en el cuenco.

El señor Grigio gimiò y Adam le respondió también con un gemido.

-¿Se ha pasado aquí toda la noche? –preguntò Meomartino.

Adam no contestò.

-Santo cielo, es evidente que usted haría cualquier cosa por un café.

Aunque el jefe de cirugía se encontraba a su lado, Adam oía la voz como si le llegara por teléfono.

“Es ya de madrugada”, pensó.

El señor Grigio aún respiraba.

-Venga, váyase de una vez a dormir.

-¿Hay alguna enfermera? –preguntò.

-Ya buscarè yo a alguien, doctor Silverstone –dijo la señorita Fultz.

Adam no la había visto; estaba junto a la entrada.

Se levantò.

-¿Mando que le suban algo para desayunar? ¿O café? –preguntò la señorita Fultz.

Èl moviò negativamente la cabeza.

-Vamos, yo voy con usted –dijo Meomartino.

Al entrar en el ascensor volvió a oírse la voz de la señorita Futlz:

-¿Tiene algo especial que mandar, doctor Silverstone?

Èl denegó con la cabeza.

-Despièrteme si empeora.

Notò que le era preciso hablar con mucho cuidado.

-Me despertará a mì –dijo Rafe Meomartino, con irritación.

-Desde luego, doctor Silverstone. Que duerma bien, señor –dijo ella, como si Meomartino no existiera.

Meomartino le observò con cierta perplejidad mientras subían.

-¿Cuànto tiempo lleva aquí? ¿Seis, siete semanas? Ni dos meses siquiera. Y ya le dirige la palabra. A mì me costò dos años. Algunos no lo consiguen nunca. Seis semanas es el tiempo màs corto que recuerdo.

Adam abrió la boca para decir algo, pero sòlo consiguió bostezar.

Se hundió en el sueño a las siete y cuarto y despertó algo después de las once y media. Alguien golpeaba la puerta. Meyerson, el conductor de la ambulancia, estaba en la entrada, mirándole con amistoso desprecio.

-Doctor, recado de la oficina. No contestò usted cuando le llamaron.

Le dolía tremendamente la cabeza.

-Entre –murmurò, frotándose las sienes-. Maldito sueño.

Meyerson le mirò con renovado interés.

-¿Sobre què era?

Èl y Gaby Pender habían muerto. Sencillamente habían dejado de vivir, pero sin ir a ninguna parte; èl, concretamente, no se había dado cuenta de ningún cambio, ni de vida eterna ni de falta de ella.

Meyerson le escuchò con interés.

-¿No soñò usted con números?

Adam movió negativamente la cabeza.

-¿Por què le interesan los números?

-Es que soy místico.

¿Místico?

-¿Y què pasa después de la muerte, Maish?

-¿Sabe usted bien el Talmud?

-¿El Antiguo Testamento?

Meyerson le mirò extrañado.

-No, por Dios bendito. ¿A què escuela hebrea fue usted?

-A ninguna.

El conductor de ambulancias suspirò.

-Yo no sè mucho, la verdad, pero esto sì lo sè. El Talmud es el libro de las antiguas leyes. Dice que las almas buenas se sientan bajo el trono de Yavè –sonriò-. Me figuro que tendrá que ser un trono muy grande o que seremos pocos los buenos. Una cosa u otra.

-¿Y las almas malas?

-Dos àngeles se hallan situados en extremos opuestos del mundo y juegan al escondite con los malos.

-Me està usted tomando el pelo.

-No, nada de eso. Les cogen a los pobres momzers y juegan al rugby con ellos.

Meyerson volvió a su recado.

-Escuche: dicen que tiene una llamada de Pittsburgh a cargo de usted. Que si la acepta. Llame a la centralita... -mirò un papel que tenía en la mano- número... 284.

-Dios santo.

-Gracias ¡Eh! –le llamò-. ¿Tiene cambio?

-Sòlo mi suerte.

-¿Còmo?

-El dinero de la apuesta, de jugar al pòker.

-Ah, ya, pero déjeme un poco.

Le alargò dos billetes y tomò el cambio.

-¿Sòlo usted y la pàjara del sueño? ¿Seguro que no había números?

Adam dijo que no con la cabeza.

-O sea, dos personas. Apostarè por el número 222. ¿Quiere que ponga medio dólar por cuenta de usted?

¡Vaya místico!

-No.

-¿Ni al 284, el número de teléfono?

-No.

Meyerson se encogió de hombros y se fue. A Adam le dolìa la cabeza y tenía la boca seca; se dirigió hacia el teléfono, en el pasillo de la entrada.

“Tarde o temprano tenía que ocurrir”, se dijo.

“O quien sabe si està en un hospital, completamente quemado como el señor Grigio, vaya usted a saber. Pasa constantemente; los chicos penden fuego a los borrachos”.

Pero la llamada era de su padre, había dicho la telefonista. Introdujo las monedas.

-¿Adam? ¿Eres tù, hijo?

-Papà, ¿què pasa?

-No, nada, que necesito doscientos machacantes. Querìa que me los consiguieses.

Alivio e irritación, una especie de tira y afloja emotivo.

-Te di dinero la última vez que nos vimos. Por eso tuve que venir aquí sin un centavo. Tuve que pedir dinero prestado y todo un adelanto del sueldo del hospital.

-Ya sè que no lo tienes, por eso dije que me lo consigas. Hazme caso, pide otro adelanto.

-¿Para què lo necesitas?

-Estoy muy malo.

Ahora todo parecía màs fácil. Tenía forzosamente que estar borracho, porque, si no, no lo haría tan mal. Sereno, era astuto y peligroso.

-Vete al Colegio Mèdico y díselo a Maury Bergardt, el doctor Bernhardt. Le dices que te mandè yo y que te dè el tratamiento que necesites.

-Necesito el dinero, el dinero.

“Tiempo hubo –pensò Adam- en que habría empeñado lo que fuese por conseguirlo”.

-Ni un centavo màs.

-Adam.

-Si te bebiste los doscientos dólares y por la forma de hablar me parece que precisamente es eso lo que has hecho, serénate y busca trabajo. Te mandarè diez dólares para que no pases hambre.

-Adam, no me hagas esto a mì. Ten compasión... Hijo...

Los gemidos llegaron justo a tiempo.

Era inteligente. Sabìa echarse a llorar con sòlo verse ante la realidad. Lo difícil era fingir igual de bien la risa.

Adam esperò a que pasase la tormenta, cediendo sòlo levemente su decisión.

-Cinco dólares màs. Quince dólares, eso es todo.

Como no era èl quien iba a pagar el teléfono, su padre se sonò tranquilamente las narices y cuando se volvió a oír su voz era de nuevo la de un caballero que habla con inferiores.

-Charlatàn, me han hecho una oferta por tu colección...

-Papà...

Pero se contuvo y aguardò, receloso.

Siento que seas màs prudente,

Siento que seas màs alto...

-¿Me entiendes?

Adam lo repitió.

-Justo –dijo Myron Silberstein, y colgó, el muy zorro, hábil para escabullirse.

Adam siguió allí, con el teléfono pegado a la oreja, sin saber si reír o llorar, con los ojos cerrados como defenderse al persistente golpeteo de su dolor de cabeza, màs y màs violento. De pronto, se creyó asido por el àngel, levantado, arrojado a la oscuridad helada, cogido por las terribles manos que esperaban y vuelto a ser arrojado. Cuando volvió a

colgar el teléfono llamó de nuevo inmediatamente, y Adam accedió a la petición de la telefonista: treinta centavos más.

Volvió a la cama, pero toda esperanza de sueño había desaparecido. No conocía la cita. Rindiéndose finalmente, se vistió, y fue a la biblioteca del hospital, a ver si la encontraba. Era de un poema de Aline Kilmer, cuyo marido, Joyce, había sido asesinado en su juventud, y, sin duda, todavía atractivo. Eran cuatro versos:

Siento que seas más prudente
Siento que seas más alto;
Me gustabas más locuelo,
Y de menos estatura.

A pesar de todo, sintió como una puñalada, precisamente lo que su padre sabía que iba a sentir. “Debería olvidarme de él –pensó-, eliminarlo de mi vida”.

En lugar de eso, lo que hizo fue escribir una nota breve e incluir en el sobre quince dólares; los envió con un sello de correo aéreo, robado del cuarto de las enfermeras, mientras Helen Fultz fingía no enterarse.

Gaby Pender.

Lo tenía como hipnotizado, con aquella piel atezada y la ciruela jugosa. Pensaba en ella constantemente, le telefoneaba con demasiada frecuencia. Ella le informó, contestando a su pregunta, que ahora había pasado al servicio médico de los estudiantes; el bulto había resultado no ser nada, ni bulto siquiera, nada más que músculo o imaginación. Aliviados, hablaban de otras cosas. Él quería volverla a ver, lo antes posible.

Susan Garland se interpuso entre ellos al morir.

Salvar la vida de Joseph Grigio no le excusaba de haber perdido la de Susan: comprobó que en medicina no existen tales compensaciones.

Su moral se sintió como afectada por un cansancio espiritual que le asustaba, pero que no podía quitarse de encima. Quizá el miedo que sentía Gaby a la muerte le hubiera vuelto a él más sensible de lo que era prudente, se dijo. Y es que, por la razón que fuera, había descubierto en su interior un hondo pozo de furia ante su propia impotencia en la lucha por poner coto a tal desperdicio de vidas humanas.

Por primera vez desde que salió del Colegio Médico se sentía invadido por dudas al ir a hacer sus visitas en la sala del hospital. Se sorprendía a sí mismo buscando confirmación en opiniones profesionales, vacilante ante la necesidad de tomar personalmente decisiones que pocas semanas antes no le habrían intimidado en absoluto.

Dirigió su cólera hacia sí mismo, encontrando mal todo lo que se refería a Adam Silverstone.

Por ejemplo, su cuerpo.

Los viejos días deportivos habían desaparecido, pero aún se sentía joven, se dijo, irritado, al mirarse en el espejo y pensar en los gusanos fofos y blandos que su tío Frank solía sacar con la azada en primavera, cuando removía la tierra para plantar tomates en el jardín.

Cuando se quedaba en paños menores, y se miraba, se notaba una suave redondez en el vientre, parecida a la de las mujeres en sus primeros meses de embarazo.

Compró zapatillas y ropa de gimnasia en la Cooperativa de Harvard y comenzó a hacer carreras periódicas, media docena de veces, en torno al edificio, cuando terminaba su turno de trabajo. Por la noche, la oscuridad le proporcionaba una soledad que deseaba, pero cuando, por la mañana, corría, tenía a veces que pasar por la carrera de baquetas de las risas de las enfermeras.

Una mañana, un muchacho de color, que debía de tener seis o siete años, le miró desde la cuneta:

-Pero, ¿quién le persigue? –preguntó, sin alzar la voz.

La primera vez, conteniendo la irritación, Adam no contestó. Pero cuando repitió la pregunta una y otra vez siempre que pasaba por su lado, comenzó a responder con semiconfesiones:

-Susan Garland.

-Myron Silberstein.

-Spurgeon Robinson.

-Gaby Pender.

Sentía como la necesidad de responder sinceramente a la pregunta. Por lo tanto, al pasar ante él por sexta y última vez, con las piernas doloridas y los brazos al aire, le gritó al muchacho, por encima del hombro:

-¡Me persigo a mí mismo!

Por la mañana discutieron el caso de Susan Garland, y Adam descubrió algo nuevo sobre la Conferencia de la Mortalidad.

Descubrió que cuando estaba uno directamente relacionado con un caso sometido a examen, el Comité de la Muerte cambiaba súbitamente de fisonomía.

Era como la diferencia que hay entre jugar con un gato doméstico y jugar con un leopardo.

Tomó un café, que inmediatamente le produjo una sensación de acidez en el estómago mientras Meomartino le exponía los detalles del caso, y luego el doctor Sack leía el informe de la autopsia.

La autopsia había puesto de manifiesto que el riñón trasplantado estaba perfectamente, lo cual confirmó la inocencia de Meomartino.

Tampoco se había producido problema alguno con la anastomosis o algún otro de los factores que formaban parte de la técnica de trasplante del doctor Kender.

“Así que no quedo más que yo”, pensó Adam.

-Doctor Silverstone, ¿a qué hora la examinó usted por última vez? –preguntó el doctor Longwood.

Se dio cuenta súbitamente de que los ojos de todos los allí presentes estaban fijos en él.

-Poco antes de las nueve –dijo.

Los ojos del viejo parecían más grandes que de costumbre porque la pérdida de peso volvía sus largas y feas facciones casi cadavéricas.

El doctor Longwood, pensativo, se pasó los dedos por el ralo y blanco pelo.

-¿No había síntomas de infección?

-Ninguno, en absoluto.

El doctor Sack carraspeó.

-La hora carece de importancia. Debió de desangrarse en relativamente poco tiempo. Una hora y media, probablemente.

El doctor Kender sacudió la ceniza de su cigarrillo.

-¿Se quejó de algo?

“Quería lavarse el pelo”, pensó Adam, estúpidamente.

-Malestar general –dijo-, y dolores abdominales.

-¿Qué síntomas mostraba?

-Tenía el pulso más rápido. La tensión era antes más alta, pero cuando se la tomé parecía normal.

-¿Y qué dedujo usted de eso? –preguntó el doctor Kender.

-En aquel momento lo consideré un síntoma favorable.

-¿Y qué deduce ahora, sabiendo lo que sabe? –preguntó el doctor Kender, sin animosidad.

Se comportaban con moderación, quizá fuera indicio de que le tenían aprecio. A pesar de todo, sentía náuseas.

-Supongo que estaría perdiendo sangre cuando yo la examiné, lo que explicaría la baja tensión arterial.

El doctor Kender asintió.

-Es decir, que no había observado usted a suficiente número de pacientes de trasplantes; de eso nadie puede echarle la culpa –dijo, moviendo la cabeza-, pero querría dejar bien claro que, en el futuro, cuando note en alguno de mis pacientes algo que usted no se explica, tiene que advertir inmediatamente a alguien de mi equipo. Cualquier cirujano externo de este servicio se habría dado cuenta inmediatamente de lo que estaba sucediendo. Hubiéramos podido practicar una transfusión de sangre, tratar de anastomosar la arteria, bajar la presión renal y atiborrarla de antibióticos. Aun en el caso de que el riñón hubiese quedado inservible siempre habría la posibilidad de extraerlo.

“Y Susan Garland aún estaría viva”, pensó Adam. Ahora se daba cuenta de que había estado viviendo con la convicción subconsciente de que aquella noche debía haber llamado a algún cirujano externo. Por eso precisamente había consultado tanto últimamente, incluso sobre cosas de pura rutina.

Asintió, mirando a Kender.

El especialista en trasplantes suspiró.

-Este fenómeno de rechazo sigue siendo el principal problema. Sabemos de mecánica de trasplante lo suficiente para trasplantar físicamente lo que sea: corazones, miembros, rabos de perro. Pero cuando los anticuerpos del paciente se ponen en funcionamiento y rechazan el trasplante, empiezan los problemas. Para contrarrestar esto envenenamos el sistema con sustancias químicas y dejamos al paciente expuesto a la infección.

-Cuando lleve a cabo el trasplante siguiente, el riñón de la señora Bergstrom, ¿piensa usted usar dosis más ligeras de medicamentos? –preguntó el doctor Sack.

El doctor Kender se encogió de hombros.

-Tendremos que volver al laboratorio. Estudiaremos mejor la cosa con animales y luego decidiremos.

-Volviendo al caso Garland –dijo, con aplomo el doctor Longwood-, ¿cómo calificarían ustedes esta muerte?

-Yo, evitable –respondió el doctor Parkhurst.

-Evitable –repitió el doctor Kender, dando una chupada el puro.

-Lo mismo –dijo el doctor Sack.

Cuando le tocó el turno a Meomartino, tuvo el buen gusto de asentir en silencio.

El viejo miró a Adam con sus grandes ojos.

-En este servicio de cirugía, doctor Silverstone, siempre que un paciente fallece por pérdida de sangre se da por supuesto que su muerte pudo ser evitada.

Adam volvió a asentir. No valía la pena decir nada.

El doctor Longwood se levantó. La sesión había terminado.

Adam echó hacia atrás la silla y salió a toda prisa de la estancia.

Cuando aquella tarde terminó el servicio, buscó al doctor Kender, que se hallaba en el laboratorio de animales, comenzando con perros una nueva serie de experimentos de medicamentos.

Kender le saludó afablemente.

-Acerque una silla, amigo. Parece que ha sobrevivido usted a su bautismo de fuego.

-Un poco chamuscado –dijo Adam.

El viejo se encogió de hombros.

-Se merecía un poco de chamusquina, pero fue un error que cualquiera de nosotros habría cometido, dada la falta de experiencia en cuestiones de trasplantes. Usted va bien, se de buena tinta que el doctor Longwood tiene interés por usted.

Adam sintió como cosquillas de alivio y satisfacción.

-Claro que eso de poco serviría si comenzase a hacer apariciones periódicas por la Conferencia de la Mortalidad –dijo Kender, pensativo, tirándose de la oreja.

-No me ocurrirá eso.

-No, también yo lo creo. Bueno, ¿en qué puedo servirle?

-Pienso que me convendría aprender algo sobre esta parte del problema –respondió Adam-. ¿Puedo hacer algo aquí?

Kender le miró con interés.

-Cuando lleve aquí el tiempo que llevo yo aprenderé a no decir que no a nadie que se ofrezca voluntario para trabajar. –Se dirigió a un armario y sacó una bandeja con botellines-. Catorce fármacos nuevos: los recibimos por docenas de la gente que estudia el cáncer. En todo el mundo, los especialistas están desarrollando sustancias químicas nuevas en la lucha contra el cáncer. Hemos comprobado que la mayor parte de los agentes que son efectivos contra los tumores lo son también para combatir la tendencia del cuerpo a rechazar o boicotear tejidos extraños. –Seleccionó dos libros del estante y se los tendió a Adam-. Si realmente le interesa el tema, lea estos libros, y luego vuelva por aquí.

Tres tardes después, Adam estaba de nuevo en el laboratorio de animales, esta vez para ver a Kender trasplantar un riñón canino y también para devolver los dos libros y tomar prestado un tercero. Su visita siguiente fue demorada por la codicia y la oportunidad de vender su tiempo libre en Woodborough. Pero una semana más tarde, fue al laboratorio y abrió la puerta vieja, de pintura descascarillada. Kender le saludó tranquilizadamente, le ofreció café y charló con él sobre una nueva serie de experimentos con animales que quería iniciar.

-¿Comprende todo esto? –le preguntó por fin.

-Sí.

Sonrió y cogió el sombrero.

-Pues entonces al pelo. Voy a casa a darle un susto de muerte a mi mujer.

Adam le miró.

-¿Quiere que comience yo solo?

-¿Por qué no? Un estudiante de medicina llamado Kazandjian estará aquí dentro de media hora. Trabaja de técnico y sabe dónde está todo –cogió un cuaderno de notas del estante y lo dejó sobre la mesa-; tome notas minuciosas. Si se confunde, eche una ojeada aquí, al programa, que está detallado.

-Magnífico –dijo Adam, inquieto.

Se dejó caer en la silla, recordando que al día siguiente tenía que ir a atender la clínica de urgencia de Woodborough.

Pero cuando llegó el estudiante de medicina, Adam ya había leído cuidadosamente las notas del cuaderno. Allí se sentía a gusto. Ayudó a Kazandjian a preparar a una perra pastor

llamada Harriet, de pelo lustroso, ojos oscuros y mal aliento, y el animal le lamiò la mano con la àspera y càlida lengua. Adam hubiera querido comprarle un hueso y llevársela a su cuarto del sexto piso, pero se acordó de Susan Garland, y en lugar de esto, lo que hizo fue dominarse y someterla a una fuerte dosis de pentotal. La limpiò y se dispuso a llevar a cabo la operación exactamente igual que si se tratase de un paciente humano; mientras Kazandjian preparaba a un pastor alemán llamado Wilhelm, èl extrajo un riñòn a Harriet, extrajo otro a Wilhelm, olvidando, a partir de aquel momento, que se trataba de perros. Las venas eran venas y las arterias eran arterias, y Adam sòlo sabìa que estaba realizando sus primeros trasplantes renales. Trabajaba con sumo cuidado y muy limpiamente, y cuando, por fin, Harriet se vio en posesión de un riñòn de Wilhelm y Wilhelm tuvo uno de Harriet, ya era casi la una de la madrugada; sin embargo, Adam notaba el silencioso respeto con que le estaba mirando Kazandjian, lo que le agradò mucho màs que si el estudiante hubiera expresado tal respeto con palabras.

Dieron a Harriet la dosis mínima de imuran, y a Wilhelm la máxima; no era uno de los nuevos agentes, que habían usado con Susan Garland, pero Kender querìa estudiar primero los medicamentos ya conocidos para preparar el trasplante de riñòn de la señor Bergstrom. Kazandjian hizo algunas preguntas inteligentes sobre la inmunosupresión, y después de poner de nuevo a los perros en sus perreras el estudiante hizo café en un mechero Bunsen, mientras Adam explicaba que los anticuerpos del sistema del paciente receptor son como soldados defensores que reaccionan igual que si el tejido trasplantado fuera un ejército invasor, y también que el medicamento inmunosupresor asesta un golpe contra las fuerzas defensoras para impedirles seguir contrarrestando la acción del òrgano extraño.

Cuando Adam volvió a su cuarto eran ya casi las dos de la madrugada. Normalmente, habría caído en la cama como un muerto, pero, por la razón que fuese, el sueño parecía evitarle. Estaba nervioso e inquieto por la nueva experiencia de los trasplantes y obsesionado por una especie de necesidad de llamar a Arthur Garland y pedirle perdón.

Por fin, después de las cuatro, se durmió. El despertador de Spurgeon Robinson le sacò del sueño a las siete. Habìa soñado con Susan Garland.

“Que te diviertas, guapa”.

Serian las ocho cuando decidió levantarsey hacer una carrera corta, tomando luego una larguísima ducha, combinación que, según había comprobado, le proporcionaba a veces descanso físico.

Se puso la ropa y las zapatillas de hacer gimnasia y bajò a la calle y empezó a correr. Cuando dio la vuelta a la esquina y penetrò en el suburbio negro, vio al muchachito que había madrugado para escapar del tugurio en que vivìa su familia.

El chico estaba sentado en el arroyo, jugando con polvo. Su rostro oscuro se iluminò al ver a Adam acercársele cansino.

-Pero, ¿quien le persigue? –murmurò.

-El Comitè de la Muerte –dijo Adam.

LIBRO SEGUNDO

OTOÑO E INVIERNO

RAFAEL MEOMARTINO

El único ruido que llegaba del despacho de Rafe Meomartino procedía de la voz de la mujer y del canturrear el aire comprimido desangrándose por la tubería que seguía el perímetro de la pequeña estancia. El ruido constante le llenaba de una especie de nostálgica euforia, inexplicable, hasta que, una mañana, se dio cuenta de que era la misma sensación que había experimentado en otro mundo, en otra vida, sentado en el mirador del Ganso de Oro, un club que era uno de los lugares adonde iba siempre su hermano Guillermo en el Prado, medio atontado por exceso de alcohol, mientras el cálido sol cubano raspaba quejumbroso las palmeras con un ruido muy parecido al que ahora oía por las tuberías de aire del hospital.

Ella parecía fatigada, pensó, pero era algo más que fatiga lo que acentuaba las diferencias en el rostro de ambas hermanas. La mujer de la habitación 211 tenía la boca suave, casi suelta, quizá ligeramente débil, pero al mismo tiempo muy femenina. La boca de su hermana gemela era... de "hembra", más bien que femenina, se dijo Meomartino. No había en ella debilidad alguna. Si aquellas facciones, como esculpidas, expresaban algo a través del maquillaje era una insinuación de frágil aplomo defensivo.

Mientras la observaba, los dedos de Meomartino tocaban los diminutos ángeles repujados en la pesada capa de plata del reloj de bolsillo que tenía sobre la mesa. Jugueteo con aquel reloj era una de sus debilidades, un fetiche nervioso en el que caía solamente cuando estaba inquieto. Al darse cuenta de ello, lo apartó de sí.

-¿Y dónde dimos por fin con usted? –preguntó.

-En Harold's, en Reno. Llevaba ya allí casi dos semanas.

-Hace tres noches usted estaba en Nueva York. La vi en el espectáculo de Sullivan.

Ella sonrió por primera vez.

-No, esa parte del espectáculo fue grabada hace varias semanas. Estaba trabajando, de modo que no tuve oportunidad de verlo.

-Fue muy bueno –dijo él, con sinceridad.

-Gracias.

La sonrisa apareció automáticamente, relució y se fue como había venido.

-¿Cómo está Melanie?

-Necesita un riñón. –“Eso ya se lo había dicho el doctor Kender – pensó él- antes de que usted le diese a entender que probablemente no iba a ser uno de los suyos”-. ¿Tiene usted intención de permanecer en Boston una temporada?

Ella comprendió por dónde iba la pregunta.

-No estoy segura. Si tiene que ponerse en contacto conmigo, llámeme al Sheraton Plaza. Bajo el nombre de Margaret Weldon –añadiò, como después de haberlo pensado-. Prefiero que no se entere nadie de que està allí Peggy Weld.

-Comprendo.

-¿Y por què tiene que ser el mío? –preguntò.

-No es absolutamente necesario –dijo èl.

Ella le mirò, demorando la sensación de alivio.

-Podríamos trasplantar a la señora Bergstrom un riñòn extraído de un cadáver, pero la coincidencia inmunológica no sería tan completa como en el caso de usted y su hermana.

-¿Es porque somos gemelas?

-Si fueran ustedes gemelas idénticas los tejidos coincidirían perfectamente. Pero, a juzgar por lo que me ha contado Melanie, son ustedes gemelas fraternas. En este caso la coincidencia no sería perfecta, pero los tejidos de usted serían aceptados por el cuerpo de su hermana mejor que cualesquiera otros que pudiéramos encontrar –dijo, encogiéndose de hombros-. Las posibilidades de éxito serían mucho mayores.

-Una no tiene màs que dos riñones.

-Hay quien tiene menos.

Ella quedó en silencio. Abrió los ojos y asintió con la cabeza.

-Para vivir, basta con un riñòn. Mucha gente nace con solo un riñòn y muere a edad muy avanzada.

-Y hay gente que ha donado un riñòn y luego se les ha estropeado el otro y se han muerto –dijo ella-. No crea que no he hecho mis averiguaciones.

-Eso es cierto –admitió Meomartino.

Ella cogió un cigarrillo del bolso y lo encendió, distraída, antes de que èl pudiera ofrecerle fuego.

-No tenemos por què quitar importancia a los riesgos. Ni siquiera podemos, sin faltar a la ética profesional, insistir en que usted dè el suyo. Es una decisión completamente personal.

-Hay muchas cosas que hay que tener en cuenta –dijo ella, fatigada-. Tengo que ir a la Costa Oeste a hacer una película sobre los buenos tiempos del jazz; es algo que lleva tiempo interesándome.

Esta vez èl no dijo nada.

-No sabe usted lo que son a veces las relaciones entre hermanas –dijo ella-. Anoche, en el avión, estuve pensando mucho en ello –sonrió sin alegría-. Soy la mayor de las dos, ¿sabía usted eso?

Èl sonrió y movió negativamente la cabeza.

-Diez minutos màs que ella. Se diría que son diez años, a juzgar por la manera de portarse mi madre con nosotras. Melanie era la niña mimada, la del nombre bonito, y Margaret la hermana mayor, la de confianza. Toda nuestra vida he sido yo quien tuvo que

cuidar de Melanie. Desde que teníamos dieciséis años ya cantábamos en cabarets donde nos daba miedo ir al retrete, y yo tenía que estar siempre pendiente de que Melanie no estuviese detrás del escenario con algún músico de tres al cuarto. Seis años vivimos así. Y después de una buena temporada con el programa de Leonard Rathbone, por televisión, empezamos a tener éxito. Contratò Blinstrub`s, y nuestro agente presentò a mi hermana a su primo de Boston. Y así fue còmo terminò nuestro espectáculo fraternal.

Se levantò y fue a la ventana, poniéndose a mirar el aparcamiento.

-Le dirè que me alegrè por ella. Su marido es un sujeto simpático y sin imaginación. Universitario, se gana bien la vida. La trata como a una reina. El espectáculo, la verdad, me daba igual. Empecè de nuevo, cantando sola.

-Y ha tenido mucho éxito-dijo Meomartino.

-A pulso me lo he ganado. Tuve que empezar desde el principio, volver a los mismos tugurios, siempre de un sitio para otro. Tuve que ir los veranos a divertir a las fuerzas armadas a Groenlandia, a Vietnam, a Corea, a Alemania, y Dios sabe adònde màs, esperando siempre que alguien se fijase en mì. Tuve que hacer muchas otras cosas –dijo, mirándole fijamente-. Usted es mèdico y no ignora que también las mujeres tienen vida sexual.

-No, eso ya lo sabìa.

-Pues también tuve que aguantar muchas sesiones de una sola noche, porque nunca estaba en un sitio el tiempo suficiente como para llegar a conocer mejor a nadie.

Èl asintió, vulnerable, como siempre, ante una mujer franca.

-Finalmente tuve éxito y grabè un par de discos nuevos que gustaron mucho. Pero quièn sabe què tipo de discos pegaràn el año que viene, o, puestos a eso, el mes que viene. Mi agente le dice a todo el mundo que tengo veintiséis años, pero la verdad es que tengo treinta y tres.

-Eso no es ser viejo.

-Sì que lo es para hacer la primera película. Y es ser demasiado vieja para tener éxito por primera vez en la televisión y los clubes. Mi tipo no va a durar eternamente y dentro de unos pocos años tendrè arrugas en el cuello. Si no pego de verdad ahora, se acabò. Y viene usted y me dice que renuncie a mi riñòn. Me pide que le dè a mi hermana màs de lo que jamàs quise darle.

-No estoy pidiéndole que dè nada a nadie –dijo Meomartino.

Ella aplastò la punta encendida del cigarrillo.

-Pues me alegro –dijo-, porque yo también tengo una vida que vivir.

-¿Querrìa verla?

Ella asintió.

Su hermana dormía cuando entraron en el cuarto.

-Es mejor no despertarla –dijo Meomartino.

-Me sentarè aquí a esperar.

Pero Melanie abrió los ojos.

-Peg –dijo.

-Hola, Melie –Margaret se inclinò y la besò-. ¿Qué tal està Ted?

-Bien. ¡Qué estupendo despertarme y encontrarte aquí, a mi lado!

-¿Y los dos jóvenes suecos?

-Estupendos. Te vieron en el programa de Sullivan. Estuviste realmente magnífica. No sabes lo orgullosa que me sentía de ti. –Mirò a su hermana y se incorporò-. No, Peg, no te sacrifiques.

Estrechò entre sus brazos a su hermana gemela y le acariciò el cabello.

-Por favor, querida Peggy, Peggy, no lo hagas.

Rafe volvió a su despacho. Se sentò a la mesa y tratò de poner un poco de orden en sus papeles.

“No sabe usted còmo son las relaciones entre hermanas”.

“Pero sì sè lo que son entre hermanos”.

El aire comprimido seguía gimiendo entre las tuberías. A pesar de sì mismo, su mano fue hacia el reloj de bolsillo y sus dedos tocaron nerviosamente los àngeles repujados en la plata deslustrada de la tapa; lo cogió, lo abrió y mirò las anticuadas cifras romanas, y vio en ellas cosas que no quería recordar.

La pauta se había fijado teniendo Rafael cinco años y Guillermo siete.

Leo, el factótum de la familia, un espécimen humano, grandote y torpón, que le quería entrañablemente, tratò de explicárselo un día en que había sorprendido a Rafael dispuesto a tirarse desde una ventana del segundo piso equipado con alas de papel que Guillermo le había atado a los hombros.

-Tu hermano, ese pobre desgraciado, será tu ruina, y que me perdone tu madre –dijo Leo, escupiendo por la ventana abierta-. Nunca le hagas caso; acuérdate de lo que estoy diciendo.

Pero la verdad era que a Guillermo daba gusto oírle hablar.

Unas semanas después.

-Tengo una cosa –le dijo.

-A verla.

-Es un sitio.

-Llèvame a verlo.

-Es un sitio para chicos grandes. Tù todavía te lo haces en los pantalones.

-No es verdad –dijo Rafael acaloradamente, temeroso de echarse a llorar.

En aquel mismo momento sintió una presión en la ingle y recordó que tres días antes, sin ir màs allà, no había conseguido llegar a tiempo al retrete.

-Es un sitio estupendo. Pero no me parece a mì que seas tÙ lo bastante mayor para que te lleve. Si te lo haces allì, en los pantalones, la vieja que cuida el sitio te muerde. Se convierte en el animal que quiere. Y entonces se acabò.

-Te rìes de mì.

-No, de verdad. Es un sitio estupendo.

Rafael guardò silencio.

-¿La viste tÙ? –preguntò por fin.

-Yo nunca me lo hago en los pantalones –dijo Guillermo, mirándole hoscamente.

Jugaron, y al cabo de un rato fueron al cuarto de sus padres. Guillermo se puso de pie en la cama para llegar al cajòn superior de la mesa y sacò una caja de terciopelo negro donde su padre dejaba todas las noches el reloj y lo volví a coger por la mañana.

La abrió y luego la cerrò de golpe, volvió a abrirla y nuevamente la cerrò de golpe; era un ruido que le gustaba.

-Te van a castigar –dijo Rafael.

Guillermo hizo un ruido grosero.

-Puedo tocarla porque va a ser mì.

En la familia aquel reloj pasaba del padre al hijo mayor como ya habían explicado a los dos hermanos. A pesar de todo, Guillermo puso de nuevo la caja en el cajòn y volvió a su cuarto, con Rafael en pos de èl.

-Llèvame, Guillermo, por favor.

-¿Y què me das?

Rafael se encogió de hombros. Su hermano escogió los tres juguetes que sabía que le gustaban màs a èl: un soldado rojo, un libro de estampas sobre un payaso tristón, y un osito llamado Fabio, jorobado por lo mucho que lo apretaba Rafael al dormir con èl todas las noches.

-No, Fabio no.

Guillermo le dirigió una mirada dura como el mármol y accedió.

Aquella tarde, cuando tenían que dormir la siesta, Guillermo le llevó por un camino que cruzaba el bosquecillo de raquíuticos pinos, detrás de la casa. Tardaron diez minutos, siguiendo el viejo y zigzagueante camino, en llegar a un pequeño claro. El ahumadero era una gran caja sin ventanas. Las maderas, sin pintar, estaban blanqueadas por el sol, y plateadas por las lluvias.

Dentro, reinaba la oscuridad.

-Anda, entra –dijo Guillermo-. Y te seguirè.

Pero en cuanto entrò, dejando a sus espaldas el luminoso y verde mundo, la puerta se cerrò de golpe y oyò el clic del cerrojo al caer.

Rompió a llorar a gritos.

Un momento después se callò.

-Guillermo –dijo, riendo-, no me tomes el pelo.

Ya cerrara los ojos o los abriese, la luz seguía ausente de sus párpados. Sombras purpúreas le rodeaban, le atacaban, le penetraban, formas que no quería reconocer, el color del cerdo que habían colgado allí dentro. Varias veces su padre le había llevado al matadero y recordaba los olores y la sangre y los gruñidos y los ojos enloquecidos.

-Guillermo –gritó-, te doy a Fabio.

El silencio era negro.

Se tirò llorando contra la pared, chocando inesperadamente con un muro invisible que se había imaginado a metros de distancia. Sintió un gran dolor en la nariz. Las rodillas se le doblaron y un clavo saliente le abrió la mejilla penetrándole casi hasta el ojo derecho. Algo húmedo le cubría el rostro, doliéndole, doliéndole; y en la comisura de la boca sintió sabor a sal. Hundiéndose en la frescura del duro suelo de tierra apisonada, notò una suave y cálida sensación que crecía, un gotear horrorizado por el interior de sus muslos.

En la oscura esquina se oyò el crujir de hojas y algo pequeño que se escabullía.

-Serè grande, serè grande –gritaba Rafael.

Cinco horas después, cuando los que le buscaban habían gritado su nombre una y otra vez junto al ahumadero, alguien, el factótum Leo, había tenido la idea de abrir la puerta y mirar en el interior.

Aquella noche, tranquilo, tiernamente bañado, la herida del rostro suturada y la nariz grotesca, pero bien atendida, Rafael se durmió en brazos de su madre.

Leo había dicho que el ahumadero estaba cerrado por fuera. Fabio fue descubierto en la cama del secuestrador, y Guillermo confesò y fue debidamente azotado. A la mañana siguiente se presentò ante su hermano y pronunciò un elocuente y contrito discurso de disculpas. Diez minutos después, ante el asombro de sus padres, los dos muchachos estaban jugando juntos, y Rafael reía por primera vez en veinticuatro horas.

Pero su coeficiente de inteligencia era de 147 puntos, e incluso para los cinco años ya era lo bastante inteligente para darse cuenta de que acababa de aprender algo.

Su vida se regìa por la necesidad de evitar a su hermano.

Los Meomartino estudiaban en el extranjero: cuando Guillermo fue elegido para ir a la Sorbona, Rafael, un año màs tarde, entrò en Harvard, de estudiante de primer curso. Durante cuatro años compartió cuarto con un muchacho de Portland, Maine, llamado George Hamilton Currier, imberbe de àspero heredero de una fortuna basada en latas de conserva de alubias cocidas al horno, producto que se encontraba invariablemente en tres de cada diez alacenas familiares norteamericanas. Currier el alubiero, como le llamaban, fue quien le dio el primero y único apodo que tuvo en su vida: Rafe, y quien le expuso una y otra vez las glorias de la carrera de medicina. Guillermo había decidido estudiar derecho en la Universidad de California, pues era tradicional en los Meomartino prepararse para profesiones liberales, aunque luego se pasasen la vida dedicados a los negocios azucareros de la familia y no las ejerciesen. Cuando Rafe saliò de Cambrigde con excelentes notas,

decidió, casi sin darse cuenta, estudiar medicina en Cuba. Su padre había muerto de un ataque al corazón varios años antes. El mundo de su madre, que siempre había girado en torno al cálido cariño de su marido se mantenía ahora estable gracias a una órbita parecida, sólo que en torno a su hijo menor. Era una mujer bellísima, de dulce sonrisa, pero como acosada, una dama cubana chapada a la antigua, cuyas manos largas y finas hacían encaje con consumada pericia, pero, al mismo tiempo, lo bastante moderna para coleccionar pintura abstracta e ir inmediatamente al médico familiar cuando descubrió que tenía un bulto en el pecho derecho. La terrible palabra no volvió a ser mencionada en su presencia. El pecho le fue amputado rápida y cortésmente.

Los años de Rafe en la facultad de medicina de la Universidad de La Habana fueron buenos, esa clase de tiempo que nunca amenaza dos veces una misma vida, combinación de juventud e inmortalidad, y de certidumbre en todo cuanto se cree. Desde el principio, el olor del hospital se le subió a Rafe a la cabeza más que el aroma empalagosamente dulce del gabazo de la caña de azúcar. Había una chica, compañera de estudios, llamada Paula, pequeña, oscura y cálida, con dientes ligeramente salientes y piernas no ciertamente perfectas, pero dotada de una grupa piriforme y un apartamento situado cerca de la Universidad, a lo que había que añadir profundos conocimientos del arte del control de la natalidad. En cuanto alguien mencionaba a Batista, Paula se irritaba y perdía interés, por lo que Rafe aprendió enseguida a no tocar ese tema, cosa, por otra parte nada difícil. En ocasiones, llegaba al apartamento de Paula y encontraba un grupo de poca gente, nunca más de media docena, hombres y mujeres, que se sumían en un extraño silencio en cuanto él entraba en la estancia, en vista de lo cual se iba como había venido, jovial y rápidamente.

A Rafe le tenían sin cuidado las intrigas que en su ausencia tejiera Paula en sus sesiones secretas; por el contrario, la intriga añadía un ingrediente más a aquella especia llamada Paula. Aparte de que en Cuba había reuniones secretas desde siempre, de modo que, ¿por qué inquietarse? Soñar y tejer complots, a favor de futuros que nunca se hacían realidad era parte del ambiente, como el sol, los amantes sobre la hierba, el Jai Alai, las riñas de gallos, las manchas misteriosas que quedaban en las aceras de mármol del Prado cuando uno pisaba los arándanos azul claro que caían de los árboles podados... Él se ocupaba de sus cosas y a nadie se le ocurría invitarle a esas reuniones, sobre todo teniendo en cuenta que él era un Meomartino, familia que, a pesar de los inevitables y periódicos cambios de Gobierno, enriquecía a los detentadores del poder.

Guillermo volvió a casa estando Rafael ya en el último curso de medicina, el año del internado en el Hospital Universitario General Calixto García. Carlos colgó su diploma de abogado en la pared de una oficina de trapiche y se pasaba el tiempo fingiendo preparar estadísticas y gráficos sobre la relación entre la caña de azúcar y la melaza. Con frecuencia le temblaba la pluma en la mano por culpa de su apasionada predilección por las bebidas alcohólicas doble y hasta triplemente destiladas, tanto nacionales como importadas. Rafael

le veía muy poco; el internado le ocupaba todo el tiempo, y los días pasaban entre el calor del exceso de trabajo, el exceso de enfermos y la escasez de médicos.

Dos días después de recibir el grado de doctor en medicina, su tío Erneido Pesca fue a verle. El hermano de su madre era un hombre alto, delgado, de talante militar, bigote que fue gris en otros tiempos, rostro pequeño y arrugado, y con predilección por los puros Partagàs y los trajes de hilo bien planchados. Se quitò el jipijapa dejando al descubierto la melena de un gris acerino, suspirò, pidió una copa, o sea, un vaso de ron, y mirò con aire desaprobador a su sobrino, que estaba sirviéndose un whisky escocès.

-¿Cuàndo entraràs en la empresa? –le preguntò, por fin.

-Yo pensaba –respondiò Rafael- que quizá fuera mejor dedicarme a la medicina.

Erneido suspirò.

-Tu hermano –dijo- es un tonto y un mequetrefe disoluto. Algo peor, quizá.

-Ya lo sè.

-Entonces, tienes que entrar en la empresa. Yo no voy a ser eterno.

Discutieron en voz baja, pero acaloradamente.

Finalmente, llegaron a una componenda. Rafael tendrìa su despacho junto al de Guillermo, en el trapiche. Tambièn dispondrìa de un laboratorio en el Colegio Mèdico. De eso se encargarìa Erneido. Tres días a la semana en el trapiche, dos días a la semana en el Colegio Mèdico; esto es todo lo que cediò Erneido, cabeza de familia sucesor de su padre.

Rafael accediò con resignación. Era màs de lo que había esperado.

El decano, veterano académico hábil en la adquisición de fondos y legados, le mostrò personalmente el grande, pero astroso, laboratorio, lleno de aparatos suficientes para tres investigadores en vez de uno, y se lo entregò a Rafael junto con el título de ayudante de investigación.

Se sintió orgulloso de poder mostrar su laboratorio a Paula, como un niño pequeño con un juguete nuevo. Ella le mirò sorprendida.

-Nunca me hablaste de investigaciones –dijo-. ¿A què viene ahora ese interés por investigar?

Paula tenía ya un cargo en el servicio de Sanidad del Gobierno e iba a ser nombrada inspectora en una pequeña aldea de la provincia de Oriente, en Sierra Maestra.

“Porque estoy hasta las mismísimas narices de gabazo, porque no quiero ahogarme en azúcar”, pensó èl.

-Es que es necesario –dijo, sin convencerse a sì mismo ni a ella.

En el laboratorio contiguo había un bioquímico llamado Rivkind, que había venido a Cuba, procedente del Estado norteamericano de Ohio, con una pequeña beca de la Fundaciòn contra el Càncer. La razón de que siguiese allí, confesò a Rafael, era que resultaba màs barato vivir en La Habana que en Columbus. La única cosa que inducìa a Rivkind a conversar era la posibilidad de quejarse amargamente de que la Universidad no querìa comprarle un pequeño centrífugo de doscientos setenta dólares. Rafe tenía uno en

su laboratorio nuevo y le daba reparo confesarlo. No llegaron a ser amigos. Cada vez que Rafe entraba en el atiborrado cubículo de Rivkind, el norteamericano parecía estar trabajando.

Desesperado, Rafe decidió trabajar èl también.

Se hizo escritor, escribió una lista:

Leptospirosis, una tremenda lata.

Leprosia, una lata astrosa.

Ictericia, una condenada amarilla.

Malaria, una cosa que da sudor.

Otras enfermedades febriles, muchos problemas calenturientos.

Elefantiasis, un problema enorme.

Enfermedades disintéricas, mucha mierda.

Tuberculosis, ¿podemos hincarle el diente?

Parásitos, viven de la grasa ajena.

Llevò la lista en el bolsillo durante varios días, sacàndola para leerla una y otra vez, hasta que quedó ilegible.

¿En què problema iba a concentrar primero su atención?

Se convirtió en lector. Reunió grandes montones de libros, y los lunes y martes de cada semana los pasaba sentado en su laboratorio particular, leyendo y tomando numerosas notas, algunas de las cuales conservò. Los miércoles, jueves y viernes iba a la oficina del trapiche, donde acopiaba otro tipo de literatura: Pythium Root Rot and Smut in Sugar Cane, The Genesis and Prevention of Chlorotic Streak, informaciones sobre el mercado, folletos del Departamento norteamericano de Agricultura, tratados de ventas, memorándums confidenciales, toda una biblioteca azucarera amorosamente reunida para èl por el tìo Erneido. Esto lo leìa con menos interés. A la tercera semana ya había renunciado por completo a la literatura azucarera; llevaba algún libro mèdico al trapiche en la cartera de negocios y leìa como un ladròn, a puertas cerradas.

Con frecuencia, al terminar la tarde, se oìa un suave arañazo en la puerta.

-Oye, salimos esta noche a ver si tenemos suerte –le decía Guillermo con la voz ya ronca a causa del whisky.

Esta invitación se repetía con frecuencia y Rafe la rehusaba invariablemente, pensaba èl, con afecto fraterno. ¿Podrìa Pasteur haber llegado a ser nada menos que el fundador de la microbiología, o Semmelweis liberar a los niños de la fiebre puerperal, o Hipòcrates a escribir el condenado juramento, si se hubieran pasado la vida contando los minutos que faltaban para salir del laboratorio y dedicarse a la juerga? Èl se pasaba las veladas en el laboratorio enredado, practicando, rompiendo retortas de cristal, cultivando mohos o mirándose las pestañas en el espejo del microscopio.

Una tarde, Paula vino a La Habana, procedente de su aldehuela de Sierra Maestra, donde estaba destinada como inspectora de Sanidad.

-¿En qué trabajas ahora? –le preguntò.

-Lepra –dijo èl sin pensarlo.

Ella le sonriò con escepticismo.

-No pienso volver a La Habana en mucho tiempo –le dijo.

Èl comprendió que estaba despidiéndose.

-¿Tantos enfermos dependen de ti?

Esta idea le llenaba de envidia.

-No es eso, es una cosa personal.

¿Personal? ¿Qué era personal? Los dos hablaban de su menstruación como quien discute de fútbol. Lo único realmente personal en la vida de Paula era la política. Fidel Castro andaba por aquellas montañas, Dios sabía dònde, armando jaleo.

-No te metas en ningún lío –dijo Rafael, alargando la mano para tocarle el pelo.

-¿Te preocuparìa?

Los ojos de ella le sorprendieron al arrasarse de làgrimas.

-Naturalmente –respondiò èl.

Dos días màs tarde, Paula había desaparecido de su vida. No volverìa a pensar seriamente en ella hasta la única otra vez en que volvió a oír su voz.

Como le había dicho que iba a dedicarse a la lepra pasò mucho tiempo leyendo el Index Medicus, compilò largas listas de material básico de investigación, acopiò nuevos montones de revistas de bibliotecas y se preparò para nuevas sesiones de lectura intensiva.

No le condujo a nada.

Se limitò a seguir pasando el tiempo en su lujoso laboratorio viendo las motas de polvo flotar en el aire encauzadas por el sol, que caía de lado desde las ventanas algo sucias, y tratando de confeccionarse un programa de investigación.

Si le hubiera sido posible planear algo malo no se habría sentido tan asustado.

De todo aquello no sacò nada en limpio.

Finalmente exorcizò sus temores. Contemplò su reflejo en el espejo, crítica pero imparcialmente, confesándose por primera vez que aquello que tenía delante no era un investigador.

Fue de un extremo a otro del pasillo, subió y bajò por los tres pisos del edificio, a veces casi, corrigiendo y lo repartió todo convertido en Papa Noel de la medicina moderna: sus aparatos portátiles, todas las retortas, todas las reservas de material sin usar. Cogiò el centrífugo y lo llevò al pequeño laboratorio de Rivkind. El microscopio, objeto útil en centros de asistencia mèdica, fue cuidadosamente empaquetado y enviado a Paula a las inhóspitas montañas, donde en realidad estaba ejerciendo de mèdico. Luego dejó la llave, junto con una breve, pero agradecida carta de dimisión, en la estafeta del decano, y se fue del edificio con el corazón goteando amargas y doloridas gotas, casi visibles.

Así, pues.

Después de todo, no iba a ser investigador médico.

Haría caso a los genes paternos y se convertiría en azucarero.

Comenzó a ir a diario al despacho de la Central.

Siempre a la izquierda del tío Erneido, con Guillermo a la derecha, presidía reuniones, conferencias de producción, alquileres, abrogaciones de contratos, sesiones de programación, consultas sobre cargamentos y envíos.

Ya no era el muchachito que juega a ser hombre de ciencia.

Ahora era, y bien que lo sabía él, un muchacho que juega a ser un hombre de negocios.

Todas las tardes, cuando salía de la oficina, se metía en algún club al que, poco después, llegaba Guillermo, según acuerdo previo, con las mujeres, siempre semiprofesionales, pero, a veces, como a modo de aperitivo, no. Cuando cruzaban la estancia hacia donde estaba él esperando, Rafe trataba de adivinar cuándo lo eran y cuándo no, y con frecuencia se equivocaba. Unas, clasificadas por él como prostitutas, resultaron ser un par de maestras de escuela de Flint, Michigan, que querían sentirse culpables y utilizadas.

Pronto se dio cuenta de que Guillermo era de segunda fila, tanto en esta cuestión como en otras. Los cuatro iban a locales chabacantemente malditos, antros de sexualidad, centros de drogas, lugares comunes que los habaneros mundanos y conocedores despreciaban y calificaban de trampas para turistas yanquis tímidos, admiradores de Hemingway. Rafe se daba cuenta de que iba hacia un futuro absurdo. Se veía a sí mismo diez años más tarde, con los ojos mate, indiferente, chupando del azúcar y cambiando chistes verdes con Guillermo en los bares del Prado. Y, sin embargo, se sentía curiosamente incapaz de salir de aquel ambiente, como si fuera una figura hindú petrificada contra su voluntad, parte de un friso obscuro, maldiciendo al escultor.

Más tarde, no le cupo nunca la menor duda de quien le salvó de todo aquello fue Fidel Castro.

Durante un par de días todo el mundo se encerró en casa. Hubo algún incidente lleno de ortodoxo puritanismo, algún saqueo en lugares como el Casino Deauville, donde Batista tenía un porcentaje en las ganancias de los tahúres norteamericanos.

Los hombres de Castro estaban por todas partes, llevando diversas variantes de ropa sucia. Sus uniformes eran brazales rojinegros con la leyenda "26 de julio", fusiles cargados y las barbas que daban a alguno de ellos parecido con Cristo, pero otros parecían chivos. Los pelotones de ejecución comenzaron a actuar en el Palacio de los Deportes de La Habana, y trabajaban a diario, a veces haciendo horas extraordinarias.

Una tarde, sentado en el semidesierto "Jockey Club", Rafe fue llamado al teléfono. No había dicho a nadie dónde estaba. Alguien tuvo que haberle seguido.

-Diga.

Al otro extremo de la línea, una mujer dijo ser “una amiga”. Inmediatamente se dio cuenta de que era Paula.

-Èsta es una buena semana para viajar.

“Niños que juegan al melodrama” pensó. Pero, contra su voluntad, sintió el suave beso del miedo. ¿Què habrìa oído?

-¿Mi familia?

-Tambièn, a lo mejor un viaje largo.

-¿Con quièn hablo? –preguntò, solìcito.

-No haga preguntas. Ah, otra cosa: los teléfonos de su casa están intervenidos, y tambièn los de la oficina.

-¿Recibiste el microscopio? –preguntò, poniendo fin a la solicitud.

Ella estaba llorando angustiosamente, intentando hablar.

-Te quiero –dijo èl, odiándose a sì mismo.

-Embustero.

-No –mintiò.

Colgaron. Rafe permaneciò allí un rato màs, con el auricular en la mano, sintiéndose entumecido, y agradecido, preguntándose què le habrìa dado a Paula, cuando había procurado mantenerse al margen de sus necesidades. Luego colgó y corriò a ver a su tìo.

Aquella noche no durmieron. No podían llevarse consigo la tierra, los edificios, la maquinaria, los largos y hermosos años. Pero había valores negociables, joyas y los cuadros màs valiosos de su madre, lo mismo que dinero en efectivo. Como Meomartino, iban a ser pobres, pero para cualquier otro nivel vivirían holgadamente.

El bote que consiguió Erneido no era un simple pesquero, sino una lancha motora, de diecisiete metros de eslora, con motores diesel gemelos, tipo 320, de la General Motors, cuarto de estar, salón alfombrado y cocina. Al arrancar de la playa, en Matanzas, a medianoche del día siguiente, Rafe dio a su madre grano y medio de nembutal. Durmiò como un lirón.

Èl y su madre pasaron sòlo diez días en Miami. Guillermo y el tìo Erneido preparaban la campaña legal que, esperaban ellos, les permitiría, de alguna manera, conservar in absentia las propiedades de la familia Meomartino, e instalaron su cuartel general en dos habitaciones del Holiday Inn. Para ellos, la idea de Rafe de irse al norte era una aberración pasajera.

A su madre, el viaje en tren hasta Boston, en el East Coast Champion, la distrajo. Fueron directamente al Ritz, respirando el aire perfumado de limón de la primavera de Nueva Inglaterra. Durante varias semanas vivieron como turistas, viéndolo todo y disfrutándolo todo, mientras las energías de su madre se iban gastando como el serrìn que gotea de una muñeca con el talòn perforado. Cuando comenzó a tener un poco de fiebre, Rafe le encontró un conocido especialista en càncer en el Hospital General de

Massachusetts y estuvo a su lado todo el tiempo, hasta que la fiebre cedió. Luego reanudó la búsqueda –búsqueda de què- sin ella.

Era un marzo fresco y cruel. A lo largo de la avenida de la República, las lilas y las magnolias estaban aún sin florecer, botones duros y menudos, pardos y negros, pero en los jardines públicos, al otro lado de la calle, frente al Ritz, parterres de tulipanes de invernadero lanzaban manchas de color contra el suelo aún sin despertar.

Rafe hizo una breve excursión a Cambridge y estuvo observando a los estudiantes de rosadas mejillas, algunos con barbas a la moda de Castro, y a los universitarios, con sus mochilas verdes llenas de libros, pero no sintió la sensación de haber vuelto al hogar.

Fue a ver a Beanie Currier, residente ahora de segundo curso en el departamento de pediatría del Hospital Infantil de Boston. Por intermedio de Beanie conoció a otros miembros del hospital, bebió cerveza con ellos en el bar de Jake Wirth, y escuchó sus conversaciones. Se dio cuenta con alegría de que para él no había terminado la medicina, ni mucho menos. Comenzó a examinar el terreno desde el punto de vista de las oportunidades de trabajo, despacio y cautelosamente, estudiando departamentos quirúrgicos y clínicos de los hospitales. Pasó tardes enteras yendo por los pasillos del Hospital General de Massachusetts, y otros, como el de Peter Ben Brigham, Bet Israel, Ciudad de Boston y el Centro Médico de Nueva Inglaterra. En cuanto vio el Hospital General del condado de Suffolk sintió una curiosa agitación abdominal, como si acabara de ver a una chica que le atrajera mucho. Aquel hospital, lleno de indigentes, era un viejo monstruo. No enviaría a él a su madre, pero se dio cuenta de que era el lugar donde la cirugía se aprendía bisturí en mano. Le atraía, y con sus ruidos y olores le calentaba la sangre.

El doctor Longwood, el jefe de Cirugía, no estuvo nada cordial con él.

-La verdad es que no le aconsejaría que solicitara plaza aquí –dijo.

-¿Por qué no, doctor?

-Le hablaré con franqueza, doctor –dijo el otro, con una fría sonrisa-. Tengo razones personales y profesionales para no ver con buenos ojos a médicos que han estudiado en el extranjero.

-Sus razones personales no son asunto mío –dijo Rafe, cautamente-, pero, ¿puede decirme las profesionales?

-Pues una es que en los hospitales de todo el país ha habido disgustos con médicos extranjeros.

-¿Qué tipo de disgustos?

-Los hemos aceptado con interés, porque eran la solución a nuestro problema, que es la escasez de médicos. Y hemos comprobado que no siempre saben exponer un historial clínico. Y con frecuencia ni siquiera saben suficiente inglés para comprender lo que pasa en un momento crítico.

-Yo, le aseguro, sè exponer un historial clínic y he hablado inglès toda mi vida, antes incluso de ir a Harvard –dijo, notando que de la pared del despacho del doctor Longwood colgaba un diploma de Harvard.

-Los Colegios Mèdicos extranjeros no tienen los mismos programas, ni los preparan tan concienzudamente como los Colegios Mèdicos norteamericanos.

-Yo no sè lo que pasará en el futuro, pero mi Colegio Mèdico siempre ha sido aprobado en este país. Tiene un historial conocido.

-Tendría que repetir aquí el internado.

-Me parece perfecto –dijo Rafe, sin inmutarse.

-Y tendría que aprobar el examen del Consejo Docente para Graduados del Colegio de Mèdicos Extranjeros. Y le puedo anticipar que yo fui una de las personas que màs hicieron por crear ese Consejo.

-De acuerdo.

Se examinò en la Casa del Estado, en compaña de un nigeriano, dos irlandeses y un grupo de sudorosos y deprimidos portorriqueños e iberoamericanos de diversos países. El examen era sumamente sencillo, basado en los principios médicos màs elementales, y también en el conocimiento del idioma inglès, casi insultante para un hombre que había terminado la carrera con excelentes notas.

De acuerdo con el Reglamento de la Asociación Mèdica norteamericana, Rafe presentò su diploma de la Facultad de Medicina de La Habana, junto con una traducción Berlitz certificada. El 1 de julio, vestido de blanco, interno otra vez, se presentò a trabajar en el hospital. Vio enseguida que Longwood le trataba de la misma manera que èl había tratado a los leprosos en el muelle de La Habana, cortésmente, pero con forzada tolerancia. No disponía de un buen laboratorio; allí, a nadie se le hubiera ocurrido comprarle un centrífugo ni ningún otro aparato; vio que con un bisturí en la mano se seguía sintiendo cómodo y tranquilo, y estaba convencido de que, con el tiempo, su técnica iría mejorando; andaba sobre el hule reluciente de los pasillos a buen paso, dominando el impulso que sentía de ponerse a dar gritos.

Ocurrió en el Hospital General de Massachusetts. Su madre estaba esperando en un cuarto del octavo piso del Edificio Warren para someterse a un examen mèdico semanal y recibir nueva provisión de esteroides revitalizadores. Èl entrò en la cafetería del entresuelo de Baker y pidió una taza de café a una chica que llevaba la palabra “voluntaria” bordada en rojo sobre el pecho izquierdo. Era una rubia atractiva y con intrigantes y pesados pàrpados, que, en general, a èl no le atraían, quizá porque precisamente era lo que màs le gustaba a Guillermo de las mujeres, un vislumbre de antiguas desviaciones morales.

Había bebido la mitad del café cuando la chica salió de detrás del mostrador y fue hacia su mesa con una bandeja en la que había una revista, una taza de tè y un plato de postre con un pastel.

-¿Me permite?

-Naturalmente –respondió èl.

Se sentò cómodamente. Era una mesa pequeña y la revista era grande. Al ponerla sobre la mesa empujó el platillo, agitando el café, sin derramarlo.

-Ay, dispense.

-No importa, no ha pasado nada.

Siguió bebiendo el café, mirando al pasillo, màs allà de los tabiques de cristal. Ella leìa, sorbìa, mordisqueaba el pastel. Rafe percibìa un perfume sutil, indudablemente caro. “Azmicle y rosas”, pensó. Sin darse cuenta, cerrò los ojos, aspirándolo. Junto a èl, la chica pasò una hoja de la revista.

Arriesgò una mirada de soslayo, y ella le sorprendió en flagrante delito. Sus ojos eran grises, penetrantes, muy hondos, con una insinuación de pata de gallo en las comisuras. ¿Arrugas de regocijo o arrugas de pecado? En lugar de apartar la vista ante la mirada de ella, Rafe, desconcertado, lo que hizo fue cerrar los ojos, como trampas culpables.

Ella rompió a reír, como una niña.

Cuando Rafe volvió a abrir los ojos, vio que la chica había sacado un cigarrillo del bolso y estaba buscando una cerilla. Encendió èl una, seguro de que sus manos de cirujano no temblarían, pero luego, mientras las puntas de los dedos de ella le rozaban la mano para guiar la llama hacia el extremo del cigarrillo, temblaron. El cabello era rubio; la piel, de un hermoso color; la nariz, ligeramente prominente, curva, apasionada, y la boca un poco grande, de labios carnosos.

Ambos se dieron cuenta al mismo tiempo de que èl la estaba mirando. Sonrió, y Rafe se sintió aventurero.

-¿Està usted aquí por un paciente?

-Sì –respondió èl.

-Es un hospital muy bueno.

-Ya lo sè. Soy mèdico, interno del Suffolk.

Ella ladeò la cabeza.

-¿Què departamento?

-Cirugía –repuso, alargando la mano-. Me llamo Rafe Meomartino.

-Elizabeth Bookstein.

Se había echado a reír, vaya usted a saber por què, y eso le irritaba. No se le había ocurrido que fuera una tonta.

-El doctor Longwood es tìo mío –dijo, al estrecharle la mano.

¡Dios mío!

-¿Sì?

-Sì –confirmò ella. Había dejado de reír, y ahora le miraba, observándole el rostro y sonriendo-. Ya veo que mi tìo no le cae simpático. En absoluto.

-La verdad, no –contestò èl, devolviéndole la sonrisa.

Aùn la tenía cogida de la mano.

Menos mal que no le había preguntado por què.

-Dicen que es un profesor muy bueno –comentò ella.

-Sì que lo es –dijo Rafe, y su respuesta pareció satisfacerla-. ¿Y su apellido? ¿De dònnde sacò ese Bookstein?

-Soy una señora divorciada.

-¿Y es usted una señora divorciada en manos de alguna persona concreta?

Ella movió la cabeza, sin dejar de sonreír.

-De nadie concreto.

Rafe vio entonces a su madre, que entraba. Le pareció màs pequeña incluso que el dìa anterior, y se diría que se movía mucho màs despacio que en otros tiempos.

-Mamá –dijo, levantándose.

Cuando se hubo acercado, las presentò. Luego, cortésmente, se despidió de la chica y salió despacio de la cafeterìa, ajustando su paso al de su madre.

Las otras veces que fue al hospital la buscò, pero no estaba ya en la cafeterìa; las voluntarias trabajaban a horas irregulares, entrando y saliendo, màs o menos como les venìa en gana. Hubiera podido encontrar su número de teléfono, pero la verdad es que ni siquiera se molestò en consultar la guía. Estaba trabajando mucho en el hospital, y la enfermedad de su madre, de intensidad creciente, era un peso sobre los hombros, que aumentaba también cada dìa que pasaba. La carne de su madre parecía volverse màs fina y transparente, estirarse, màs y màs tensa, a lo largo y ancho de la delicada estructura de sus huesos. Su piel adquiría una especie de luminosidad que Rafe reconocería instantáneamente en los pacientes de cáncer durante el resto de su vida.

Hablaba una y otra vez de Cuba. En ocasiones, cuando volvía a casa, la encontraba sentada en la oscuridad del cuarto, junto a la ventana, mirando el tràfico que discurría silenciosamente por la calle de Arlington.

¿Què es lo que están viendo sus ojos? ¿Aguas cubanas? –se preguntaba Rafe-. ¿Bosques y campos cubanos? ¿Rostros de fantasmas, de gente que èl nunca había conocido?

-Mamacita –le dijo una noche, incapaz de seguir en silencio. La besò en la cabeza. Querìa alargar la mano, acariciar su rostro, acercarla a sì, ponerle los brazos de tal forma que nada pudiera tocarla, que nadie pudiera hacerle daño sin hacérselo antes a èl. Pero tenía miedo de asustarla, de manera que no hizo nada.

Durante las siete semanas siguientes, la aspirina y la codeína resultaron ineficaces, y el especialista en cáncer recetò demerol.

Once semanas después, su madre volvía a ocupar el cuarto, bonito y soleado, de Casa Phillips, en el Hospital General de Massachusetts. Encantadoras enfermeras llenaban sus venas periódicamente con el don de la adormidera.

Dos días después, su madre cayó en un estado comatoso y el cancerólogo, con suavidad, pero claramente, le dijo a Rafe que sólo tenía dos alternativas: prolongar el funcionamiento agónico de sus órganos vitales por una serie de medios, o renunciar a la lucha, en cuyo caso su madre moriría a muy corto plazo.

-No le hablo a usted de eutanasia –dijo el viejo médico-. De lo que estamos hablando aquí es de no dar más apoyo a una vida que no tiene ya esperanza de prolongarse más tiempo; sólo, todo lo más, en períodos intermitentes de terribles dolores. Yo nunca tomo esta decisión solo cuando hay parientes. Piénselo. Es una decisión que, como médico que es usted, le saldrá al paso con frecuencia.

Rafe no tardó mucho en decidirse.

-Dejémoslo –dijo.

A la mañana siguiente entró en el cuarto de su madre y vio una sombra oscura inclinada sobre ella, un sacerdote alto y huesudo, cuyo rostro infantil y pecoso y pelo color zanahoria sobre la sotana negra eran realmente cómicos.

Sobre los párpados de su madre relucían ya los santos óleos, reflejando atisbos luminosos.

-...Que el Señor perdone cuantos pecados hayas cometido –estaba diciendo el sacerdote, haciendo con el dedo pulgar, húmedo, la señal de la cruz sobre la boca torcida.

Su voz era abominable, el peor acento de Boston.

“Diga, muchacho malsanamente cuerdo, ¿qué pecados realmente graves puede haber cometido mi madre?”, se preguntaba Rafe. El juvenil dedo pulgar volvió a hundirse en los óleos.

-Con esta santa unción...

“Ah, Dios, como suelen decir, estás muerto, porque si existieses no nos tomarías el pelo de esta manera. Te quiero, no te mueras, te quiero, por favor...”.

Pero no dijo nada en voz alta.

Estuvo al pie de la cama de su madre sintiendo súbitamente la soledad, el terrible aislamiento, la certidumbre de ser un poco de excremento de paloma en el vacío terrible, terrible.

Poco después observó clínicamente que ya no había respiración. Se acercó a ella, haciendo involuntariamente caso omiso, con un encogimiento de hombros, de la mano del sacerdote, y cogiendo a su madre en sus brazos.

-Te quiero, te quiero.

Su voz llenaba el cuarto silencioso.

Su madre salió de allí en lujoso pero solitario esplendor. Rafe se aseguró de que hubiera flores en abundancia. El féretro era como un Cadillac de cobre tapizado de terciopelo azul. Lo último que hizo por ella fue pagar por anticipado la misa cantada y solemne de réquiem en la iglesia de Santa Cecilia. Guillermo y el tío Erneido llegaron en avión desde Miami. El

ama de llaves y la encargada del piso del Ritz asistieron también, en asientos de última fila. Un borracho temblón que hablaba solo, y se arrodillaba cuando había que ponerse en pie, estaba en un rincón, a cuatro asientos de distancia de la imagen del santo patrono de la iglesia. Aparte de éstos, el templo estaba completamente vacío, un eco reluciente y oloroso a cera e incienso.

Junto a la tumba, en Brookline, estuvieron también solos, temblando de tristeza y miedo, y de frío que llegaba hasta los huesos. Cuando volvieron al Ritz-Carlton, Erneido, tras excusarse, se metió en la cama con dolor de cabeza y unas píldoras. Rafe y Guillermo fueron al salón y estuvieron sentados, tomando whisky. Igual que en los viejos tiempos de guerra, bebiendo, sin escuchar lo que decía Guillermo. Finalmente, a través de una niebla alcohólica, como desde una distancia, le pareció que Guillermo decía algo que gran importancia.

-Nos dan aviones, tanques, armas. Nos adiestran. Lucharán a nuestro lado. Esos marines son unos soldados estupendos. Tendremos apoyo aéreo. Necesitaremos a todos los oficiales que podamos reunir. Tendrás que ponerte en contacto con cuanta gente conozcas. No cabe duda de que también tú serás capitán.

Concentró su atención y se dio cuenta de lo que estaba diciendo su hermano. Sin más, se echó a reír, pero sin alegría.

-No –dijo-, muchas gracias.

Guillermo dejó de hablar y le miró.

-¿Qué quieres decir?

-A mí no me hacen falta invasiones. Yo lo que quiero es seguir aquí. Pienso hacerme ciudadano norteamericano.

“Sesenta por ciento horror, treinta por ciento de odio, diez por ciento, aproximadamente, de desprecio” se dijo, observando con ojos velados a su hermano, típicamente Meomartino.

-¿Es que no tienes fe en Cuba?

-¿Fe? –rió Rafe-. Si quieres que te diga la verdad, hermanazo, no tengo ya fe en nada, por lo menos en el sentido que tú le das a la palabra. Yo creo que todos los movimientos, todas las grandes organizaciones de este mundo, son mentiras y ganancias para alguien. Yo lo que creo es que la gente debería causar el menor daño posible a los demás seres humanos.

-Noble. Lo que en realidad quieres decir es que no tienes pelotas.

Rafe le miró.

-Nunca las tuviste. –Guillermo apuró su whisky e hizo una seña al camarero-. Yo tengo pelotas suficientes para todos los Meomartino. Amo a Cuba.

-No es de Cuba de lo que hablas, alcahuete. –Hasta entonces habían estado hablando en castellano, pero de pronto, por oscuras razones, Rafe se dio cuenta de que se había puesto a hablar en inglés-. De lo que hablas es de azúcar. ¿Por qué finges lo contrario? ¿De

què les servirà a los pobres desgraciados que realmente son Cuba que demos una patada a Fidel en las nalgas y recobremos nuestra fortuna? –Tomò un largo sorbo de whisky-. ¿Y crees que el tipo que pusiéramos en su lugar les trataria de otra manera? No –dijo, respondiendo a su propia pregunta.

Le molestò comprobar que estaba temblando.

Guillermo aguardò fríamente.

-En nuestro movimiento hay poca gente con intereses azucareros y tenemos los mejores elementos –dijo, como quien habla con una criatura.

-Es posible que todos ellos sean patriotas, pero, aunque fuese así, sus razones son sin duda tan malas como las tuyas.

-Es magnífico saberlo todo, cobardón, hijo de perra.

Rafael se encogió de hombros. Guillermo había sido hijo amante, a su manera. Rafe sabía perfectamente que esta afrenta inpensada iba dirigida a él, no a su madre. “Por fin – pensò con una extraña sensación de alivio-, nos estamos diciendo el uno al otro, en voz alta, los insultos que siempre tuvimos escondidos en el desván del cerebro”.

A pesar de todo, era evidente que Guillermo lamentaba haberlo dicho.

-Mamá –dijo.

-¿Què dices de mamá?

-¿Crees que podrá descansar en paz en una tumba cubierta de nieve? Debería ser devuelta a Cuba.

-¿Y por què no te vas al diablo? –replicò Rafe, furioso.

Se levantò sin terminar el whisky y se fue, dejando a su hermano allí sentado, con los ojos fijos en el vaso.

Guillermo y el tío Erneido se fueron aquella misma noche, despidiéndose de él, como de un extraño, con un apretón de manos.

Cuatro días después el viento primaveral del nordeste golpeò Nueva Inglaterra con una avalancha de diez centímetros de nieve todo a lo largo de la costa entre Portland y la isla de Block. Aquella misma tarde, Rafe fue en taxi al cementerio de Holyhood. La tormenta había cesado, pero el viento levantaba turbiones de nieve que se le metían por las mangas del abrigo, y le bajaban por el cuello. Fue a pie hasta el lugar donde estaba la tumba, llenándose de nieve los zapatos. Allí seguía; a pesar del viento, venillas de nieve, cogidas como en una trampa, se levantaban los montecillos de tierra helada. Permaneció allí, de pie, todo el tiempo que le fue posible, hasta que empezó a humedecerse la nariz y los pies se le congelaron. Cuando volvió a su cuarto se sentò en la oscuridad, junto a la ventana, como solía hacer ella, observando el tráfico, que discurría de un lado a otro, por la calle de Arlington. Sin duda, algunos de los vehículos serían los mismos: las màquinas mueren màs despacio que las personas.

Se fue del Ritz, mudándose a una mansión señorial convertida en casa de apartamentos, a una manzana de distancia del hospital. Al otro lado del pasillo, vivían dos esbeltos estudiantes, probablemente en pecaminosa armonía. En el piso de arriba había una chica bizca que a él le parecía prostituta, aunque no había indicios de que recibiera en su cuarto ni siquiera a su novio formal.

Pasaba la mayor parte de su tiempo libre en el hospital, consolidando su reputación de competencia y seriedad y cerciorándose de que el año próximo sería elegido residente. A pesar de todo, se negaba a vivir en el hospital, porque no quería confesarse a sí mismo que tenía necesidad de un refugio.

La primavera le cogió vulnerable y por sorpresa. Se le olvidó ir a cortarse el pelo; meditó la posibilidad de que haya vida después de la muerte y llegó a la conclusión de que en el más allá no hay nadie: consideró las posibilidades del psicoanálisis, hasta que leyó un artículo de Anna Freud en el que se afirmaba que el individuo está fuera del alcance del psicoanalista tanto estando de luto como enamorado.

La invasión de la Bahía de Cochinos le sacó desagradablemente de su letargo. Oyó las primeras noticias en una radio portátil, en la sección de mujeres de la sala. El informe era optimista sobre las posibilidades de éxito de la invasión, pero poco completo, y daba poquísimos datos, excepto que el desembarco había tenido lugar en la Bahía de Cochinos.

Rafe la recordaba bien. Un lugar costero de veraneo al que sus padres solían llevarle de pequeño. A lo largo de la orilla, todas las mañanas, mientras sus padres dormían, él y Guillermo recopilaban grandes cantidades de tesoros marinos y piedrecitas blancas y pulidas, como huevos de ave petrificados.

A cada programa las noticias eran peores.

Trató de telefonar a Guillermo a Miami, aunque sin éxito; finalmente, consiguió dar con el tío Erneido.

-No hay manera de averiguar dónde está. Está allá, con los demás, en algún sitio. Al parecer, la cosa va muy mal. Este maldito país, que se decía de nuestro amigo...

El viejo no pudo seguir.

-Llárame en cuanto sepas algo –dijo Rafe.

Pocos días después fue posible reconstruir parte de la tragedia y adivinar el resto: la enormidad de la derrota, la magnitud de la falta de preparación de la brigada invasora, lo anticuado del armamento, la falta de apoyo aéreo, la arrogante ineficiencia de la CIA, la evidente angustia del joven Presidente norteamericano, la ausencia de marines precisamente cuando más falta hacían.

Rafe se pasó bastante tiempo imaginándose lo que debió haber sido aquello: con el mar a la espalda y el pantano y la milicia de Fidel Castro, con armas soviéticas, por todas partes. Los muertos, la falta de medios con que atender a los heridos.

Andando despacio por el hospital vio algunas cosas por primera vez en su vida.

Un resucitador, un marcapasos.

Una màquina succionadora.

Camas que ofrecían calor y reposo a los pacientes aturcidos.

Las fantásticas salas de operaciones, la gran cantidad de gente.

“Dios, el banco de sangre”. Y todos los Meomartino tenían tipos de sangre poco frecuentes.

Nunca había ocultado que era cubano. Varios de sus colegas y unos pocos pacientes le murmuraron palabras de ánimo, pero la mayor parte tendían a evitar el tema. En varias ocasiones notò que la conversación cesaba en un ambiente de sùbita culpabilidad en cuanto èl se incorporaba al grupo.

De pronto, se dio cuenta de que podía dormir de noche; en cuanto se metía en la cama se sumía en el sueño hondo y anestésico del que busca la huida.

Un día de mayo, el pesado reloj de plata, con àngeles en la tapa, llegó por correo certificado como una bandera blanca del tío Erneido. La nota que lo acompañaba era concisa y breve, pero contenía varios mensajes:

Sobrino:

Como sabràs, este reloj familiar es parte de la herencia de la familia Meomartino. Ha sido conservado honorablemente por los que lo guardaron para ti. Guárdalo también tù de la misma manera, y ojalà lo pases a muchas generaciones de Meomartino.

No sabemos còmo murió tu hermano, pero tenemos información fidedigna de que se comportò bien en sus últimos momentos. Con el tiempo, tratarè de averiguar màs cosas.

No creo que tù y yo nos veamos en un futuro inmediato. Soy ya viejo y las energías que me quedan quiero emplearlas de la mejor manera posible. Confío y espero que tu carrera mèdica irà bien. No creo que vuelva a ver mi Cuba liberada. No hay suficientes patriotas con sangre de hombre en las venas para quitarle a Fidel Castro lo que les pertenece a ellos por derecho propio. Tu tío

Erneido Pesca.

Puso el reloj en su mesa de trabajo y se fue al hospital. Cuando volvió, cuarenta horas màs tarde, y abrió el cajòn, el reloj seguía allí, esperándole. Lo mirò y luego cerrò el cajòn, se puso el abrigo y salió de la pensión. Fuera, la tarde estaba indecisa entre el fin de la primavera y el comienzo del verano, con nubes cargadas de lluvia al acecho. Anduvo por las aceras de Boston, manzana tras manzana, largo tiempo, al calor de la tarde.

En la calle de Whashington, sintiéndose con hambre, lo que le sorprendió súbitamente, entrò en un bar, a la sombra del ferrocarril elevado. El Herald-Traveler estaba a una manzana de distancia. Era una buena taberna, un bar de obreros lleno de periodistas que comían o bebían, algunos de ellos con sombreros de papel de periódico, para no mancharse el pelo de tinta y de grasa.

Se sentò en la barra y pidió una chuleta de ternera a la parmesana. Un televisor, situado sobre el espejo, vomitaba noticias, los últimos comentarios sobre la catástrofe de Bahía de Cochinos.

Pocos de los invasores habían podido ser evacuados. Gran número de ellos habían muerto.

Prácticamente todos los supervivientes habían sido hechos prisioneros.

Cuando le sirvieron la chuleta no se molestò siquiera en cortarla.

-Un whisky doble.

Y luego se tomò un segundo, lo que le hizo sentirse mejor, y un tercero, lo que le hizo sentirse muy mal. Deseoso de aire, dejó un billete sobre la caoba, y salió, cansinamente.

El nuevo cielo nocturno era bajo y negro, y el viento como una serie de toallas húmedas que llegase incansable del mar. Buscò refugio en un taxi que parò a su lado.

-Llèveme a cualquier bar. Y espere, por favor.

La Plaza del Parque. El bar se llamaba Las Arenas. La luz era suave, pero los whiskies los servían indudablemente sin una gota de agua. Cuando salió, el taxi seguía allí, como un corcel fantasma que le llevaba al galope, con el taxímetro también en marcha, a los palacios placenteros e iluminados por el neòn de los vivos. Fueron hacia el norte, deteniéndose con frecuencia. Al bajar ante un bar de la calle de Charles, agradecido por tanta fidelidad, Rafe dio un billete al taxista, no dándose cuenta de su error hasta que el taxi ya estaba lejos.

Cuando salió del bar de la calle Charles todos los objetos le parecían borrosos, algunos màs brillantes que otros. El viento allí era àspero y húmedo. La lluvia tamborileaba y silbaba sobre la acera, a sus pies. Su ropa y su pelo lo aceptaron hasta que ya no pudieron màs y comenzaron a chorrear como el resto de sus cosas. La lluvia, dura y fría, le mordía el rostro, haciéndole sentirse inexplicablemente enfermo, con nàuseas.

Pasò junto al Hospital Òptico de Massachusetts y entrevió también los perfiles húmedos del Hospital General de Massachusetts. Se sentía incierto sobre el momento exacto en que su humedad interior habían entrado en contacto con la exterior, pero de pronto se dio cuenta de que hondo, muy hondo, en su interior, estaba llorando.

Por sì mismo, sin duda.

Por el hermano a quien había odiado tanto y al que nunca verìa ya màs.

Por su madre muerta.

Por el padre apenas recordado.

Por el tìo perdido.

Por los días y lugares de su niñez.

Por el repulsivo mundo.

Había llegado ya a una especie de dosel iluminado, fuera del refugio, también iluminado, donde las fuentes artificiales salpicaban contra la lluvia.

-Fuera de aquí –dijo el portero del Charles River Park, en tono de silenciosa amenaza.

Se hizo a un lado para dejar pasar a dos mujeres, que olían a rosa chamuscada. Una de ellas subió al taxi. La otra se volvió hacia él y alargó la mano, como para tocarle.

-¿Doctor? –dijo, como incrédula.

Recordándola, pero sin poder identificarla, trató de hablar.

-Doctor –dijo ella-, no recuerdo su nombre, pero nos conocimos en la cafetería del Hospital General. ¿Se encuentra usted bien?

“Soy un cobarde”, dijo, pero no se le oyó.

-Elizabeth –gritó la otra chica del taxi.

-¿Puedo ayudarle? –preguntó ella.

Ahora, la otra chica se había apeado del taxi.

-De todos modos, ya llegamos tarde –comentó.

-No llore –dijo Elizabeth-, por favor.

-Elizabeth –dijo la otra chica-, pero, ¿qué diablos estás haciendo?

Liz Bookstein le pasó el brazo por la cintura y comenzó a guiarle hacia el hotel, bajo el dosel, sobre la alfombra roja, de color de sangre.

-Diles que no pude ir –comentó, sin volver la cabeza.

La primera vez que despertó la vio, a la luz tenue de la lámpara, sentada, durmiendo, en una silla junto a la cama, todavía con el vestido puesto, pero la faja, las medias y los zapatos, quitados, en el suelo, y los pies desnudos recogidos bajo las piernas, como para protegerlos del frío. La segunda vez vio el gris claro de la aurora invadir el cuarto, y a ella ya despierta, mirándole con aquellos ojos que ahora recordaba sin dificultad, no sonriendo o hablando, simplemente mirándole. Poco después, sin querer, volvió a dormirse. Cuando despertó completamente, el sol de la media mañana entraba a chorros por las ventanas y ella seguía en la misma silla, aún con el vestido de noche, la cabeza caída hacia un lado, extrañamente indefensa y muy bella durmiendo.

No recordaba haberse desnudado, pero cuando bajó de la cama vio que estaba desnudo. Para complicar más las cosas tenía una tremenda erección fàlica y se metió a toda prisa en el cuarto de baño. No sabía beber, reflexionó mientras se purgaba el cuerpo de venenos.

Poco después llamaron a la puerta.

-Hay un cepillo de dientes nuevo en el armario.

Èl carraspeò.

-Gracias.

Lo vio junto a la màquina de afeitar, lo que le desconcertò hasta que se dijo que sería de ella, para afeitarse las piernas. En la ducha, descubrió que el jabòn estaba impregnado de olor a rosas trituradas, pero se encogió de hombros y accedió a convertirse en un sibarita. Se permitió el lujo de un buen afeitado, y luego, cuando hubo terminado con la toalla, abrió un poquitín la puerta.

-¿Me quiere dar la ropa?

-Estaba muy sucia. La mandè a limpiar, todo menos los zapatos. Enseguida se lo traen.

Se ciñò la toalla húmeda a la cintura y salió del cuarto de baño.

-Vaya, ahora tiene mejor aspecto.

-Siento haberle quitado la cama –dijo-. Anoche, cuando me vio...

-Deje eso –cortò ella.

Rafe se sentò en la silla, y ella entonces se le acercò, descalza.

-No se excuse por ser un hombre capaz de llorar –le dijo.

Entonces Rafe lo recordò todo. Fue como un relámpago de memoria, y cerrò los ojos. Los dedos de ella le tocaron la cabeza, y èl se levantò y la estrechò fuertemente entre sus brazos, sintiéndola llena de palmas càlidas y dedos alargados contra su espalda desnuda. Elizabeth tenía que advertirlo a través de la toalla, pero a pesar de ello no se apartaba.

-Lo único que querìa era salvarle de la lluvia.

-No lo creo.

-Me conoce tan bien que me pregunto si no será usted el hombre que llevo tanto tiempo buscando.

-¿Buscando? –dijo èl, con tristeza.

-¿Es usted alguna especie de sudamericano? –preguntò ella al cabo de unos momentos.

-No, cubano.

-¿Por què tendrè que estar mezclándome siempre con grupos minoritarios? –se preguntò, con el rostro contra su pecho.

-Yo creo que quizá sea porque tu tìo es un cabròn a ese respecto.

-Sì, pero sè amable. No seas grosero, por favor, no podrìa aguantarlo.

Levantò el rostro y Rafe descubrió que iba a tener que bajar la cabeza para besarla en la boca, que ya estaba abierta y móvil. Con manos torpes fue desabrochando los botones de la espalda del arrugado vestido. Cuando finalmente renunciò a la tarea, y ella se apartò para desabrochárselos por sì misma, las prendas de vestir fueron cayendo una a una sobre la alfombra azul. Sus pechos, ahora libres, eran pequeños, pero ya estaban bien desarrollados, de hecho un poco demasiado maduros, con los pezones del tamaño de la yema de un dedo. Llevaba medias de color canela en los pies bien formados y gordezuelos y en las piernas esbeltas, pero musculosas -¿jugaría al tenis, tal vez?-, y tenía unos rollizos muslos.

A pesar de todo, pocos momentos después comprobò, con horror, que todo ocurrìa como la noche anterior, cuando, hambriento, había pedido una comida que tuvo que dejar intacta.

-No te preocupes –le dijo ella, finalmente, apartándole con suavidad, hasta que volvió a yacer sobre el colchón con los ojos cerrados, mientras los muelles rechinaban cuando, luego, se levantó.

Era habilidosa.

Muy poco después, al abrir los ojos, vio que el rostro de Elizabeth cubría todo su universo, un rostro muy serio, como el de una niña afanándose en resolver un problema; se percibía un conato de reluciente sudor en la parte en que las ventanillas se abrían a ambos lados de la nariz cruel y curva. Los ojos, grises, eran muy grandes; los iris, de un azabache silvestre, y las pupilas, cálidas y líquidas, ominabsorbentes. Sus ojos se agrandaban, unciéndose en los suyos y atrayendo su mirada, hasta que, por fin, penetró en ella, hondo, hondo, con una ternura que era extraña y nueva.

“Quizà, Dios –pensó Rafe, brevísimamente-, un momento muy extraño, bien es verdad, para sentirse religioso”.

Meses más tarde, cuando pudieron, por primera vez, disecar con palabras aquella mañana, mucho antes de que ella volviera a inquietarse por él, y él a sentir que su amor se le escapaba como arena entre los dedos, Elizabeth le dijo que se había sentido avergonzada de su experiencia, triste por no haber podido ofrecerle la dàdiva de la inocencia.

-Y eso, ¿quién lo puede? –había preguntado él, a su vez.

Ahora, el ruido gimiente del aire por las tuberías se convirtió en silbido hueco. Asqueado, Meomartino renunció a concentrar su atención en los papeles que tenía ante sí y apartó la silla de la mesa de trabajo.

Peggy Weld apareció en la puerta, con los ojos enrojecidos y el rostro sin maquillar. “Se le habrá corrido el rímel”, pensó él.

-¿Cuàndo quiere extraerme el riñòn?

-No lo sè con exactitud. Hay mucho trabajo preliminar. Exámenes médicos y cosas así.

-¿Quiere que me traslade al hospital?

-A su debido tiempo, pero todavía no hace falta. Ya se lo diremos.

Ella asintió.

-Lo mejor es que olvide lo que le dije de llamarme al hotel. Voy a quedarme en Lexington con mi cuñado y los niños.

“Sin maquillaje, està mucho más guapa”, pensó Meomartino.

-Pondremos manos a la obra –dijo.

SPURGEON ROBINSON

Spurgeon existía en el centro exacto de una familiar isla desierta que iba a todas partes con él. Algunos de sus pacientes parecían agradecidos por su ayuda, pero él sabía que otros no conseguían apartar la mirada de la piel pùrpura de sus manos en contraste con la piel clara de ellos. Una dama polaca, ya anciana, le apartò tres veces los dedos de su vientre arrugado, hasta dejarle, por fin, palparle el abdomen.

-¿Es usted mèdico?

-Sì, señora.

-Pero, ¿mèdico de verdad? ¿Ha ido al colegio y todo?

-Sì.

-Bueno... la verdad es que... no sè, la verdad.

Con los pacientes negros era casi siempre màs fácil, pero a veces ni con ellos, porque algunos, automáticamente, se le ponían en contra. Si yo estoy aquí, negrazo indigente, en cama gratis y dolorido, maltratado y humillado por todo el mundo, ¿què derecho tienes tú a estar todo vestido de blanco y viviendo como un rajà?

Nunca se sentía completamente a gusto en el papel de negro profesional rodeado de blancos, como, por ejemplo, los orientales del hospital, que daban por supuesto su igualdad con respecto a los demás. Un día, en la sala de operaciones, vio a los doctores Chin y Lee, que estaban esperando para trabajar con el doctor Kender, mientras el segundo jefe de cirugía se ponía la bata de trabajo. Alice Takayawa, una de las enfermeras anestesistas, acababa de acercar un taburete a la cabeza del paciente, sentándose en él. El rostro del doctor Chin se suavizó al abrir los guantes del doctor Tyler.

-Doctor, usted conoce el equipo rojo y el equipo azul, ¿no?

El doctor Kender esperò.

-Bueno, pues aquí tiene el equipo amarillo.

Todos rieron mucho de la agudeza, que circulò por todo el hospital e hizo a los médicos chinos aún màs populares de lo que ya eran. Èsta era la clase de ingeniosidad que Spurgeon Robinson no habría podido jamás decir a un superior blanco sobre el color de su propia piel. Aparte de su amistad con Adam Silverstone, durante las primeras semanas de su estancia en el hospital nunca sabía Spurgeon, de una hora para otra, cuáles eran sus relaciones con el resto del personal.

Un día, paseando a solas a eso de las tres de la mañana en busca de una taza de café, había visto a Lew Holtz y a Ron Preminger parar en el pasillo a un interno llamado Jack Moylan. Se murmuraron algo con mucho encogimiento de hombros y muchas miradas de soslayo hacia la clínica de urgencia. Al principio, Moylan puso una cara como si notase mal olor, pero luego sonrió y fue hacia la clínica de urgencia.

Holtz y Preminger siguieron pasillo abajo, sonriendo, y le saludaron. Holtz pareció como si fuera a pararle y decirle algo, pero Preminger le tirò de la manga y ambos siguieron su camino.

A Spurgeon le quedaban diez minutos libres. Fue personalmente a la clínica de urgencia.

Un muchacho negro, de unos quince o dieciséis años, estaba sentado en el banco de madera, solo, en el pasillo apenas iluminado. Mirò a Spurgeon.

-¿Es usted especialista?

-No, solamente interno.

-¿Cuàntos médicos necesitan? Espero que la dejaràn bien.

-Estoy seguro de que la atenderàn como es debido –dijo èl, con cautela-. Bajè a tomar una taza de café. ¿Quieres también tù?

El muchacho moviò negativamente la cabeza.

Introdujo dos moneditas en la ranura de la màquina de café, retirò la taza llena y se sentò junto al muchacho.

-¿Fue un accidente?

-No... es personal. Ya se lo expliquè al mèdico allà adentro.

-Ah –asintiò Spurgeon.

Tomò el café a sorbos lentos. Alguien había dejado sobre el banco el Daily Record. El periódico estaba arrugado por los traseros que se habían sentado encima. Lo cogió y se puso a leer la sección de béisbol.

Jack Moylan salió de la clínica de urgencia, dos puertas màs debajo de donde estaban ellos sentados. Spurgeon creyó oír su risa pasillo abajo. Estaba seguro de haberle visto mover la cabeza.

-Recuerda que también soy mèdico –comentò Spurgeon-. Si me dices lo que pasò, a lo mejor te puedo echar una mano.

-¿Hay muchos médicos de color?

-No.

-Bueno, pues..., teníamos el coche aparcado –dijo el muchacho, decidiendo hacerle una confidencia.

-Ya.

-Estàbamos haciendo... eso. No sè si me entiende.

Spurgeon asintiò.

-Para ella era la primera vez, pero no para mì. La... cosa... pues nada, que se saliò y se quedò dentro de ella.

Spurgeon asintiò de nuevo y siguió tomando el café, con los ojos fijos en la taza.

Comenzó a explicarle lo que es el lavado, pero el muchacho le interrumpió.

-No me comprende usted; eso ya lo he leído yo, pero es que ni siquiera conseguimos sacàrselo. Se puso, bueno, histèrica. No podíamos ir tampoco a donde mi hermano o su

madre. Nos hubieran matado. De modo que vine aquí, en coche. El médico de ahí dentro lleva casi una hora llamando a un especialista.

Spurgeon tomó el último sorbo, secó la taza y la dejó cuidadosamente sobre el periódico. Se levantó y entró en la clínica de urgencia.

Estaban en un cuarto pequeño, con las cortinas corridas. La chica tenía los ojos cerrados. Su rostro, vuelto hacia la pared, era como un puño negro cerrado. Estaba sobre la mesa, en postura para una litotomía, con los pies en los estribos. Potter, mirando por un espejo de otorrinolaringólogo, señalaba con una pequeña linterna y daba una lección sumamente erudita a un interno que estaba en pie detrás de la cabeza de la muchacha. El interno era del departamento de anestesia. Spurgeon no sabía cómo se llamaba. Se reía para sus adentros.

Potter pareció asustado cuando se abrió la cortina, pero al reconocer a Spurgeon sonrió.

-Ah, doctor Robinson, me alegro de que pudiera venir a consulta. ¿Le mandó el doctor Moylan?

Spurgeon cogió unos fórceps y, sin mirar a ninguno de ambos, encontró y extrajo el objeto culpable, tirándolo al cesto de la basura.

-Su amigo la espera para llevarla a casa –dijo.

Ella se marchó inmediatamente.

El interno del departamento de anestesia había dejado de reír. Potter siguió donde estaba, mirándole por el estúpido espejo frontal.

-No era nada serio, Robinson, una broma.

-Miserables.

Esperó un momento, por si había jaleo, pero, naturalmente, no pasó nada, en vista de lo cual se fue, temblando ligeramente.

Si tenía que enfrentarse al personal, lo mejor era empezar por Potter, el hombre más distraído del hospital. Una vez le encargaron que mostrara a un interno cómo se descubre una vena varicosa en una pierna y Lew Chin le explicó detalladamente el procedimiento a seguir. Cuando el cirujano externo fue llamado a la sala de operaciones contigua a ayudar en un caso de parada cardíaca, Potter siguió adelante y extrajo por error la arteria femoral en lugar de la vena. El doctor Chin, tan furioso que casi no podía ni hablar, hizo lo que pudo por remediar el error, tratando de sustituir la vital arteria con un injerto de nailon. Pero el resultado fue un caos: el injerto resultaba imposible y la mujer que había entrado en la sala de operaciones para una intervención sumamente sencilla tuvo que ser devuelta para una amputación. El doctor Longwood había hablado intencionadamente de este caso en un debate sobre las complicaciones de la semana. Pero, menos de una semana después, Potter, en una operación de hernia de lo más rutinario, había ligado el cordón espermático, cerrándolo, junto con el saco herniario. Al quedar esa zona sin irrigación, en pocos días el paciente perdió irremediabilmente el uso de un testículo. Esta vez el viejo revisó el caso

con mäs acrimonia, recordando al personal que la medicina no estaba todavía en condiciones de disponer de piezas de recambio para todo.

Spurgeon había sentido compasión por Potter, pero la estúpida arrgancia del residente hacìa imposible apiadarse de èl durante mucho tiempo seguido, y ahora se contentaba con que Potter hiciera desdeñosamente caso omiso de èl cuando se cruzaban en el pasillo. El incidente de la clínica de urgencia había tenido el efecto contrario en Jack Moylan, que trataba ahora de exagerar la amabilidad, a lo que Spurgeon reaccionaba despectivamente.

Pocas personas habían participado en el incidente y la mayor parte de sus colegas seguían tratándole como siempre. Èl y Silverstone habían unificado el sexto piso, por así decirlo, pero, aparte de eso, Spurgeon vivía solo en su isla, y en raras ocasiones llegaba incluso a preferir esta soledad.

A mediados de septiembre hubo unos cuantos días agradables, que fueron seguidos por una ola de sofocante calor, pero èl sentía el aire que entraba todas las mañanas por su ventana abierta, que era una curiosa mezcla de ozono marino y hedor urbano, indicándole que incluso aquel segundo veranillo estaba terminando. El siguiente día que tuvo libre, un domingo, cogió la manta de la cama y el traje de baño y en su vieja furgoneta Volkswagen fue a la playa de Revere, que era mejor que la de Coney, por supuesto, pero no tan buena como la de Jones. Estaba casi desierta cuando llegó èl, a las diez y media de la mañana, pero después de comer empezó a llegar gente.

Spurgeon cogió la manta y decidió ir de exploración, a orillas del agua, hasta salir de la playa municipal. Aquí, las instalaciones seguían siendo pùblicas, pero ya no estaban cuidadas. La arena era escasa y de un gris ceniciento, en lugar de ser blanca, espesa y profunda. Además, había largos trechos rocosos, que hacían daño en los pies, y había menos gente. Cerca de èl, cuatro sujetos atléticos estaban haciendo posturas llenas de vanidad y músculo; un individuo gordo, con el vientre pàlido, yacía en la arena como un hongo, con el rostro cubierto por una toalla; dos niños corrían, saltando como bailarines y chillando como animales, a lo largo de las olas cremosas; y una muchacha negra estaba echada tomando el sol.

Pasò junto a ella a fin de verla mejor, luego dio la vuelta y volvió a cuatro metros de distancia de donde ella estaba tumbada, con los ojos cerrados. En otras partes había trechos de arena fina, pero donde èl extendió su manta había rocas que, al sentarse, se le hincaban en la carne.

La muchacha tenía la piel mäs clara que èl, como de color chocolate, en lugar de su negro purpùreo. Llevaba un traje de baño de una sola pieza, muy blanco, diseñado para guardar la decencia, pero impotente contra la estructura física de su cuerpo. Su pelo era tan negro y encaracolado, y estaba cortado tan corto, que adornaba su fina cabeza como un solideo. Aquella muchacha negra era algo que ninguna blanca podría jamàs tratar de ser.

Al cabo de un rato, tres de los atletas se cansaron de hacer juegos malabares con los músculos y se tiraron de cabeza al Atlántico. El cuarto, que parecía haber sido concebido por Johnny Weismuller e Isadora Duncan, trotó desdeñosamente por el terreno accidentado y acabó sentándose junto a la manta de la dama. Ah, era todo músculo, desde los pies a la cabeza: habló del tiempo, de las mareas y ofreció a invitarla a Coca-Cola. Finalmente, se confesó vencido, y se retiró, decepcionado, a hacer un bíceps como una teta posnatal.

Spurgeon siguió allí, contentándose con mirar, dándose cuenta, por lo que había visto, de que no era aquella una muchacha fácil de abordar.

Algún tiempo después, la chica se puso el gorro de baño y entró en el mar. Debido a su formación clínica, Spurgeon notó, con interés, que el mero hecho de seguir sus movimientos con la vista le producía un dolor físico.

Se levantó de la manta, y anduvo el largo trayecto que le separaba de su furgoneta azul, de prisa, pero dominándose para no correr. La guitarra estaba donde la había dejado, en el suelo, debajo del segundo asiento. La trajo a la manta, quemándose lamentablemente las plantas de los pies con las rocas calientes. Estaba convencido de que cuando volviera ella ya habría desaparecido para siempre, pero la vio sentada sobre su manta, sin duda porque, a pesar del gorro, el agua le había mojado el pelo. Se lo había quitado y estaba echada hacia atrás, apoyándose en ambos brazos. De vez en cuando sacudía la cabeza, mientras se le secaba el pelo al sol.

Spurgeon se sentó y comenzó a rasguear las cuerdas. En reuniones con amigos había tratado muchísimas veces de ligar con chicas usando sólo las notas, no palabras. A veces le había dado resultado y a veces no. sospechaba que, en la mayoría de los casos, cuando le había dado resultado, era porque cualquier otra táctica habría salido igual de bien: ojos, señales de humo, telegramas sonoros o un movimiento del dedo.

A pesar de todo, usaba cualquier arma que tuviese a mano.

La guitarra hablaba tímidamente a la chica, con franca, brava, asexuada falta de sinceridad.

Quiero ser amigo tuyo, señorita anónima

Quiero ser para ti como un hermano.

Crèeme.

La muchacha miraba al mar.

Quiero discutir contigo sobre los sofismas de Schopenhauer.

Quiero ver televisión contigo en una tarde de lluvia y compartir contigo mis pastas de harina de avena.

Quiero discutir contigo las mejores películas.

Ella le mirò de reajo, evidentemente perpleja.

Quiero reirme de tus juegos de palabras, por malos que sean.

Quiero reirme de regocijo ante tus bromas, aunque no entienda una palabra de ellas.

Los dedos de Spurgeon volaban, yendo y viniendo sobre las cuerdas, produciendo cascadas de pequeños sonidos rientes y optimistas, y ella volvió la cabeza y... y... ¡y le sonrió!

Quiero besar esa divertida boca africana.

Calma, calma, pérfida guitarra.

Eres una flor negra que sólo yo he descubierto en esta maravillosa playa gris ceniza y sucia.

La música ya no era asexuada ni mucho menos. Le murmuraba, le acariciaba.

La sonrisa se desvaneció. La muchacha le volvió la espalda, apartando el rostro de sus ojos.

Tengo que hundir el rostro en la redondez oscura de tu vientre.

Sueño ahora con bailar desnudo contigo y cogerte el trasero en la palma de la mano.

La muchacha se levantò. Recogiendo su manta, sin doblarla, se fue de la playa, presurosamente, pero sin poder ocultar sus maravillosos movimientos.

Condenada guitarra cachonda.

Dejó de tocar y vio por primera vez el bosque de feas rodillas. Los cuatro atletas, el hombre gordo, los dos niños, y varios otros estaban de pie junto a su manta, absortos.

-Ziiii –silbò, siguiéndola con la mirada.

Las treinta y seis horas siguientes no fueron buenas. Aquella noche tuvo que preparar a cuatro pacientes que tenían que ser operados, tarea que le repelió; afeitarse el vientre o el escroto de un paciente, con lunares que cercenar y defectos insospechados que raspar y pelillos burlones y evasivos que escapaban a la hoja màs cortante, era muy diferente que afeitarse uno su propio rostro conocido. El lunes por la mañana, ayudò fielmente a Silverstone en una apendicectomìa, y, a modo de recompensa, recibió permiso para tender una trampa a un juego hostil de amígdalas infectadas y cortarlas de raíz.

El martes, a las ocho, quedó libre, y a las diez y media ya estaba en la playa. La mañana estaba nublada. Observò a las gaviotas, y aprendió mucho sobre su delicada

aerodinámica. Hacia las once y media salió el sol, por lo cual ya no sentía frío, y cuando volvió de comer ya había empezado a llegar gente, aunque seguía soplando la brisa y la muchacha no aparecía por ninguna parte.

Pasò la tarde sorteando piernas, buscándolas negras y sensuales. Pero no encontró el par que buscaba, de modo que se dedicò a practicar la natación y a echar la siesta, despertándose periódicamente para levantarse y otear la playa. Por fin ligò con una chica de seis años llamada Sonia Cohen, y los dos construyeron Jerusalèn en la arena, operación interreligiosa que fue destruida por una ola católica a las cuatro y siete minutos. La niña se sentò junto a las olas y se echò a llorar.

Se fue de la playa lo antes que pudo, volviendo al hospital con tiempo suficiente para una rapidísima ducha y reanudar sus actividades, con arena de la paleta de Sonia haciéndole aún cosquillas en el cuero cabelludo.

Aquel turno era monótono, pero fácil de aguantar. Entonces, ya se había resignado a no volver a ver nunca más a la muchacha, convenciéndose de que no podía ser realmente tan espectacular como le decía su mente. El jueves por la noche, el cretino de Potter se diagnosticò a sè mismo un virus, lo que probablemente quería decir otra cosa, y se recetò cama. Adam reajustò los turnos, y el resultado fue que a Spurgeon le tocaron cuatro horas de clínica de urgencia.

Cuando llegó, encontró a Meyerson sentado en un banco, aburrido y leyendo el periódico.

-¿Què tengo que aprender, Maish?

-Poca cosa, doctor –dijo el conductor de ambulancias-. Recuerde únicamente que si viene alguien con aire de querer irse hay que admitirle en la clínica sin más. Es una vieja regla de aquí.

-¿Por què?

-En las horas punta la clínica està llena. A veces los pacientes tienen que esperar horas. Pero lo que se dice horas. Se corre la voz de que alguien la ha palmado en la clínica de urgencia, y lo primero que piensan los demás es que a lo mejor también ellos se mueren sin que nadie les haga caso.

En vista de las circunstancias Spurgeon se preparò para lo peor, pero fueron cuatro horas tranquilas, sin la frenética actividad que había esperado. Leyò tres veces el único aviso que había en el tablero.

PARA: todo el personal.

DE: Enmanuel Brodsky, enfermero farmacéutico en jefe.

PROBLEMA: Blocs de recetas desaparecidos.

Se nos ha informado en el Departamento de Farmacia de que en estas dos semanas han desaparecido de algunas clínicas varios blocs de recetas. Este verano se ha notado también la falta de cierta cantidad de barbitúricos y anfetaminas. En vista del apremiante problema que plantea la escasez de medicamentos, este departamento sugiere que *se tomen las medidas oportunas para evitar que tanto los blocs como los mencionados medicamentos caigan en manos irresponsables.*

Al principio de la velada Maish llegó con una mujer alcoholizada que le dijo, sin demasiada convicción, que su cuerpo maltratado era una masa de contusiones como consecuencia de haberse caído escaleras abajo. Él se dio cuenta de que alguien, quizá su marido, o su amante, le había pegado. Los rayos X resultaron negativos, pero Spurgeon esperó para darle el alta hasta ponerse en contacto con el jefe de residentes, siguiendo en esto la costumbre del hospital de que sólo los residentes veteranos podían tomar decisiones finales sobre los pacientes del departamento de accidentes. Adam tenía libre aquel día y estaba trabajando en Woodborough.

Meomartino llegó por fin y mandó a la mujer a casa, con orden de que tomara un baño caliente. Era exactamente lo mismo que habría hecho él, sólo que veinte minutos antes, pensó Spurgeon, desdeñando el reglamento hospitalario.

Poco después de las diez hizo su aparición una pareja de color, apellidados Sampson, con su hijo de cuatro años, que lloraba a gritos, y sangraba por la palma de la mano lacerada. Spurgeon, después de extraer fragmentos de cristal, le aplicó seis puntos de sutura. El niño, por lo visto, se había caído del lavabo del cuarto de baño con un frasco de medicina en la mano.

-¿Qué había en el frasco?

La mujer pestañeó.

-No sé. Era como de color rojo. Llevaba allí muchísimo tiempo.

-Pues han tenido suerte, porque podría habérselo bebido y a estas alturas probablemente ya estaría muerto.

Movieron la cabeza, como separados de él por un idioma distinto.

“Qué gente”, pensó Spurgeon.

Lo único que podía hacer era darles un botellín de ipecacuana y pedir a Dios que si el niño bebía alguna vez algo corrosivo, tuvieran el sentido común de administrarle inmediatamente una dosis para forzarle a vomitar mientras llegaba el médico.

“Si es que se les ocurre llamar al médico”, pensó.

Poco después de medianoche un coche de la policía trajo a la señora Therese Donnelly, agitada, pero furiosa.

-Sé una adivinanza. ¿A que no sabe usted en qué se convierte un irlandés cuando se hace policía?

-No sé –dijo él.

-Pues en un inglés.

El policía que la traía mantuvo una expresión cuidadosamente seria.

La señora Donnelly tenía setenta y un años. Su coche había chocado violentamente contra un árbol. Ella había recibido un golpe en la cabeza, pero insistía en que se encontraba perfectamente. Era el tercer accidente en más de treinta y ocho años de conducción.

-Los otros dos fueron insignificantes, ¿me comprende?, y ninguno fue culpa mía. La gente muestra su verdadero carácter cuando se pone al volante, son bestias.

Al tiempo que indignación, exudaba leves vapores de alcohol embotellado.

-También yo sé un acertijo –dijo Spurgeon, sacándose de la memoria uno que indudablemente había leído años antes en alguna revista cómica ya olvidada-. Si se hundiera Irlanda, ¿qué es lo que flotaría?

El policía y la vieja mostraron gran interés, pero no dieron ninguna respuesta.

-Cork –dijo él. (Cork es el nombre de un condado irlandés, y también “corcho” en inglés).

La vieja rió ruidosamente.

-¿Cuál es la parte más viril de un león?

Por encima de su cabeza, Spurgeon y el policía intercambiaron sonrisas, como el apretón de manos de una sociedad secreta.

-¡No, no es eso, qué mal pensados son ustedes! Lo más viril es la melena.

“¿Sería senilidad?”, se preguntó. Parecía bastante vivaz para quejarse y protestar constantemente durante el reconocimiento físico a que la sometió, y que no dio resultados notables.

Mandó sacar una radiografía del cráneo, y estaba mirándola cuando llegó su hijo.

Arthur Donnelly tenía cara de matón y estaba evidentemente preocupado.

-¿Se encuentra bien?

La radiografía no revelaba fracturas en el cráneo.

-Eso parece. Pero a su edad no estimo prudente que conduzca.

-Sí, ya lo sé, pero es uno de sus más grandes placeres. Desde la muerte de mi padre, lo único que realmente le gusta es ir en coche a visitar a sus amigas. Juegan al bridge y toman una copa.

“O dos”, pensó Spurgeon.

-Parece que está bien –dijo-, pero teniendo en cuenta que tiene ya setenta y un años, será mejor que pase aquí la noche, para observarla mejor.

La señora Donnelly se puso seria al oír eso.

-¿Qué es un tonto?

-Me rindo –dijo él, sin saber qué decir.

-Pues una persona que no se da cuenta de que después de todo lo que he tenido que aguantar lo que quiero es dormir en mi propia cama.

-Mire, conocemos este sitio –dijo su hijo-, mi hermano Vinnie... ¿le conoce, no?, el representante del Estado, Vincent X. Donnelly.

-Pues no.

Donnelly pareció molesto.

-Bueno, pues es uno de los fideicomisarios del hospital, y estoy seguro de que preferiría que mi madre volviese a casa.

-Aquì podemos hacer objeto a su madre de todas las atenciones que necesita, señor Donnelly –dijo Spurgeon.

-Al diablo con eso. Le digo que conocemos este sitio, y no es un lecho de rosas. Ustedes tienen ya bastante gente que atender para que encima se preocupen de nuestra madre. Sea razonable y deje que la lleve a casa, a su propia cama. Llamaremos al doctor Francis Delahanty, que la conoce desde hace treinta años, y si hace falta contrataremos incluso enfermeras para que la cuiden. Todo el tiempo que usted quiera.

Telefonè a Meomartino, que le escuchò con impaciencia mientras èl le explicaba lo que había visto en la vieja.

-Estoy vigilando un paro cardíaco, además de otras cosas –dijo Meomartino-. Esta noche todavía no he dormido. ¿Hago realmente falta allà?

En el mejor de los casos era un voto tácito de confianza, pero Spurgeon se asió a èl como a un clavo ardiendo.

-No, yo lo resuelvo –dijo.

Dio de alta a la vieja y comenzó a sentirse mèdico de verdad.

El resto de la noche fue tranquilo. Siguió con sus visitas, entregò sus medicamentos, cambiò unos pocos vendajes, dio las buenas noches al viejo edificio e incluso consiguió descansar tres horas seguidas antes de la mañana, volviendo a la cama al final de su turno y durmiendo hasta el mediodía.

Yendo ya al comedor a almorzar, a mitad de camino cambiò de idea y, sin molestarse en subir a buscar el traje de baño, se fue del hospital y condujo su furgoneta hacia la playa de Revere.

Sonia Cohen no estaba a la vista, pero sì la muchacha negra, en el mismo sitio donde la viera la vez anterior. Le mirò acercarse a ella con arena en los zapatos de ante oscuro.

Le pareció vislumbrar algo, ¿quizàs un relámpago de descuidada alegría?, antes de que su mirada le enfocara, como si aquèlla fuera la primera vez que se veían.

-¿Puedo sentarme con usted?

-No.

Enarenándose los zapatos, fue hacia las rocas, que no estaban lejos, hacia el lugar donde los admiradores silenciosos, donde el primer día había extendido la manta. Al sentarse, en las rocas, a través de la manta, le quemaron la carne.

Estuvo allì en silencio, mirándola. El sol calentaba mucho.

La muchacha trataba de comportarse como si estuviera sola en la playa; de vez en cuando se movía con gracia instintiva al entrar en el agua, nadaba con un placer que parecía auténtico y nada afectado, y salía luego para volver a sentarse en la manta de la marina norteamericana, bajo el calor dorado.

Era uno de esos días de comienzos de otoño que llegan a veces a Nueva Inglaterra procedentes directamente de los trópicos. Spurgeon estaba sentado bajo el sol y sentía sus jugos fluir por los poros hasta que le empaparon el pelo ensortijado y cortado casi al rape, resbalando por sus mejillas como lluvia y haciendo que la ropa se le pegase al cuerpo.

Se había perdido el almuerzo. A las tres de la tarde tenía la cabeza como hueca y ligera, como una ceniza que ardiera sin peso bajo el gran sol agresivo. Los ojos le dolían por culpa de su propia sal. Cuando los abría veía tres chicas moverse grácilmente al unísono, como un grupo de elegante ballet moderno. “Estrabismo periódico”, se dijo, pensando en lo maravillosamente eficiente que suelen ser los músculos ópticos.

Poco después de las tres y media la muchacha se rindió y escapó, como había hecho la vez anterior. Esta vez, sin embargo, Spurgeon la siguió.

Estaba esperándola a la salida de la barraca de bañistas cuando salió: se había puesto un vestido de algodón amarillo y tenía la manta y la ropa de baño bajo el brazo. Se dirigió hacia ella.

-Oiga –dijo.

Notó que estaba asustada.

-Por favor –insistió-, no soy un perverso, ni un chulo, ni nada de eso. Me llamo Spurgeon Robinson y soy respetable a más no poder, casi aburrido de puro respetable, pero lo que no quiero es correr el riesgo de no volverla a ver nunca más. No hay aquí nadie que nos presente.

Ella comenzó a alejarse.

-¿Vendrá mañana? –preguntó, siguiéndola.

Ella no contestó.

-Por lo menos, dígame su nombre.

-Yo no soy lo que usted busca –dijo la muchacha. Se paró y se enfrentó a él, y a Spurgeon le gustó el duro desprecio que relucía en sus ojos-. Lo que usted quiere es una chica fácil con quien pasarlo bien un día en la playa. No tengo nada que darle, caballero; lo mejor es que pruebe usted con alguna otra.

La otra vez que se volvió a mirarle fue cuando llegaron al fondo de las escaleras del ferrocarril elevado.

-Por favor, dígame su nombre. Nada más.

-Dorothy Williams.

Allí, en pie, mirándola subir las empinadas escaleras, Spurgeon se dijo que no estaba quedando muy bien, pero no podía apartar los ojos de ella, hasta que, por fin, la vio meter la moneda en el torniquete y desaparecer por la puerta giratoria.

No tardò en llegar un tren, como un dragòn jadeante, que se interpuso entre èl y la luz y se la llevò. Spurgeon se marchò de allí.

El sol brillaba, pero ahora el calor se había ido, sin duda para no volver. Spurgeon llevaba sus pantalones de baño y no le sorprendió encontrarla al llegar allí. Se saludaron tímidamente y ella no le prohibió extender la manta a su lado. Donde la arena era màs fina.

Hablaron.

-Me pasè la semana entera buscándola, casi me quedè ciego de tanto mirar.

-Estaba en el colegio. Ayer fue mi primer día libre.

-¿Es usted estudiante?

-Maestra. Enseño arte en la escuela secundaria, séptimo y octavo grados. ¿Es usted músico?

Èl asintió, diciéndose que no era una mentira y no queriendo aún entrar en detalles, màs interesado en saber cosas de ella. ¿Usted pinta, o esculpe en piedra, o modela en arcilla?

Ella asintió.

-¿Cuàl? –insistiò èl-. Quiero decir cuàl es su especialidad.

-Me salen bastante bien las tres, pero lo que se dice bien de verdad, ninguna. Si yo supiera modelar como usted toca la guitarra... entonces estaría modelando todo el tiempo.

Èl sonriò y moviò la cabeza.

-Eso es cosa de aficionado. “Hasta la última gota de sangre por la creación artística, ustedes, los genios, mientras los demás mortales, desgraciados como somos, os observamos tranquilamente”.

-No tiene derecho a llamarme hipócrita –dijo ella.

Incluso su desagrado agradò a Spurgeon.

-No me ha entendido. Lo que pasa es que mi primera impresión de usted es que no es de las que se arriesgan fácilmente.

-Una solterona prematura.

-No, diablos, no quise decir eso.

-Pues soy una especie de solterona –admitió ella.

-¿Cuàntos años tiene?

-Veinticuatro, cumplidos en noviembre.

Le sorprendió; sòlo un año menos que èl.

-¿Quiere decir que ya se considera demasiado vieja para el matrimonio?

-No, no tiene nada que ver con el matrimonio. Me refiero al estado de ànimo. Me estoy volviendo conservadora.

-La gente de color no tiene derecho a ser conservadora.

-¿Se preocupa mucho por las cosas, políticamente?

-Dorothy, ¿es que tengo que decirte que soy negro? –respondiò èl.

Este primer tuteo a ella pareció caerle bien, aunque no se sabía si era por el tuteo o por la respuesta.

Spurgeon se puso a construir castillos en la arena, y la muchacha se arrodillò y cavò un hoyo en la playa para sacar arena húmeda del fondo; luego, cogió también ella arena húmeda y modelò un rostro, con los ojos fijos en las facciones de Spurgeon, y sus dedos, largos y finos, acariciaban la arena de una manera que le estaba desconcertando. Tenía razón en lo que había dicho sobre su talento, pensó èl, mirando al rostro de la arena, que realmente no se le parecía mucho.

Finalmente, cuando estaban los dos cubiertos de arena, ella se puso en pie de un salto, y corrió al agua; èl la siguió, hendiendo la brisa marina y descubriendo con alivio que el agua le cubría la piel como una seda càlida, en comparación con al aire, que era màs fresco. Ella seguía mar adentro y èl salpicaba bravamente, para seguir a su lado. Justo antes de rendirse Spurgeon, ella se volvió y comenzaron a nadar, con los cuerpos juntos, pero sin tocarse.

-Nadas estupendamente –jadeò èl, con el pecho dolorido.

-Vivimos junto a un lago. Paso mucho tiempo en el agua.

-Yo no aprendì a nadar hasta los dieciséis años, en la Riviera. –Se dio cuenta de que ella pensaba que estaba bromeando-. No, de verdad te lo digo.

-¿Y què hacías tù allì?

-Nunca conocí a mi padre. Era marino mercante, en buques-cisterna. Mi madre se casò otra vez, teniendo yo doce años, con un sujeto estupendo. El tío Calvin. Cuando yo hacìa preguntas sobre mi padre, lo único que mi madre me decía era que estaba muerto. Por eso, un verano, a los dieciséis años, decidì tratar de ver el mundo como èl lo había visto. Ahora me parece una tontería, pero me figuro que pensé que a lo mejor le encontrarìa, vete a saber còmo. Por lo menos, ahora le comprendo.

Ella nadaba con poco movimiento, con el traje de baño sumergido, sus hombros oscuros y suaves sobre la superficie, lo que la hacìa parecer desnuda y bella.

-No me parece una tontería –dijo.

En el labio superior, sobre la gran boca rosada, había aparecido un levísimo bozo al secàrsele el agua salada al sol. Spurgeon hubiera preferido borraràselo con la lengua, pero alargò un dedo húmedo y se lo pasò suavemente sobre el labio.

-Sal –explicò, al echarse ella hacia atrás-. Bueno, pues no conseguí trabajo en el buque-cisterna; tuve suerte, dije que tenía dieciocho años y logrè entrar en el Ile de France de pianista. La primera noche que pasamos en El Havre la niebla era muy densa, y yo pasè el tiempo por la calle, miràndolo todo, y les decía que no a las putas y trataba de imaginarme que era mayor y màs fuerte y que tenía mujer y un hijo pequeño esperàndome en Estados Unidos, pero claro es que no lo conseguía. No conseguía imaginarme siquiera còmo tenía que haberse sentido mi padre.

-Es la cosa màs triste que he oído en mi vida.

Spurgeon decidió aprovecharse de su tristeza; se le acercò, torpòn como una foca enamorada, y le tocò la boca con la suya. Ella comenzò a apartarse, y luego, cambiando de idea, le puso las manos en los hombros y sus labios suavemente contra los suyos durante un breve momento, un beso salino, sin pasiòn, pero con mucha ternura.

-Yo me acuerdo de cosas mucho màs tristes –dijo èl, asiéndola de nuevo.

Ella entonces le mostrò los dientes y le puso los pies contra el pecho, apartándose de èl. No fue una verdadera patada, pero bastò el impulso para que Spurgeon se hundiese y tragara agua, y cuando dejó de toser los dos se dijeron que ya era hora de volver a la orilla.

Salieron a nado, con carne de gallina. Spurgeon se ofreció a frotarla con la toalla para hacerla entrar en calor, pero ella rehusò. Fue corriendo a lo largo de la playa, y Spurgeon se dio cuenta de que eso era mejor que verla caminar. La carrera durò demasiado poco y los dos volvieron a la manta; ella abrió lo que a Spurgeon le había parecido un bolso de costura y que resultò contener una excelente merienda.

-Pero todavía no me has explicado còmo aprendiste a nadar –le dijo ella.

-Ah, sì –Spurgeon estaba comiendo ensalada de atùn con pan de centeno-. Hicimos el viaje de ida y vuelta todo el verano, de Manhattan a Southampton, de allí a El Havre con dos días de parada, y luego la vuelta. Es un buque elegante, y yo estaba ahorrando dinero, pero no veìa màs que el agua. Me asustaba la idea de coger el vapor nocturno a París. Luego, hacia esa época del año, el buque estuvo una semana en El Havre, para ser reparado.

“Había un ayudante de sobrecargo, un individuo llamado Dusseault. Su mujer tenía una tienda para “primos” en Cannes, y èl me dijo que, si quería, me llevaría en el coche y yo le ayudaría a conducir. Tardamos treinta horas. Mientras èl se acostaba con su mujer, yo me pasaba los días en la playa y miraba los bikinis. Una pandilla de hippies franceses me adoptò, o cosa parecida. Una chica muy joven me enseñò a nadar en tres días”.

-¿Hiciste el amor con ella? –preguntò Dorothy al cabo de un rato.

-Era una chica blanca. Yo todavía recordaba vívidamente la avenida de Amsterdam. Por aquella época hubiera preferido cortarme el pescuezo.

-¿Y ahora?

-¿Ahora?

Durante años la muchachita francesa había sido parte principal de sus fantasías sexuales y sociales. Repetidas veces Spurgeon se había preguntado a sì mismo lo que habría ocurrido si hubiera llegado a quedarse allí, cortejándola, casándose con ella, europeizándose. A veces el sueño perdido le entontecía con anhelo y amargura; la mayor parte del tiempo, sin embargo, llegaba a la conclusión de que el resultado habría sido desastroso. La bella muchachita probablemente se habría convertido en una mujer avasalladora; la gente, con el tiempo, habría notado el color de su piel, la serpiente habría acabado por entrar en el jardín del Edèn.

-...Ahora... la verdad es que haces demasiadas preguntas –dijo.

Spurgeon la invitò a cenar, pero ella rehusó.

-Me están esperando mis padres.

-Te llevo en coche.

-Està demasiado lejos –objetò ella, pero èl insistió. Riò al ver su furgoneta Volkswagen-. No eres músico, eres una especie de transportista.

-Un director de orquesta es un transportista. Tiene que llevar al que toca el bajo, dos que tocan el cuerno y al de los tambores.

Ella no dijo nada.

-¿Què te pasa?

-Nada.

-Pareces asustada.

-¿Què sè yo quièn eres? –exclamò de pronto-. Un hombre que ha ligado en la playa conmigo. Podrías ser un pervertido sexual, o algo peor.

Èl rompió a reír.

-Soy un vagabundo –dijo-. Voy a llevarte a un isla desierta y entrelazarte coronas de flores en el pelo.

Estuvo a punto de confesar que era mèdico, pero estaba pasándolo muy bien y su regocijo fue lo bastante espontàneo para calmarla. Su estado de ànimo cambiò y se puso a hablar, alegrándose casi. A Spurgeon le gustaba el mero hecho de estar con ella, y un momento después el coche iba camino del portazgo de Massachusetts, hacia un lugar llamado Natick. La casa estaba a dos minutos del portazgo, un chalet muy limpio, de tejado de uralita, en una zona que, excepción hecha por ellos, era blanca. La madre de Dorothy era delgada y seria, con facciones agudas que insinuaban lejanos contactos con la raza blanca. El padre era un hombre oscuro y callado, que tenía aspecto de pasarse la vida cuidando del prado, podando el seto y haciendo ansias comparaciones entre su huerto y los de sus vecinos anglosajones y semitas.

Los padres de la muchacha le tendieron la mano con cierto recelo, pero, evidentemente, se alegraban de que su hija le hubiera traído a casa. Había allí otra niña, de tres años, de pelo negro ensortijado, y piel de color café con leche, llamada Marion. Spurgeon, involuntariamente, se puso a mirar de una cara a la otra, notando la identidad de las facciones.

“Es hija de Dorothy”, se dijo.

La señora Williams tenía una perspicacia instintiva.

-La llamamos hormiguita –dijo-, por lo pequeña que es. Es de Janet, mi hija menor.

Le invitaron a sentarse en la rotonda, detrás de la casa, a la sombra de vides fragantes, pero llenas de mosquitos. Mientras Spurgeon hablaba, el señor Williams le sirvió cerveza que èl mismo había ayudado a hacer.

-Control de calidad. Pruebo el producto según va siendo elaborado. Durante el proceso de fermentación, voy haciendo pruebas químicas y bacteriológicas.

Había entrado en la cervecería de barrendero, y luego, durante seis años, había trabajado de cargador, le explicó, mientras su mujer y su hija escuchaban en silencio, con una paciencia evidentemente producto de una larga costumbre. Había tenido que aprobar una serie de pruebas y exámenes para conseguir el empleo actual. Y lo más impresionante de todo:

-¡Contra tres hombres blancos!

-Maravilloso –dijo Spurgeon.

-Lo importante es la educación –prosiguió el señor Williams-. Por eso me gusta tanto que Dorothy sea maestra y ayude a la gente joven. –Ladeó la cabeza-. ¿Y tú a qué te dedicas?

Spurgeon y la muchacha hablaron al mismo tiempo.

-Es músico.

-Soy médico.

Sus padres estaban desconcertados.

-Soy médico –dijo él-, interno de cirugía en el Hospital General del condado de Suffolk.

Todos le miraron: los padres con admiración, la chica con rabia.

-¿Te gusta el pastel de pollo? –le preguntó la señora Williams, alisándose el delantal.

Le gustó la forma de servirlo, humeante, con la corteza desmigajante y más carne magra que verdura, regado con zumo fresco de fruta y acompañado por patatas que probablemente procedían de su propio huerto, que era grande y estaba en la parte trasera de la casa. De postre tomaron compota de manzana y tè helado con limón. Mientras las mujeres levantaban la mesa, el señor Williams puso discos viejos de Caruso, rayados, pero interesantes.

-Era capaz de romper un vaso sólo cantando –dijo el señor Williams-. Hace años, antes de hacerme controlador de calidad, solía hacer un poco de todo para ganarme unos dólares los fines de semana, ¿sabes? Un sábado por la mañana estaba limpiando un garaje en Framingham, en el centro, y una dama muy emperifollada vino y tiró un montón de discos de Caruso al cubo de la basura.

“-Señora –le dije-, está usted tirando un fragmento de su cultura. –Pero ella me miró con desdén y yo cogí los discos y los metí en el coche”.

Escucharon la voz muerta, con la niña, ligera como un copo de nieve, sentada en las rodillas de Spurgeon, mientras de la cocina llegaba un ruido de platos lavados a mano. Después de Caruso, Spurgeon buscó entre los discos para ver si había algo de jazz o música de protesta, pero no encontró nada. Había un piano viejo, usado y repintado, pero que sonaba muy bien al tocarlo Spurgeon.

-¿Quièn toca el piano?

-Dorothy estuvo aprendiendo.

Las mujeres volvían de la cocina.

-Di exactamente ocho lecciones. Sè tocar bien tres canciones de niños, màs unos cuantos fragmentos de otras cosas. Spurgeon toca como un profesional –les dijo a sus padres, con aviesa intención.

-Tòcanos algunos himnos –pidiò la madre.

“Al diablo”, pensò èl. Se sentò en el taburete giratorio y tocò Steal Away, Go Down Moses, Rock of Ages, That Old Rugged Cross y My Lord, What a Morning. Ninguno de los cuatro cantaba bien, y los blancos que van por ahì diciendo que el negro nace con el instinto del ritmo debieran haber oído al señor Williams. Spurgeon escuchaba a la chica, no como habrìa escuchado a una cantante profesional, sino como una persona escucha a otra, oyendo su voz, fina y llena de emoción, cantando con su madre y su padre; Spurgeon se sintió como el pez que juguetea con el anzuelo, hasta que, de pronto, se da cuenta de que ya lo tiene en la garganta.

Elogiaron calurosamente lo bien que tocaba el piano y èl hizo algunos comentarios hipócritas sobre lo bien que cantaban. Luego, los padres fueron a acostar a la niña y hacer café. En cuanto se vieron solos, ella comenzó a reñirle.

-¿Por què mentiste?

-No mentì.

-Les dijiste que eras mèdico.

-Y es que lo soy.

-Y a mì que eras músico.

-Y lo soy. Era músico antes de ser mèdico, pero ahora soy mèdico.

-No te creo.

-Peor para ti.

Volvió el padre y luego la madre, con una bandeja. Tomaron café y dulce de plátano. Spurgeon vio que ya había oscurecido y dijo que tenía que irse.

-¿Vas a la iglesia? –preguntò la madre.

-No, señora. En estos seis años últimos no habrè ido ni seis veces.

Ella guardò silencio un momento.

-Me parece bien que seas sincero –dijo luego-. ¿Y a què iglesia vas cuando vas?

-Mi madre es metodista –respondiò èl.

-Nosotros somos unitarios. Si quieres venir con nosotros mañana por la mañana, estaremos encantados.

-He oído decir que el unitario es uno que cree en la paternidad de Dios, la hermandad del hombre y la vecindad de Boston.

Henry Williams se echò a reir ruidosamente, pero Spurgeon vio, por lo tensos que se habían puesto los labios de la señora Williams, que había dicho una tontería.

-Los dos domingos próximos estoy de servicio en el hospital. Me gustaría mucho sentarme junto a Dorothy dentro de tres domingos, si me invitan.

Vio que ellos dos la miraban a ella.

-No he ido a la iglesia últimamente –dijo Dorothy, con voz muy clara-. He estado yendo al Templo Once de Boston.

-¿Eres musulmana?

-No –intervino su madre rápidamente-; lo que pasa es que està muy interesada en ese movimiento.

-Algo de lo que dicen està bien –terciò Henry, como a desgana-, no cabe la menor duda.

Spurgeon les dio las gracias y se despidió. La muchacha le acompañò hasta la puerta del jardín.

-Me caen bien tus padres –dijo èl.

Ella se apoyò contra la puerta.

-Mis padres son el tìo Tom y su mujer. Y tù –dijo, volviendo a abrir los ojos y mirándole- te los has metido en el bolsillo a los dos. A mì me dices que eres una cosa y a ellos que eres otra.

-Ven a la playa conmigo el próximo fin de semana.

-No.

-Pienso que eres muy hermosa, pero no me gusta mendigar. Gracias por traerme a tu casa.

Estaba ya fuera cuando la voz de ella le detuvo.

-Spurgeon.

Sus ojos relucían, blancos, en la oscuridad de la vid que cubrìa la entrada.

-Tampoco a mì me gusta mendigar, pero ven antes de comer y ponte un jersey de abrigo. Daremos un paseo –sonriò-. Me resfriè el trasero esperando a que llegases a esa condenada playa.

El hospital estaba exactamente como lo había dejado. El mismo olor a pobreza enferme se cernìa, espeso y hosco, en el aire. El ascensor crujià y gemìa al subir lentamente piso tras piso. Impulsivo, Spurgeon se bajò en el cuarto piso y fue a ver còmo iban las cosas. Faltaba personal; algunas de las enfermeras estaban en cama con el mismo virus que había tumbado a Potter y a otros médicos.

-Por favor –dijo una voz.

Detrás de la cortina estaba la vieja anciana polaca, con miembros como leños, cubiertos de llagas, muriendo poco a poco entre el terrible hedor de su propio cuerpo. La limpiò, la lavò cuidadosamente, le dio un grano y medio de calmante, ajustò el catéter urinario, acelerò la velocidad de paso del líquido intravenoso, y dejó que muriera màs dulcemente que hasta entonces.

Al pasar junto al despacho de Silverstone, de vuelta al ascensor, se abrió la puerta.

-Spurgeon.

-Hola, jefazo.

-¿Quieres hacer el favor de entrar?

De nuevo sentíase feliz, olvidado ya de la vieja cuya vida se escapaba y recordando solo a la joven cuya vida estaba en plena madurez.

-¿Qué pasa?

-La otra noche, en la clínica de urgencia, tuviste a una paciente llamada Therese Donnelly, ¿no?

La vieja de los acertijos. Un ligero atisbo de recelo se le formò en el pecho.

-Sí, claro, la recuerdo.

-Volvió al hospital hace seis horas.

El atisbo se volvió certidumbre. Se puso tenso.

-¿Quieres que vaya a ver cómo está?

Los ojos de Adam eran penetrantes y firmes.

-Creo que no estaría de más que los dos fuéramos mañana por la mañana a ver lo que el patólogo hace con ella –dijo.

ADAM SILVERSTONE

En el mundo interior de Adam Silverstone los patólogos merecían un gran respeto, pero muy poca envidia. Él había hecho con mucha frecuencia el mismo y vital trabajo y se daba cuenta de que requería conocimientos de hombre de ciencia y pericia de detective, pero emocionalmente nunca había comprendido a la gente cuyo ideal es pasarse la vida dedicado a practicar con gente viva la patología, en lugar de la medicina, pura y simple.

Después de tanto tiempo seguían sin gustarle las autopsias.

El cirujano acaba considerando el cuerpo humano como una maravillosa máquina de carne, envuelta en un notable envase epidérmico. La máquina, además, contenía múltiples procesos y funciones. Sus jugos y fibras, las increíbles complejidades de su maravillosa sustancia, hervían de vida constante y constante cambio; las enzimas reaccionan químicamente, las células se sustituyen unas a otras, a veces criminalmente; los músculos ponían en juego palancas, y los miembros se movían sobre rodamientos a bolas; bombas, válvulas, filtros, cámaras de combustión, redes nerviosas más complejas que los circuitos electrónicos de una computadora gigantesca, todo funcionaba, mientras el médico trataba de anticiparse a las necesidades del conjunto orgánico integrado.

Por el contrario, el patólogo trabajaba con objetos putrescentes, en los que no funcionaba ya nada.

Entrò el doctor Sack, ansioso de tomar su café matinal.

-¿Qué es lo que le trae por aquí? –saludò Adam- ¿Sed de ciencia? Era su paciente, ¿no?

Se preparò un café en una enorme taza verde agrietada en la que se leía la palabra MADRE.

-No, pero fue tratada en mi servicio.

El doctor Sack gruñò.

Cuando hubo apurado su café le acompañaron a la sala de autopsias, cubierta de azulejos blancos. El cuerpo de la señora Donnelly estaba sobre la mesa. Los instrumentos estaban listos.

Adam mirò la sala, aprobadoramente.

-Debe de contar con un buen asistente –dijo.

-Asì es –dijo el doctor Sack-. Lleva once años conmigo. ¿Què sabe usted de asistentes?

-Lo fui yo, de estudiante. Con el examinador mèdico de Pittsburgh.

-¿Jerry Lobsenz? Dios le tenga en su gloria. Fue buen amigo mío.

-Tambièn mío –dijo Silverstone.

El doctor Sack no parecía tener prisa por empezar. Se sentò en la única silla que había en la sala y pasò revista cuidadosamente al historial clìnico de la paciente, mientras los otros esperaban.

Finalmente, se levantò y se dirigió hacia el cadáver. Cogiendo la cabeza con las manos, la movió de un lado para otro.

-Doctor Robinson –dijo al cabo de un momento-, ¿quiere hacer el favor de venir?

Spurgeon se acercò y Silverstone fue detrás de èl. El doctor Sack volvió a mover la cabeza. Muerta, la vieja parecía estar negando algo tercamente.

-¿Oye?

-Sì –repuso Spurgeon.

Junto a èl, Adam oyò tambièn un leve ruido, como de raspar.

-¿Qué es?

-Pronto lo sabremos con seguridad –respondió el doctor Sack- ayúdeme a darle la vuelta. Creo que vamos a encontrar una fractura del proceso odontoideo –dijo a Spurgeon-. En resumen, que la pobre se rompió el cuello cuando se golpeò la cabeza en el accidente de automóvil.

-Pero cuando yo la vi no sentía ningún dolor –dijo Spurgeon.

El doctor Sack se encogió de hombros.

-No tiene necesariamente que haber sentido dolor. Sus huesos eran frágiles y viejos, y podían romperse fácilmente. El proceso odontoideo es pequeño, una prominencia òsea de la segunda vèrtebra cervical. Su hijo dice que anoche se encontraba muy bien, comió con buen apetito en fin, una hora antes de su muerte. La metieron en la cama con tres almohadas para que descansara bien. Se deslizò hacia abajo y volvió a enderezarse sobre las almohadas. Me imagino que la incomodidad, màs el esfuerzo de volver la cabeza sobre

los huesos del cuello, empujó el fragmento suelto contra la médula espinal, causándole una muerte casi instantánea.

Realizó la laminectomía, cortando la parte trasera del cuello para poner al descubierto los nudillos de la espina cervical y seccionando certeramente el músculo rojo y los ligamentos blancos.

-¿Nota la duramadre espinal, doctor Robinson?

Spurgeon asintió.

-Igual que la membrana que envuelve el cerebro.

Con la punta enguantada del dedo y el bisturí ensanchó la incisión para que pudieran ver la zona de la hemorragia, y la médula espinal, aplastada por el fragmento de hueso, el asesino.

-Ahí está –dijo, contento-. ¿No mandó hacer una radiografía del cuello, doctor Robinson?

-No.

El doctor Sack apretó los labios y sonrió.

-Pues profetizo que la próxima vez sí que lo hará.

-Sí, doctor –dijo Spurgeon.

-Denle la vuelta otra vez –dijo el doctor Sack. Miró a Silverstone-. Veamos qué tal le enseñó a usted el viejo Jerry –añadió-. Acábela por mí.

Sin vacilar, Adam cogió el bisturí e hizo la ancha, profunda incisión en Y sobre el esternón.

Cuando, unos minutos después, levantó la vista vio que los ojos del doctor Sack relucían de satisfacción. Pero miró a Spurgeon y su sensación placentera desapareció. Los ojos del interno estaban fijos en el bisturí de Adam, pero sus facciones estaban tensas y llenas de depresión.

Lo cierto es que, fueran sus pensamientos los que fueran, en aquel momento Spurgeon se hallaba muy lejos del pequeño grupo que se había congregado en torno a la mesa.

A Adam, Spurgeon le caía simpático, pero la certidumbre desconcertante de ser el único responsable de una muerte era como una Gorgona que tarde o temprano se presentaba ante los ojos de todos los médicos, y él sabía instintivamente que lo mejor era dejar que el interno se defendiera él solo a su manera.

También Adam tenía problemas en el laboratorio de experimentación de animales.

El perro pastor alemán llamado Wilhelm, el primer perro al que había dado una fuerte dosis de imurán, reaccionó clínicamente casi igual de Susan Garland. A los tres días, Wilhelm había muerto, víctima de una infección.

La perra llamada Harriet, a la que había administrado una dosis mínima del fármaco inmunodepresor, rechazó el riñón trasplantado el mismo día en que murió Wilhelm.

Adam había operado a un gran número de perros, algunos de ellos viejos y fofos, otros aún cachorros y tan bonitos que tenía que hacer un gran esfuerzo para no recordar con emoción los anuncios de los periódicos, realmente absurdos, de los grupos antiviviseccionistas, cuyos miembros preferían sacrificar niños con tal de salvar vidas animales. Gracias a estas operaciones, Adam iba comprobando las dosis exactas y eficaces, reduciendo las cantidades máximas y aumentando las mínimas y tomando cuidadosas notas en el cuaderno manchado de café del doctor Kender.

Tres de los perros que habían recibido grandes cantidades del medicamento cogieron infecciones y murieron.

Otros cuatro animales, con dosis menores, experimentaron rechazo.

Cuando hubo reducido el número de posibilidades resultò evidente que la gama de dosis eficaces, pero no peligrosas, era limitadísima, con el rechazo del riñòn trasplantado, por una parte, y una invitación cordial a la infección, por otra.

Siguió experimentando con otros fármacos y había completado ya sus estudios de los animales con nueve de los agentes cuando el doctor Kender recibió a Peggy Weld en el hospital para un examen físico preliminar a la operación.

Kender estudiò cuidadosamente el cuaderno de notas del laboratorio. Juntos, tradujeron los pesos animales a términos de peso humano y calcularon dosis equivalentes de los medicamentos.

-¿Qué inmunodepresor piensa darle a la señora Bergstrom? –preguntò Adam.

Kender, sin contestar, hizo crujir los nudillos, luego, se tirò de la oreja.

-¿Cuàl usaria usted?

Adam se encogió de hombros.

-Por lo que se refiere a los agentes que he usado hasta ahora no parece haber ninguna panacea. Yo diría que cuatro o cinco no son satisfactorios. Un par, creo, son tan eficaces como el imuràn.

-¿Pero no mejores?

-Yo diría que no.

-Estoy de acuerdo. El suyo es el vigésimo estudio que hemos hecho aquí. Yo mismo he hecho diez o doce. Por lo menos uno de nuestros equipos de trasplantes conoce el medicamento. Seguiremos con el imuràn.

Adam asintió. Programaron la operación de trasplante para el jueves por la mañana. La señora Bergstrom iría a la sala de operaciones número tres y la señorita Weld a la número cuatro.

A pesar de haber aumentado sus ingresos y disminuido el pluriempleo seguía sin poder dormir, y ahora la causa era Gaby Pender. Visitaron museos, fueron a escuchar la sinfónica y asistieron a varias fiestas. Una noche se quedaron en el apartamento de Gaby y comenzaron a besuquearse, y estaban haciendo extraordinarios progresos cuando la compañera de cuarto volvió a casa. Los días que no podían verse charlaban por teléfono.

A principios de noviembre Gaby comentó casualmente que tenía que ir a Vermont a pasar cuatro días, y le preguntó a Adam si quería acompañarla. Él calibró las implicaciones, y a continuación las palabras que ella había empleado.

-¿Qué quieres decir con que “tienes” que ir?

-Tengo que ir a ver a mi padre.

-Ah.

Y por qué no, pensó. Había sido asignado al trasplante de la señora Bergstrom, pero podían marchar el jueves por la noche.

En principio sólo tenía libres treinta y seis horas, pero llegó a un arreglo con Meomartino, a cambio de un favor similar en el futuro, con el fin de disponer de más tiempo.

Miriam Parkhurst y Lewis Chin, los dos cirujanos externos, habían practicado una operación de urgencia en la sala de operaciones número tres durante las primeras horas de la madrugada del jueves; un caso bastante sucio, o sea, que toda la sala tenía que ser bien lavada antes de llevar a la señora Bergstrom. Adam esperó en el pasillo, fuera de la sala de operaciones, en compañía de Meomartino, junto a las literas con ruedas en que yacían las gemelas, conscientes, aunque les habían administrado calmantes.

-Peg –dijo Melanie, adormilada.

Peggy Weld se incorporó sobre un codo y miró a su hermana.

-Ojalá nos hubieran dejado ensayar esto.

-No, esta vez hay que improvisar.

-Peg.

-¿Qué?

-Se me había olvidado darte las gracias.

-No empieces ahora, no podría aguantarlo –advirtió Peggy Weld, con sequedad. Sonrió-. ¿Te acuerdas cuando solía yo llevarte al retrete de señoras cuando éramos pequeñas? Pues todavía te estoy llevando al retrete.

Medio embriagadas de pentotal, las dos rompieron a reír, hasta que gradualmente volvieron a guardar silencio.

-Si me pasa algo, cuida de Ted y de las niñas –dijo Melanie.

La otra no contestó.

-¿Me lo prometes, Peg? –preguntó Melanie.

-Cállate, tonta.

Las puertas de la sala de operaciones número tres se abrieron de par en par y salieron dos asistentes, sacando dos cubos de basura con ruedas, que empujaban con los pies.

-Para usted para siempre, doctor –dijo uno de ellos.

Adam asintió y los dos llevaron a la señora Bergstrom a la sala.

-Peg.

-Te quiero, Melly –dijo Peggy Weld.

Estaba llorando mientras Adam empujaba la litera hacia la sala de operaciones número cuatro. Sin necesidad de que se lo dijera nadie, el gordo le administrò otra inyección en el brazo antes de extenderla sobre la mesa.

Adam fue a lavarse. Cuando volvió, el anestesista ya estaba sentado en su taburete, cerca de la cabeza de ella, manipulando los mandos.

Rafe Meomartino, que trabajaba en la otra sala de operaciones, estaba inclinado sobre Peggy Weld, secàndole suavemente la humedad del rostro con un pedazo de gasa esterilizada.

Todo fue a pedir de boca. Peggy Weld tenía los riñones perfectos, y Adam ayudò mientras Lew Chin extraía uno y luego lo bañaba; después, fue a la otra sala a ver a Meomartino ayudar a Kender en el trasplante.

El resto del día fue aburrido y transcurrió lentamente. Por eso se sintió contento cuando, por la tarde, Gaby llegó en coche al hospital a buscarle.

Por el camino hablaron muy poco. El paisaje era bonito de una manera otoñal y desnuda, pero no tardò en ponerse gris, hasta el punto de que ya no se veía nada por la ventanilla, excepto sombras móviles. Dentro, a la tenue luz de los mandos, Gaby no era màs que una silueta, bella y cambiante en algún detalle de vez en cuando, como cuando sorteaba coches conducidos con màs sentido común que el suyo, o frenaba para evitar un choque contra un camión. Iba demasiado deprisa; corrían como si les persiguiera el diablo, o el mismísimo Lyndon Johnson.

Vio que Adam estaba miràndola y sonriò.

-Fíjate en la carretera –dijo èl.

Al adentrarse en las laderas de las colinas la temperatura comenzó a bajar. Adam bajò el cristal de la ventanilla y oliò en el aire el mordisco del otoño, que llegaba a ellos desde las colinas de color ciruela, hasta que Gaby le dijo que cerrara, porque tenía miedo de resfriarse.

El lugar de veraneo de su padre se llamaba Pender`s North Wind. Era una finca rural grande y extensa, que en pasados tiempos había sido escenario de mayores esplendores. Gaby sacò el coche de la calzada principal, entre dos gárgolas de piedra, y siguieron por una larga avenida cubierta de guijo crujiente, hasta llegar a una mansión victoriana que se levantaba increíblemente ante ellos, y en la que sòlo la parte central del entresuelo estaba iluminada.

Al bajar del coche, algo que había cerca, animal o pájaro, emitió un agudo y triste chillido, que se repitió una y otra vez como una letanía.

-Dios –exclamò èl-, ¿què es eso?

Su padre salió a recibirles, mientras Adam sacaba del coche las maletas. Era un hombre delgado, alto y de buen aspecto, con pantalones de faena y camisa azul. Tenía el pelo gris, pero ondulado y tupido. Su expresión era limpia y agradable, y en su juventud tuvo que haber sido impresionante, porque aún podía calificársele de guapo.

Pero Adam notò que tenía miedo de besar a su hija.

-Bien –dijo-, por fin llegaste y con un amigo. Me alegro de que esta vez te hayas traído a alguien.

Ella les presentò y se estrecharon la mano. Los ojos del señor Pender eran vivos y duros.

-Me llamo Bruce. Tuteémonos –ordenò-. Deja las maletas y yo me encargarè de que las suban. –Se hizo a un lado para dejarles pasar, junto a un campo verde de golf, donde la última polilla revoloteaba aún en torno a la luz, y se detuvieron ante una silenciosa y reluciente extensión de agua-. ¿Nunca visteis una cosa así?

-No –dijo ella.

-Tamaño olímpico. Aquí podría bañarse todo un ejército. Celebramos carreras de natación. No sabéis lo que es esto en verano, los fines de semana de mucho calor se llena literalmente de carne humana. Me costò lo suyo, pero vale la pena.

-Està muy bien –dijo ella con voz curiosamente protocolaria.

Les llevò por una puerta lateral y bajaron unas escaleras; luego fueron por un túnel, hasta que se vieron en un bar, en el sótano, donde cabrían unas doscientas personas. Frente a la gran chimenea, donde las llamas saltaban y chisporroteaban sobre los cadáveres de tres leños, una mujer y dos niñas pequeñas estaban sentadas, esperando. Sus pies descalzos, idénticamente delgados, estaban extendidos hacia el fuego, que se reflejaba en treinta uñas pulidas, dándoles el aspecto de pequeñas conchas de color rojo sangre.

-Ha traído a un amigo –dijo el padre.

Pauline, la madrastra de Gaby, era una pelirroja muy atildada, cuyo generoso cuerpo era aún joven, pero no tanto como proclamaba su cabellera. Las chicas, Susan y Buntie, eran hijas suyas de un matrimonio anterior. Tenían once y nueve años respectivamente. Su cauta madre hablaba poco, pero cuando lo hacía cada una de sus palabras parecía pensada de antemano.

Bruce Pender echò otro leño al fuego, demasiado vivo para el gusto de Adam.

-¿Habèis comido?

Habían comido, pero hacía ya tanto tiempo que Adam volvía a tener hambre; así y todo los dos contestaron que sí. El señor Pender sirvió las copas abundantemente.

-¿Què sabes de tu madre? –preguntò a Gaby.

-Està muy bien.

-¿Sigue casada?

-Sí, que yo sepa.

-Vaya, me alegro. Buena persona. Làstima que sea como es.

-Yo creo que es hora de que os acostèis –dijo Pauline.

Las chicas protestaron, pero acabaron por obedecer; se pusieron los zapatos y dieron las buenas noches medio adormiladas. Adam notò que Gaby las besaba con una simpatía que parecía incapaz de mostrar hacia su madrastra o su padre.

-Pauline vuelve ahora mismo –dijo Bruce cuando estuvieron solos-. La casa està aquí cerca.

Pender sonriò y sacudió la cabeza.

-Todo el verano, lo que se dice todo, y todos los fines de semana durante la temporada de esquí, esto parece una casa de locos. Las camas chirrían que es un primor. Màs de mil huéspedes, la mayoría gente soltera que viene aquí a armar jaleo y tener orgasmos.

-Ya notarías que mi padre es delicadísimo al hablar.

Pender se encogió de hombros.

-A las cosas hay que llamarlas por su nombre. Gano dinero en un burdel legal. Todas las ventajas económicas y ninguno de los riesgos legales. Son neoyorquinos, pero gastan grandes cantidades de dinero.

Se produjo un silencio.

-Silverstone –dijo, mirando a Adam entornando los ojos-, ¿eres judío?

-Mi padre lo es. Mi madre era italiana.

-Ah.

Sirvió otra ronda de copas para los tres, y también para la ausente Pauline. Adam tapò el vaso con la mano.

-El verano pasado, de madrugada, hacia las dos –continuò Pender-, casi se ahogò alguien en la fuente del prado. No en la piscina, en la fuente. Hace falta ingeniarse. Dos universitarios, bebidos como cubas.

Gaby no dijo nada, y bebió un sorbo.

-Algunas de las chicas están pero que muy bien. Pauline me tiene muy vigilado –prosiguiò, bebiendo pensativamente-. Este sitio es de ella, claro. Quiero decir que lo he puesto a su nombre. La madre de Gaby me dejó lo que se dice limpio. Me hizo pagar hasta el último centavo.

-Razones tenía, papà.

-Razones, al diablo.

-Todavía recuerdo escenas de mi niñez, papà. ¿Tratàis tù y la querida Pauline a Suzy y a Buntie de la misma manera que me tratàbais a mì?

Pender mirò a su hija de modo inexpresivo.

-Pensè que con un invitado serías màs razonable.

Fuera, volvió a oírse el triste chillido.

-¿Què es eso? –preguntò Adam.

Pender parecía querer cambiar de tema.

-Ven, te lo voy a enseñar.

Por el camino encendió la luz exterior que iluminaba una parte del prado de la parte trasera de la piscina. En una jaula de alambre para pollos, un gran mapache hembra se paseaba como un león; sus ojos rojos relucían fieramente detrás de la máscara negra de su rostro.

-¿Dónde la cazaste? –preguntó Adam.

-Uno de los universitarios la tiró de un árbol con una pértiga y la cubrió con una caja.

-¿Y la tienes aquí como... atracción turística?

-No, ¡qué va! Son peligrosos. Un mapache hembra como ésta es capaz de matar a un perro.

Cogió una escoba y metió el mango por entre el alambre, dando con él al animal en las costillas. El mapache se volvió. Sus garras, como manecitas de dama elegante, cogieron el palo y con su boca arrancó astillas.

-Ahora está en celo. La tengo aquí para que atraiga a los machos –dijo, indicando dos cajas más pequeñas situadas en el extremo de la luz-. Trampas.

-¿Y qué haces con los que cazas?

-Asados con boniatos, son exquisitos. Un verdadero manjar de dioses.

Gaby se apartó y se alejó. Los dos se unieron a ella y entraron en la casa. Se volvieron a sentar y estaban tomando otra ronda de copas cuando volvió Pauline.

-Brrr –dijo, quejándose del frío de la noche.

Se sentó junto a su marido y preguntó a Gaby por sus estudios. Bruce le pasó el brazo por la cintura y le dio un solo pellizco en el pecho, redondo como un melón, para reafirmar su autoridad. Las dos mujeres siguieron hablando, fingiendo no haberlo notado.

La languideciente conversación volvió a reanimarse, a veces con verdadera desesperación. Hablaron del teatro, de béisbol, de política. El señor Pender envidiaba California porque tenía de gobernador a Ronald Reagan, murmuraba que el GOP había sido desacreditado por Rockefeller y Javits, e insistía en que en Estados Unidos deberían hacer un alarde de fuerza y borrar del mapa a la China comunista con una lluvia de bombas atómicas un día 4 de julio. Adam, que entonces estaba ya intrigado por la enormidad de la aversión que le inspiraba aquel hombre, no pudo aparentar la seriedad necesaria para ponerse a discutir la locura de masas.

Aparte de que se sentía tremendamente soñoliento. Por fin, después de haber bostezado tres veces, Pender cogió la botella de whisky casi vacía, e hizo señas de que la velada había terminado.

-Aquí, a Gabrielle solemos darle una alcoba en la casa con nosotros. Pero como ha traído un compañero de juegos os daremos a los dos alcobas contiguas en el tercer piso.

Se despidieron de Pauline, que estaba sentada, rascándose pensativamente la suela de un pie blanco y estrecho, con uñas agudas que hacían juego con el color de sus enrojecidos dedos del pie. Pender les condujo escaleras arriba.

-Buenas noches –se despidió Gaby, con frialdad; evidentemente, se había dirigido a los dos hombres por igual.

Entrò en su cuarto sin mirarles y cerrò la puerta.

-Cualquier cosa que necesites tendràs que buscártela tù solo. Gaby sabe dònde està todo. Tenèis todo el edificio a vuestra disposición.

“¿Còmo puede sonreír asì una persona que sabe que la chica que èl cree que va a acostarse con uno de un momento a otro es su propia hija?”, se preguntò Adam.

Sabìa que Gaby estaba escuchando al otro lado de la puerta cerrada.

-Buenas noches –dijo.

Pender hizo un ademàn y se fue.

¡Santo cielo!

Se echò en la cama completamente vestido. Oyò a Pender bajar las escaleras y reír un poco con su mujer. Luego, oyò el ruido de ambos al irse del hotel. El viejo edificio estaba silencioso. En la habitación contigua se oìa a Gaby moverse por el cuarto, sin duda preparándose para acostarse.

Ambas alcobas estaban separadas por un cuarto de baño. Lo cruzò y golpeò la puerta cerrada.

-¿Qué es?

-¿Tienes ganas de hablar?

-No.

-Bueno, pues buenas noches.

-Buenas noches.

Cerrò las dos puertas del cuarto de baño, se puso el pijama, apagò la luz y estuvo un rato echado, a oscuras. Fuera, màs allà de la ventana abierta, los grillos rechinaban una patètica serenata, quizá sabiendo que la helada que iba a acabar con ellos asomaba ya por el horizonte. El mapache emitìa un grito desesperado, como de llanto. Gaby Pender fue a su cuarto de baño y a través de la puerta cerrada, Adam oyò el tintineo y luego la cascada del retrete, sonidos que, pese a su larga experiencia clínica, le hacían ponerse rìgido y esperar, odiando a su padre.

Se levantò y encendió la luz. Había papel de escribir en el escritorio, con el membrete del hotel. Cogiò su estilográfica, y escribió rápidamente, como si extendiera una receta a un paciente.

*Al Delegado de la Junta Municipal
Departamento de Caza y Pesca.
Montpelier, Vermont.*

Muy señor mìo:

Un mapache hembra de gran tamaño, capturado ilegalmente, està enjaulado en este hotel como cebo para la captura ilegal de mapaches macho. He comprobado personalmente que el animal està siendo maltratado y estoy dispuesto a dar testimonio de ello. Puede comunicarme conmigo en el departamento de Cirugía del Hospital General del condado de Suffolk, en Boston. Le ruego lleve a cabo la investigación lo antes posible, porque los mapaches que capturan son para comérselos.

Suyo afectísimo,

Adam R. Silverstone,

Doctor en medicina.

Puso la carta en un sobre, lo cerrò cuidadosamente, humedeciendo el borde con los labios, sacò sellos de su cartera y pegò uno. Luego guardò la carta en su maleta y volvió a echarse en la cama. Durante un cuarto de hora estuvo moviéndose, con la seguridad, a pesar de lo fatigado que se sentía, de que no iba a poder dormir.

El viejo hotel crujió como si fantasmas lujuriosos saltasen en las camas y corrieran de un cuarto a otro, agitando, en lugar de cadenas, cinturones de castidad descerrajados. Los grillos chirriaban su canto del cisne. El mapache gemía y parecía volverse loco. Una vez, le pareció oír llorar a Gaby, pero quizás estuviera equivocado.

Y se quedó dormido.

Le despertó, casi inmediatamente después, o así le pareció, la mano de Gaby.

-¿Qué pasa? –preguntò, pensando instintivamente que se hallaba en el hospital.

-Adam, sàcame de aquí.

-Sì, naturalmente –dijo entontecido, ni dormido ni despierto. Cerrò los ojos contra la luz que Gaby había encendido. Vio que se había puesto pantalones largos y un jersey-. ¿Ahora, quieres decir?

-En este mismo instante.

Sus ojos estaban rojos de haber llorado. Adam sintió que le invadía una ola de ternura y pena. Al mismo tiempo, su cansancio le empujaba la cabeza contra la almohada.

-Pero, ¿qué van a pensar? –dijo-. No creo que estuviera bien desaparecer así, en plena noche.

-Dejarè una nota. Les dirè que te llamaron de urgencia del hospital.

Adam cerrò los ojos.

-Si no quieres venir conmigo, me voy yo sola.

-Ve escribiendo la nota mientras me visto.

Tuvieron que bajar a tientas la amplia escalera, en plena oscuridad. La luna estaba ya baja, pero daba suficiente luz para permitirles encontrar el coche con facilidad. Los grillos se habían dormido, por la razón que fuese. Al otro lado de la piscina, el pobre mapache seguía armando escándalo.

-Espera –dijo ella.

Encendió los faros del coche y se arrodillò a su luz para escoger un gran pedrusco. Adam iba a seguirla, pero ella le detuvo.

Èl siguió sentado en el asiento de cuero, húmedo de rocìo y se estremeciò al oír la romper la cerradura de la jaula, preguntándose si habría sido capaz de echar realmente la carta de denuncia que tenía escrita. Un momento después, el mapache dejó de gritar. La oyò volver corriendo al coche, y luego un ruido sordo, como de una caída, y una maldición de Gaby.

Cuando volvió al coche, Gaby estaba riendo y gimiendo, y lamiéndose la palma despellejada de una mano.

-Tenìa miedo de que me mordiera y cuando echè a correr tropecé con una de las ramas –dijo-. Casi caì de cabeza al estanque.

Adam se echò a reír, y también ella; rieron los dos todo el camino, hasta la calzada, hasta màs allà de las gárgolas de piedra y bien entrado el camino real. Cuando dejaron de reír Adam vio que Gaby estaba llorando. Pensó ponerse al volante, para que pudiera llorar a sus anchas, pero desistiò de ello porque se sentía muy cansado.

Gaby lloraba en silencio; “Esta forma de llorar es la peor –pensò èl-, mucho màs difícil de presenciar que un lloriqueo dramático”.

-Escucha –dijo finalmente con voz fatigada, como si estuviera borracho-, no eres tù la única persona con padres repulsivos. A tu padre le obsesiona el sexo; al mío, el alcohol.

Le explicó a grandes rasgos quièn era Myron Silberstein, sin emoción y llamado a las cosas por su nombre. Apenas omitiò nada: la historia de un músico ambulante de Dorchester que por pura casualidad consiguió trabajo en la orquesta del Teatro Davis, de Pittsburgh, y una noche conoció a una muchacha italiana mucho màs joven e inexperta que èl.

-Seguro que se casò con ella por mì –dijo-. Empezó a beber incluso antes de que yo tuviera uso de razón y todavía no ha parado.

De nuevo en la carretera 128, el coche se adentraba en la noche, rehaciendo el camino por donde habían venido. Gaby le tocò el brazo.

-Nosotros podemos ser el comienzo de generaciones nuevas –dijo.

Èl asintió y sonriò. Luego se quedó dormido.

Cuando despertó, estaban cruzando el puente de Sagamore.

-¿Dònde demonios estamos?

-Tenìamos hechos los planes –respondiò ella-. Me parece una làstima volver a casa sin màs y quedarnos sin vacaciones.

-Pero, ¿a dònde vamos?

-A un sitio que yo conozco.

Se quedó callado y dejó que siguiera conduciendo. Cuarenta y cinco minutos después se hallaban en Truro, a juzgar por el letrero que su coche iluminò fugazmente al pasar de la

carretera 6 a la de Cabo Cod, dos surcos de arena blanca separados por un intervalo de hierba alta. Subieron por un montículo, y a la derecha, muy por encima de ellos, un dedo móvil surcaba, al borde del mar, el cielo negro. El ruido del oleaje les sorprendió de pronto, como si alguien lo hubiera conectado sin previo aviso.

Ella había aminorado considerablemente la velocidad. Adam no sabía lo que estaba buscando, pero, fuera ello lo que fuese, lo cierto es que acabò por encontrarlo, y volvió a sacar el coche de la carretera. No se veía nada, excepto neblina, pero cuando bajaron del coche Adam distinguió un macizo de oscuridad más sólida: un pequeño edificio.

Un edificio muy pequeño, una casucha o una choza.

-¿Tienes llave?

-No hay llave –respondió ella-. Está cerrado por dentro. Entraremos por la entrada secreta.

Le guiò hacia la parte trasera. Los pequeños pinos les desgarraban con dedos invisibles. Las ventanas estaban protegidas por tableros, comprobò Adam.

-Tira de los tableros –dijo ella.

Así lo hizo y los clavos salieron fácilmente, como si hubieran hecho y rehecho el mismo camino muchas veces. Gaby levantò la ventana y saltò como pudo sobre el alféizar.

-Cuidado con la cabeza –le dijo èl.

Adam saltò también, cayendo sobre la litera superior. El cuarto era pequeño, en comparación del cual incluso su dormitorio del hospital parecía espacioso. Las literas de madera, toscamente hechas, ocupaban la mayor parte del espacio, no dejando más que una especie de pasillo para ir a la puerta. La iluminación consistía en bombillas desnudas, que se encendían tirando de cordeles. Había otras dos estancias idénticas a la que les había servido de acceso; un cuarto de baño minúsculo, con ducha, pero sin bañera y un cuarto para todo, con utensilios de cocina, una mecedora renqueante y un sofá, lleno de abolladuras, devorado por las polillas. La decoración era la clásica de Cabo Cod: conchas de almejas a modo de ceniceros, una langostera que hacía las veces de mesita, erizos de mar y una estrella de mar en la repisa de la chimenea, una caña de pescar en un rincón y, en otro, una cocinilla de gas que Gaby manipulò y encendió con gran pericia.

Adam seguía allí, tambaleándose.

-¿Qué quieres que haga? –preguntò.

Ella le mirò y por primera vez se dio cuenta de lo fatigado que estaba.

-Oh, Dios –dijo-. Adam, lo siento de verdad, crèeme que lo siento.

Le llevò a una litera inferior, le quitò los zapatos, le cubrió tiernamente con una manta de lana que le hacía cosquillas en la barbilla, le dio suaves besos en el ojo que le cerraban los párpados, y le dejó solo, mientras èl se sumergía en el sueño al ritmo del oleaje.

Finalmente, despertó al sonido de cuernos de niebla, como el rutar de estómagos gigantescos, el aroma y el chasquido de la comida friéndose, y la sensación de estar

viajando como emigrante impecune en un barco muy pequeño. Una neblina humosa había dejado la ventana ciega como los ojos de un topo.

-Pensè que te despertarias màs tarde –dijo ella, friendo jamòn-, pero me entrò tal hambre que tuve que ir a la tienda del camping a por comida.

-¿De quièn es esta choza? –preguntò èl, dominado aùn por vagos temores de que la policía pudiera detenerle.

-Es mà. Me la dejó mi abuela en un pequeño fideicomiso que hizo antes de morir. No te preocupes, somos la legalidad misma.

-Santo Dios, eres una heredera.

-Hay agua caliente de sobra. El calentador es bueno –dijo ella, con orgullo-, y en el armario encontraràs pasta dentífrica.

La ducha le devolvió su entusiasmo, pero el contenido del armario del cuarto de baño le dejó de nuevo un poco deprimido. Había algo que al principio le había parecido un gran gorro para la ducha, pero que resultò ser una lavativa; además, vio una serie de frascos con pastillas y líquidos para la nariz, los ojos, aspirinas y calmantes de diversas clases, y una verdadera colección de vitaminas y píldoras y medicinas sin marbete, el tesoro de un neurótico aficionado a toda clase de indulgencias mèdicas.

-¡Dios! –exclamò, con irritación, al salir-. ¿Quieres hacerme un favor?

-¿Què?

-Tirar toda esa basura que tienes en el armario.

-Sì, doctor –aceptò ella, con una excesiva mansedumbre.

Desayunaron melocotones en lata, jamòn y huevos y maíz congelado, que se pegaba a la tostadora y hubo que comerlo desmigado.

-Haces café mejor que nadie –dijo èl, ya de mejor humor.

-Es que conozco la cafetera como si fuera yo misma. Vivì aquí sola un año.

-¿Un año? ¿El invierno entero, quieres decir?

-Sì, sobre todo el invierno. En tales circunstancias, ya comprenderàs que una taza de café puede llegar a ser un autèntico salvavidas.

-¿Y por què querìas estar tan sola?

-Pues te lo dirè. Un hombre me abandonò.

-¿De verdad?

-Como lo oyes.

-Hace falta ser bestia.

Ella sonriò.

-Gracias, Adam, eso me gusta.

-No, lo digo de verdad.

-Bueno, en fin, el hecho es que encima de mi situación paterna, que ya ves lo mucho que deja que desear porque lo has visto con tus propios ojos, me vi metida en esa tragedia emocional. Me dije que lo que le fue bien a Thoreau le irìa bien a cualquiera, de modo que

cogí unos libros y me encerré aquí para poner mis ideas en orden y encontrarme a mí misma.

-¿Y lo conseguiste? Quiero decir que si te encontraste a ti misma.

Ella vaciló un momento.

-Creo que sí.

-Pues tienes suerte.

La ayudó a lavar los platos.

-Parece que estamos sitiados por la niebla –dijo Adam, mientras ponían en orden la vajilla.

-No, nada de eso. Ponte una chaqueta, quiero enseñarte una cosa.

Salieron de la choza y ella le guió por un camino casi completamente cubierto de baja y tupida vegetación. Adam vio bayas de laurel y algún que otro ciruelo de playa, sin hojas. La niebla era tan densa que sólo veía el camino que pisaba y el suave cimbreo de los pantalones largos y ajustados que tenía delante de sus ojos.

-¿Sabes a dónde vamos?

-Sabría ir con los ojos cerrados. Cuidado; a partir de ahora hay que ir despacio. Ya casi hemos llegado.

Parecía un precipicio vertical. Se hallaban al borde de un abismo que caía sobre el mar; la niebla era como un muro delante de ellos, pero, a sus pies, estaba el vacío, un vacío de niebla maciza, y su imaginación le dijo a Adam que era aterrador, un copia exacta del abismo de treinta metros que él solía saltar por dinero en el espectáculo acuático de Benson.

-¿Es profundo? ¿Y muy empinado?

-Empinadísimo y muy hondo. Asusta a la gente que lo ve por primera vez, pero no hay peligro. Yo bajo al fondo dejándome resbalar por el trasero.

-¡Menudo vehículo!

Gaby sonrió, aceptándolo como un piropo. Mientras Adam se ponía en cuclillas, nervioso, a poca distancia de él, Gaby, con los ojos cerrados, y husmeando la niebla fría y salada, agitaba los pies sobre el borde del abismo.

-Te encanta –observó él.

-La costa cambia constantemente, pero siempre sigue siendo la misma de cuando mi abuelo hizo construir la choza para mi abuela. Hay un corredor de fincas en Provincetown que no hace más que ofrecerme una gran cantidad de dinero por este sitio, pero yo quiero que mis hijos lo sigan viendo como ahora, y también mis nietos. Es parte del Patrimonio Nacional Costero John F. Kennedy, de modo que aquí no se puede edificar, pero el océano está siempre mordisqueando la tierra, a razón de unos centímetros al año. Dentro de cincuenta años o así, el acantilado habrá retrocedido casi hasta donde está la casa. Tendré que mandarla retirar o el océano la engullirá.

A Adam le parecía que estaban suspendidos sobre la niebla. Muy debajo de ellos, el mar rugía y silbaba. Adam escuchò y moviò la cabeza.

-¿Què pasa? –preguntò ella.

-La niebla; es como una atmòsfera extraña.

-No tanto cuando se està en tierra. En el mar sì es extraña. Es casi una experiencia mística –dijo Gaby-. Cuando yo vivía aquí, a veces ni siquiera me molestaba en ponerme el traje de baño y me iba a bañar entre la niebla. Era algo indescriptible, como si formara parte del mar.

-¿Y no era también peligroso?

-Se oye el oleaje incluso desde lejos. Le dice a uno dònde està la tierra. Un par de veces... -se interrumpió, indecisa, y luego, como quien toma una decisión, prosiguió-, un par de veces nadè mar adentro, pero no tuve el valor de seguir adelante.

-Gaby, ¿y por què quería seguir adelante? –Detràs de ellos, en la niebla, se oyò el chillido de una codorniz-. ¿Tanto te importaba ese hombre que te abandonò?

-No, no era un hombre, era un muchacho. Pero yo estaba... pensaba que iba a morirme.

-¿Por què?

-Tenìa dolores que me atormentaban. Partes insensibles, agotamiento general. Los mismos síntomas de mi abuela al morir.

“Ah”. En aquel relato, la colección de medicinas que había en el armario cobrò de pronto una importancia patètica.

-Parece un caso clásico de histeria –dijo èl, con suavidad.

-Si, claro, es lo que era. –Gaby hizo pasar un puñado de arena entre sus dedos-. Sè perfectamente que soy una hipocondriaca, pero entonces estaba convencida de que una terrible enfermedad iba a quitarme la vida. Y estar convencida de que una tiene esta especie de enfermedad puede ser igual de malo que tenerla. Crèame, doctor.

-Ya lo sè.

-Me figuraba que nadar era como un intento de salir de lo que temìa, un intento de acabar de una vez.

-Dios, pero ¿por què viniste aquí? ¿Por què no fuiste a ver a un mèdico?

Ella sonriò.

-Fui a ver mèdicos y màs mèdicos. Pero no creìa una palabra de lo que me decían.

-¿Y les crees ahora cuando te dicen que estàs bien?

-Sì, la mayor parte de las veces.

-Vaya, me alegre –dijo èl.

No sabìa por què, pero le daba la impresión de que le estaba mintiendo.

En torno a ellos la niebla parecía relucir. Por encima de sus cabezas comenzò a extenderse una luz.

-¿Y què les parecía a tus padres que estuvieses tù viviendo aquí sola?

-Mi madre acababa de volverse a casar. Estaba... muy ocupada. Me mandaba alguna que otra carta. Mi padre no me envió ni una sola tarjeta postal. -Moviò la cabeza-. La verdad es que es una mala persona, de verdad, Adam.

-Gaby... -empezò Adam, tratando de dar con la palabra exacta-. A mì no me cae simpático, pero todos tenemos nuestras debilidades, cada uno a su manera. Sería un hipócrita si te dijera que le condeno. Estoy seguro de que yo también he hecho las mismas cosas por las que le tienes antipatía.

-No.

-He vivido solo casi toda mi vida, y he conocido a muchas mujeres.

-No me entiendes. Nunca me ha dado nada. Nunca me ha dado nada de sì mismo, quiero decir. Pagaba mis gastos de la universidad, y luego se tumbaba a la bartola y esperaba que yo me sintiese agradecida, como es debido.

Adam no dijo nada.

-Me da la sensación de que tù te pagaste, trabajando, tus propios gastos en la universidad.

-Estudiè gracias al tìo Vito.

-¿Tìo tuyo?

-Yo he tenido tres tios: Joe, Frank y Vito. Joe y Frank eran como toros, trabajaban en las fàbricas de acero. Vito era alto, pero enfermizo. Murió cuando yo tenía quince años.

-¿Y te dejó dinero?

Adam riò.

-No. No tenía dinero para dejar. Era toallero de sucursal del barrio de East Liberty de la YMCA.

-¿Qué es un toallero?

-¿No has estado nunca en un cuarto de baño de la YMCA?

Ella sonriò y moviò negativamente la cabeza.

-Pues es el que reparte las toallas, como el nombre mismo lo dice. Y, entre otras cosas, aprieta el botoncito que permite a la gente entrar en la piscina. Todos los días, después del colegio, y de repartir mi tanda del Pittsburgh Press, yo solìa ir a la calle de Whitfield, y Vito me dejaba pasar a la piscina. Cuando descubrieron que no estaba pagando cuota como los demás, yo ya conocía a todo el mundo, y me dieron una beca del club de repartidores de periódico. Un entrenador de la YMCA se interesò por mì, y cuando cumplì doce años ya era yo nadador y buceador formidable. Tanto buceaba, que atrapé una infección en la oreja, y por eso a veces oigo un poco mal, como habràs notado.

-Pues no me había dado cuenta. ¿Eres sordo?

-Sòlo un poco. De la oreja izquierda. Lo justo para que no me admitieran en el ejército.

Ella le tocò la oreja.

-Pobre Adam, ¿te molestaba muchísimo cuando crecías?

-La verdad es que no. En la escuela secundaria yo era el campeón de buceo de la YMCA, y pasè cuatro años en la universidad gracias a una beca completa de atletismo, como miembro del equipo de natación. Luego, mi primer curso de medicina me encontró de nuevo pobre como las ratas. Para ganar dinero con que comer y dormir me dediqué a coger ropa y entregarla por la mañana, por cuenta de la lavandería mecánica, a todos los dormitorios. Por las noches hacía el mismo trayecto, sólo que repartiendo bocadillos.

-Me habría gustado conocerte entonces –dijo ella.

-No habría tenido tiempo de hablarte. Al cabo de una temporada tuve que renunciar a los dos trabajos, el de la ropa y el de los bocadillos, porque los estudios requerían todo mi tiempo. Pasè dos cursos trabajando en una casa de comidas a cambio de la manduca y pedía prestado a la universidad para pagarme el cuarto. Aquel primer verano hice de camarero en un hotel, en los Poconos. Tuve amoríos con una de las huéspedes, una griega rica y casada con un hombre que no quería divorciarse, presidente de una cadena de tiendas. Vivía en la Colina de Drexel, no lejos de donde yo había ido al colegio, en Filadelfia. Estuvimos juntos todo el tiempo, durante casi un año.

Ella le escuchaba, sentada y en silencio.

-Y no eran sólo amoríos. A veces me daba dinero. De esa forma pude dejar de trabajar. Me llamaba por teléfono y yo iba a su casa y después solía meterme un billete en el bolsillo. Un billete grande.

Ella apartò los ojos de èl.

-Calla –dijo.

-Acabè dejando de verla. No podía soportarlo durante más tiempo. Como a modo de expiación, me puse a trabajar en una carbonería, donde había que sudar de verdad para ganar dinero.

Desde lejos llegó la respuesta de otra codorniz.

Ahora, Gaby le estaba mirando.

-¿Por qué me cuentas esto?

“Porque soy tonto”, pensó èl, perplejo.

-No sè, la verdad, no se lo había contado a nadie hasta ahora.

Gaby alargò la mano y le volvió a tocar el rostro.

-Me alegro.

Un momento después, añadió:

-¿Puedo hacerte una pregunta?

-Claro.

-Hacer el amor con esa mujer... ya me entiendes, un amoría superficial, ¿era diferente a cuando se hace lo mismo con una persona a quien uno quiere?

-No sè –dijo èl-, nunca he querido a ninguna persona.

-Es como... los animales.

-Somos animales. No tiene nada de malo ser un animal.

-Pero debiéramos ser algo màs.

-No siempre resulta posible.

La niebla empezaba a romperse. Reluciendo a través de ella llegaba hasta la consciencia de Adam un enorme reflector solar, màs oceánico que nunca. La playa era grande, blanca, marcada sòlo por restos de la marea y trozos de madera abandonados en la parte superior, y la inferior, reluciente, dura y golpeada hasta ser lisa como la palma de la mano, convertida en un verdadero espejo del sol.

-Querìa que vieras esto –dijo ella-. Yo solìa sentarme aquí y decirme a mì misma que si dejara todos mis feos problemas allà abajo, vendría el agua y se los llevarìa.

Adam estaba pensando en esto cuando, horrorizado, la oyò dar un grito y desaparecer de su campo visual sobre el borde del precipicio, que caìa hasta el fondo, muy abajo, en un àngulo de por lo menos cien grados. Su trasero dejò un surco recto en la suave y roja arena. Un momento después la vio, riéndose de èl, ya en el fondo. No había màs que una solución. Se sentò en el borde, cerrò los ojos y se dejó caer. Èl y el Altísimo cayeron de cabeza, como llamas desde el cielo eterno, llevando la ruina y la combustión del pecado de allà abajo. John Milton. Tenía arena en los zapatos, y sin duda su caída adolecía de pràctica, porque su trasero estaba en carne viva. La muchacha estaba muerta de risa. Cuando Adam abrió los ojos, vio que Gaby se sentía muy feliz, y estaba muy guapa; no, màs que guapa, era la chica màs hermosa que había visto en su vida.

Buscaron por la playa y encontraron cierto número de esponjas malolientes, pero ningún tesoro; vieron un cazòn que iba por el agua, ondulante, cruzando una caleta de agua clara; recogieron ocho erizos de mar intactos y extrajeron del acantilado arcilla roja y moldearon con ella un cacharro que se rajò al ser secado por la brisa.

Cuando empezaron a notar frìo, trataron, sin éxito, de limpiarse los zapatos de arena pisando fuerte, y subieron abismo arriba por las inseguras escaleras de madera vieja, volviendo al fin a la choza caliente. El sol entraba a raudales por la ventana, bañando el abollado sofà. Mientras èl encendía el fuego, ella se echò, y cuando la chimenea empezó a rugir le hizo sitio a su lado y cerraron los ojos, dejando que el dios sol convirtiese su mundo en una gran calabaza roja.

Al cabo de un rato, èl abrió los ojos, se acercò a ella y la besò suavemente, y, màs suavemente aùn, la tocò con la punta de los dedos. Los labios de la muchacha etaban calientes, salinos y secos. Reinaba un gran silencio, excepto, fuera, el ruido del mar y los chillidos de las gaviotas; dentro, el ruido que hacían el fuego y la respiración de ellos dos. Èl estaba tocándole el pecho a través de la blusa azul, seguro de que ambos recordaban al mismo tiempo la misma acción de su padre, convertida en signo de despectiva posesión, con el que había marcado a su mujer.

“Esto es muy distinto –le dijo Adam, sin hablar-. Compréndelo. Por favor, compréndelo”. Sentía dentro de sì un leve temblor, como un escalofrìo contenido, màs

temor que deseo, lo sabía, y, en cierto modo, a pesar de todas las chicas y de todas las mujeres, el temor se le había transmitido a él para que también él temblase; a pesar de todo, continuó permitiendo que su mano salvase el espacio que mediaba entre ambos, hasta que notó que el temblor cedía, el suyo y el de ella. Ella le besó esta vez, al principio como explorándole, y luego con una acumulación de sentimientos que parecía querer devorarlo, y que le dejó desconcertado; finalmente, como siguiendo un acuerdo tácito, se apartaron el uno del otro y se ayudaron mutuamente a desabrochar botones y cremalleras, a toda prisa.

Era como Adam había esperado: no había zonas blancas ni marcas de cinturones; las piernas se le aflojaron.

-Tienes tripa –observó ella.

-Pues he estado corriendo –se defendió Adam.

-Eres muy decidido –observó ella.

-No siempre.

Yacieron allí, de nuevo perfectamente juntos. Dios, qué bien se estaba al sol. Ella le besaba la oreja mala y lloraba, y Adam, con una nueva y súbita sensación, se dio cuenta de que lo que él quería era no tomar nada; anhelaba dar y sólo dar, darle tiernamente todo lo que poseía en el mundo, todo lo que era Adam Silverstone.

Acabaron por sentir hambre.

-Mañana –dijo ella- nos levantaremos a tiempo para la primera marea, en el promontorio. Te pescaré unos lenguados, pequeños pero bien gordos, y tú, como buen cirujano que eres, me los limpiarás, y yo te los prepararé a la parrilla, empapados en jugo de lima y con montones de mantequilla.

-Ejem.. –y luego-. Y hoy, ¿qué?

-Hoy... todavía nos quedan huevos.

-No.

-Sopa portuguesa.

-¿Qué es eso?

-Specialité de la región. Tallarines y verdura, repollo y tomates más que nada, con carne de cerdo. Hay un sitio en Provincetown donde lo hacen bien. Te lo sirven con pan blanco caliente. Y si luego te apetece, tienen cerveza de barril, fría y muy buena.

-De acuerdo, Charlie.

-No soy Charlie.

Se miraron, serios, y él acabó por sonreír.

-Ya me di cuenta.

En el cuarto, recogieron las prendas esparcidas en el suelo y se vistieron con sólo un poco de timidez, salieron y con el coche recorrieron despacio los ocho kilómetros que había, por la carretera 6, flanqueada de dunas, hasta Provincetown. Comieron la sopa,

caliente y con sabor ahumado, llena de bocados deliciosos, y después fueron al muelle, donde acababa de llegar un bote de pescadores. Gaby regateò ferozmente hasta que acabò por comprar un grande y hermoso lenguado, que aùn coleaba, por treinta y cinco centavos, a modo de garantía contra la posibilidad de que a la mañana siguiente lloviese o no consiguieran madrugary resultara imposible salir de pesca.

Cuando volvieron a la choza, ella puso el pescado en el frigorífico y volvió a donde estaba Adam; le cogió el rostro con las manos y lo retuvo así, apretándolo.

-Te huelen las manos a lenguado –se quejò èl, besándola durante largo rato y mirándola; y los dos sabían que, de nuevo, Adam iba a hacerle el amor, sin darle antes la oportunidad de lavarse las manos para que desapareciera el olor a pescado.

-Adam –dijo ella, ligeramente excitada-, quiero darte seis hijos, por lo menos seis. Y seguir casada contigo durante setenta y cinco años.

Matrimonio, pensó èl.

¿Hijos?

Esta ave loca...

-Gaby, escucha... -dijo, con inquietud.

Ella se apartò, y Adam, mientras hablaba, alargò la mano para asirla, pero ella no tenía intención de permitirsele. Le estaba mirando fijamente.

-¡Dios mío! –exclamò.

-Escucha...

-No –protestò ella-. No quiero escuchar. No soy una lumbrera, eso ya lo sabìa, siempre lo he sabido. Pero tù... Pobre Adam, tù no eres nada en absoluto.

Corrió al cuarto de baño y se cerrò por dentro. Adam no oyò gemidos, pero al cabo de un rato llegó a èl el ruido de algo terrible, el ruido entrecortado de náuseas y còmo se vaciaba la cisterna.

Llamò a la puerta, sintiéndose enormemente culpable.

-Gaby, ¿estàs bien?

-Vete al diablo –respondiò ella... llorando.

Al cabo de un rato oyò el ruido de agua corriente y se dijo que estaría lavándose. Luego se abrió la puerta y salió Gaby.

-Quiero irme de aquí –dijo.

Adam llevò los bultos al coche, y ella apagò el gas, cerrò la puerta por dentro y salió luego por la ventana, volviendo a colocar los tableros. Cuando Adam intentò ponerse al volante, ella se lo impidió. Condujo en el viaje de regreso como una suicida, y finalmente consiguió que la policía la citase por exceso de velocidad en la carretera 128, en Hingham. El policía que tomò nota defendió el orden público con mordacidad.

Después condujo con màs moderación y seguía tosiendo, una serie de espasmos asmáticos cortantes que le sacudían todo el cuerpo, inclinado sobre el volante.

Adam aguantò el ruido todo el tiempo que le fue posible.

-Sal del camino real y encontremos una farmacia –dijo por fin-. Extenderè una receta para que te den efedrina.

Pero ella seguía conduciendo.

La oscuridad era ya completa cuando el coche parò frente al hospital. No se habían detenido para comer y Adam estaba de nuevo exhausto, hambriento y emocionalmente deshecho.

Dejó su equipaje en la acera.

La oyò toser al apretar el acelerador. El coche entrò en el centro mismo del tràfico, sorteando apenas a un taxi que se le echò encima y cuyo conductor soltò unas maldiciones e hizo sonar el claxon.

Adam siguió en la acera, recordando de pronto que habían dejado el lenguado en el frigorífico. La próxima vez que Gaby volviese a la choza encontrarìa allí otra repelente razón para recordar las vacaciones interrumpidas. Se sentía víctima de emociones encontradas: inquietud, culpabilidad, arrepentimiento. Había regalado los oídos de Gaby con confesiones de lo màs degradantes y luego se había permitido...

“Al diablo –pensó-. ¿Què promesa hice? ¿Es que firmè un contrato?”.

Pero, lleno de sùbito asco a sì mismo, se dijo que, aunque había tratado su cuerpo con tierna suavidad, había desgarrado su alma comportándose como un animal.

Echò hacia atrás la cabeza y mirò al viejo monstruo de edificio que tenía delante.

“Bueno, pues ya volví”, le dijo al hospital.

Las luces comenzaban a encenderse a medida que iba cayendo la oscuridad, y el hospital le miraba con muchos ojos. Pensó en lo que estaría ocurriendo en su interior, en todas las hormigas que correteaban por el hormiguero, preguntándose cuàntos de los pacientes que estaban ahora en las diversas salas serian operados por èl la semana pròxima.

“Como ser humano soy un verdadero lio y un idiota –pensò-, pero como cirujano funciono bastante bien, y esto tiene que servir de algo. Dios da prudencia a los que ya la tienen, y los que son tontos que usen su talento –William Shakespeare-“.

Recogió el equipaje. La puerta principal se abrió ante èl como una boca, y el edificio, sonriente y burlòn, lo engullò.

Cuando hubo puesto sus cosas en orden bajò a ver si encontraba una taza de café, y casi inmediatamente sintió doblemente haber vuelto.

La señora Bergstrom iba bien, le dijo Helen Fultz, pero desde comienzos de la tarde había estado mostrando signos de rechazar el riñòn. Su temperatura era ahora de treinta y nueve grados, y se quejaba de malestar y dolor en la herida.

-¿Emite orina el riñòn? –preguntò èl.

-Ha estado funcionando a las mil maravillas, pero hoy su rendimiento ha bajado muchísimo.

Adam cogió el historial y vio que el doctor Kender estaba tratando de abortar el rechazo administrando prednisona e imuràn.

“No me faltaba màs que esto en tal dia como hoy”, se dijo.

Pensó un momento en ir al laboratorio de experimentación de animales y trabajar un poco, pero no consiguió obligarse a sè mismo a hacerlo. Por el momento, estaba harto de perros, mujeres y cirugía. En su lugar, lo que hizo fue subir a su cuarto, impaciente por descabezar un buen sueño, como quien se toma una poción mágica que lo cura todo, impaciente por hundirse en la inconsciencia.

SPURGEON ROBINSON

Spurgeon Robinson pasaba buena parte de su tiempo preocupándose.

“Si uno de los casos de uno tiene que ser sometido a examen en la Conferencia de la Mortalidad –se decía-, debiera ser cuando las cosas van bien. En un momento como èste, con un trasplante de riñòn que muestra signos crecientes de rechazo, y con el viejo que parece que se le llevan los diablos, es seguro que habrá colegas dispuestos a comerse vivo a quien se les ponga primero a tiro”.

Comenzó a preguntarse lo que haría si el resultado le fuese adverso.

Cuando tendría que estar durmiendo, se ponía a pensar en los acertijos de la señora Donnelly. Una noche soñò que el incidente en la clínica de urgencia volvía a ocurrir, sòlo que esta vez en lugar de darle el alta a la mujer para que fuera a morirse a su casa, su gran pericia mèdica le permitía darse cuenta inmediatamente de que se había producido una fractura en el proceodontoideo. Aquella mañana se despertó sintiéndose feliz de pies a cabeza, y durante un rato siguió echado y preguntándose a què se debía, y luego recordó que era porque le había salvado la vida a la señora Donnelly. Finalmente, como es lógico, llegó a la conclusión de que todo aquello no pasaba de ser un sueño y nada podía cambiar la realidad de las cosas: que era èl quien la había matado. Siguió echado, pero deprimido e incapaz de bajar de la cama.

Era doctor en medicina. Eso ya nadie se lo podía quitar.

Si le suspendían como interno, lo único que le quedaba era buscarse algún empleo con sueldo fijo en algún sitio. El tío Calvin estaba deseoso de nombrarle mèdico de la American Eagle, con el ascenso garantizado. Y algunas grandes empresas norteamericanas contrataban a mèdicos negros. Pero Spurgeon sabía que si le echaban del hospital y no podía ejercer la medicina como a èl le gustaba, lo que haría sería volver a ser el mismo de unos pocos años antes, y dedicarse a practicar la música a su manera.

Comenzó a buscar razones para ir al cuarto de Peggy Weld y entablar con la cantante conversaciones sobre música.

Al principio, era evidente que ella le consideraba uno de tantos jóvenes que tocan un poco y se creen ya músicos hechos y derechos, pero de pronto descubrió un nombre que conocían los dos.

-¿Dices que tocabas en Dino's, en la Calle Cincuenta y Dos, en Manhattan?

-Mi pequeño conjunto. Otros tres, yo al piano.

-¿Quién es el gerente? –preguntó ella, para cerciorarse.

-Vin Scarlotti.

-Pues claro que lo es. Yo misma he cantado allí un par de veces. Tienes que ser bueno, porque a Vin no es fácil contentarle.

Pero acabaron agotándose las razones para hablar de música con ella; además, estaba preocupada por su hermana de modo que dejó de molestarla.

Cuando salió de permiso, después de treinta y seis horas de trabajo constante, muriéndose por dormir, se sentó en la cama y se puso a tocar la guitarra, obligándose a practicar música, cosa que llevaba años sin hacer.

Necesitaba un piano.

Aquella tarde, después de echar la siesta, cogió el ferrocarril elevado hasta Roxbury y bajó en la estación de la calle de Dudley donde solía apearse mucha gente de color; fue por la calle de Washington, hasta que encontró el sitio que buscaba, un bar de mala muerte, gueto de negros, con las ventanas pintadas de rojo y negro, el letrero luminoso de neón muerto mostrando una mano de póquer, y el nombre del club en blanco: El As Alto. Cabaret resultaba demasiado elegante como calificativo de aquel tugurio; era un bar barato para negros, pero en el rincón tenía un piano.

Pidió un whisky que no le apetecía y se lo llevó al piano. Era un Baldwin, viejo y desafinado, pero cuando se puso a tocarlo la música salía que daba gloria. Dejó de pensar en lo que diría el tío Calvin cuando su muchacho volviera a casa para decirle que no podía hacerlo como los blancos. Se olvidó incluso de la muerta dama irlandesa y sus acertijos.

Al cabo de un rato se le acercó el barman.

-¿Puedo servirle algo más, amigo? –preguntó, mirando la copa que tenía sobre el piano, y que Spurgeon ni siquiera había tocado.

-Bueno, póngame otro.

-Toca usted bien de verdad, pero ya tenemos pianista, un sujeto llamado Speed Nightingale.

-No busco trabajo.

Le trajo la segunda copa y Spurgeon pagó un dólar y ochenta centavos. Después, el barman le dejó tranquilo. Al final de la tarde, se levantó, fue a sentarse en uno de los taburetes del bar y pidió otra copa.

El barman miró los dos vasos, aún sobre el piano, sólo uno de ellos vacío.

-No tiene que pedir nada si lo que quiere es hablar conmigo. ¿Tiene algo que decirme?

-Soy mèdico del hospital del condado y no puedo tener piano en mi cuarto. Me gustaría venir aquì a tocar un par de tardes a la semana, como hoy.

El barman se encogió de hombros.

-Por mì... me tiene sin cuidado.

Pero luego resultò que no le tenía sin cuidado ni mucho menos. Le gustaba sobre todo Debussy, y mostraba su agrado con whiskies en vez de aplausos. Al principio, Spurgeon tratò de pagar las copas, pero acabò por renunciar a ello; el buen profesional no insulta nunca al amante de la música.

Unos pocos días después, Spurgeon volvió al club y vio allí a un hombre oscuro, con el pelo como un zulù y un fino bigote, en pie ante la barra, hablando con el barman. Spurgeon saludò y fue directamente al piano. Se había pasado todo el día oyendo música mentalmente, y ahora se sentò a tocarla. Bach. El clave bien temperado, y luego cosas suelta de Suites Francesas y Fantasia cromática y fuga.

Al poco rato, el hombre oscuro se le acercò con dos whiskies.

-Toca bien la música seria.

Le tendió un vaso.

Spurgeon lo tomò y sonriò.

-Gracias.

-¿Sabe tocar algo màs sencillo?

Spurgeon sorbió un trago, dejó el vaso y tocò algo de George Shearing.

El otro trajo una silla y se sentò al piano, haciéndose cargo del teclado inferior. Con la mano izquierda se puso a tocar las notas graves y con la derecha el fraseo, por lo que Spur tuvo entonces que limitarse a las notas agudas. Las improvisaciones fueron haciéndose màs y màs rápidas y las notas graves daban la pausa, acelerando el ritmo. El barman dejó de limpiar vasos y se puso a escuchar. Primero uno de los dos llevaba la voz cantante y luego el otro. Forcejearon así hasta que tuvieron el rostro cubierto de sudor, y cuando pararon, pro acuerdo mutuo, Spur se sentía como si hubiera estado corriendo por entre una tormenta desatada.

Alargò la mano y el otro se la asió.

-Spurgeon Robinson.

-Speed Nightingale.

-Ah, el piano es tuyo.

-Al diablo. Es del bar. Yo soy un pagado. Gracias por afinarlo, amigo. No he tocado así de bien desde hace mucho tiempo.

Se sentaron a una mesa y Spurgeon invitò a una ronda.

-Mira, somos un grupo, nos conchabamos y nos pasamos el día tocando, ya desde por la mañana. Es un sitio en la avenida de Colòn, junto a los pisos nuevos, apartamento 4-D, edificio 11. Música de la buena. Animate.

-De acuerdo –Spurgeon apuntò la direcci3n en su cuaderno de notas-. Encantado.

-Sì, tocamos un poco, chupamos un poco, lo pasamos en grande. Si quieres animarte hay alguien que siempre trae cosas buenas.

-No las tomo.

-¿Lo que se dice nada?

Èl movi3 negativamente la cabeza.

Nightingale se encogió de hombros.

-Bueno, ven de todos modos. Somos democráticos.

-De acuerdo.

-Desde hace algùn tiempo las cosas buenas son màs difíciles de conseguir en esta ciudad de lo que tÙ te imaginas.

-¿Sì?

-Sì, tengo entendido que tÙ eres m3dico.

-¿Qui3n te lo dijo?

Al otro lado del bar el amante de la mÙsica lavaba vasos con gran aplicaci3n. Spur esper3. Y lleg3 a los pocos segundos, tal como 3l habìa esperado.

-Trae algo de lo bueno a una de nuestras reuniones; te aseguro que te lo agradeceríamos.

-¿Y de d3nde voy a sacar esas cosas, Speed?

-Anda, hombre, todo el mundo sabe las cosas que hay en los hospitales. Nadie lo va a echar de menos si traes un poquitín. ¿Eh, doctor?

Spurgeon se levant3 y dej3 un billete sobre la mesa.

-De acuerdo –dijo Nightingale-, no traigas nada; dame unas cuantas recetas en blanco y te aseguro que nos forramos.

-Adi3s, Speed –se despidió Spurgeon.

-Nos forraremos de verdad.

Al pasar junto al barman al salir del tugurio vio que el amante de la mÙsica ni siquiera levantaba la vista, tan aplicado estaba lavando vasos.

En la mÙsica encontraba una especie de catarsis que le daba màs pericia en la sala de operaciones, capacitándole para una actividad quirÙrgica màs aguda e intensa. Si bien, comparándose con otros, habìa llegado a la conclusi3n de que 3l no era malo. Aquel viernes le habían asignado, con el doctor Parkhurst y Stanley Potter, a la sala de operaciones. Era inevitable que 3l y el residente trabajaran juntos, pero era una experiencia desagradable, sin distracciones y llena de monotonía.

Aquella mañana practicaron el injerto de Joseph Grigio, el de las quemaduras, trasplantándole al pecho piel de los muslos. Luego tuvieron una apendicectomía con un paciente obeso llamado MacMillan, sargento del departamento de policía del distrito metropolitano. La gordura de aquel hombre les oblig3 a seccionar una capa interminable de

grasa, y luego el doctor Parkhurst cortò por fin el apéndice, y les dijo que ataran el muñòn y lo cerraran.

Spurgeon cortaba, mientras Potter sujetaba y ataba. Le parecía que el residente estaba tirando del catgut con demasiada fuerza en torno al muñòn del apéndice. Se sintió completamente seguro de ello al ver que la sutura comenzaba a hundirse en el tejido.

-Lo tienes demasiado apretado.

Potter le mirò fríamente.

-Asì es como lo he hecho siempre y siempre me ha salido bien.

-Parece que la sutura va a cortar la serosa...

-Asì va bien.

-Pero...

Potter tenía cogida la sutura, mirándole sardónicamente, y esperando a que cortase.

Spurgeon se encogió de hombros y movió la cabeza. "Este sujeto es residente y yo interno", pensó. De modo que fue y cortò, como buen colegial.

No volvió al tugurio. Aquel domingo, lo que hizo fue preguntar a la señora Williams si de vez en cuando podría practicar un poco en su piano. Era un mal instrumento, y tener que ir hasta Natick no resultaba tan cómodo como coger el metro hasta la calle De Washington, pero la música le gustaba a la señora Williams y de paso le daba la oportunidad para ver a Dorothy.

El martes por la noche, mientras fuera caían las primeras nieves, se sentaron los dos, hablándose en voz baja, en el cuarto de estar. Los padres de ella y la niña dormían en otras partes de la casa y las puertas estaban entornadas. Ella le dijo que sabía que algo le tenía preocupado.

Spurgeon, sin querer, se puso a hablarle en roncos susurros de la vieja que había muerto por culpa suya y acerca del Comitè de la Muerte y sobre que siempre le quedaba el recurso de vivir de su música como rajàs.

-¡Spurgeon!

Dorothy echò hacia atrás la cabeza y permaneció asì un momento, descansando suavemente como èl había visto a Roe-Ellen siendo niño. Ella se inclinò para besarle con los ojos cerrados, y Spurgeon sintió que, teniéndola asì, en sus brazos, emanaba de ella compasión, deseo, voluntad de ayudarle a que las cosas salieran a su manera.

Pero cuando, partiendo de esta deducción, reaccionò lógicamente, lo único que recibió fue un mordisco en el labio, al tiempo que sus uñas se le hundían en la espalda, como recordándole que seguía apegada a uno de los principios básicos de los musulmanes.

No acababa de creerlo. En los vecindarios, tanto blancos como negros, en que èl se había movido, había pocas vírgenes de veinticuatro años. Le tenía aterrado la idea, pero sonrió a pesar del labio mordido, que le dolía.

-Un pedazo de carne. Fino, con frecuencia muy frágil. No tiene nada que ver con el sexo. ¿Qué importa? Tú y yo ya nos conocemos bien.

-Mira esta casa, este jardín. ¿Qué es, sino madera, cristal, unos pocos árboles, media docena de arbustos? Pero, ¿sabes tú lo que esto significa para mi padre?

-¿Respetabilidad burguesa?

-Justo.

Èl riò.

-¡Dios, qué comparación! Tanto queréis coincidir que acabáis siendo disidentes. No hay en toda la calle una casa tan bien conservada como la de tu padre. Y te aseguro que un detenido examen pélvico no descubriría tampoco en ella un ejército de vírgenes de veinticuatro años. Pensáis que tenéis que comportaros mejor que todos esos blancos cuando conseguís por fin penetrar en su mundo, ¿no es eso?

-No estamos tratando de coincidir con nadie. Pensamos que muchos blancos están perdiendo mucho que antes tenían y que era muy valioso. Lo que nosotros queremos es adquirirlo –explicó ella, cogiéndole un cigarrillo del bolsillo.

Spurgeon encendió una cerilla. A la luz tenue de la llamita, el rostro africano de ella le hizo temblar la mano y la cerilla se apagó, pero la punta del cigarrillo relucía ya al darle ella una chupada.

-Escucha –dijo-, pensaste que la niña era mía, ¿no es cierto? Bueno, pues no ibas muy desencaminado: es de mi hermana, de mi hermana soltera Janet.

-Ya me lo dijo tu madre, pero no me contó que no tenía marido.

-No tiene marido. ¿Te acuerdas de cómo era Lena Horne de joven? Pues añádele una especie de... felicidad salvaje y así es mi hermana menor.

-¿Y por qué no me la habéis presentado?

-Viene a casa de vez en cuando. Entonces juega con la niña, como si ella fuera también niña todavía, pero no como una madre. Dice que no se siente madre. Vive en Boston con una pandilla de hippies blancos.

-Lo siento.

Ella se encogió de hombros.

-Janet dice que con ellos el color es lo de menos. Parece que no va a aprender nunca. El padre era un jugador de béisbol, allá, en Minneapolis, que vino a pasar aquí unas semanas con el equipo. Jugaba de defensa, y también con mi hermana.

-No es la primera chica que comete un desliz –dijo èl, en voz baja.

-Pues debiera haber sabido que, para salvaguardar la democracia norteamericana, los jugadores de béisbol no salen con chicas negras. Cuando el otro volvió a sus partidos en Minneapolis, ella ya había dejado de tener la regla –apagó el cigarrillo, aplastando la punta-; Janet hubiera mandado a la niña a cualquier parte, pero mi padre es un tipo la mar de raro. Se hizo cargo de hormiguita, rehusó poner pleito al jugador de béisbol y le dio a la niña su apellido. Miró a la cara a todos los vecinos blancos y les desafió a que le dijeran que

su familia era precisamente lo que èl había estado trabajando toda la vida por quitarse de encima. Que yo sepa, nadie le ha dicho una palabra. Pero mi padre, toda una parte de èl...

Spurgeon la cogió en brazos.

-Siempre ha sido su preferida –le confesò, contra su hombro-; èl no lo confiesa, pero es así.

-Hija, tampoco tù puedes tratar de convencer a tu padre viviendo como una monja –replicò èl.

-Spur, esto que te voy a decir te va a echar de aquí a escape, seguro, pero te lo voy a decir de todas maneras. Mi padre se pasa el día conteniendo el aliento sòlo de pensar que lo nuestro puede ir en serio, que puedes pedirme que me case contigo. ¡Un yerno negro que es mèdico, santo Dios!

Èl le acariciò la espalda con la palma de la mano.

-No creo que eso me eche de aquí.

Esta vez, al besarla, ella le devolvió el beso.

-Pues quizá debieras –contestò, sin aliento, Dorothy-. Quiero que me prometas una cosa.

-¿Què?

-Que si alguna vez... pierdo el control de mì misma... quiero que me jures...

Sòlo se sintió exasperado un momento, y luego tuvo que contenerse para no echarse a reír.

-Cuanto te cases, tu marido te recibirà entera, con sello y todo –le dijo, con seriedad.

Luego echò hacia atrás la cabeza, riendo como un loco, poniendo a Dorothy enfadadísima y despertando a sus padres. El señor Williams se presentò en batìn y zapatillas, y Spurgeon vio que dormía con ropa interior larga. Su madre apareció pestañeando y murmurando y sin la dentadura postiza. El señor Williams estaba empezando a aceptarle como uno màs en la familia, pensó Spurgeon. Le hizo chocolate caliente antes de volverse a la cama, pero su risa había despertado también a Hormiguita y cuando la niña comenzó a llorar la vieja le riñò por meter demasiado ruido y ser tan poco considerado.

Cuando volvió al hospital ya eran màs de las dos de la madrugada. Mientras se encaminaba a su cuarto, comprobò el estado de alguno de los pacientes, entre ellos MacMillan. Encontró al gordo policía gimiendo y febril. Su temperatura era de 39 grados y el pulso le había llegado a cien.

-¿Vio a este paciente el doctor Potter esta noche? –preguntò a la enfermera.

-Sì. Se ha estado quejando de molestias. El doctor Potter dijo que es demasiado sensible al dolor. Encargò cien miligramos de demerol –añadiò, apuntándolo en el diagrama.

“Otra preocupación màs”, pensó, mientras esperaba el ascensor.

Cuando llegó se echò y mirò a la oscuridad, como examinando los diversos cauces por donde podía transcurrir su vida.

Si le expulsaban, quizá alguno de sus antiguos profesores le ayudase a entrar en uno de los hospitales de Nueva York.

Pero tendría que dejar a Dorothy. No podía casarse todavía con ella, no tenía dinero suficiente y no quería que el tío Calvin mantuviese a su mujer.

La Conferencia de la Mortalidad en que se iba a examinar el caso Donnelly tendría lugar dentro de una semana...

Este pensamiento le obsesionò hasta que se despertó, a la media luz del alba, con las sábanas húmedas de sudor, a pesar de que en el cuarto hacía frío.

Se acordaba de haber soñado con la chica, y al mismo tiempo con el Comitè de la Muerte.

Cuando, el sábado, entrò en la sala, vio que MacMillan estaba mucho peor. Tenía el rostro enrojecido y los labios secos y agrietados, y gemía por un dolor que, decía èl, sentía muy adentro, dentro del abdomen rígido. Tenía 120 pulsaciones por minuto y su temperatura era de 39,5 grados.

Potter había ido a unas vacaciones neoyorquinas de gran juerga y que habían sido muy comentadas. “Miserable, ojalà lo pases bien –pensò Spurgeon-, ojalà lo cojas todo”. Fue al teléfono y llamò al doctor Chin, el cirujano externo que estaba de servicio.

-Tenemos aquí a un paciente que està pasando por una fase séptica clásica –dijo-. Estoy prácticamente seguro de que se trata de peritonitis.

-Llame a la sala de operaciones y prográmelo inmediatamente –dijo el doctor Chin.

Cuando le llevaron abajo y le abrieron encontraron que el muñòn apendicular se había roto. Hinchado y edematoso, el tejido se había abierto paso a la fuerza contra el anillo prieto de catgut, como queso contra un cuchillo cortante, y con idénticos resultados.

-¿Quièn ligò esto?

-El doctor Potter –respondiò Spurgeon.

-El de siempre. –El cirujano externo moviò la cabeza-. Este tejido està empapado, de demasiado frágil para tocarlo así como así. Vamos a tener que tirar del ciego hasta la pared abdominal y practicar una cecostomìa.

Bajo la dirección paciente del veterano cirujano, Spurgeon remediò los errores de Potter.

El lunes por la mañana hubo una serie de cambios en los servicios y Spurgeon se vio ante la perspectiva de pasar cinco semanas en la clínica de urgencia; esto le tenía asustado, porque en ella las cosas habían ido mal una vez; era, además, un lugar donde todo ocurrìa con mucha rapidez y donde había que tomar decisiones con suma urgencia. “Un nuevo incidente como el de Donnelly –se dijo- y...”.

Trató de no pensar en ello.

Fue en la ambulancia con Maish Meyerson: un cursillo intensivo de debates, una introducción al resumen de las noticias del mundo, una cátedra de Filosofía, un cuaderno de notas oral. Las opiniones del conductor de ambulancias eran siempre muy claras, y con frecuencia irritantes; al mediodía, Spurgeon ya estaba harto de él.

-Por ejemplo, la cuestión racista –dijo Meyerson.

-De acuerdo, veamos.

Maish le miró, receloso.

-Sí, sí, riete, dos ejércitos, uno blanco, el otro negro; el país se convertirá en una hoguera.

-¿Y por qué?

-¿O es que tú crees que todos los blancos son liberales?

-No.

-Pues por eso. Para muchos de nosotros el negro es una amenaza.

-¿Soy una amenaza para ti?

-¿Tú? –dijo Meyerson, con desdén-. No, tú eres un tío culto, un médico, que se dice pronto. Un negro blanco, vamos. Yo soy más negro que tú, soy un blanco negro. Son los negros negros los que me amenazan, y hay muchos de esos negros negros, pero que muchos. Y yo pienso servirme primero, te lo aseguro, por eso de que la caridad bien entendida empieza por uno mismo.

Spurgeon no dijo nada. Meyerson le miró de soslayo.

-Esto me pone en la categoría de los malos, ¿no?

-Así es.

-¿Serás tú mejor?

-Sí –respondió Spurgeon, pero con menos seguridad.

-El peor ciego es el que no quiere ver. ¿O es que no te das cuenta de cómo hablas tú mismo a tus pacientes de color? Escuchándote, se diría que al pobre desgraciado le estás haciendo un favor tremendo por lo bueno que te hizo Dios.

-Hazme el favor de cerrar el pico –dijo Spurgeon, con irritación.

Triunfante, Meyerson se deslizó en torno a un coche descapotable conducido por una mujer, situándose detrás e impulsándolo con rápidos e impacientes gruñidos de la sirena de la ambulancia, aun cuando iba vacía y de regreso al hospital.

Spurgeon pasó las horas como pudo.

Por la noche sintió que Stanley Potter le daba mucha pena.

-¿Estáis seguros?

-Yo mismo lo vi –respondió Adam-. Estaba en el cuarto de los cirujanos bisoños leyendo el periódico y tomándose una taza de café cuando le llamaron al despacho del viejo. Cuando volvía, pocos minutos después, parecía que le hubieran pisoteado. Se puso a vaciar su cajón y a poner las cosas en una bolsa de papel. Adiós, muy buenas, doctor Potter.

-Amèn, yo serè el siguiente.

No se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta hasta que vio la mirada de Adam.

-No seas idiota –le dijo Adam, cortante.

-Dos días màs, amigo mìo, y el Comitè de la Muerte me va a hacer picadillo.

-Sin duda. Pero si te fueran a echar de aquí, amiguito, no esperarìan al Comitè. No perdieron el tiempo con Potter, ya viste. Porque era un coñazo. Tù eres un interno que ha cometido una equivocación. Murió una mujer, y eso es una verdadera làstima, pero si echaran a todos los médicos que se han equivocado no quedarìa nadie en el hospital.

Spurgeon no contestò. “Bueno, que no me hagan residente –se dijo en silencio-, que me obliguen a seguir siendo interno”.

Tenía que seguir ejerciendo la medicina.

Necesitaba su música porque, gracias a ella, escapaba hacia la belleza desde la fealdad de las enfermedades que veìa por doquier en el hospital. Pero, con el mundo yéndose al garete de cuarenta maneras distintas, no podía fingir, ni siquiera cuando hablaba consigo mismo, que lo que èl realmente querìa era pasarse la vida tocando el piano.

El miércoles por la mañana se sintió menos seguro. El día comenzó mal. Adam estaba acostado con temperatura alta, la víctima màs reciente del virus que estaba convirtiendo en pacientes a los médicos del hospital. Spurgeon no se había dado cuenta hasta entonces de lo mucho que necesitaba el apoyo silencioso de Adam.

-¿Puedo serte útil en algo? –preguntò, deprimido.

Adam le mirò y gimiò.

-Nada, hombre, nada, baja y acaba de una vez.

No desayunò. Fuera, nevaba copiosamente. Alguno de los médicos externos habían telefoneado para decir que no podrìan asistir a la Conferencia, lo que le pareció una buena noticia hasta que se anunció que la reunión del Comitè de la Muerte se realizarìa en la biblioteca, donde la cercanìa lo harìa màs penoso, en lugar del anfiteatro.

A las nueve y cincuenta minutos, cuando le llamaron por el altavoz para que fuera al despacho del doctor Kender, respondió como atontado, seguro de que iban a anunciarle el despido antes incluso de la Conferencia de la Mortalidad; no cabìa duda de que esta semana estaban purgando el hospital.

Cuando llegó vio que había otras dos personas, y Kender se los presentò: teniente James Hartigan, del Departamento de Narcòticos, y Marshall Colfax, farmacéutico de Dorchester.

Spurgeon tomò las recetas y las hojeò. Todas y cada una de ella habían sido extendidas por veinticuatro tabletas de sulfato de morfina a nombre de gente que èl no conocía: George Moseby, Samuel Parkes, Richard Meadows.

-¿Extendìo usted estas recetas, doctor Robinson? –preguntò Kender sin alzar la voz.

-No, señor.

-¿Cómo puede estar tan seguro? –preguntó el teniente.

-En primer lugar, porque hasta que no termine el internado sólo tengo licencia parcial para el ejercicio de la medicina, lo que quiere decir que hago por escrito encargos que son cumplimentados en la farmacia del hospital, pero no puedo extender recetas para fuera. Y en segundo lugar, porque éste es mi nombre, pero no mi firma. Además, todos los médicos tienen un número en el registro federal de narcóticos, y el que consta aquí no es el mío.

-No tiene por qué preocuparse, doctor Robinson –le dijo Kender al instante-; no es usted el único médico cuyo nombre ha sido utilizado para estas cosas. Tan sólo el más reciente. Por supuesto, le ruego que no hable de esto con nadie.

Spurgeon asintió.

-¿Qué es lo que le hizo sospechar que estas recetas no eran válidas? –preguntó Kender al señor Colfax.

El farmacéutico sonrió.

-Empezó a extrañarme lo bien hechas que estaban, y lo completas que son. Por ejemplo, abreviaturas. Casi todos los médicos que conozco escriben prn, no pro re nata.

-¿Qué quiere decir eso? –preguntó Hartigan.

-Es latín. Quiere decir “según requieran las circunstancias” –dijo Spurgeon.

-Sí. Y mire esta letra –indicó Colfax-; está escrita con cuidado. Cuando miré las anteriores, comprobé que todas ellas eran exactamente iguales, como si el que las extendió hubiera copiado una de otra de una sola vez.

-Pero cometió un gran error –replicó Hartigan-. Cuando el señor Colfax me leyó la receta por teléfono me di cuenta enseguida de que era falsa. Tenía un número federal de seis cifras. No tenemos tantos médicos en Massachusetts.

-¿Cogieron a la persona que presentó éstas? –le preguntó Kender.

Hartigan movió negativamente la cabeza.

-Le hice algunas preguntas la última vez que vino, justo antes de llamar a la policía –respondió Colfax-. Seguro que eso le asustó –sonrió-. Soy muy mal detective.

-Por el contrario –dijo Hartigan-, muy pocos farmacéuticos hubieran tenido la vista de descubrir un fraude de este tipo. ¿Puede describir al hombre al doctor Robinson?

Colfax vaciló.

-Era negro... -apartó la vista, incómodo.

“Míranos a la cara”, le dijo Spurgeon, sin hablar.

-Llevaba bigote. Me temo que no recuerdo mucho más.

¿Speed Nightingale?

Hartigan sonrió.

-Ya veo que no tenemos muchas pistas, doctor Robinson.

“Sería muy injusto nombrar a Nightingale”, se dijo Spurgeon; había muchos negros con bigote sueltos por ahí, y bastantes de ellos serían aficionados a las drogas.

-Podría ser cualquiera.

Hartigan asintió.

-Mucha gente puede hacerse con hojas de recetas. Por ejemplo, los obreros de la imprenta, gente del hospital, los pacientes y sus familiares en cuanto ustedes se dan la vuelta.

Exhalò un suspiro.

El doctor Kender mirò su reloj de pulsera y echò hacia atrás la silla en que estaba sentado a su mesa de trabajo.

-¿Alguna otra cosa, señores?

Los dos hombres sonrieron y se levantaron a su vez.

-Pues entonces me temo que el doctor Robinson y yo tenemos una conferencia a la que asistir –dijo el doctor Kender.

A las diez y media, Spurgeon se sentò en una de las sillas laterales, ante la larga y pulida mesa, mosdisqueando galletas y dando sorbitos de Coca-Cola, mirando a la pared que tenía enfrente, decorada con un cartel de anuncio de medicinas en el que se veía a Marcello Malpighi, descubridor de la circulación capilar, algo parecido al doctor Sack, sòlo que con barba y envuelto en una manta de viaje.

Fueron entrando uno a uno; finalmente, Spurgeon se levantò con los demás al entrar el doctor Longwood.

Meomartino expuso un caso que era bastante largo.

Meomartino expuso otro condenado caso. Pero no el caso. “Quizà –se dijo, esperanzadoramente-, me excluyan a mì. A lo mejor no queda tiempo”. Pero cuando levantò la vista y mirò el reloj vio que iba a haber tiempo de sobra, y el estòmago le dio un vuelco sòlo de pensar que fuera a ser èl el primer interno en la historia del hospital que cayese enfermo sobre la reluciente mesa, entre las botellas de Coca-Cola y las pastas, ante los ojos del jefe de Cirugìa.

Ahora, Meomartino estaba hablando de nuevo, y Spurgeon oyò todos los detalles que èl tan bien conocía. Oyò el nombre y la edad de la muerta, los detalles del accidente de automóvil, la fecha en la que èl la había examinado en la clínica de urgencia, su historial mèdico anterior, las radiografías que le habían mandado hacer, y, ¡Santo Cielo!, las que no le había hecho, y còmo la había dado de alta por sì y ante sì, y còmo ella había cogido el portante y se había ido a casa...

“Un momento –pensò, con sùbita urgencia-.¿Què es lo que pasa aquí?”.

“Cerdo embustero”

“¿Y què dice usted de la llamada telefónica que hice al encargado de los servicios de cirugía, la llamada que le hice a usted, amigo”, pensó, como atontado.

Pero Meomartino ya estaba acabando, contando còmo la dama de los acertijos habìa vuelto por última vez al hospital, muerta cuando llegó.

El doctor Sack describió lo que había observado en la autopsia, presentando los datos, con rapidez y eficacia, en unos pocos minutos.

El doctor Longwood se retrepò en la silla.

-Èste es el peor tipo de muerte –dijo-, pero, claro està, es inevitable perder pacientes como èste. ¿Què piensa usted que pasò, doctor Robinson?

-No lo sè, doctor.

Los ojos huecos le tenían inmovilizado. Vio, con terrible fascinación, que un leve temblor había comenzado a agitar la cabeza del doctor Longwood de manera casi imperceptible.

-Lo que ocurre en este tipo de caso exige localizar un tipo de lesiones que no se da todos los días. Una lesión que es curable, pero que, si no se cura, puede ocasionar la muerte.

-Sì, doctor –dijo Spurgeon.

-Nadie tiene que recordarme la clase de presiones y el exceso de trabajo a que están ustedes sometidos. Hace bastantes años yo también fui interno y residente aquí, y luego cirujano residente, antes de llegar a un puesto màs fijo y permanente en el hospital. Sè perfectamente que a veces recibimos pacientes que han sido desatendidos, sufrido complicaciones y enviados como de desecho, de manera que hay instituciones privadas que no creerían los milagros que aquí hacemos.

“Pero es precisamente el mal estado en que se hallan muchos de nuestros pacientes y lo escasos de tiempo que andamos lo que exige que nos mantengamos màs alerta aùn, lo que exige que todos y cada uno de los internos se pregunten a sì mismos si han agotado todos los procedimientos diagnósticos, si han tomado todas las radiografías posibles”.

-¿Se hizo usted a sì mismo esas preguntas, doctor Robinson?

El temblor se había acentuado.

-Sì, doctor Longwood, me las hice.

-Entonces, ¿por què murió esa mujer?

-Supongo que porque mis conocimientos no fueron suficientes para salvarla.

El doctor Longwood asintió.

-Le faltò experiencia. Precisamente por ese motivo un interno no debe nunca dar el alta a un paciente de este hospital por mucho que el paciente se queje de que le hacemos esperar hasta que un doctor experimentado encuentre tiempo para darle el alta con conocimiento de causa. Ningún paciente murió jamàs de quejarse. Nuestra responsabilidad es defenderle contra sì mismo. ¿Sabe usted lo que habría ocurrido si no le llega a dar el alta?

Spurgeon buscò con la mirada, pero el jefe de servicio de cirugía estaba absorbido por el caso.

-Que estaría viva –dijo.

Hubo un silencio y Spurgeon mirò de nuevo al doctor Longwood. Los cavernosos ojos azules que le habían tenido inquieto durante toda la reunión seguían fijos en èl, pero ya no relucían como antes y parecían buscar otros objetivos, màs allà de èl.

-¿Doctor Longwood? –preguntò el doctor Kender-. ¿Lo sometemos a votación?

-Sì.

-Evitable –dijo el doctor Kender.

El doctor Longwood se pasó la lengua por los labios secos y mirò al doctor Sack.

-Evitable.

Al doctor Parkhurst.

-Evitable.

-Evitable.

-Evitable.

-Evitable.

Spurgeon volvió a tratar de llamar la atención con los ojos a Meomartino, pero no pudo. “Tiene que haber sido una omisión inintencionada”, se dijo, sentándose y poniéndose a mirar el retrato de Marcello Malpighi.

Cuando llegó al cuarto de Silverstone, en el sexto piso, creyó que Adam iba a subirse por las paredes de la rabia que le entrò.

Y la rabia era contra Spurgeon, como el pobre descubrió con asombro.

-Pero, ¿còmo dejaste que Meomartino se te escabullera de esa manera?

-No me dijo que diera de alta a la vieja. Es cierto que le llamè por teléfono, pero no me dijo nada concreto. Se limitò a preguntar si realmente hacìa falta, y yo fui y le contestè que no, que podía arreglàrmelas solo.

-Pero le llamaste –dijo Adam-. Era responsabilidad suya decirte que guardaras al paciente hasta que èl pudiera bajar a verle. El Comitè debiera haber sabido esto.

Spurgeon se encogió de hombros.

-Voy a ir a ver al viejo.

-Preferirìa que lo dejases. Parece tan mal, que no sè si estaría a la altura de una situación como èsta.

-Pues entonces a Kender.

Spurgeon movió la cabeza.

-¿Por què no?

-Pues porque hay una instrucción que dice que los internos no deben dar de alta a los pacientes y yo la contravine. Porque Meomartino no me dijo que la mandase a su casa. Porque si tengo que quejarme, es en la conferencia donde debiera haberlo hecho.

-Robinson, eres la persona màs estúpida que he conocido en mi vida –oyò decir a Adam, antes de irse a su cuarto.

Después de todo, Meomartino había resultado no ser muy hombre, se dijo, al entrar, deprimido, en el ascensor.

Pero durante el tortuoso viaje desde el sexto piso hasta el sótano, dominado por un viejo y enfermizo temor, se obligò a sî mismo a admitir el motivo de que no hubiera mencionado al Comitè lo de la llamada telefónica.

Se había sentido aterrado por todos aquellos rostros blancos, blancos.

El día continuò, como había comenzado.

Desastrosamente.

Spurgeon y Meyerson estuvieron mano a mano, aburriéndose mutuamente, hasta media tarde. Entre las tres y media y las ocho y media se hicieron cargo de seis pacientes, cuatro de ellos después de largos y difíciles trayectos. Luego, a las ocho treinta y cinco, les llamaron para que recogieran a la señora Thomas Catlett, un caso de parto inminente, en el número 31 del callejón de Simmons, en Charleston. Pero Meyerson se salió de la calle central y fue por otras secundarias que no habían sido ensanchadas desde que fueron declaradas holgadas para el paso de caballos. Luego se metió en una zona donde estaba prohibido aparcar, enfrente de la Librerìa Shapiro, en la calle de Essex.

-¿Adònde vas? –le preguntò Spurgeon, receloso.

-Tengo hambre. Voy a esa tienda a buscar un bocadillo y algo de beber, y mientras yo como tù conduces. ¿Okay?

-Pues date prisa.

-No te preocupes, hombre. ¿Quieres que te traiga algo? ¿Un bocadillo de cecina?

-No, gracias.

-¿Pastrami? Preparan la carne al vapor.

-Maish, no quiero perder el tiempo.

-Pero tenemos que comer.

Spurgeon se rindió. Le tendió un dólar que sacò de la cartera.

-Queso suizo con pan blanco. Café, como siempre.

Se sentò en la delantera de la ambulancia y se puso a mirar los títulos de los libros que había en el escaparate de la librerìa, mientras los segundos se volvían minutos y Maish seguía sin aparecer. Al cabo de un rato bajò de la ambulancia y dio la vuelta a la esquina, para mirar por el cristal de la tienda. Enmarcado por un gigantesco anillo de salami que había en el escaparate, el torso tapado por una pirámide de Knockwurst, Meyerson estaba en la cola, conversando animadamente con dos taxistas.

Spurgeon golpeò la ventana con los nudillos, sin hacer caso de los ciento veintipico ojos que se volvieron para mirarle, y señaló el reloj.

Maish se encogió de hombros y señaló el mostrador.

Santo Cielo, àùn no le habían servido.

Volvió por donde había venido, pasando junto a la librerìa, hasta el final de la casa de pisos; màs allà estaba la ciudad china, como una selva de neòn de palmeras y dragones.

Volvió otra vez a la ambulancia y estuvo un rato apoyado en ella.

Finalmente ya no pudo aguantar más. Fue a la charcutería y entrò.

-Tome un ticket –le dijo el que estaba en la puerta.

-No voy a quedarme.

Maish estaba sentado en una mesa en el rincón, con los taxistas, y en el plato que tenía delante ya no había más que migas de pan. El botellín contenía aún un poco de cerveza.

-Venga, vamos a la ambulancia.

Maish mirò a los taxistas y levantò los ojos.

-Me siento otro –dijo.

En la ambulancia, tendió a Spurgeon un bolso de papel marròn y veinte centavos de vuelta.

-Me dije que sería mejor comer allí mismo –explicò-; así puedo conducir yo. Conozco Charleston mientras que contigo a lo mejor nos perdíamos.

-Yo lo que digo es que vayamos rápidamente a recoger ese caso de parto.

-Y cuando la llevemos al hospital tardarà un día y medio en dar a luz. Y, si no, al tiempo.

Fueron por el barrio chino y volvieron a coger la calle central.

-Come –ordenò Maish, la madre judía del cuerpo de ambulancias.

El bocadillo sabía a cartón piedra en la lengua nerviosa de Spurgeon, y el café, nauseabundamente frío, le entrò de un trago mientras pasaba por el puente conmemorativo de Tobin.

-¿Tienes veinticinco centavos?

Era el conductor quien tenía que pagar el peaje, pero Spurgeon se los dio, tomando nota mental de que tenía que cobrárselos luego.

Todas las calles parecían iguales. Todas las casas parecían iguales. Maish tardò diez minutos en confesar que no encontraba el callejón de Simmons en el callejero.

Después de largas discusiones con dos policías y una patrulla de la Navy lo encontraron. Era un callejón sin salida, al final de una calle particular cubierta de nieve. Los Catlett vivían en el tercer piso, como era de temer. El apartamento era oscuro y estaba sucio, y olía a auxilio social. Había varios niños, despertados y asustados por los visitantes, y un hombre silencioso y tosco.

La mujer estaba fofa a fuerza de fèculas, disgustos y demasiados partos. La pusieron en la camilla y la levantaron, gruñendo los dos al unísono. La hija mayor dejó un bolso de papel oscuro en la camilla, junto a su madre.

-Mi camisión y cosas de esas –indicò la mujer a Spurgeon, con orgullo.

La llevaron a la puerta, donde Spurgeon se parò. La camilla le hacía daño en la parte posterior de las rodillas.

-¿No quiere despedirse de ella? –le dijo al hombre.

-Adiòs.

-Adiòs –dijo la mujer.

Pesaba mucho. La llevaron como pudieron escaleras abajo. Los escalones crujían y la entrada olía mal.

-Cuidado con el hielo –le avisò Maish.

Sus brazos y piernas estaban tensos y temblorosos cuando, por fin, la instalaron en la ambulancia.

La mujer chillò.

-¿Què pasa? –preguntò Spurgeon.

Tardò casi un minuto en poder responder. Spurgeon, asustado, no pensó siquiera en mirar el reloj.

-Siento dolor.

-¿Què clase de dolor?

-Ya se lo puede imaginar.

-¿Es el primero?

-No, he tenido muchos otros.

-Meyerson, ya puedes salir zumbando –dijo Spurgeon-. Dale al silbato.

Maish hizo accionar la sirena inmediatamente, por lucirse, el muy cretino, y fueron por el callejón desierto, y luego por otra calle desierta, mientras se encendían luces en todos los apartamentos y una serie de rostros oscuros o negros se asomaban a las ventanas.

Spurgeon se sentò junto a la mujer y puso los pies contra la pared opuesta, para afianzar las rodillas y poder usarlas a manera de mesa de escribir.

-PODRÌAMOS EMPEZAR YA A HACER SU HISTORIAL –gritò contra el ulular de la sirena-. ¿CÒMO SE LLAMA?

-¿CÒMO DICE?

-¡SU NOMBRE!

-MARTHA HENDRICKS CATLETT. ¡HENDRICKS ES MI APELLIDO DE SOLTERA! –gritò ella, con voz ronca.

Spurgeon asintió.

-¿Y DÒNDE NACIÒ?

-EN ROCHESTER.

-¿NUEVA YORK?

La mujer asintió.

-THOMAS ES EL NOMBRE DE SU MARIDO, ¿NO?, ¿Y EL NOMBRE MEDIO?

-C DE CARLOS.

El rostro de la mujer se contrajo, chillò, rodando sobre la camilla.

Esta vez Spurgeon mirò la hora. Eran las nueve y cuarenta y dos minutos. La contracción durò casi un minuto.

-¿DÒNDE NACIÒ SU MARIDO?

-EN CHOCTAW, ESTADO DE ALABAMA. ¡CONDENADO MENTIROSO!

-¿POR QUÈ?

-DICE A LOS NIÑOS QUE ES MEDIO PIEL ROJA.

Spurgeon asintió, sonriendo. Estaba empezando a caerle simpática.

-¿DÒNDE TRABAJA?

-ESTÀ PARADO.

El grito se convirtió en chillido de angustia. Spurgeon volvió a mirar el reloj. Las nueve y cuarenta y cuatro minutos. Dos minutos de duración.

¿Dos minutos?

“Yo no entiendo de partos”, pensó, aturdido.

Su experiencia en este terreno se limitaba a cinco días de prácticas obstétricas, en el tercer curso de la carrera, dos años antes.

¿Se había fijado en todo?

-¿TIENE UNA SILLETA, DOCTOR?

-¿NO PUEDE ESPERAR?

-ME PARECE QUE NO.

Estaba claro que el niño iba a nacer de un momento a otro. Se inclinò como pudo hacia delante y tocò a Meyerson en el hombro.

-PARA INMEDIATAMENTE Y PONTE A UN LADO DE LA CALLE.

-¿POR QUÈ?

-¡PORQUE QUIERO COMPRARTE OTRO BOCADILLO DE CECINA, DIABLOS!

La ambulancia aminorò la marcha, parò; la sirena fue bajando de volumen, produciendo un ruido final como un hipo. Todo quedó de pronto muy silencioso, excepto por el zumbido de los coches que pasaban velozmente.

Spurgeon mirò fuera y se sintió mal. Estaban en el puente.

-¿Tienes señales de humo? ¿Luces de tràfico?

Maish asintió.

-Pues úsalas, no sea que nos maten.

-¿Qué otra cosa quieres que haga?

-Frota dos palillos y enciende una hoguera. Pon mucha agua a hervir. Reza. Apàrtate de mì todo lo que puedas.

-¡Aaaaay! –gritò la mujer.

Había un pequeño depósito de óxido nítrico bajo la plataforma de la camilla, y una máscara. Y una caja obstétrica. Lo sacò todo. Comenzó a pensar con rapidez. Evidentemente no se trataba del primer parto, no era primípara. Pero, ¿era haber tenido cinco hijos lo que la haría multípara?

-¿Cuàntos hijos tiene, señora?

-Ocho –contestò ella, quejándose.

-¿Cuántos son varones? –preguntò, aunque, la verdad, era que eso le tenía sin cuidado.

Era extra múltipara, lo que quería decir que probablemente el niño nacería sin la menor dificultad.

-Los dos primeros, luego, todas niñas –respondió, mientras él le quitaba los zapatos.

Naturalmente no había allí estribos quirúrgicos. Lo que hizo entonces fue levantarle los pies y apoyarlos contra las banquetas, a ambos lados de la camilla, de modo que la sangre cayese directamente, en lugar de por las piernas abajo.

Meyerson abrió la puerta, dejando entrar los ruidos del tráfico.

-Doctor, ¿tienes cambio? Quiero llamar al hospital desde la primera cabina que encuentre.

Le entregò una moneda.

-Tengo que hacer otras llamadas.

Le dio un puñado de monedas, echándole de la ambulancia y cerrando la puerta por dentro. La mujer se quejó.

-Señora, voy a darle algo para aliviar el dolor.

-¿Dormirme?

-No, sólo emborracharla.

Ella asintió, y Spurgeon le dio un vaho de óxido nítrico. Calculò la dosis a bulto, quedándose corto por si acaso. Surtió efecto inmediatamente.

-Me alegro –murmurò ella.

-¿De qué?

-De tener un médico de color. Nunca tuve hasta ahora un médico de color.

“Santo Dios, pobre mujer –pensò Spurgeon-. Con mucho gusto endilgaría este parto a George Wallace o a Louise Day Hicks si el uno fuera obstétrico y la otra comadrona, y estuvieran aquí ahora”.

Abrió la caja obstétrica, que no contenía gran cosa: una ampolla para succionar, un par de hemostatos, tijeras y fórceps. Levantándole el vestido hasta el pecho puso al descubierto unos muslos como robles y unas bragas oscuras, que procedió a cortar.

Ella rompió a llorar.

-Son regalo de mi hija mayor.

-Yo le compraré otras nuevas.

Desnuda, el estómago era tremendo, una extensión de carne oscura, fofa, con manchas de parturienta, sobre el que el marido había yacido, forcejeado, el único placer que podía permitirse un pobre negro, el único goce que no cuesta dinero, más barato que el cine, más barato que el alcohol, depositar un poco de semen que había crecido hasta ser aquella cosa grande y prieta, como una sandía contra la piel.

Qué indigno, qué indigno...

“Una pregunta, doctor Robinson. ¿Còmo voy a arreglármelas para sacar una cosa tan grande como va a ser sin duda el hijo gordo de esta mujer gorda por una abertura que, aunque las has visto màs reducidas, es relativamente pequeña?”.

Pequeñísima.

Era una oportunidad que se presentaba, pensó, sombríamente humorístico, de perder a dos pacientes, de matar dos pàjaros de un tiro, por así decirlo.

Había una botella de zefiràn. La destapò y vertió generosamente el contenido sobre la vulva y el perineo, luego se echò un poco en las manos y las agitò para secàrselas. No era el mejor sistema, pero no había otro.

La mujer jadeaba, forcejeaba, trataba de deshacerse de una carga.

-¿Què tal, señora?

-Por favor, ¡Dios mìo!

Había mucha agua, que empapaba sus pantalones blancos. Las cataratas del Niàgara, pero de color de paja. Los ojos de la mujer estaban cerrados, y los grandes músculos de las piernas, tensos. Apareció una cabecita calva por la apertura, llevando el vello de la madre, sin afeitar, a modo de tonsura.

Dos contracciones màs y via libre. Spurgeon usò la ampolla para succionar líquido de la diminuta boca y luego se dio cuenta de que iba a tener dificultades con los hombros. Practicò una pequeña episotomìa, que sangrò muy poco. La vez siguiente que se contrajo la ayudò con las manos y el niño entero salió al frìo mundo. Puso dos pinzas en el cordòn umbilical y cortò entre ambas, y luego cuidò bien de mirar el reloj; era importante, por razones legales, fijar con exactitud la hora del nacimiento.

Con una de las manos sostenía el cuello y la cabecita y con la otra el pequeño trasero, terciopelo càlido, suave como... trasero de niño. Músico, compositor, prueba a poner esto en solfa, se dijo, y sabìa perfectamente que hubiera sido imposible. El recién nacido abrió la boca e hizo una mueca, dando un pequeño grito, al tiempo que el diminuto pene lanzaba un torrente de orina. El niño empezaba bien.

-Tiene un hermoso hijo –le dijo a la mujer-. ¿Què nombre le va a poner?

-¿Còmo se llama usted, doctor?

-Spurgeon Robinson. ¿Le va a poner mi nombre?

-No, le pondremos el de su padre. Sòlo querìa saber còmo se llamaba usted.

Spurgeon estaba aùn riendo cuando, un momento después, llegó Meyerson, acompañado de un policía, y los dos llamaron a la puerta de la ambulancia.

-¿Necesita algo, doctor? –preguntò el policía.

-Todo va bien, gracias.

Detrás de ellos el tràfico estaba paralizado hasta casi un kilòmetro. El sonido de los claxon era ensordecedor; sòlo entonces se dio cuenta de ello.

-Un momento. ¿Quiere hacerme el favor de subir y coger a Thomas Catlett un instante?

Por lo que se refería a las posibilidades de un shock, el parto era una operación como cualquier otra. Le fue administrando, por vía intravenosa, gotas de dextrosa y agua.

La cubrió con la manta, diciéndose que esperaría a disponer de más medios para extraer la placenta. Luego cogió al niño de brazos del policía.

-Señor Meyerson –dijo, con gran dignidad-, ¿quiere hacernos el favor de sacarnos de este dichoso puente?

Cuando llegaron al patio del hospital, los primeros fogonazos le cegaron al abrir la puerta de la ambulancia.

-Levante bien al niño, doctor. Póngase junto a la madre.

Había dos fotógrafos y tres reporteros. Dos equipos de televisión.

“¿Qué es esto?”, se dijo, y luego recordó el cambio que le había pedido Meyerson para llamadas telefónicas. Miró a su alrededor, furioso.

Maish estaba desapareciendo por la entrada de las ambulancias. Como una hoja impelida por el viento, no, como un fugitivo de la justicia, Meyerson se había esfumado.

Mucho más tarde se vio de nuevo en su cuarto. Se quitó la ropa blanca, que apestaba a sangre y líquido amniótico. La ducha que había en el extremo del pasillo le apetecía, pero durante un buen rato no hizo más que seguir echado, en paños menores, pensando muy poco, pero sintiéndose muy bien.

“Champaña”, se dijo finalmente. Se ducharía, se pondría ropa de calle y compraría dos botellas del mejor champaña. Una la bebería con Adam Silverstone; la otra, con Dorothy.

Dorothy.

Salió y echó dos monedas en el teléfono y marcó el número de Dorothy.

Respondió la señora Williams.

-¿Te has dado cuenta de la hora que es? –le dijo, con aspereza, cuando él le preguntó si estaba Dorothy.

-Por supuesto que sí. Ésa es una de las cosas que tiene la vida de los médicos, y será mejor que te vayas acostumbrando, mamá.

-Spurgeon –dijo la voz de Dorothy un momento después-. ¿Qué tal te fue en la Conferencia?

-Pues que sigo de interno.

-¿Te trataron mal?

-Me dieron en la nariz como a un perrito se le da en el morro.

-¿Te encuentras bien?

-Yo sí. Soy la máxima autoridad mundial sobre el proceso odontoideo.

De pronto, enroqueciéndosele la voz, se puso a hablar a Dorothy de la mujer gorda y negra, y del niño tan guapo que había llegado al mundo gracias a él, porque el doctor Robinson era un médico audaz de primera línea de fuego.

-Te quiero, Spurgeon –le confesò ella, en voz baja, pero muy claramente.

Spurgeon se la imaginaba allí en la cocina, de pie, en camión, con la bella mano cubriendo el auricular, y su madre revoloteando en torno a ella como una gran mariposa negra.

-Escucha –dijo Spurgeon en voz alta, y le daba igual que le oyera Adam Silverstone, o quienquiera que fuese, el universo entero-, también yo te quiero a ti, te quiero más a ti de lo que quiero tu núbil cuerpo nubio, lo cual, te lo aseguro, es mucho decir.

-Estàs loco –repuso ella, empleando su voz de maestra de escuela puritana.

-De acuerdo, pero te voy a decir una cosa, y es que cuando te perforen el billete de entrada en la gran clase media blanca, serè yo la perforadora.

Le pareció que reía, pero no estaba seguro del todo, porque le había colgado. Dio un beso sonoro y húmedo al auricular y colgó también.

HARLAND LONGWOOD

A medida que su enfermedad seguía su curso, Harland Longwood iba acostumbrándose a ella, como se acostumbra uno a una prenda de vestir fea y odiada que no es posible desechar por razones de economía. Se notaba cada vez menos capaz de dormir por la noche, desgracia a medias, ya que ello le permitía escribir mejor que a otras horas, cuando la casa donde tenía su apartamento se envolvía de terciopelo negro, amortiguador de ruidos, y el mundo entraba por sus ventanas cerradas como un intruso silencioso.

Escribía rápidamente, usando el material acumulado con minuciosa lentitud a lo largo de muchos años y terminando el segundo borrador de cada capítulo antes de pasar al siguiente. Cuando hubo ultimado tres capítulos, se dijo que había llegado el momento de poner a prueba su obra; después de muchas deliberaciones consigo mismo escogió a tres eminentes cirujanos que vivían bastante lejos de Boston, y, por tanto, no había llegado aún a ellos la noticia de la enfermedad de Longwood. El capítulo sobre cirugía torácica fue enviado a un profesor de McGill, el capítulo sobre la hernia a un cirujano del hospital de Loma Linda, en Los Ángeles, y el capítulo sobre técnica quirúrgica a un hombre de la clínica Mayo, en el Estado de Minnesota.

Cuando recibió sus críticas, se dijo que, después de todo, no estaba satisfaciendo un mero sueño superficial y vanidoso.

El profesor McGil se extendió cálidamente sobre la sección dedicada al tórax y pidió permiso para publicarla en una revista que él dirigía. El profesor de la clínica Mayo alabó mucho su capítulo, aunque indicó una nueva zona de examen, lo que supuso para Longwood tres semanas más de trabajo. El californiano, un pedante envidioso, con quien había estado en polémica durante años, reconoció muy a desgana el valor del material,

añadiendo tres correcciones insignificantes, con las que Longwood no estaba de acuerdo y de las que hizo caso omiso.

Escribía a pluma, llenando el papel pautado con letra muy apretada y como de pata de ave. De vez en cuando sentía necesidad de descabezar un sueñecito, al amanecer, después de una larga sesión de trabajo, y por primera vez en su vida comenzó a quedarse en casa en lugar de ir al hospital, agradeciendo la facilidad con que Bester Kender le sustituía.

Ahora comenzaba a sentirse lo bastante seguro de sí mismo para hablar de su libro con Elizabeth un día que comieron juntos, y ella se ofreció a pasar a máquina el manuscrito, convencida de que su tío necesitaba sus cuidados. Durante dos días jugó con la máquina de escribir como un niño con un juguete nuevo, y luego, la tercera mañana, después de sólo veinte minutos de trabajo, se levantó y pasó largo tiempo ante el espejo, poniéndose el sombrero.

-Prometí a Emma Brewster que iría de compras con ella, tío Harland –dijo, y él asintió y le dio un beso en la mejilla.

Unos días después, fue Bernice Lovett, que estaba enferma y tenía que ir a verla.

Dos mañanas más tarde, le dijo que Helen Parkinson había insistido en que la ayudase a preparar el nuevo programa del Vincent Club.

Después resultó que Susan Silberger, Ruth Moore y Nancy Roberts necesitaban su presencia, y, entretanto, el montón de hojas manuscritas seguía creciendo junto a la máquina de escribir.

Longwood se preguntaba quién sería esta vez el culpable.

“El iberoamericano no es lo bastante fuerte para tenerla sujeta”, pensó y éste fue el toque final que justificó su desaprobación de Meomartino.

Elizabeth solía quedarse un rato en el apartamento y luego se iba, después de haber puesto buen cuidado en decir con claridad el nombre de la mujer con quien iba a pasar el día. Longwood no cayó en la cuenta hasta la mañana en que le dijo que tenía que ir a ver a Helen Parkinson.

-Por si llama tu marido, claro –comentó, al decir ella el nombre.

Liz le miró y luego sonrió.

-Anda, tío Harland, no seas tonto ni digas cosas que luego ni tú ni yo queríamos haber oído.

-Elizabeth, vienes aquí para ayudarme. ¿Quieres hablar conmigo... de alguna cosa? ¿Puedo serte útil en algo?

-No –respondió ella.

En vez de seguir pensando en el asunto, lo que hizo fue telefonar a una empresa de mecanógrafas y contratar los servicios de una varias horas al día.

Lo peor eran las noches que pasaba unido a la máquina de diálisis, sujeto a ella por agujas punzantes, mientras los tubos se volvían de un rojo brillante a fuerza de sorberle la

sangre, como un vampiro, y èl tenía que seguir allí echado, sin poder bajarse de la cama, durante largas horas, prisionero de la misma cosa que le daba vida.

No era ruidoso, sino màs bien como un salpicar suave. Èl sabìa que se trataba de un producto inanimado de la habilidad mecànica del hombre, pero, a pesar de todo, el salpicar continuo a veces le parecía como una ligera risa burlona.

Cuando le desuncían, corrìa, lleno de alivio, huyendo de allí, y aquel mismo dìa, màs tarde, salió a la ciudad, como un marino de permiso, a tomar una copa al Ritz-Carlton, y luego a cenar en Locke-Ober, donde con frecuencia transgredìa las reglas de su régimen, sintiendo que la restricción salina le quitaba, literalmente, un poco de sal a la vida. Después de cenar solìa beber mucho coñac. Nunca había sido tacaño, pero ahora asombraba a Louie, el camarero, que llevaba treinta años sirviéndole, con sus generosas propinas.

Obsesionado con la idea de terminar el libro, trabajaba todas las noches, escribìa todo lo rápidamente que le era posible, observándose a sì mismo con el desapasionamiento del extraño que observa una carrera hípica, y preguntándose con irónico regocijo quièn sería el ganador.

Una o dos veces dejó Elizabeth a Miguel en el apartamento de su tìo; Longwood jugaba en el suelo con su sobrino-nieto mientras el sol entraba a raudales por las ventanas, y, a pesar de su debilidad, se sentía de la misma edad del niño, contento de jugar con los coches de juguete que èste había traído consigo: el azul, empujado por la manita rechoncha, y el rojo, por los dedos largos y huesudos que hasta poco antes habían empuñado instrumentos quirúrgicos, discurrían en torno a la alfombra y bajo las sillas y también bajo la mesa del comedor. A veces, por la tarde, le llevaba en coche por la ciudad, por lo general trayectos cortos, pero una tarde se encontró, sin darse cuenta, en la carretera 128, con el acelerador a fondo, y la aguja del velocímetro alta, por lo que el coche marchaba como un rayo por la carretera recta como una cinta.

-Vas demasiado deprisa, querido –dijo Frances, con suavidad.

-Ya lo sè –dijo èl, sonriendo.

De pronto, oyò algo que parecía una ambulancia, y cuando se dio cuenta de su error ya el motociclista había frenado a su lado, paràndole y desviando el coche hacia un lado de la carretera.

El policía mirò su cabello gris y su matrìcula de mèdico.

-¿Es un caso urgente, doctor?

-Sì.

-¿Quiere que le acompañe?

-No, gracias –respondiò èl.

El policía asintió, saludò y se fue.

Cuando se volvió a mirar, Frances no estaba ya junto a èl; se había ido sin darle tiempo a preguntarle lo que le convenía hacer con Elizabeth. El niño estaba dormido en el asiento delantero, hecho un ovillo, igual que un gato. Comenzó a temblar, pero se obligò a

sì mismo a seguir conduciendo. Volvió a Cambrigde a treinta y cinco kilómetros por hora, por el lado derecho de la carretera.

Desde aquel día no volvió a llevar al niño de paseo en coche.

Las cánulas supuraban en torno a sus puntos de aplicación. Movieron varias veces el desviador hasta que su pierna se vio decorada con pequeñas cicatrices de las incisiones. Las toxinas habían ido acumulándose en el sistema, y una tarde, todo el cuerpo comenzó a picarle. Se rascò hasta sangrar y luego se echò en la cama, retorciéndose y con los ojos arrasados por las làgrimas.

Aquella noche fue al hospital a uncirse en la màquina. Cuando le vieron las marcas de tanto rascarse le recetaron benadril y estelacina, y el doctor Kender le dijo que tendría que someterse a la màquina de diálisis tres veces a la semana, en vez de dos. Le asignaron los lunes, miércoles y viernes a las nueve de la mañana, en lugar de los martes y jueves por la noche. Esto significaba que, aun cuando se encontrase bien, aquellos días no podría ir al hospital a trabajar. Siguió telefoneando todas las noches a Silverstone o a Meomartino para que le informaran de còmo iba el servicio, pero renunciò a intentar siquiera hacer visitas.

De vez en cuando, cuando estaba solo, lloraba. Una vez, levantò los ojos y vio a Frances junto a su cama.

-¿No puedes ayudarme? –le preguntò.

Ella le sonriò.

-Tienes que ayudarte tù a ti mismo, Harland –le repuso.

-¿Qué harían ustedes por este hombre, señores? –preguntò al Comitè de la Muerte.

Pero no le respondió ninguna voz.

No intentò volver a la capilla de Appleton ni a ninguna otra iglesia, pero una noche, sentado y escribiendo su libro, sintió una sùbita y nueva certidumbre de que lo terminaría. Esta certidumbre era muy fuerte. No la sentía como una explosión de luces de colores o de música en crescendo, como suelen expresarse siempre esas sensaciones en las malas películas de televisión. Era màs bien como una promesa firme y suave.

-Gracias, Señor –dijo.

La mañana siguiente, antes de ir a la màquina, pasò por la habitación de la señora Bergstrom y estuvo un rato junto a la cama. Parecía dormida, pero a los pocos momentos abrió los ojos.

-¿Còmo se encuentra? –preguntò.

Ella sonriò.

-No demasiado bien. ¿Y usted?

-¿Sabe lo que me pasa? –preguntò èl, con interés.

Ella asintió.

-Estamos en el mismo brete. Usted es el mèdico enfermo, ¿no?

De modo que hasta los pacientes estaban enterados. Era el tipo de noticia que circulaba enseguida por todo el hospital.

-¿Puedo hacer algo por usted? –le preguntò Longwood.

Ella se pasó la lengua por los labios.

-El doctor Kender y su gente se cuidan de todo. No tiene por què preocuparse. También cuidaràn de usted.

-Sin duda.

-Son magníficos. Es un alivio saber que hay alguien en quien puede confiar una.

-Desde luego –convino èl.

Entrò Kender y le dijo que estaban preparándole su sitio en la màquina. Salieron juntos del cuarto y en el pasillo Longwood se volvió hacia su colega, màs joven que èl.

-Tiene fe en ti. Te cree infalible.

-Eso ocurre a veces. No es mala cosa. Nos ayuda –dijo Kender.

-Es una làstima, claro està, que yo me dè cuenta de vuestras limitaciones.

-Desde luego, doctor –dijo.

Longwood se echò y la enfermera le conectò a la màquina. Un momento después comenzaba a salpicar, burlona. Longwood se acomodò y cerrò los ojos. Rascándose suavemente el picor, comenzó por el principio y se lo contò todo a Dios.

RAFAEL MEOMARTINO

Meomartino volvió aquella noche a casa cuando, en la televisión, Huntley se despedía de Brinkley. Liz, vestida de casa, estaba echada en el sofà del cuarto de estar. Había dejado los zapatos en el suelo y tenía el pelo algo despeinado; su fatiga acentuaba las leves arrugas en torno a los ojos. Volvió la cabeza y le ofreció la mejilla.

-¿Què tal el día

-Pèsimo –respondiò èl-. ¿Dònde està el niño?

-Acostado.

-¿Tan temprano?

-No le despiertes. Està agotado, y me ha agotado a mì también.

-¿Papà? –llamò Miguel desde su cuarto.

Fue a verle y se sentò en la cama.

-¿Còmo te encuentras?

-Muy bien –respondiò el muchacho.

Le daba miedo la oscuridad y por eso le tenían la lámpara de su escritorio, con una bombilla de pocos vatios, siempre encendida.

-¿No te duermes?

-No puedo.

Sacò la mano de debajo de las mantas y Rafe notò que estaba sucia.

-¿No te bañaste?

Miguel moviò negativamente la cabeza. Rafe fue al cuarto de baño y dio el agua caliente para llenar la bañera. Luego levantò al niño de la cama, lo desnudò y lo bañò con gran cuidado. De ordinario, Miguel jugueteaba en el baño, salpicándolo todo, pero ahora tenía sueño y se estuvo quieto en la bañera. Estaba empezando a crecer de verdad, màs de lo que su carne podía dar abasto. Se le marcaban los huesos de las caderas, y tenía los brazos y piernas muy delgados.

-Estàs empezando a ser mayor –dijo Rafe.

-Como tù.

Rafe asintió. Le frotò con la toalla, le puso un pijama limpio y lo llevò de nuevo a la cama.

-Haz una tienda de campaña.

Rafe vacilò, fatigado y hambriento.

-Por favor... -suplicò el niño.

Fue a su despacho y volvió con un montòn de libros. Cogiò una manta de la cama la extendió en el espacio entre èsta y el escritorio, sujetando cada esquina de la manta con cuatro o cinco libros. Entonces apagò la luz y èl y su hijo se metieron a rastras bajo la tienda. La alfombra era màs suave que la tierra. El niño se acomodò junto a èl y le cogió por el brazo.

-Cuéntame lo de la lluvia. Ya sabes.

-Fuera, està lloviendo mucho. Todo està frìo y húmedo –dijo Rafe, obediente.

-¿Què màs? –dijo el niño, bostezando.

-En el bosque, los animales pequeños tiemblan de frìo y se refugian bajo las hojas y la tierra para calentarse. Los pàjaros han metido la cabeza bajo el ala.

-Ay.

-Pero, ¿estamos nosotros frìos o mojados?

-No –murmurò el muchacho.

-¿Por què?

-Por la tienda de campaña.

-Justo, por eso.

Besò la mejilla todavìa suave y comenzó a acariciar a su hijo entre los omòplatos, medio caricias, medio golpecitos.

Poco después, el silencio y la respiración acompasada le indicaron que el niño se había dormido. Se desasíó de èl con cuidado, saliò de la tienda, la desmantelò y devolvió a Miguel a la cama.

En el cuarto de estar, Liz seguía echada sobre el sofà.

-No debiste hacer eso –le dijo.

-¿Què cosa?

-Bañarle. Le hubiera bañado yo por la mañana.

-No me importa bañarle.

-No està abandonado. Hay cosas que me salen bien y cosas que me salen mal, pero soy buena madre.

-¿Què hay para cenar? –preguntò èl.

-Preparè un cocido en una cacerola; no hay màs que ponerlo a calentar en el horno.

-Quèdate ahì, ya lo hago yo.

Esperando a que se calentara la cena, Rafe pensó que una copa les reanimarìa a los dos. Estaba buscando el biter en la alacena de la cocina cuando vio la botella de ginebra escondida detrás de una caja redonda de harina de avena. La tocò: todavía estaba fría; evidentemente, había sido sacada del frigorífico poco antes de llegar èl a casa.

“Llega un momento –pensò-, en que hay que enfrentarse a las cosas”.

Puso la botella en una bandeja con dos vasos y fue con todo ello al cuarto de estar.

-¿Un Martini?

Ella mirò la botella sin decir nada. Rafe sirvió una copa y se la tendió.

Tomò un sorbo.

-Debiera estar màs frío –dijo-, pero, aparte de eso, no lo habría preparado mejor yo misma.

-Liz –dijo èl-, ¿a què viene esta escena de comedia de Chejov? ¿Quieres beber durante el día? Pues hazlo; no tienes por què esconder botellas para que yo no las vea.

-Cògeme en brazos –dijo ella un momento después-, por favor.

Rafe la cogió en brazos, manteniéndose en equilibrio al borde del estrecho sofà.

-¿Por què has estado bebiendo?

Ella se echò hacia atrás y le mirò.

-Me ayuda –dijo.

-¿A què?

-Tengo miedo.

-¿De què?

-Ya no me necesitas.

-Liz...

-Es cierto. Cuando te conocì, me necesitabas terriblemente. Ahora ya te has vuelto muy fuerte. Te bastas a ti mismo.

-¿Es que tengo que ser débil para necesitarte?

-Sì –respondiò-. Voy a echarlo todo a perder, Rafe. Lo sè. Siempre me pasa así.

-Tonterías, Liz. ¿No te das cuenta de las tonterías que estàs diciendo?

-Antes de conocerte, no importaba. Después de echarlo todo a perder con Bookstein nos divorciamos y me sentí incluso mejor. Pero me aterra la idea de volverlo a echar todo a perder.

-No vamos a echar nada a perder –protestò èl, impotente.

-Cuando estàs en casa conmigo, todo va bien. Pero el condenado hospital te retiene cada treinta y seis horas. El año que viene, cuando abras consulta, será peor.

Rafe le pasò la punta del dedo por los labios, pero ella apartò la cabeza.

-Si pudieras acostarte con el hospital no te verìa nunca aquí –dijo.

-El año que viene las cosas iràn mejor –dijo èl-, no peor.

-No –insistiò Elizabeth-, cuando me acuerdo de la tìa Frances la veo esperando a que mi tìo volviese a casa. Casi nunca le veìa. Vendió su consulta y después de muerta ella fue a trabajar al hospital, cuando ya era demasiado tarde.

-Tù no te pasaràs la vida esperándome –le aseguró Rafe-, te lo prometo.

Los brazos de Liz le apretaban. Para no caer del sofà Rafe tenía que asirse a ella por donde se ensanchaba la parte posterior del muslo, buen asidero. Poco después su respiración aminorò de ritmo y se hizo màs igual contra su cuello. “Se ha quedado dormida como el niño”, pensó. Sintió deseo, pero no hizo nada, no queriendo estropear aquel momento de agradable intimidad. Poco después también èl dormía, soñando inexplicablemente que de nuevo era pequeño y estaba dormido, en la casa grande, en La Habana. Era un sueño increíblemente claro y realista, hasta en la certidumbre de que sus padres estaban en la gran cama de madera tallada, en la alcoba grande del otro extremo del pasillo, y Guillermo dormía en el dormitorio contiguo al suyo.

El silbido de la cocinilla del apartamento de Boston les despertó a los dos al tiempo, la familia soñada y el hombre cuya esposa de carne y hueso se levantò de un salto para apagar el horno antes de que el ruido despertara también al niño.

Meomartino se quedó echado en el sofà.

La televisión seguía dando el programa de noticias y mostraba ahora a un sudvietnamita de trece años que, contra la voluntad de sus padres, había sido adoptado por un regimiento norteamericano de Infanterìa. Los soldados habían dado al muchacho cigarrillos, cerveza y un fusil, con el que ya había matado a dos del Vietcong.

-¿Qué sensación te dio matar a dos hombres? –le preguntaba el locutor de televisión.

-Buena, eran malos –respondió el muchacho.

Nunca había visto a aquellos dos compatriotas suyos hasta momentos antes de apretar con el dedito el gatillo norteamericano; y el fusil automàtico, fabricado para funcionar con tanta facilidad que la inteligencia del usuario no entraba para nada en el proceso, había disparado.

Rafe se levantò y desconectò el televisor.

“No sabe una palabra de mì”, pensó.

A veces, ahora, volvìa a soñar con la guerra.

Las pesadillas de siempre comenzaban en la Bahìa de Cochinos, y siempre estaba en el sueño Guillermo, pero solían terminar en Vietnam. Como ciudadano norteamericano y mèdico de profesión, Rafe estaba expuesto a ser llamado en cualquier momento a filas en

cuanto terminase el último año como residente. Muchos de los jóvenes médicos que habían estado en el hospital el año anterior se hallaban ahora en Vietnam. Uno había muerto ya y el otro estaba herido. “Era una guerra que no respetaba a los médicos”, pensó, sombríamente. Se enviaban a primera línea cirujanos en lugar de médicos, y los hospitales de Saigòn estaban tan expuestos al fuego enemigo con los de primeros auxilios del frente.

Su mujer tenía razón, decidió. Se había vuelto más fuerte.

Pero ahora ya se había acostumbrado a enfrentarse valerosamente con el hecho indudable de que era un cobarde.

No era normal. La nota decía simplemente: “¿Estàs libre para almorzar conmigo?”, y la firmaba Harland Longwood. Sin título alguno. Si fuera por algo profesional habría escrito a máquina debajo de la firma: jefe de Cirugía. Esto quería decir que iban a hablar de algo relativo a Liz. El único problema personal que Rafe discutía con su tío era precisamente su esposa.

Fue al despacho del viejo y le dijo a su secretaria que tenía libre el almuerzo. Sólo en una ocasión había comido a solas con el doctor Longwood, cinco días antes de su boda. Habían ido al bar de hombres de Locke-Ober, donde, entre tanto peltre y caoba pulida, el doctor Longwood había tratado de sugerir, delicada y sombríamente, que, aunque Liz era demasiado buena para un extranjero, tenía una serie de problemas: alcohólico, sexual y otros que se limitò a insinuar; y el doctor Meomartino haría un gran favor a todos y, sobre todo, a sí mismo, dejando de verla inmediatamente.

En vista de lo cual, se casaron.

Esta vez, Longwood le llevó a comer a Pier Four. Los cangrejos de concha blanda sabían muy bien. El vino era pastoso y había sido enfriado al punto. Esto animò a Meomartino a seguir la conversación.

Al tomar el café, que fue el único en pedir, perdió la paciencia.

-¿Què està tratando de decirme, doctor?

El doctor Longwood tomò un sorbito de coñac.

-Siento curiosidad por saber a dònde irà usted el año que viene.

-Probablemente abrirè consulta. Si es que, por un milagro, no me llaman a filas.

-Su mujer tiene problemas. Le hace falta estabilidad –dijo Longwood.

-Sì, ya lo sè.

-¿No ha hecho todavía ningún preparativo para el año que viene?

Esto revelò inmediatamente a Rafe el motivo de la invitación a almorzar. El viejo temìa que fuera a llevar a Liz y al niño al extranjero.

Longwood comenzaba a parecer realmente enfermo, pensó Rafe, con làstima. Apartò la vista, pasándola por el abarrotado restaurante.

-No, todavía no he hecho preparativos, aunque me figuro que ya es hora de comenzar. En Boston hay demasiados cirujanos, y si abro consulta aquí tendría que

competir con algunos que cuentan entre los mejores del mundo. Podría tratar de asociarme con alguno. ¿Conoce usted a alguno, con mucha clientela, que esté tratando de encontrar socio?

-Hay uno o dos. –Sacò una cigarrera del bolsillo interior, la abrió, se la ofreció a Rafe, que la rehusó, extrajo un puro, lo cortò y se inclinò hacia Rafe, que se lo encendió, dando luego las gracias con un movimiento de cabeza-. Usted tiene renta propia; no le hace falta comenzar con un sueldo elevado. ¿No es así?

Rafe asintió.

-¿Ha pensado en la posibilidad de trabajar en un Colegio Médico?

-No.

-En septiembre vamos a nombrar un profesor de cirugía.

-¿Y me ofrece a mí el puesto?

-No –precisò el doctor Longwood, cuidadosamente-. Tendremos que examinar a varios candidatos; pienso que su autèntico rival serio sería Adam Silverstone.

-Es un buen elemento –dijo Meomartino, con desgana.

-Tiene buena reputación, lo mismo que usted. Si se presenta usted candidato yo, naturalmente, trataría de no influir en la elección, pero, así y todo, pienso que tiene excelentes posibilidades, basadas únicamente en su mèrito personal.

Rafe notò, con cierto regocijo interior, que el viejo le elogiaba con la misma falta de entusiasmo que mostraba al elogiar a Adam.

-Un puesto universitario requiere investigación –advirtió-. Silverstone ha estado trabajando con los perros de Kender. Yo, la verdad, he descubierto que no soy investigador.

“No tiene necesariamente que requerir investigación –añadiò-. En la rebatiña de becas y los subsidios, los Colegios Médicos han olvidado su verdadera razón de ser: formar estudiantes, y ahora comienzan a darse cuenta de ello. Los buenos profesores volverán a ser màs y màs importantes, porque la enseñanza será cada vez màs difícil”.

-A pesar de todo, hay que tener en cuenta mi servicio militar –observò Rafe.

-Nosotros solicitamos pròrrogas para la gente del Cuerpo Facultativo –dijo el doctor Longwood-, y las pròrrogas se renuevan anualmente.

Sus ojos no decían nada, pero Rafe tenía la incòmoda sensación de que ahora Longwood estaba sonriendo para sus adentros.

-Tengo que pensarlo –dijo.

Durante los dos días siguientes tratò de decirse a sí mismo que probablemente no solicitaría el puesto.

Luego llegó la mañana de la Conferencia de la Mortalidad. Rafe se sentò, silencioso y avergonzado, mientras Longwood crucificaba a Robinson contra la pared de la biblioteca, aunque sabía que podría compartir el tormento con èl sòlo con decir que el interno le había llamado por teléfono antes de dar de alta a la mujer.

Hubiera bastado con una sencilla frase.

Después, tratò débilmente de convencerse a sí mismo de que si no obrò así fue porque el doctor Longwood parecía tan enfermo que era mejor que la reunión terminase lo antes posible.

Pero sabía que su silencio había sido en realidad el primer paso hacia su candidatura.

Aquella misma tarde, camino del comedor, tropezó con Adam Silverstone, que salía del ascensor.

-Ya veo que ha salido de su lecho de dolor –observò-. ¿Se encuentra mejor?

-Saldrè de èsta.

-¿Por què no reposa un poco màs de tiempo? Esos virus a veces pueden ser muy perniciosos.

-Escuche, sè perfectamente que dejó en la estacada a Spurgeon Robinson esta mañana.

Meomartino le mirò, sin decir nada.

-Es sumamente vulnerable a esta especie de ataque –dijo Silverstone-. A partir de ahora, cualquier cosa que le haga a èl es como si me la hiciera a mì.

-Es usted un héroe –declarò Meomartino, sin alzar la voz.

-En casos como èste, yo tengo armas con que defenderme, eso es todo.

-Lo tendrè en cuenta.

-Mi lema es: “No irritarse, pasar la cuenta” –dijo Adam.

Le saludò con un movimiento de cabeza y se encaminò hacia el comedor.

Meomartino no le siguió. En lugar de hambre, lo que sentía era una especie de oscuridad en el alma que ya tenía casi olvidada. Necesitaba calor familiar, se dijo; quizá la reacción de Liz a la noticia de que iba a solicitar el puesto docente mejorase la situación.

Telefoneò y pidió a Harry Lee que le sustituyese mientras èl iba a casa a comer.

Era una petición sin precedentes, y el residente, al acceder, no consiguió disimular del todo su sorpresa. “Deberìa hacerlo con màs frecuencia –pensò Rafe-. El niño va a acabar por no conocer a su padre”.

La hora punta había pasado hacia ya tiempo, y el tràfico, aunque no escaso, era màs fluido. Salió de la ciudad en coche y luego volvió a entrar para ir directamente al aparcamiento de la calle de Charles, dejando el vehículo de modo que casi bloqueaba, aunque no del todo, el futuro tràfico de la angosta calle. Al subir Rafe las escaleras, el reloj marcaba las siete y cuarenta y dos minutos. “Tengo tiempo –pensò-, de comer un bocadillo, besar al niño, abrazar a mi mujer y volver al hospital sin que se me eche en falta”.

-Liz –llamò, al abrir la puerta con su llavín.

-No està en casa.

Era la que cuidaba del niño en su ausencia, y cuyo nombre no lograba recordar. Un joven estaba sentado junto a ella en el sofà. Los dos estaban algo despeinados, y evidentemente habían sido interrumpidos. “Perdonen ustedes, niños”, pensó.

-¿Pues dònde està?

-Dijo que si llamaba le dijéramos que había ido a cenar con su tío.

-¿El doctor Longwood?

-Sí.

-¿Cuàndo?

-No lo dijo –la chica se levantò-. Doctor, permítame que le presente a mi amigo Paul.

Rafe asintió, preguntándose si sería buena cosa para su hijo que la encargada de cuidar de èl tuviera en casa a esta clase de compañías. Probablemente Paul pensaba irse antes de la vuelta de Liz y su tío.

-¿Dònde està Miguel?

-Acostado, acaba de dormirse.

Rafe fue a la cocina y se quitò la chaqueta, dejándola en la silla y sintiéndose un intruso en su propia casa, mientras en el cuarto de estar la conversación se convertía en una serie de frases sueltas, murmuradas y risitas contenidas.

Había pan, algo duro, y los ingredientes para un bocadillo de jamòn y queso. Había también una botella de ginebra, màs que mediada, con martinis ya mezclados. Rafe se dijo que Liz probablemente pensaba sacarla del frigorífico antes de su vuelta habitual del hospital, a la mañana siguiente.

Se hizo el bocadillo y sacò un botellìn de cerveza de jengibre y lo llevò todo, cruzando el cuarto de estar, al dormitorio de su hijo, cerrando la puerta ante las miradas curiosas de la pareja sentada en el sofà.

Miguel estaba dormido, con una larga serpiente de color naranja lalmada Irving contra el rostro, y la almohada en el suelo. Puso el bocadillo y el botellìn sobre el escritorio , recogió la almohada y estuvo un rato mirando a su hijo en la semioscuridad de la luz de cabecera. ¿Quitarìa de allí el animal disecado? Sabía perfectamente que no había riesgo de asfixia, pero, así y todo, lo quitò, lo que, de paso, le dio la oportunidad de mirar el rostro infantil. Miguel se movió, pero no se despertó. El pelo del niño era àspero y oscuro, cortado a la moda de los Beatles, aunque sòlo tenía dos años y medio de edad, largo por detrás y por delante en cerquillo, como le gustaba a Liz, pero no a Rafe, en absoluto. Al tío de Liz este corte de pelo le gustaba menos todavía que el nombre extranjero del niño, que solìa sustituir por el màs aceptable de Mike. Miguel tenía las orejas grandes, feas y abiertas, que eran motivo de disgusto para su madre. Aparte de eso era guapo, fuerte y musculoso, y tenía la piel clara de su madre y las facciones càlidas y delicadas de su abuela. La señora mamacita.

Sonò el teléfono.

Lo cogió antes que la encargada de cuidar a Miguel, y reconoció la voz de Longwood sin necesidad de que se identificase.

-Pensè que esta noche estaría usted en el hospital.

-Vine a casa a cenar.

Longwood preguntò por varios casos y Rafe le informò dándose ambos cuenta de que no era posible que el jefe de Cirugía asumiera la dirección personal del bienestar de cada paciente. Contra la oreja, en el fondo, se oían ruidos de restaurante, un murmullo de voces y sonido de cristal contra metal.

-¿Puedo saludar a Elizabeth? –preguntò Longwood cuando Rafe hubo terminado.

-¿No està con usted?

-Santo cielo. ¿Tenìa que verla yo hoy?

-Sì, a cenar.

Se produjo un breve silencio; luego, el viejo hizo lo que pudo.

-Condenada secretaria, esa chica està siempre confundíendome las citas. No sè còmo voy a excusarme con Elizabeth. ¿Me hará el favor de ofrecerle mis màs humildes excusas?

La confusión y el embarazo de su voz eran sinceros, pero había algo màs, y Rafe se dijo con sùbita irritación que se notaba también un deje de compasión.

-Lo harè –dijo.

Colgó, volvió al bocadillo y a la cerveza y cenò sentado mirando al pie de la cama de su hijo, pensando al mismo tiempo en muchas cosas, mientras el pecho de Miguel sùbìa y bajaba suavemente al ritmo de su respiración. El parecido del niño con su abuela era notable, sobre todo a la media luz.

Poco después se fue del apartamento, dejándose a los jóvenes amantes y volvió al hospital.

Al día siguiente, de madrugada, el doctor Kender y Lewis Chin fueron al dormitorio de la señora Bergstrom y le extrajeron un pedazo de carne estropeada que había sido riñòn de Peggy Weld. No necesitaron ningún informe patológico para llegar a la conclusión de que el òrgano desperdiciado había sido completamente rechazado por el cuerpo de la señora Bergstrom.

Después, en la sala de cirujanos, se sentaron a tomar café cargado sin azúcar.

-¿Què hacemos ahora? –preguntò Harry Lee.

Kender se encogió de hombros.

-Lo único que se puede hacer es intentarlo de nuevo con el riñòn de algún cadáver.

-La hermana de la señora Bergstrom tendrá que ser informada –advirtió Rafe.

-Ya se lo dije yo –manifestò Kender.

Salieron de la sala y Rafe fue al cuarto de Peggy Weld, a quien encontró haciendo el equipaje.

-¿Se va del hospital?

Ella asintió. Tenía los ojos enrojecidos, pero estaba serena.

-El doctor Kender me dijo que aquí ya no puedo hacer nada.

-¿Y adònde va?

-A Lexington. No me muevo de Boston hasta que lo de mi hermana se resuelva de un modo u otro.

-Me gustaría que saliéramos una noche –dijo èl.

-Està usted casado.

-¿Còmo lo sabe?

Ella sonriò.

-Preguntè.

Èl guardò silencio.

Peggy sonriò.

-Su mujer no le comprende, me figuro.

-Soy yo quien no la comprende a ella.

-Eso no es asunto mío.

-No, es cierto –la mirò-. Hágame un favor.

Ella aguardò, sin hablar.

-No se maquille tanto. Es usted muy hermosa. Siento lo del riñòn. Y también haber sido yo quien la disuadió para hacerlo.

-También yo lo siento –dijo-, pero no lo sentiría si no lo hubiera rechazado su organismo. De modo que ya puede dejar de lamentarlo, porque soy yo quien toma las decisiones que me conciernen. Incluso por lo que se refiere a mi maquillaje.

-¿Puedo serle útil en algo?

Ella denegó con la cabeza.

-Tengo mi programa hecho –le tocò la mano, sonriendo-. Doctor, una chica con un solo riñòn no puede permitirse el lujo de caer en brazos del primero que quiera complicarle la vida.

-Yo no quiero complicar nada –dijo èl, sin convicción-. Me gustaría conocerla mejor.

-No tenemos nada en común.

La maleta se cerrò de golpe con un clic fuerte y final.

Rafe fue a su despacho y llamò a Liz.

-¿Cenaste bien?

-Sì, pero lo estúpido del caso es que me confundì de fecha y no tenía que cenar con el tìo Harland.

-Ya lo sè –dijo èl-. ¿Y què hiciste?

-Acabè llamando a Edna Brewster. Menos mal que Bill tenía que trabajar hasta tarde, de modo que las dos cenamos en Charles y luego fuimos a su apartamento y cotilleamos. ¿Vienes a casa?

-Sì –respondiò èl.

-Se lo dirè a Miguel.

Rafe despejò la mesa, cerrò la puerta y se quitò la bata blanca. Luego se sentò y mirò en la guía el número de teléfono de Edna Brewster.

Era amiga de Liz, no suya, y pareció sorprendida, pero contenta, de oír su voz.

-He estado pensando en algún regalo original para Liz estas navidades –dijo-, pero vosotras lo tenéis todo.

Ella gimió.

-Pues soy la menos indicada para este tipo de consejos.

-No quiero consejo, querría que te fijes bien cuando estés con ella, y trates de averiguar qué es lo que realmente le gustaría que le regalaran.

Ella prometió espiar fielmente y Rafe le dio las gracias.

-¿Cuándo saldremos juntos? Liz decía el otro día que hace siglos que no te ve.

-Meses. ¿Verdad que es estúpido? –dijo ella-. Nunca tiene un tiempo para ver a la gente que le apetece. A ver si los cuatro nos reunimos un día de éstos a jugar al bridge. Di a Liz que le telefonaré –rió-, o, mejor dicho, no le digas que me llamaste, que sea nuestro secreto, ¿de acuerdo?

-De acuerdo –repitió él.

ADAM SILVERSTONE

Adam echó la culpa de su furia a Meomartino por haberlo sacado de la cama, pero, confuso y pensativo, volvió al trabajo, tendiendo a recordar en los momentos más inoportunos a Gaby Pender, echada al sol con los ojos cerrados, su pequeñez perfecta y urgente, su risa rota y tímida, como si no estuviera segura de cómo hay que reírse.

Trató de ahuyentarla de la mente, llenándola con muchos otros recuerdos.

El doctor Longwood le informó del puesto que habría pronto en la Facultad de Cirugía, y Adam comprendió entonces lo que le había pasado a Meomartino. Se lo dijo a Spurgeon, estando los dos en su cuarto, bebiendo cerveza enfriada en la nieve que cubría el alféizar de la ventana.

-Voy a quedarme yo con ese puesto. Meomartino no lo va a conseguir –declaró.

Sus dedos estrangulaban la lata vacía de cerveza, abollándola.

-No será sólo por antipatía –dijo Spurgeon-; no se le puede tener antipatía a nadie.

-Eso no es sino parte del asunto. Es que, además, el puesto me interesa de verdad.

-¿Parte del programa cósmico de Silverstone?

Adam sonrió y asintió con la cabeza.

-¿El puesto de prestigio que lleva directamente a donde está el dinero?

-Acertaste.

-Estás engañándote a ti mismo, amigo. ¿Sabes lo que es en realidad el gran programa cósmico de Silverstone?

-¿Qué? –preguntó Adam.

-Pura mierda.

Adam se limitò a sonreír.

Spurgeon movió la cabeza.

-Si crees que lo tienes todo previsto, te equivocas de medio a medio, amigo.

-Todo lo que cabe prever –dijo Adam.

Una de las cosas que había previsto era que la falta de conocimiento de Spurgeon sobre el proceso odontoideo era el indicio de que el interno tenía que estudiar más anatomía. Cuando se ofreció a trabajar con él en esto, Spurgeon aceptó encantado y el doctor Sack les dio permiso para practicar disecciones en el laboratorio de patología. Trabajaban allí varias veces a la semana. Spurgeon aprendía con rapidez y Silverstone lo pasaba bien ejercitándose.

Una noche, Sack entró y les saludó. Habló poco, pero en lugar de irse, lo que hizo fue acercarse a una silla y observarles. Dos noches más tarde repitió la visita, y esta vez, cuando hubieron terminado, dijo a Adam que fuera con él a su despacho.

-En el departamento de medicina legal del hospital nos haría falta de vez en cuando un ayudante –le dijo-. ¿Le interesa?

Este trabajo no le rendiría tanto como el que hacía en la clínica de Woodborough, pero tampoco le agotaría tanto ni le quitaría tanto sueño vital.

-Sí, doctor –dijo, sin vacilar.

-Jerry Lobsenz le enseñó bien. Supongo que no le gustaría dedicarse a la medicina legal el año que viene, ¿no es así?

Comenzaban a hacerle ofertas, señal de que, después de todo, las cosas no iban a acabar mal para él.

-Me temo que no.

-¿Poco dinero?

-Eso es parte del motivo, pero sólo parte. En efecto, no me gustaría dedicarme por entero a la medicina legal.

No encajaba con el gran programa cósmico de Silverstone.

El doctor Sack asintió.

-Por lo menos es usted franco. Si algún día cambia de idea, dígamelo.

Al fin y al cabo, no tenía motivos justificados para querer irse del hospital. El viejo complejo de edificios de ladrillo rojo se había convertido en su mundo. Las horas que pasaba en medicina legal eran irregulares, pero no desagradables. Le gustaba trabajar solo en el silencio sonoro del laboratorio blanco, consciente de que era un ambiente en el que cierta gente no sabía manejarse, pero en el que él podía de nuevo desplegar gran eficiencia.

Pasaba el tiempo libre entre el departamento de Patología y el laboratorio de experimentación con animales, donde estaba aprendiendo mucho con Kender. Le tenía intrigado los distintos que eran los dos hombres que más le habían enseñado. Lobsenz había sido un pequeño judío dado a la introspección, que hablaba con un ligerísimo acento alemán, que sólo se le notaba cuando estaba fatigado. Y Kender...

Kender era Kender.

Pero quizás estuviese tratando de hacer demasiadas cosas al mismo tiempo. Por primera vez en su vida solía dormir poco, y volvía a soñar, no el sueño del cuarto del horno, sino el del buceo.

Siempre al comienzo del sueño, estaba subiendo la escala, hacia la luz cegadora del sol. Era muy real: sentía la frescura del marco de acero vibrar en sus manos siempre que le daba el viento en la cara. El viento le preocupaba. Mientras subía miraba directamente a la percha, en la cima donde la escala se estrechaba, muy por encima de él, como la punta de un lápiz, hasta que el sol le hacía llorar y tenía que cerrar los ojos. Nunca miraba hacia abajo. Cuando, finalmente, llegaba a la percha, se subía a ella y miraba al mundo que se extendía a sus pies, treinta metros más abajo: se movía, agitándose al viento, la piscina relucía, diminuta y dura, al sol, como una mancha. Saltaba de la plataforma y echaba hacia atrás la cabeza, abriendo los brazos mientras su cuerpo se retorcía, alto, alto, en el aire, y sentía que el viento le cogía como una vela, le empujaba, le desequilibraba, le echaba a un lado. Él trataba desesperadamente de recomponer su postura, sabiendo que podría caer fuera de la piscina, en cualquier parte excepto donde había un cojín de tres metros de agua.

Caería mal, pensaba como atontado, colgando, grotescamente suspendido, mientras el agua subía hacia él. Se haría daño y nunca más volvería a ser cirujano.

Oh, Dios.

El sueño siempre terminaba a mitad del camino entre la cima de la torre y el agua. Adam entonces se despertaba, y yacía en la oscuridad, diciéndose que nunca volvería a hacer tal tontería, que ya era cirujano, que nada podría ahora detenerle.

¿Por qué se repetía aquel sueño?

No se le ocurrió razón hasta una noche, en el departamento de medicina legal en que cerró los ojos y, respirando profundamente, se sintió transportado por un olor, el olor a esencia de formaldehído, a través del tiempo y la distancia, hasta el laboratorio patológico de Lobsenz, que era donde había tenido por primera vez el sueño del buceo.

Fue durante el tercer curso de medicina, en Pensilvania, el período de mayores dificultades económicas de su vida. La vergüenza y el asco de la amante vieja y su dinero pertenecían ya al pasado. El trabajo de carbonero le había ayudado a tirar para adelante en invierno, y duró hasta comienzos de la primavera, cuando comenzó a dormirse habitualmente en plena clase, y en vista de ello, lo dejó, porque, si no, le habrían impedido realizar dos cursos. Llegó a acostumbrarse de tal manera a la desesperación, que la mayor parte de las veces sabía hacer caso omiso de ella. Ya debía seis mil dólares en préstamos de estudiante. Debía renta atrasada de su cuarto, aun cuando la patrona estaba dispuesta a esperar. Prescindió del almuerzo so pretexto de que comía demasiado, y durante dos semanas le molestaba el hambre del mediodía y la debilidad de comienzos de la tarde, pero entre

primeros de abril y mediados de mayo trabajò en el hospital y, camelando a las enfermeras, comìa lo que ellas le daban gratis.

En junio, pensó en aceptar un trabajo de técnico quirúrgico, pero se dio cuenta, apesadumbrado, de que no le era posible, porque la exigua paga no le permitiría ahorrar el dinero suficiente para sobrevivir a lo largo del último curso. Ya había decidido, muy a desgana, volver al lugar de vacaciones de Poconos, cuando vio un pequeño anuncio en el Bulletin de Filadelfia pidiendo buceadores para un espectáculo acuático en la costa de Jersey. La Feria Acuática de Barney era una atracción con dos filipinos y un mexicano, pero necesitaban cinco buceadores para la función, y Adam fue uno de los dos universitarios aceptados. Le pagaban treinta y cinco dólares diarios, siete días a la semana. Aunque nunca había saltado desde treinta metros de altura, no resultò difícil aprender: uno de los filipinos le enseñò a base de innumerables carreras en seco, a echar los brazos hacia atrás en cuanto tocaba la superficie del agua y a doblar las rodillas contra el pecho, a fin de deslizarse agua adentro, hasta tres metros de profundidad, en arco, terminando sentado tranquilamente en el fondo.

La primera vez que subió a la torre, la altura fue la parte peor de la experiencia.

La escala de acero parecía demasiado lisa, casi resbaladiza, para asirse bien a ella. Subió muy despacio, asegurándose de que tenía la mano bien cogida al escalòn superior antes de soltar el inmediatamente inferior y subir. Tratò de mirar derecho, hacia el horizonte, pero el gran sol vespertino estaba frente a èl, y le asustaba como un avieso gran ojo dorado. Se detuvo, asiendo el escalòn con la parte interior del hombro, mientras con los dedos hacía el signo de los cuernos.

“Scutta mal occhio pu pu pu”, y mirò hacia arriba decididamente, fijando los ojos en la gran percha, que aumentaba de tamaño y cercanía con penosa lentitud, mientras èl subìa; pero, finalmente, llegó. Cuando asentò los pies en la plataforma, soltar la escala y volverse resultò difícil, pero lo hizo.

No era màs que el equivalente a cinco pisos, se dijo, pero daba la impresión de mayor altura; no había absolutamente nada entre èl y la superficie del agua, y todos los edificios vecinos eran bajos. Èl estaba allí, en la cima, mirando a la derecha, donde terminaba el paseo y la costa se hundìa, y a la izquierda, donde, lejos y muy bajos, se veían los automóviles diminutos a lo largo de una carretera costera en miniatura.

“Hola, Dios!

-YA PUEDES –llegò hasta èl la voz impaciente de Benson, el director.

Saltò.

Realmente era muy fácil, ahora tenía mucho màs tiempo que cuando lo hacía desde tres metros y medio de altura. Pero nunca hasta entonces se había mantenido rìgido en el aire tanto tiempo. Comenzó a hacer los movimientos aprendidos en cuanto tocò el agua con los dedos del pie. Un momento màs y ya se había deslizado hacia delante para caer de lado en el fondo, sobre la nalga derecha. Chocò algo, pero no demasiado. Se enderezò y

quedó allí sentado, burbujeando y sonriendo; luego se despegó del cemento y subió como un rayo hacia la superficie.

Nadie pareció demasiado impresionado, pero después de dos días de práctica comenzó a participar en el espectáculo, dos veces al día.

El otro recién llegado, que se llamaba Jensen, resultó ser un buceador excelente, ex universitario de Exeter y Brown. Estudiaba literatura en Iowa y trabajaba gratuitamente como actor en un teatrillo cercano. Llevó a Adam a una sesión barata, donde por la noche había ratones tan ruidosos como leones y se oían riñas y peleas. Pero el colchón era bueno. El tiempo siguió sereno y también sus nervios. Una chica del ballet acuático, de pechos preciosos, comenzó a hablarle con los ojos, y Adam planeó contactos más concretos. Tuvo largas conversaciones con Jensen sobre T.S.Eliot y Ezra Pound, y pensó que, después de todo, a lo mejor se harían amigos. Buceaba como una máquina, pensando mucho en cómo se comportaría cuando volviera al Colegio Médico convertido en millonario.

Las historias de accidentes parecían fábulas. Pero, el quinto día, Jensen se encorvó prematuramente y cayó en el agua de espaldas. Al emerger, estaba blanco de dolor, pero pudo andar solo y llamar un taxi que le llevó al hospital. No volvió al espectáculo. Cuando Adam telefoneó le dijeron que estaba relativamente bien, pero que seguiría allí en observación. El día siguiente amaneció gris, pero sin lluvia, con un viento cambiante que agitaba la escala y hacía oscilar la plataforma. “Los que se mantienen en alto tienen que aguantar vientos fuertes”. Shakespeare. Adam efectuó sus dos buceos sin incidentes, y a la mañana siguiente se sintió alivado al ver que el sol había salido, pero no el viento. Aquella tarde hizo su primer buceo sin pensarlo casi. Durante el segundo espectáculo subió y estuvo un momento en la percha, iluminado por los reflectores. Lejos, en el mar, las luces de un barco pesquero le revelaron su misteriosa y distante presencia, mientras las de paseo parecían joyas desperdigadas.

“Idiota”, se dijo a sí mismo.

No es que tuviera miedo físico, pero de pronto se dijo, sencillamente, que no saltaría, pues por lo que le iban a pagar ese verano no valía la pena exponerse a quedar incapacitado para ser médico o cirujano. Se volvió y comenzó a bajar por la escalera.

-¿TE ENCUENTRAS BIEN? –preguntó Benson por el altavoz-. ¿QUIERES QUE SUBA ALGUIEN Y TE AYUDE A BAJAR?

El murmullo de la muchedumbre llegaba hasta él como el zumbido de un insecto.

Se detuvo y comunicó que se encontraba perfectamente y no necesitaba ayuda, pero esto le obligó a mirar hacia abajo por primera vez, y de pronto se dio cuenta de que no se encontraba perfectamente ni mucho menos. Se puso a descender con gran cuidado. Estaba ya a menos de la mitad del camino cuando comenzó a oír abucheos y mofas; había mucha gente joven entre los espectadores.

Benson estaba furioso cuando llegó a tierra.

-¿Estás malo, Silverstone?

-No.

-Pues ya estàs volviendo a subir. Todo el mundo coge miedo de vez en cuando. Te aplaudirían màs si ahora vuelves a subir y te tiras.

-No.

-No volveràs a bucear profesionalmente, cobardón, cerdo judío. De eso me encargo yo.

-Muchas gracias –dijo Adam, cortès y sinceramente.

A la mañana siguiente, cogió el autobús de vuelta a Filadelfia, y al otro dìa ya estaba trabajando en el hospital como técnico quirúrgico, trabajo que, además, le daba la oportunidad de aprender a conducirse en la sala de operaciones.

Tres semanas antes de comenzar el semestre otoñal, vio un anuncio en el tablero del Colegio Mèdico:

*Si le interesa la anatomía y
necesita dinero, quizá yo pueda darle trabajo.
Pregunte por el despacho del forense.*

*Gerald M. Lobsenz, doctor en medicina.
Inspector mèdico.
Condado de Filadelfia,
Pensilvania.*

El depòsito de cadáveres del condado era un edificio de piedra de tres pisos, cuya fachada necesitaba una buena limpieza; el despacho del forense, en el primer piso, era una pieza de museo, abarrotado de cosas diversas. Una escuálida chica negra estaba sentada a una mesa de roble, escribiendo cuidadosamente a màquina.

-¿Què desea?

-Querria ver al doctor Lobsenz, por favor.

Sin dejar de escribir la muchacha movió la cabeza, indicándole a un hombre que estaba trabajando en mangas de camisa ante una mesa situada en la parte posterior del cuarto.

-Sièntese –dijo.

Estaba fumando un cigarro puro, ya apagado, y escribiendo. Adam se sentò en una silla de madera de respaldo recto y mirò a su alrededor. Los escritorios, las superficies de las mesas y los alfèizares de las ventanas estaban literalmente cubiertos de papeles y libros, algunos de ellos amarilleantes. Una planta relucía cromáticamente en un tiesto de plástico. Junto a ella había un poco de follaje moribundo que Adam no consiguió identificar, raíces secas que se alargaban desesperadamente hacia una pulgada de agua sucia, en el fondo de una retorta de laboratorio. Una botella de whisky medio llena se levantaba sobre un

montòn de libros. El suelo aparecía cubierto de hule gastado. Las ventanas estaban sucias y no tenían cortinas.

-¿Què quiere?

Los ojos del doctor Lobsenz eran azules y apagados, pero muy directos. El cabello era gris. Se había afeitado mal y la camisa blanca que se había puesto aquella mañana era del día anterior.

-Vi su anuncio en el Colegio. Vengo a ver si me da trabajo.

El doctor Lobsenz suspirò.

-Es usted el quinto candidato. ¿Còmo se llama?

Adam se lo dijo.

-Tengo un poco de trabajo. ¿Quiere venir conmigo? Le examinarè sobre la marcha.

-Sì, doctor –dijo Adam.

Se preguntò por què estaría sonriendo la chica negra que escribìa a màquina.

El doctor Lobsenz le llevò al sótano, a dos docenas de escalones de profundidad y a otros tantos grados de temperatura por lo menos.

Había cadáveres sobre mesas y camillas, algunos cubiertos con tela, otros no. Se detuvieron junto a un cadáver de un viejo muy delgado, con los pies muy sucios. Lobsenz le señaló los ojos con el puro apagado.

-¿Ve el borde blanco de la còrnea? Arcus senilis. Fijese en la mayor profundidad del pecho, es enfisema senil. –Se volvió a Adam y le mirò-. ¿Recordarà estas cosas la próxima vez que las vea?

-Sì.

-Ejem... ya veremos.

Fue a uno de los cajones que cubrían la pared, lo abrió y mirò el cadáver que había dentro.

-Muerto en un incendio. Unos cuarenta y cinco años de edad. ¿Ve el color sonrosado? Esto quiere decir dos cosas. La una es el frìo. La otra es el monóxido de carbono en la sangre. Dondequiera que haya humo o llama amarilla hay monóxido de carbono.

-¿Còmo murió?

-Incendio en un bloque de apartamentos. Entrò a salvar a su madre. De la madre no se encontraron màs que restos imposibles de diferenciar de los otros.

Llevò a Adam al ascensor y subieron en silencio al tercer piso.

-¿Sigue interesándole el empleo?

-¿Què empleo es?

-Cuidar de los cadáveres.

Indicó con la cabeza hacia el sótano depósito de cadáveres.

-Sì, de acuerdo –dijo Adam.

-Y ayudar en las autopsias. ¿Ha visto alguna vez autopsias?

-No.

Siguió a Lobsenz y entraron en un cuarto con azulejos blancos. Había una figura diminuta en la mesa de disección. “Un muñeco”, pensó Adam, pero se dio cuenta de que era una niña negra de no más de un año de edad.

-Encontrada muerta en la cuna. No sabemos de qué falleció. Miles de niños mueren así cada año; es un misterio. El imbécil del médico de familia es muy joven, claro y trató de administrarle la respiración artificial. Esperó un día y empezó luego a ponerse nervioso pensando que a lo mejor la niña había muerto de algo muy contagioso. Hepatitis, tuberculosis, mil cosas. Bien merecido lo tiene si le pasa algo, por estúpido.

Se puso los guantes de gomo, movió los dedos, luego cogió un bisturí y practicó una incisión desde cada hombro al esternón, y después hasta el vientre.

-En Europa hacen esto desde la barbilla, en línea recta. Nosotros preferimos la Y.

La piel oscura se abrió como por arte de magia. “Debajo había una capa de grasa infantil amarilla –pensó Adam, un poco a la ligera-, y, más abajo, tejido blanco”.

-Lo que hay que recordar –dijo Lobsenz, con cierta afabilidad- es que esto no es carne. Ya no es un ser humano. Lo que convierte al cuerpo en persona es la vida, la personalidad, el alma divina. Lo demás es arcilla, una especie de material plástico hecho por un fabricante muy eficiente.

Mientras hablaba, sus manos enguantadas exploraban, el bisturí cortaba, sacaba muestras, un tanteo aquí, otro allá, un pedacito de esto, una tajada de lo otro.

-El hígado está precioso. ¿Vio jamás un hígado más bonito? La hepatitis lo habría hinchado, probablemente con hemorragia. No parece tampoco tuberculosis. Tiene suerte ese memo de médico.

Puso las muestras en frascos, para ser examinadas en el laboratorio, luego volvió a colocarlo todo en su lugar, en la cavidad, y cosió la incisión pectoral.

“No me causó la menor impresión –se dijo Adam-. ¿No es más que esto?”

Lobsenz se lo llevó por el pasillo, a otra sala de disección, casi idéntica a la anterior.

-Cuando hay exceso de trabajo, el ayudante prepara una sala mientras yo trabajo en la otra –le explicó.

Sobre la mesa había una vieja de cuerpo agotado, rostro arrugado, pechos flácidos. “Dios mío, está sonriendo”. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho. Lobsenz se los abrió, gruñendo por el esfuerzo.

-Los libros de texto dicen que el rigor mortis comienza en la mandíbula y va descendiendo cuerpo abajo a una progresión regular, pero, hágame caso, no hay nada de eso.

Cuando la hubo abierto no se produjo milagro alguno. Adam tenía la mandíbula bien cerrada –rigor vitae-, respirando con la menor frecuencia posible, notando que su abdomen se rebelaba contra el estómago vacío. ¿Quién fue el que incluyó estar enfermo entre los placeres de la vida? Samuel Butler. “No voy a pasarlo bien”, se dijo con firmeza.

Finalmente, Lobsenz volvió a coser el pecho.

Cuando volvieron al despacho de abajo el examinador cogió dos vasos grandes de cristal del cajón mediano de su mesa y sirvió dos fuertes dosis de la botella de whisky. El marbete decía: "Espècimen número 2. Eliot Johnson". Bebieron el whisky puro.

-Voy al retrete –dijo Lobsenz, cogiendo una llave que colgaba de un clavo, en la pared.

Cuando salió, la chica negra le habló sin levantar la vista de la máquina de escribir.

-Le ofreceré setenta y cinco dólares mensuales y cuarto para dormir. No acepte menos de cien dólares. Le diré que tiene otros aspirantes, pero sólo se presentó uno, que vomitó a mitad de la autopsia. –La máquina seguía resonando-. Es un tipo estupendo, pero muy lioso.

El doctor Lobsenz volvió, frotándose las manos.

-Bueno, ¿qué dice? ¿Le interesa el empleo? Aquí podrá aprender más sobre el cuerpo humano que en cuatro Colegios Médicos. Le enseñaré sobre la marcha, trabajando.

-De acuerdo –dijo Adam.

-Tenemos un cuarto para usted. Setenta y cinco dólares al mes.

-Quiero el cuarto y cien dólares.

La sonrisa de Lobsenz desapareció. Miró receloso a la chica, que seguía dándole a la máquina de escribir.

-Tengo más aspirantes.

Quizá fuera el whisky, que precisamente empezaba a golpearle el estómago vacío como un puño cerrado, haciéndole sentir la cabeza más grande y más ligera, como un globo.

-Doctor, si no consigo trabajo aquí y ahora, dentro de un par de meses estaré muerto de hambre. De no ser por eso le aseguro que no desearía en absoluto aceptar su empleo.

Lobsenz le miró y súbitamente sonrió.

-Vamos, Silverstone, le invito a comer –dijo.

El cuarto del segundo piso parecía desde fuera una oficina más, a juzgar por la puerta de cristal opaco, pero había en él una camita y un escritorio. Las sábanas las podía cambiar con la frecuencia que quisiese, pues para sus necesidades personales tenía acceso a la lavandería del condado, maravilloso extra que el doctor Lobsenz había olvidado mencionar. "La limpieza del cuerpo se consideró siempre derivada directamente de la veneración a Dios". Francis Bacon.

Sus cometidos no eran excesivos para una persona que había hecho ya dos años de medicina. Al principio, los olores siguieron molestándole y le irritaba intensamente el raspar de la sierra al penetrar en el cráneo. Pero Lobsenz le enseñaba bien mientras trabajaba y era buen maestro. Durante su primer año en el Colegio Médico, Adam había compartido, con otros seis estudiantes, un cadáver en conserva llamado Cora en un laboratorio de anatomía. Cuando Cora le tocó a él, sus partes y órganos ya estaban tan cortados y

estudiados que no había manera de reconocerlos. Ahora, Adam observaba constantemente y escuchaba con gran atención a Lobsenz que, notando su interés, estaba contento, aunque refunfuñase que debía cobrar por dar lecciones. En su fuero interno, Adam estaba convencido de que era así, de que estaba recibiendo lecciones particulares de anatomía de primerísima calidad.

Al principio, las noches eran duras. El teléfono nocturno estaba en su cuarto. De siete a ocho y media, los empresarios de pompas fúnebres llamaban constantemente, solicitando los treinta y cinco dólares que el condado les pagaba cada vez que enterraban sin ceremonias, en ataúd de madera sin pintar, algún cuerpo no reclamado por nadie; era el mismo precio que pagaba Benson por dos buceos.

La primera noche respondió a las llamadas, estudiò dos horas, puso el despertador, se echò y se durmió, soñando con sus buceos.

Cuando despertó, se echò a reír solo, en la oscuridad. “Què tonto soy –pensò, mira que no preocuparme en absoluto cuando estaba buceando, y ahora, en la cama, temblar por lo que pudo haberme pasado”.

La segunda noche habló por teléfono con los empresarios de pompas fúnebres, estudiò hasta medianoche, puso el despertador, apagò la luz y siguió allí, echado a oscuras, sin dormirse.

Contò ovejas hasta llegar a cincuenta y seis, que fue cuando todas ellas se unieron en un solo cuerpo y flotaron lentamente sobre el portazgo, mientras èl volvía a contar al revés empezando por cien y llegando dos veces a uno sin sentir el menor síntoma de sueño. Sus ojos seguían escrutando la oscuridad que le rodeaba.

Pensó en su abuela, recordando còmo le apretaba contra su pecho liso para dormirle en la cocina. “Fa nana, fa nana. Duérmete Adamo. Reza a San Miguel y èl espantarà al demonio con la espada”.

Era un edificio grande. Había ruidos, el viento golpeaba el cristal de las ventanas, crujidos, gemidos, una especie de tintineo, ruido de pasos.

¿Tintineo?

¿Ruido de pasos?

Èl estaba solo en el edificio, o eso le habían dicho. Bajò de la cama y encendió la luz para encontrar la ropa. No eran los fantasmas lo que le inquietaban: naturalmente, como hombre de ciencia no creía en lo sobrenatural. Pero la puerta delantera y la entrada de las ambulancias estaban cerradas con llave. Èl mismo las había cerrado. Por lo tanto, quizás alguien hubiera entrado de alguna manera, Dios sabe por què motivo.

Salió del cuarto, encendió las luces para ir por el edificio, primero escaleras arriba, a las salas de disección, y luego por las oficinas del segundo y primer piso. No había nadie.

Finalmente, bajò a la frescura del depòsito de cadáveres, tanteando apresuradamente en busca de la llave de la luz. Había cuatro cadáveres sobre las mesas,

fuera de los cajones; uno de ellos era el de la vieja en cuya autopsia él había ayudado al doctor Lobsenz. Miró la sonrisa helada.

-¿Quiènn fuiste, tìa?

Se dirigió a un chino muy delgado, probablemente tuberculoso.

-¿Moriste muy lejos de tu tierra? ¿Tienes hijos en el ejército comunista? ¿O primos en Formosa?

Seguramente aquel sujeto había nacido en Brooklyn, se dijo. Esta idea le hizo ver lo absurdo de la situación. Volvió por donde había venido, apagó las luces, entró de nuevo en su cuarto, y puso la radio, un precioso concierto de Haydn.

Pensó que les oía bailar, y se lo imaginó: la vieja, desnuda, inclinándose sobre el oriental, los otros mirando desde sus cajones congelados, abiertos, el Arlequín, silencioso, en pie, con su multicolor vestido de luces, sonriendo y moviendo la cabeza al compás de la música.

Y resonando el gorro de cascabeles.

Poco después volvió a salir y encendió de nuevo todas las luces. Cerró con llave la puerta del depósito de cadáveres. Puso del despertador a las seis de la mañana, con objeto de poder apagar a tiempo las luces y abrir el depósito antes de que empezara a llegar gente, luego se durmió y soñó con el buceo.

La noche siguiente dejó las luces apagadas, pero no soñó. A la otra noche se olvidó de cerrar con llave el depósito de cadáveres, pero el sueño no volvió. Finalmente, aprendió a identificar los ruidos de tuberías y cristales sueltos y otros perfectamente identificables; el sueño no volvió a turbarle, y ahora de nuevo dormía bien. El ritmo de su existencia volvió a parecerle de lo más ordinario. A los dos meses de empezar en este trabajo como ayudante del doctor Lobsenz, forcejeando con una estudiante en su cuarto, le divirtió que ella dejara de resistir y hundiera de pronto la cabeza en su pecho.

-Tienes el olor más cachondo del mundo –le dijo.

-También tú, guapa –respondió él, con total sinceridad, sin preocuparse en explicar que era el olor leve, indestructible, del formaldehído.

Trabajando en el laboratorio de patología del doctor Sack, Adam se volvió a acostumbrar al olor acre de los preservadores químicos y acabó dejando de soñar. Ahora nadie se le acercaba lo suficiente para aspirar la esencia del formaldehído. Pensó vagamente en salir con la pequeña enfermera rubia, Joan Anderson, pero sin llegar a tomar medidas concretas en ese sentido.

Intentó telefonar a Gaby.

Había sido informado por Susan Haskell, su compañera de cuarto, fría y repetidamente, de que Gaby no estaba en la ciudad y no era posible dar con ella.

Sobre todo para el doctor Silverstone, había dado a entender el tono de la muchacha.

Le había escrito una carta después de volver de Truro:

Gaby:

Una y otra vez he comprobado que soy un completo imbécil.

¿Quieres hacerme el favor de contestarme al teléfono, o responder a esta nota?

Estoy llegando a la conclusión de que es completamente diferente cuando es con alguien a quien quieres.

Adam.

Pero no había recibido contestación y siempre que llamaba la respuesta era la misma.

Había llegado el invierno. La nieve caía y era ensuciada por el humo de la metrópoli, volvía a caer y era ensuciada nuevamente, el ciclo urbano se concretaba finalmente en una serie de capas blancas y grises cuando las palas municipales penetraban en ellas.

Una mañana, en la sala de los cirujanos, Meomartino contó a los que estaban tomando café lo que había dicho su hijo cuando le llevó a ver a Santa Claus, en la tienda de Jordan Marsh.

-¿Es usted un hombre? –había preguntado Miguel.

La figura barbuda había asentido.

-¿Un hombre de verdad?

Nuevo asentimiento.

-¿Tiene pelo y todo?

Los cirujanos rompieron a reír, y hasta Adam sonrió.

-¿Y qué respondió a eso Santa Claus? –preguntó Lew Chin.

-No se rió –respondió Meomartino.

Los comerciantes de Boston habían tomado nota de las necesidades de la estación. Los escaparates de los grandes almacenes florecían con ramas de acebo y cobraban vida las escenas invernales, y en los ascensores del hospital colgaban coronas de laurel de plástico de color verde. Las enfermeras canturreaban villancicos, y el doctor Longwood reaccionó ante el júbilo general como si confirmara sus temores sobre la fragilidad humana de los jóvenes cirujanos.

-Me da la impresión de que Longwood está en baja –dijo Spurgeon a Adam.

-Yo creo que es un gran hombre.

-Es posible que haya sido un gran hombre, pero ahora no puede operar porque está enfermo, y, a pesar de todo, sigue actuando como si fuera la personificación del Comité de la Muerte. Este sujeto ve errores siempre que alguien se muere. Se nota siempre que va a haber Conferencia de la Mortalidad; toda la gente se vuelve hipersensible y nerviosa.

-Y nosotros somos los que pagamos su mala suerte con los nervios. Es poco precio si así sigue viviendo un poco más de tiempo –dijo Adam.

Irónicamente, dos horas más tarde estaba él con Meomartino cuando Longwood telefoneó para hacer preguntas sobre una apendicectomía que ambos habían realizado dos días antes. El jefe de Cirugía no estaba convencido de que la operación fuera necesaria. Ordenó que el caso se presentase a examen la mañana siguiente.

-No lo tome demasiado en serio –dijo Adam, secamente, a Meomartino-. Las placas de patología muestran mucha inflamación y abundancia de células blancas. Está clarísimo.

-Ya lo sé –admitió Meomartino-. Ayer las llevé a casa para mirarlas en el microscopio. ¡Diablos!

-¿Qué pasa?

-Se me olvidó traerlas. Nos harán falta para el examen.

-Quedo libre dentro de dos horas. Si quiere, voy a buscarlas.

-¿Sí? Use mi coche.

-No, gracias –dijo Adam.

Pero no le importaba aceptar favores de Spurgeon, y cuando terminó su turno Robinson le llevó en su Volkswagen a través de la ciudad y de la sombría tarde invernal.

Meomartino les había dicho cómo se iba a su casa, pero en el último momento tuvieron dificultades; la calle era más bien una calleja, y montones de nieve a ambos lados la hacían aún más angosta.

-Mira, no puedo dejar aquí el coche, taponando la calle. Yo espero –dijo Spurgeon.

-Vale.

Meomartino tenía buen gusto y dinero para cultivarlo, pensó Adam, con envidia, al pulsar el timbre. Aquellos establos convertidos en vivienda eran un lugar encantador para vivir.

Abrió la puerta una doncella sueca, ya mayor.

-¿Por quién pregunta?

-¿Está en casa la señora Meomartino?

-Creo que no quiere ver a nadie.

Explicó su misión.

-Bueno, en este caso lo mejor es que pase –dijo ella, como a la fuerza.

La siguió hacia el interior de la casa y entró con ella en la cocina, donde había un niño pequeño, comiendo, sentado a la mesa.

-Hola –dijo, sonriendo al acordarse de la anécdota de Santa Claus.

Era fácil ver a Meomartino en las facciones de aquel niño.

-Hola.

-No sé a qué placas se refiere –dijo la doncella, con sequedad.

-Estaràn en el microscopio, si me deja buscarlas a mì...

-En el despacho –dijo ella, señalando con la cabeza al volverse hacia la cocinilla-; no la primera puerta, que es la alcoba. La segunda puerta.

Era un bonito cuarto. Habìa una buena alfombra persa y sillas cómodas y bien tapizadas de cuero; las paredes estaban cubiertas de estanterías. La mayor parte de los libros eran de medicina, pero también había biografías e historia, una mezcla de títulos en inglés y en español. Muy pocas novelas, excepto una pequeña sección de la biblioteca, que también contenía poesía moderna.

“La poesía probablemente será de su mujer” pensó Adam, mirando la puerta cerrada que comunicaba la alcoba con el despacho.

Las placas estaban junto al microscopio. Algunas estaban sueltas, y las volvió a meter en la caja. Iba a irse cuando se abrió la puerta de la alcoba.

Llevaba un pijama de su marido que le estaba demasiado holgado. Tenía el pelo revuelto y los pies descalzos; quizá llevase gafas normalmente y ahora no viera bien, porque le mirò entrecerrando los ojos còmicamente. El efecto general era sumamente atractivo. Adam vio que no era el tipo de mujer que enseguida grita o se va corriendo a ponerse una bata.

-Hola –dijo-, no soy un ladròn. Soy Adam Silverstone.

-¿Silverstone? ¿Es usted pariente de los Bookstein?

Tenía la voz algo ronca, pero Adam pensó que tanto su voz como la mirada miope podían deberse a que evidentemente había estado bebiendo. Había entrado con andar inseguro y se tambaleaba ligeramente.

-Hola –dijo.

Adam alargò la mano para ayudarla a tenerse en pie y se encontró, con la sorpresa consiguiente, con que ella se había apoyado contra èl, la cabeza en su pecho.

-No, no tengo nada que ver con ellos –dijo-. Soy colega de Rafe. Se le habían olvidado estas placas.

Ella echò la cabeza hacia atrás y le mirò, y Adam notò que apartaba el cuerpo del suyo.

-Me ha hablado de ti. La competencia.

-Sì.

-Pobre Rafe –dijo ella-. ¿Què tal estàs?

Le besò y su boca estaba càlida y amarga de ginebra.

-Muy bien –contestò Adam, cortésmente.

Esta vez también èl la besò, y la idea estaba ya en su mente antes incluso de besarla. Mirándola en aquel momento se dio cuenta de que era perfectamente posible, una destrucción absurdamente clásica de la dignidad de Meomartino y en el castillo mismo de su adversario, mientras Spurgeon esperaba abajo, en el coche, y en cualquier momento la criada podía entrar y sorprenderles.

Desde otra parte del apartamento se oyò la risa feliz del niño.

Además, la dama estaba borracha.

-Dispèñseme –dijo.

Se apartò de ella y cogió las placas, dejándola allí, sola, en la habitación. El niño había terminado de cenar y estaba viendo la televisión.

-Adiòs –le dijo sin apartar la vista de Bozo el Payaso.

-Adiòs –dijo Adam.

Dos días después fue ella al hospital.

Volvían todos del despacho de Adam, después de una serie de visitas, y cuando èste abrió la puerta lo primero que vio fue el abrigo de visòn tirado sobre la silla. Llevaba un elegante vestido negro y parecía una versión para revista erótica de una joven matrona.

-Liz –dijo Meomartino.

-Me dijeron que te encontrarìa aquí, Rafe.

-No creo que conozcas a estos caballeros –dijo Meomartino-. Spurgeon Robinson.

-Hola –dijo Spurgeon, dándole la mano.

-Adam Silverstone.

Ella alargò la mano y Adam la cogió como si fuera el fruto prohibido.

-¿Què tal?

-¿Què tal? –repitiò ella.

No podía mirar a Meomartino. “Cuernos, cuernos, cuernos. O palabra malhadada para una oreja casada”. Shakespeare. Murmurò un adiòs mientras los otros seguían las presentaciones, volvió a la sala del hospital y trabajò de firme, pero sin conseguir apartar de sì el recuerdo de la mujer, vestida con el pijama de su marido, ofreciéndose a sì misma.

A media tarde, cuando le llamaron por teléfono, sabìa quièn era antes incluso de oír su voz.

-Hola –dijo ella.

-¿Què tal estàs? –murmurò èl, inseguro, con las palmas de las manos húmedas.

-Me dejè algo en tu oficina.

-¿Què era?

-Un guante de cabritilla negro.

-No lo vi, lo siento.

-¡Què lata! Si lo encuentras, me lo dices.

-Sì, por supuesto.

-Gracias. Adiòs.

-Adiòs.

Cuando quince minutos después, volvió a su despacho, se puso a gatas y lo encontró debajo del escritorio, donde indudablemente ella lo había puesto. Lo recogió y permaneció unos minutos sentado, frotándose el guante entre los dedos. Cuando se lo llevó a la nariz, el perfume pareció acercarla a él.

“Ahora está serena”, pensó.

Miró el número en la guía y lo marcó y ella contestó inmediatamente, como si hubiera estado esperando.

-Lo encontré –dijo.

-¿Qué cosa?

-El guante.

-Menos mal –dijo. Y esperó.

-Se lo puedo dar a Rafe.

-Es muy distraído. Se le olvidará traerlo a casa.

-Mañana tengo libre. Si quieres, paso un momento.

-Mañana tenía intención de ir de compras –dijo ella.

-También yo tengo compras que hacer. ¿Por qué no nos vemos en algún sitio y te devuelvo el guante y de paso te invito a una copa?

-De acuerdo. ¿A las dos?

-¿Dónde?

-¿Conoces ese sitio que se llama Parlor? No está lejos del Prudential Center.

-Lo encontraré –dijo él.

Adam llegó antes de la hora. Se sentó en un banco de piedra, en el Prudential Center y observó a los que patinaban sobre la pista de hielo, hasta que el trasero y los pies se le entumecieron; entonces fue a dar un paseo por la calle de Boylston y entró en el bar. De noche, indudablemente se bebía allí de lo lindo, y había buscones y busconas, pero ahora no se veían más que estudiantes, que comían tarde. Pidió un café.

Llegó ella con las mejillas enrojecidas por el frío. Notó por segunda vez que tenía muy buen gusto. Lucía una chaqueta de tela bordeada de piel de castor, y cuando la ayudó a quitársela vio con aprobación que debajo llevaba un sencillo vestido de color beige, de corte sencillo y una sola joya, un alfiler rematado con un camafeo, que parecía antiguo.

-¿Quieres una copa? –preguntó él.

Ella miró su café y movió negativamente la cabeza.

-Demasiado temprano para empezar, ¿no crees?

-Sí.

Pidió también café y Adam llamó al camarero, pero cuando se lo trajeron dijo que no lo quería.

-¿Vamos a dar una vuelta en coche? –propuso ella.

-No tengo coche.

-Ah, bueno, pues podemos dar un paseo.

Se pusieron el abrigo y salieron del bar, yendo en dirección a la plaza de Copley. Adam pensó que no podía llevarla al Ritz, o al Plaza, o a ningún sitio de esos, porque era seguro que tropezaría con alguien conocido.

Hacia frío y los dos empezaron a tiritar. Mirò a su alrededor desesperadamente, buscando un taxi.

-Tengo que ir al lavabo. ¿Te importa esperar?

Enfrente estaba el Regent, un hotel de tercera categoría, y Adam la mirò, lleno de admiración.

-En absoluto –dijo.

Mientras ella iba al lavabo, Adam encargò habitación. El empleado asintió con indiferencia cuando èl dijo que su equipaje estaba por llegar del aeropuerto de Logan. Cuando salió ella al pequeño vestíbulo, Adam la cogió del brazo, acompañándola suavemente hacia el ascensor. No se hablaron. Ella tenía erguida la cabeza y miraba el vacío. Cuando Adam abrió la puerta de la habitación 314 y hubieron entrado y cerrado bien, se volvió hacia ella y se miraron los dos.

-Se me olvidò traer el guante –dijo Adam.

Màs tarde, ella dormía, mientras èl, a su lado, en el cuarto demasiado caldeado, estaba echado, fumando. Finalmente ella despertó, y le sorprendió mirándola. Alargò la mano y le quitò el cigarrillo de entre los labios, apagándolo cuidadosamente contra el cenicero que había junto a la cama. Luego se volvió hacia èl y volvieron a celebrar el rito, mientras afuera la luz gris se iba haciendo màs oscura.

A las cinco, ella se levantò y se puso a vestirse.

-¿Tienes que irte?

-Casi es hora de cenar.

-Podemos llamar. Aparte de que yo casi ya ni siquiera cenaba.

-Tengo un niño pequeño en casa –replicò ella-. Hay de darle de cenar y acostarle.

-Ah.

A medio vestir se le acercò, se sentò en la cama y le besò.

-Espèrame aquí; vuelvo –le dijo.

De acuerdo.

Cuando se hubo ido Adam tratò de dormir, pero no podía respirar siquiera, porque en el cuarto hacía demasiado calor. Oìa a semen, a humo de cigarrillo y a ella. Abrió una de las ventanas, para que entrase el aire polar; luego, se vistió, bajò y tomò un bocadillo, que no le apetecía y una taza de café. Después se encaminò hacia la plaza de Copley y se sentò en la Biblioteca Pùblica de Boston, poniéndose a leer números atrasados de la Saturday Review.

Cuando volvió, hacia las ocho, ella ya estaba de vuelta, entre las sábanas. La ventana estaba cerrada y volvía a hacer demasiado calor. Las luces estaban apagadas, pero, afuera, la muestra del hotel parpadeaba, y su luz daba a la alcoba un aspecto de cuadro surrealista. Le había traído un bocadillo de ensalada de huevo. Lo comieron juntos, a las once, y el olor a huevo duro entrò de esta manera a formar parte de la rica y compleja combinación de aromas que anclò aquel día a su memoria.

El día de Navidad por la mañana, Adam trabajò solo en la sala de operaciones como cirujano de urgencia. Estaba echado en el largo banco de la cocina, escuchando el ruido solitario de la cafetera, cuando sonò el teléfono.

Era Meomartino.

-Esta tarde va a tener que hacer una amputación. Para entonces yo ya me habrè ido.

-De acuerdo –dijo Adam, fríamente-. ¿Còmo se llama el paciente?

-Stratton.

-Le conozco bastante –dijo, hablando consigo mismo màs bien que a Meomartino.

La semana anterior habían tratado de practicar un cortocircuito arterial para devolver la circulación a la pierna del señor Stratton. El plan inicial había consistido en exponer la vena safeta y usarla a manera de injerto arterial, de modo que las válvulas se abrieran en la misma dirección que el flujo arterial. Pero las venas del señor Stratton resultaron ser pésimas, de sòlo dos dècimas de centímetro de diámetro, o sea, una cuarta parte del diámetro normal. Tuvieron que cortar la gran placa arterioscleròtica que bloqueaba la circulación y empalmaron la arteria con un injerto de plástico, que hubiera servido, en el mejor de los casos, un año o dos, pero que funcionò mal desde el principio. Ahora la pierna era un objeto blanco y muerto que ponía en peligro la vida del paciente y tenía que ser amputada.

-¿A què hora lo hacemos?

-No sè. Estamos tratando de localizar a su abogado, para que firme los documentos. El señor Stratton està casado, pero su mujer se encuentra gravemente enferma en el Bet Israel, de modo que no puede firmarlos ella. Supongo que en cuanto demos con el abogado. Desde anoche están tratando de localizarle.

Adam suspirò y colgó, cogió un traje verde de un montòn que había sobre la mesa y fue a la sala de cirujanos bisoños a mudarse. El traje verde de campaña le sentaba bien y era cómodo. Cogió también un par de botas de plástico negras, tirando de la parte superior hasta arrancarla, y poniéndose las cintas de plástico así obtenidas entre el calcetín y el zapato antes de sujetarse las botas a los tobillos con bandas elásticas. Luego, listo para el trabajo y conectado con la tierra contra la posibilidad de que una chispa eléctrica que hiciera volar la sala de operaciones cargada de oxígeno, volvió al banco de la cocina y a su libro, pero su paz no durò mucho tiempo.

Esta vez le llamaban de la clínica de urgencia.

-Le mandamos un infarto mesentérico. Vaya haciendo los preparativos. El doctor Kender està buscando gente.

-Louise –llamò a la enfermera, que estaba sentada junto a la ventana haciendo calceta.

-Felices Pascuas.

Era agradable saber que podía congregarse tanto talento quirúrgico en tan poco tiempo. Había allí catorce personas, entre enfermeras, cirujanos y anestelistas, apretujados en la pequeña sala de operaciones, junto con gran variedad de maquinaria electrónica. El paciente, de pelo gris, estaba sin afeitado y en estado comatoso. Parecía tener entre los cincuenta y los sesenta años, robusto, pero con mucha tripa fofa. Se sabía que era cardíaco y aficionado a tomar digitalina. La policía le había encontrado en su apartamento en estado comatoso, y se daba por supuesto que su circulación había sido perjudicada por causa de la dosis de digitalina, aunque no se sabía cuánta había tomado, ni cuándo.

Le habían traído recibiendo ya líquidos intravenosos. Un anestelista residente, con una bolsa de aire, le ayudaba a respirar. Ahora Adam observaba a Spurgeon, que estaba preparando el pecho del paciente.

-Eh –dijo Spurgeon, haciéndole una seña.

Era un tatuaje. Adam mirò también, sintiéndose ridículamente como un creyente de la iglesia. QUERIDO DIOS, POR FAVOR, LLEVA A ESTE HOMBRE AL CIELO... YA HA PASADO POR EL INFIERNO. ¿Qué clase de vida podía inspirar la dosis de desesperación necesaria para inducir a un ser humano a ponerse ese pensamiento como una armadura? Lo aprendió de memoria, mientras Spurgeon lo borraba con betadina. Si era una cita, su computadora nemotécnica no conseguía localizar la fuente.

Al paciente le habían colocado un marcapasos. Otros aparatos estaban situados cerca de la mesa, entre ellos uno para medir los gases de la sangre, una máquina para aquilatar el volumen de la sangre y un monitor electrocardiográfico, que sonaba rítmicamente como un frenético animal de cristal y metal, y cuyos sonidos se reflejaban en la pantalla mientras el corazón del paciente seguía luchando.

Kender esperaba con impaciencia mientras acababan de esterilizar los apósitos; luego fue a un lado de la mesa, tomò el bisturí que le tendía Louise y practicò la incisión rápidamente. Adam se ocupaba de la succión, y el receptáculo de la pared comenzó a rugir como las cataratas del Niàgara mientras el líquido peritoneal pasaba a èl desde la cavidad abdominal del paciente.

Una mirada bastò para darse cuenta de que se trataba de peritonitis y gangrena. Las manos de Kender tantearon y se movieron por la víscera hinchada y descolorida, como un hombre acaricia a una serpiente pitòn venenosa.

-Llaman por teléfono al doctor Sack, a su casa –dijo a un estudiante de cuarto curso-. Dígale que tenemos un vientre gangrenado, del colon inferior para abajo. Pregúntele si puede venir al hospital inmediatamente con los instrumentos.

-¿Qué clase de instrumentos?

-Èl ya lo sabe.

Bajo la dirección de Kender le inyectaron sustancia de contraste para que los rayos X revelaran lo que le estaba ocurriendo a la circulación sanguínea intestinal del paciente. Trajeron una màquina màs, un aparato portátil de rayos X.

Adam notò que la sangre de la zona operada era muy oscura. Los músculos del antebrazo del paciente comenzaron a moverse como un caballo que espanta a las moscas.

-Se diría que està teniendo dificultades con el oxígeno –observò.

-¿Còmo està? –preguntò Kender al anestésista.

-Apenas tiene tensión sanguínea, y los latidos del corazón son tremendamente arritmicos.

-¿Cuàl es el PH?

Spurgeon lo comprobò.

-De 6,9.

-Que tengan listo bicarbonato de sosa –dijo Kender-. Este hombre està a punto de sufrir un paro cardíaco.

Los rítmicos sonidos del monitor, reflejados en amarillo en la pantalla, se volvían cada vez menos frecuentes, y las pequeñas olas de luz aparecían como líneas débiles, hasta que, finalmente, desaparecieron.

-Dios, se acabò –dijo Spurgeon.

Kender comenzó a reforzar, con el borde de la mano, el presión intermitente contra la pared torácica.

-Bicarbonato –dijo.

Adam lo inyectò en una vena de la pierna. Mirò al doctor Kender.

Aprieta.

Levanta.

Aprieta.

Levanta.

La presión regular y firme, la figura del cirujano, moviéndose hacia delante y luego hacia atrás, le recordaba... ¿què? De pronto, recordó que su abuela italiana se movía así para amasar el pan casero. En la cocina (persianas rotas, cortinas blancas amarillentas, un crucifijo sobre la repisa, Il Giornale de la semana anterior junto a la vieja màquina de coser, y el condenado canario siempre gorjeando); amasando el pan sobre una vieja tabla cubierta de cicatrices de cuchillo, siempre llenas de pasta de macarrones endurecida. Harina en los brazos atezados. Una maldición para su padre en los labios sicilianos, ligeramente velludos.

Al diablo, se dijo, volviendo a concentrar su atención en el paciente.

-Epinefrina –dijo Kender.

La enfermera cogió la ampolla de cristal y la rompió con los dedos. La jeringa de Adam succionò la hormona y la inyectò en otra vena de la pierna.

“Venga, condenado músculo –dijo, silenciosamente-, late de una vez”.

Mirò el reloj de la sala de operaciones, tan quieto como el corazón parado. Los relojes de las salas de operaciones eran inútiles. Una leyenda del hospital afirmaba que durante años habían sido cuidados por un viejo relojero del condado que sabía hacerlos andar, pero cuando se retirò los relojes se retiraron también.

-¿Cuànto tiempo lleva ya?

Una de las enfermeras, que podía llevar reloj de pulsera por no haber sido esterilizada, mirò la hora.

-Cuatro minutos y seis segundos.

“Dios, en fin, hicimos lo que pudimos, seas quien seas”, pensó. Ahora miraba a Kender, deseando que dejara de esforzarse. Después de cuatro minutos sin sangre oxigenada lo que había sido cerebro se transformaba en un objeto encerrado en un cràneo. Aun cuando le volvieran a la vida, este cuerpo no podría pensar ya màs, ni realmente vivir.

Kender parecía no haber oído. Siguió con su movimiento rítmico; el borde de la mano apretaba y rebotaba.

Otra vez.

Y otra.

-Y...

-Doctor... -dijo Adam, por fin.

-¿Què pasa?

-Son ya casi cinco minutos...

“Deje al pobre hombre que se muera”, era lo que èl hubiera querido decir.

-Màs bicarbonato.

Inyectò en la vena una vez màs. El doctor Kender seguía a su ritmo, como si nada.

Los segundos seguían pasando.

-El corazón late –dijo el anestesista.

-Èchenle un poco màs de adrenalina –dijo Kender, como quien manda tirar una bomba de napalm.

Adam obedeciò; tenía los ojos deliberadamente inexpresivos, y la boca, hosca, oculta detrás de la màscara.

En la pantalla del ordenador apareció una nova, y luego otra, y reaparecieron pequeñas intermitencias luminosas. Recobraron el viejo ritmo, los músculos se contraían, refrescados, latiendo, latiendo de una manera que habían estado a punto de olvidar para siempre.

“Ha resucitado”, pensó Adam.

Llegó el doctor Sack con dos máquinas fotográficas, una para placas y la otra para película en color.

-Mantengan abierta la incisión –ordenò Kender.

Adam obedeció. La máquina comenzó a funcionar, y èl, convertido en actor de cine, dio un paso atrás.

A los pocos momentos las máquinas fueron dejadas a un lado y todos ellos volvieron a ser cirujanos. Adam observò cómo cortaron el ganglio celiaco, inyectando fármacos para combatir el espasmo muscular y tratar de renovar la circulación sanguínea. Por supuesto, el intestino no podía operarse. Le hicieron el honor de cerrarle el abdomen con suturas de alambre.

Terminada la operación, Adam y Spurgeon limpiaron con alcohol el campo operatorio. Al lavar la sangre con betadina aparecieron lentamente las letras: QUERIDO DIOS, POR FAVOR, LLEVA A ESTE HOMBRE AL CIELO... YA HA PASADO POR EL INFIERNO.

-Que se queden aquí dos hombres permanentemente para echarle una mano – estaba diciendo Kender.

Adam les ayudò a poner al paciente en una camilla y, quitándose la máscara de tela del rostro sudoroso, vio que el anestesista le apretaba la bolsa de aire para que respirase por ella, mientras se llevaban de allí al vegetal resucitado.

Había días en que practicaba la cirugía de la vida. Las operaciones que realizaban eran para los vivos, procedimientos que harían sus vidas más fáciles, sus existencias más cómodas, exentas de dolor. Otros días practicaba la cirugía de la muerte y la desesperación abriendo el envoltorio humano para poner al descubierto células enloquecidas y de una fealdad que sólo cabía tapar de nuevo y esconder, trabajando desesperadamente para coordinar el cerebro y las manos con la certidumbre de que lo mejor que podía èl hacer era insuficiente para impedir grandes sufrimientos, y, finalmente, la muerte.

Y aquèl era uno de esos días, lo sabía.

Tarde ya, el señor Stratton fue traído a la sala de operaciones. Venía con èl un hombre, indudablemente el abogado cuyo permiso había hecho falta para realizar la operación. El hombre llevaba un traje marròn arrugado; tenía el cuello de la camisa sucio y el nudo de la corbata era demasiado grueso. Su expresión era de fatiga y corría pareja con el sombrero, que tenía manchas en la badana del forro. No parecía un gran abogado, ciertamente. Se quedó en el pasillo, a la entrada de la sala de operaciones, hablando en voz baja con el señor Stratton, hasta que Adam le dijo que se fuera, lo que èl hizo al instante, tratando de no mostrar gratitud ante tal orden.

-Hola, señor Stratton –dijo Adam-. Vamos a cuidarle muy bien.

El paciente cerrò los ojos y asintió.

Helena Manning, la residente de primer años, llegó seguida de Spurgeon Robinson. Adam decidió permitirle la experiencia de efectuar ella la amputación. Como sólo había una

enfermera ayudante, le dijo a la profesional que ayudase, y a Spurgeon le preguntò si le importaría encargarse de la preparación. En el cuarto contiguo había otra buena noticia: el agua caliente no podía bregar con las viejísimas tuberías, y ahora, como solía ocurrir varias veces a la semana, con frecuencia durante una hora incluso, del grifo de agua caliente manaba agua fría como el hielo. Profiriendo maldiciones, los tres cirujanos, durante los diez minutos de rigor, se lavaron las manos y los brazos con aquel líquido helado, y luego, con las manos entumecidas en alto, se congregaron en la sala de operaciones.

La enfermera era relativamente nueva y confesò, inquieta, que estaba nerviosa porque era la primera vez que se veía sola en aquella sala.

-No es nada, ya verà –dijo Adam, sombrío por dentro.

Spurgeon abrió la caja de instrumentos para la amputación y los preparò en hileras ordenadas y relucientes con los ligamentos y las suturas bajo una toalla esterilizada, de modo que pudieran ser sacados uno a uno cuando los necesitaran. La residente se situò junto al paciente, y, bajo la vigilancia del anestesista, comenzó a administrarle una inyección intraspinal.

El señor Stratton gimiò.

Helena Manning preparò la pierna, y, ayudada por Adam, la cubrió con tela.

-¿Dònde? –preguntò Adam.

Con el dedo índice enguantado, ella marcò la ruta de la incisión, bajo la rodilla.

-De acuerdo. Haga una larga incisión anterior y otra corta posterior en la piel. De modo que cuando se cure y se le repliegue pueda apoyar el muñòn con piel. Adelante.

Spurgeon le tendió el bisturí y comenzó luego a ayudar a Adam, que estaba conteniendo la sangre mientras ella cortaba. Trabajaban con gran concentración, hasta que la incisión quedó bordeada por diez o doce pinzas. Entonces pararon y sujetaron el reborde de piel, quitando las pinzas.

-La luz –dijo Helena a la enfermera.

La enfermera subió a un taburete y ajustò la lámpara. Al girar èsta en torno a su eje la cascada de fino polvo que flotaba del techo descendía hacia la mesa de operaciones. Las lámparas de la sala de operaciones, como los relojes y el agua caliente de esas salas, eran restos del pasado, que vinculaban al Hospital General del condado de Suffolk a otra época. Desde que Adam llegó de Georgia se estaba preguntando còmo era posible que respetables cirujanos universitarios pudieran gastar tanto tiempo y tanta paciencia limpiando, desinfectando y ocupándose de otros detalles antisépticos, para luego, indiferentemente, bañar el campo de operaciones de polvo al ajustarse la lámpara del techo.

Helena no lo estaba haciendo bien, seccionaba demasiado bajo.

-No –le dijo èl-, tiene que conseguir la línea àspera un poco màs arriba. Si empuja el periòsteo hacia arriba se reosificarà, dejando marca.

Ella volvió a cortar, esta vez màs arriba, añadiendo minutos a la duración de la operación. Zumbaba el aparato de acondicionamiento de aire. El monitor mantenía su

soñoliento bip-bip-bip. Adam sintió una suave sensación de somnolencia y tuvo que hacer un esfuerzo para concentrar la atención. Pensaba, anticipándose a las necesidades de la cirujana.

-Traigame algo de alcohol absoluto –le dijo a la enfermera.

-Dios mío –dijo la chica, mirando inquieta a su alrededor-. ¿Y para qué lo quieren?

-Para inyectar en el nervio.

-Ah.

La residente había localizado la arteria femoral, sujetándola. Ahora volvía la enfermera, a tiempo, con el alcohol. Helena había encontrado ya el nervio ciático; lo apretó, alto, lo ligó y le inyectó alcohol.

-Cera de huesos, por favor –dijo Adam.

-Ah.

Poniéndose a la altura del nuevo problema, la enfermera desapareció nuevamente.

Adam pasó la sierra a Helena. En este momento, con gran alegría por su parte, la médico se volvió mujer. No sabía asir la sierra. Cogiéndola con gran cuidado y dignidad, la pasó una y otra vez por el hueso. La hoja temblaba.

-Poca maña se da –le dijo él.

Ella le miró, con los dientes muy apretados, y con gran determinación, siguió aserrando.

Volvió la enfermera.

-No tenemos cera de huesos.

-¿Y cómo enceran las suturas?

-Con aceite.

-Al diablo. Va a necesitar cera de huesos. Mire en Ortopedia, por favor.

Aquello era el final de sus cálidas relaciones profesionales, pero, así y todo, la enfermera obedeció. Pocos minutos después volvió con la cera.

-¿No había cera?

-Arriba no.

-Bueno, muchísimas gracias.

-De nada –dijo ella, fríamente, y se fue.

Helena cosió bien la piel, demostrando la experiencia que había adquirido cosiendo vestidos para sus muñecas.

-Señor Stratton –decía el anestesista-, ya puede despertar, señor Stratton.

El paciente abrió los ojos.

-Todo fue a las mil maravillas –le dijo Adam.

El señor Stratton miró sorprendido el techo de la sala de operaciones, y sus ojos se entrecerraron, pensando sin duda en las delicias navideñas de no tener más que una pierna, mientras su esposa estaba en otro hospital, tan enferma que ni siquiera podía firmar un papel.

La enfermera había envuelto la pierna en dos sábanas. Adam se volvió a vestir de blanco y la cogió, junto con el informe patológico de Helena, aguardò el ascensor y, cuando, por fin, llegó, se metió en èl. El departamento de patología estaba en el cuarto piso. En el primer piso entraron en el ascensor varias personas, y, mientras subían, Adam vio que una dama de mediana edad, el tipo de señora que habla como los niños a los perros de presa, estaba mirando el envoltorio que llevaba en brazos.

-¿Me deja mirar a la criatura? Sólo un poco –preguntò, alargando la mano hacia la parte superior de la sábana.

-No –respondió Adam, dando rápidamente un paso atrás-, podría despertarse.

“De este niño me encargo yo. Woodsworth”. A lo largo de todo el trayecto hasta el cuarto piso acarició tiernamente la pierna del señor Stratton.

No sabía nada de Gaby. Telefonò una y otra vez, y siempre era Susan Haskell quien se ponía al aparato, separándole de ella; ya le tenía verdadero odio.

Se sentía culpable por causa de Liz Meomartino, dándose cuenta de que la había utilizado para su sucio juego de rivalidad con su marido, exactamente igual que en otros tiempos había usado a la griega. No quería volver a telefonearle, se decía a sí mismo, con alivio. Era un episodio indigno de èl. No era una cualquiera, tenía educación, belleza, buen gusto, dinero, y era tan maravillosamente sensual...

-Sí –dijo la voz de Liz.

-Soy Adam –dijo èl, cerrando la portezuela de la cabina telefónica.

Hicieron la misma maniobra. Se vieron en el Parlor y anduvieron entre la nieve sucia, hasta el Regent. Adam pidió la misma habitación.

-¿Piensa quedarse mucho tiempo, señor? –preguntò el empleado.

-Sólo esta noche.

-Es que dentro de tres o cuatro días vamos a estar completamente llenos. Una convención nacional de la Legión Norteamericana, que se reúne en el Auditorio del Memorial de Guerra, al otro extremo de la calle. Pensé que sería mejor advertírselo, por si pensaba quedarse la habitación el resto de la semana.

Se abrió la puerta del lavabo de señoras y la vio salir de nuevo al vestíbulo. ¿Y por qué no? No tenía ninguna obligación de permanecer en el hospital cuando no estaba de servicio.

-Bueno, resérvemela para toda la semana –dijo.

Aquella tarde estuvieron acostados en la habitación 314 acompañados por una orquestación de gritos y risas procedentes de los hombres invisibles tocados con gorros azules y dorados, que se gritaban insultos y recados por los pasillos del hotel y tiraban botellas vacías y bolsas de plástico llenas de aire por el tubo de la ventilación.

-¿De qué color era antes? –preguntò èl, acariciándole el pelo color pajizo.

-Negro –dijo ella frunciendo el entrecejo.

-No debieras habértelo teñido.

Liz movió la cabeza.

-Calla. Es lo que siempre està diciendo èl.

-Eso no quiere decir necesariamente que no tenga razón. Deberías dejarlo de su color natural –dijo Adam, con suavidad-. Es tu único defecto.

-Tengo otros –dijo ella.

Y poco después añadió:

-No creía que me telefonarías.

En el vestíbulo del hotel se oía ruido de desfiles: estaban pasando lista a los reunidos. Adam, que estaba fumando, miró al techo.

-No pensaba hacerlo –dijo, encogiéndose de hombros-, pero no conseguí olvidarte.

-A mí me pasa lo mismo. He conocido a muchos hombres. ¿Te molesta eso? No –le tapó la boca con la mano-, no contestes.

Adam besó los dedos.

-¿Has estado en México? –preguntó ella.

-No.

-Cuando yo tenía quince años, mi tío me llevó con èl a un congreso médico.

-¿Sí?

-En Cuernavaca. En las montañas. Casas de vistosos colores. Un clima maravilloso, y flores todo el año. Una plaza pequeña y bonita. Si no limpian las aceras, la policía les reconviene.

-No hay nieve –dijo èl.

Fuera, nevaba.

-No. Está a muy poca distancia de Ciudad de México, sólo ochenta kilómetros. Muy internacional, como París. Grandes hospitales. Mucha vida social. Un doctor norteamericano con talento puede ganar allí muchísimo dinero. Tengo dinero suficiente para comprarte cualquier tipo de clientela que te interese.

-¿Qué estás diciendo?

-Tú y yo y Miguel.

-¿Quiénes?

-Mi hijo.

-Estás loca.

-No. Mi hijo no te importaría. No podría dejarle.

-No... no es que me importe, es que es imposible.

-Prométeme que lo pensarás.

-Mira, Liz...

-Por favor, piénsalo, nada más.

Se le acercó y le besó; su cuerpo era un verano en el que Adam jugaba: melones, moras, melocotón, almizcle.

-Te enseñaré el palacio de Cortès –dijo ella.

El domingo, temprano, Kender devolvió a la sala de operaciones el caso de peritonitis, y cuando lo reabrieron encontraron que las medidas que habían tomado el sábado por la mañana habían, evidentemente, estimulado la circulación. Suficiente tejido estaba ahora libre de gangrena para permitirles hacer una resección. Extrajeron la mayor parte del intestino delgado y parte también del grueso. Durante la operación, el paciente durmió el sueño del comatoso permanente.

El lunes por la mañana, mientras desayunaba, Adam se enteró de que el hombre había sufrido dos ataques cardíacos más. Estaba siendo objeto de intensos cuidados. Kender recurría a todo cuanto estaba en su mano para mantenerle técnicamente vivo. Siempre tenía al lado, como mínimo, a dos médicos, observando signos de vida, administrándole oxígeno y medicamentos, respirando por él, vertiéndole líquidos revitalizadores en las venas.

Aquella tarde Adam pasó por la cocina de la sala de operaciones y vio a Kender sentado en una silla, en un rincón, dormido o simplemente reposando con los ojos cerrados, era difícil saberlo con exactitud. Procurando no hacer ruido, se preparó una taza de café.

-Una para mí, por favor.

Adam se la pasó al segundo jefe de cirugía y los dos bebieron en silencio.

-Profesión curiosa, esta de cirujano –dijo Kender-. He pasado años trabajando como un negro en esto de los trasplantes. El año que viene habrá una nueva Facultad de Cirugía en el Colegio Médico y quieren dársela a un especialista en trasplantes, pero no seré yo. Para entonces seré jefe de Cirugía.

-¿Y lo lamenta? –preguntó Adam.

Kender sonrió, fatigado.

-La verdad es que no. Pero me estoy dando cuenta de que el doctor Longwood no tenía una sinecura ni mucho menos. Ahora soy yo quien lleva la mayoría de los casos.

-Ya lo sé –dijo Adam.

-¿Y sabe también el promedio de mortalidad en los casos de los doctores Kender y Longwood en estos tres últimos meses?

-Si me hace la pregunta será porque es elevado. No lo sé. ¿El cincuenta por ciento?

-Diga el ciento por ciento –respondió Kender, en voz baja, metiéndose la mano en el bolsillo y sacando un puro- durante tres meses. Es mucho tiempo sin que un solo paciente salga vivo. Muchas operaciones.

-¿Y por qué ha ocurrido eso?

-Demonios, pues porque las operaciones fáciles se las pasamos a ustedes. En un lugar como éste, los jefes sólo se ocupan de aquellos que ya tienen un pie en la tumba.

Por primera vez en su vida Adam se dio cuenta de esto.

-La próxima vez que me toque una hernia o una apendicectomía le pediré ayuda.

Kender sonrió.

-Se lo agradecería –dijo, y mucho.

Encendió el puro y exhaló el humo hacia el techo.

-Hace unos momentos perdimos al hombre del estómago gangrenado –dijo.

La compasión que sentía Adam se desvaneció.

-En realidad, le perdimos cuando se le paró el corazón durante seis minutos. ¿No le parece, doctor?

Kender le miró.

-No, yo no diría eso –repuso. Se levantó y se dirigió hacia la ventana-. ¿Ve ese mausoleo, al otro lado de la calle, grande, de ladrillos rojos?

-El laboratorio de experimentación con animales.

-Fue construido hace muchísimo tiempo, antes de la Guerra de la Secesión. Allí Oliver Wendell Holmes solía experimentar con gatos.

Adam esperó, nada impresionado.

-Bueno, pues usted y yo y Wendell Holmes no somos los únicos que hemos trabajado allí. Durante largo tiempo, el doctor Longwood y el doctor Sack y alguna otra gente han estado experimentando con perros que morían de gangrena en sus partes vitales, y haciendo con ellos lo que hicimos con ese hombre que teníamos en la sala de operaciones se ha podido salvar a alguno de esos perros.

-Pero éste era un hombre –dijo Adam-, no un perro.

-Durante estos dos últimos años hemos tenido dieciséis pacientes de este tipo. Todos ellos han muerto, pero cada uno vivió un poco más de tiempo que el anterior. El último ha vivido cuarenta y ocho horas. En su caso, los procedimientos experimentales dieron resultado. Convirtieron el estado gangrenoso inoperable en uno que podía ser resuelto quirúrgicamente. ¿Quién sabe si el próximo paciente tendrá más suerte y no se le parará el corazón?

Adam miró al veterano cirujano. Diversas impresiones sintió simultáneamente en ese momento.

-Pero, ¿y cuando se dice uno a sí mismo: “Éste la plamó, como no podemos devolverle a la vida, dejémosle morir en paz y con dignidad”?

-Eso lo tiene que decidir por sí mismo cada médico. Yo nunca lo digo.

-¿Nunca?

-¡Diablos, joven amigo! –exclamó Kender-. Eche una ojeada a lo que ocurrió a bien poca distancia de este hospital. Hay gente que trabaja aquí y que todavía lo recuerda. En 1925, un joven médico llamado Paul Dudley White empezó a tratar a una niña de quince años, de Brockton. Tres años más tarde, la niña estaba muriéndose porque tenía el corazón oprimido por una bolsa pericárdica como de cuero. White la envió ocho o nueve veces al Hospital General de Massachusetts, y todos la miraron y la trataron, pero nadie podía hacer

nada por ella. La mandò a su casa, a sabiendas de que morirìa si no se conseguía extraerle el pericardio de la forma que fuese. Pensando en esto, se le ocurriò enviarla al Hospital General de Massachusetts otra vez màs, la última, esperando que se pudiese encontrar alguna manera de salvarla. Entonces, por pura suerte, o como quiera usted llamarlo, un joven cirujano llamado Edward Delos Churchill había vuelto al Hospital General de Massachusetts de un viaje por Europa, después de un año o dos de prácticas avanzadas de cirugía torácica, en el transcurso de los cuales tuvo la oportunidad de trabajar una temporada bajo la dirección del gran Ferdinand Sauerbruch, de Berlín. Naturalmente, Churchill iba a ser màs tarde jefe de Cirugía del Hospital General de Massachusetts.

“Bueno, pues el doctor White topò con èl en el viejo edificio de ladrillo y le convenció de que fuera con èl a ver a Katherine. Nadie en Estados Unidos había conseguido hasta entonces curar la pericarditis constrictiva, ni con el bisturí ni con medicamentos. El doctor White propuso al doctor Churchill que hiciera la prueba y... -Kender se encogió de hombros- la niña estaba muriendo lentamente.

Bueno, en fin, pues que la operò. Y vivió. De hecho, hoy en día ya es abuela. Y mucha gente con pericarditis constrictiva ha sido intervenida con éxito en estos últimos cuarenta años”.

Adam no dijo nada. Se limitò a seguir sentado, bebiendo el café.

-¿Quiere otro caso? El doctor George Minot, brillante investigador mèdico de Boston, casi murió de diabetes cuando no había cura para la enfermedad. Un día, poco antes del fin, recibió una de las primeras remesas de una hormona nueva descubierta por dos canadienses, Frederick C. Banting y Charles H. Best: la insulina. Y no murió. Y como no murió se dedicò a ganar el Premio Nobel por haber descubierto una manera de curar la anemia perniciosa, y, además, muchísima gente se salvò de paso, quièn sabe cuántos de ellos justo antes de una muerte que parecía inevitable. -Dio una fuerte palmada en el muslo de Adam y le echò el humo del puro en el rostro-. Por eso, amigo mìo, no me gusta rendirme asì como asì ante la muerte, por eso prefiero luchar hasta el fin, aunque sea feo y duela.

Adam movió la cabeza. No estaba convencido.

-Queda sin resolver la cuestión de si conviene prolongar unos terribles dolores y una existencia absurda cuando la derrota es inevitable.

Kender le mirò, sonriente.

-Es usted joven -dijo-; será interesante ver si no cambia de idea con el tiempo.

-Lo dudo.

Kender le disparò una nube de apestoso humo de puro.

-Veremos -dijo.

En plena noche, cubierto con un jersey, enguantado y con bufanda y botas, corriendo sobre la blanda nieve recién caída, que relucía bajo la luz de las farolas como cristal molido, dando

la vuelta una y otra vez, como una òrbita, en torno al hospital, hasta que el frìo del espacio exterior comenzò a corroerle los pulmones y a punzarle en su centro vital, Adam se decìa que Spurgeon Robinson tenìa razòn: el plan còsmico de Silverstone era pura mierda. Liz Meomartino le ofrecìa ahora el gran plan còsmico de Silverstone en bandeja de plata, y era evidente que no era aquello lo que èl querìa. Lo que deseaba desesperadamente era llegar a ser, en veinte años o asì, una mezcla de Lobsenz, Sack, Kender y Longwoos, y la transformaciòn no iba a tener lugar en Cuernavaca, ni en ningùn otro sitio en compaõìa de Liz Meomartino.

Le telefoneò por la maõana, y le dijo, lo màs delicadamente posible, que todo habìa terminado.

-¿Estàs seguro?

-Sì.

-Quiero verte, Adam.

“Pensaba poder hacerle cambiar de idea”, se dijo èl.

-No, mejor que no, Liz.

-Rafe estarà en casa esta noche, pero, no obstante, saldrè. Lo ùnico que quiero es despedirme.

-Adiòs, Liz. Buena suerte.

-Ven donde siempre, por favor –dijo ella, y colgó.

Adam trabajò todo el dìa como un negro que ha recibido la libertad y trabaja por su propia cuenta. Quedò libre a las seis, cenò con buen apetito y pasò varias horas en el laboratorio de experimentaciòn con animales.

Fue al sexto piso, se duchò, se echò en la cama en calzoncillos y leyò tres revistas mèdicas; luego, se vistiò de calle. Estaba buscando un paõuelo cuando sus manos tocaron algo que habìa en el cajòn, y lo estuvo mirando y dándole vueltas, como si no hubiese visto el guante de cabritilla negro en toda su vida.

Esta vez, el Regent estaba abarrotado de miembros de la Legiòn Norteamericana y sus mujeres, por lo que Adam tuvo que abrirse paso a codazos por el vestìbulo.

-Fèlix, ¿tienes los billetes? –gritò una mujer gorda que vestìa un arrugado uniforme de servicios auxiliares.

-Sì –repuso el marido, hincàndole a Adam en el trasero una aguijada de ganado.

Adam dio un salto, que provocò risotadas generales, pero, por fin, empujado por la gente, consiguiò entrar en el ascensor.

Habìa gente en el pasillo, en las escaleras, por todas partes. A Adam le parecìa tener gente incluso entre los dedos.

Introdujo la llave en la cerradura, y al abrir la puerta de la habitaciòn 314 el letrero luminoso que habìa junto a la ventana se agitò, mostrándole otra fotografìa surrealista, cuyo objeto central era un gorro azul y oro de los veteranos de ultramar que estaba sobre el tocador.

Adam cogió el ridículo gorro. El hombre que estaba en la cama le mirò con recelo. Vietnam, no. y demasiado viejo incluso para Corea. “Segunda Guerra Mundial”, pensó Adam. Los viejos soldados, no se sabe por què, parecen màs asequibles que los viejos marinos. Hawthorne.

Evidentemente, aquel hombre estaba asustadísimo.

-¿Què quiere usted? ¿Dinero?

-Que se vaya de aquí. Nada màs.

Adam le tendió el gorro y abrió la puerta, mientras el otro se ponìa los pantalones y huìa con manifiesto alivio.

Ella le mirò. Se veìa que había estado bebiendo.

-Pudiste haberme salvado –dijo.

-No sè siquiera si podrè salvarme a mì mismo.

Recogió sus medias y las metió, con el guante negro, en el bolso.

-Vete –dijo ella.

-Tengo que llevarte a casa, Liz.

-Es demasiado tarde –sonriò-. Les dije que iba a comprar cigarrillos.

Tenía puesta la combinación, pero el vestido resultaba difícil. Adam no recibió la menor ayuda y tardò un rato en poner las cosas en su sitio. A mitad de camino, la cremallera se atascò. Sudando, forcejeò con ella, pero era inútil, no quería retroceder ni seguir cerrando.

“El abrigo lo cubrirà”, pensó.

Cuando le puso los zapatos, y la hizo ponerse en pie, Liz se tambaleò. Rodeándole la cintura con el brazo, mientras ella se le asìa al cuello, se dirigió hacia la puerta, como quien ayuda a andar a un paciente.

En el pasillo, los generales distribuían cerveza y copas.

-No, gracias –dijo Adam, cortésmente, inclinándose sobre el timbre del ascensor.

Cuando llegaron al vestíbulo de abajo mirò al individuo de la aguijada de ganado, dispuesto a hacer reír a la gente.

-Fèlix, si nos toca usted con eso –dijo-, le prometo que se lo pongo de collar.

Fèlix pareció ofendido.

-¿Oìste a ese desgraciado? –preguntò a la mujer gorda.

-Ya te dije que la gente de aquí es tan fría como el clima –respondiò ella, mientras Adam seguía caminando, con su peso a cuestras-. A ver si otra vez me hacen caso y nos reunimos en Miami.

Fuera, la nieve seguía cayendo, como gachas. Adam no se atrevìa a dejarla apoyada contra la pared; sujetándola bien, marcharon los dos, tambaleándose, sobre el fango nevoso.

-¡Taxi! –gritò.

Los coches, varios de los cuales eran taxis, pasaban a su lado.

-Me fallaste –dijo ella.

-No te quiero –dijo Adam-. Lo siento.

Tenia ya el pelo empapado; la nieve se fundia en el cuello y le mojaba la camisa.

-Y, además, no sé cómo puedes pensar que me quieres, si apenas nos conocemos.

-Eso no importa.

-¡Pues claro que importa! Tenemos que conocernos, por Dios bendito. ¡TAXI! –aullò, a un bulto que pasó por su lado.

-Me refiero al amor. Se exagera su importancia. Me gustas mucho.

-Dios mío –exclamò èl.

Volvió a gritar, dándose cuenta esta vez de que iba a quedarse ronco. Milagrosamente parò un taxi, pero, antes de que Liz se moviera, un ex cabo astuto, con gorro y todo, saltò y cerrò la puerta. El vehículo arrancò.

Se acercò otro taxi, que, a tres metros de distancia, parò y bajaron de èl dos hombres.

-Anda, anda –dijo Adam, tirando de ella-, antes de que se vaya.

Gritò, tratando de acercarse de alguna manera, pero los dos ocupantes ya iban hacia èl y Adam vio que uno era Meomartino y el otro el doctor Longwood. “El viejo no debiera salir en una noche como èsta”, pensó.

Dejó de tirar de Liz. Se pararon y esperaron. Meomartino les mirò, pero no dijo nada.

-¿Dònde has estado? –preguntò el doctor a Liz-. Te estuvimos buscando por todas partes –echò una mirada a Adam-. ¿Dònde la encontró?

-Aquì –respondiò Adam.

Se dio cuenta de que Liz tenía aún un brazo en torno a su cuello y èl el suyo alrededor de su cintura. Se desasió y se la pasó a Meomartino, que estaba silencioso como una piedra.

-Muchas gracias –dijo Longwood, con sequedad-. Adiós.

-Buenas noches.

Compartiendo el peso, su marido y su tío la subieron al taxi. La portezuela se abrió y volvió a cerrarse. El motor rugiò y giraron las ruedas traseras. Al pasar, le salpicò, como un castigo, manchándole la pernera del pantalòn de fango y nieve, pero ya estaba empapado, de modo que le daba igual. Se acordó de la cremallera atascada.

Durante los días siguientes, agobiado por un tremendo resfriado, Adam esperò la embestida de Longwood contra el seductor de la sangre de su sangre. El viejo podía, de bastantes maneras, destruirle. Pero, dos días después de la catástrofe a la entrada del hotel, Meomartino le parò en la sala de cirujanos.

-Mi mujer me ha dicho que estando enferma tuvo usted la bondad de tomarse muchas molestias por conseguirle un taxi.

Sus ojos eran desafiantes.

-Pues yo...

-Fue buena cosa que diera con usted. Quiero darle las gracias.

-¡Por Dios!...

-Estoy seguro de que ya no va a necesitar su ayuda.

Meomartino le saludò con un movimiento de cabeza, y se fue, victorioso, en cierto modo. Nunca había sentido Adam tanto rencor y al tiempo tanto respeto. “¿Qué habrá sido de su venganza?”, se preguntò.

La còlera de Longwood no cayò sobre èl. Adam trabajò mucho, sin apenas salir del hospital, pasando las horas libres en su cuarto o en los laboratorios de patología o de experimentación con animales. Heredò una serie de casos quirùrgicos, una apendicectomìa, una extracción de vesícula biliar, varias gastrectomías, màs injertos epidérmicos para el señor Grigio.

La señora Bergstrom recibió un regalo de Navidad: un riñòn. La penúltima noche de diciembre, una sùbita tormenta dominguera descargò diez centímetros de limpia blancura sobre la sucia ciudad. Al otro lado del rìo, en Cambrigde, el hijo, de dieciséis años, de un renombrado erudito, embrutecido por las drogas, robò un automóvil, y, huyendo de la policía que le perseguía en coche, con cuidado para no derrapar en la nieve, chocò contra una masa de cemento armado y murió instantáneamente. Sus afligidos padres, que sòlo pidieron un anonimato protector contra la publicidad, hicieron donativo de las còrneas del muchacho al Hospital de Ojos y Oídos de Massachusetts y de un riñòn a los hospitales de Suffolk y Brigham.

Adam discutió con Kender el difícil problema de què dosis inmunodepresora había que administrar a la señora Bergstrom con el riñòn nuevo.

Kender se decidió por ciento treinta miligramos de imuran.

-Su función renal es muy baja –dijo Adam, dubitativo-. ¿Por què no bastaría con cien miligramos?

-Le di noventa miligramos la última vez –respondiò Kender- y el rechazo del riñòn fue total. No quiero que vuelva a ocurrir.

La operaron después de medianoche, y el riñòn estaba ya emitiendo orina cuando la sacaron de la sala de operaciones.

El día de Año Nuevo, Adam estaba también en la sala de operaciones para hacer una esplenectomía a uno de los conductores borrachos que habían tenido el buen sentido de romperse el brazo en plena carretera, a dos manzanas de distancia del hospital. Estaba esperando a Harry Lee, con las manos ya enguantadas cruzadas sobre el pecho, porque iba a ser su asistente. Norm Pomerantz aplicaría la anestesia general, que sería ligera, pero complicada, porque el paciente ya se había anesthesiado a sì mismo a fuerza de alcohol. En la sala de operaciones reinaba un silencio absoluto.

-Son las doce, Adam –dijo Lee.

-Pues Feliz Año Nuevo, Harry.

A la noche siguiente, inquieto por la dosis que Kender le había administrado a la señora Bergstrom, pasó revista al programa, pero no halló en él nada que le tranquilizase, y acabó rindiéndose y quedándose dormido con la cabeza en las manos. Soñó con la habitación 314 y con la mujer, y el recuerdo de ésta ofreciéndosele se fundía con otro, que iba volviéndose más sazonado, hasta verse haciendo el amor con Gaby, en lugar de un acto ritual con Liz Meomartino.

Cuando despertó se rió de sí mismo.

En cierto modo, pensó, había adquirido la experiencia de que el hombre que acabase conquistando a Gaby Pender no tendría que preocuparse cuando mandase a otro médico a su casa a recoger unas placas.

Pero, claro es, que Gaby tenía otros problemas. Menos mal que se había quitado de encima a esa pàjara loca.

Una hora después fue al teléfono y marcó su número. Esperaba oír la voz de Susan Haskell, pero en su lugar oyó la de Gaby.

-¿Gaby?

-Sí.

-Soy Adam.

-Ah.

-¿Cómo estás?

-Bien. Bueno, no lo estuve durante algún tiempo, pero ahora ya estoy bien.

-¿De verdad? –preguntó él, pensativo.

-Sí.

-Pues yo no. Feliz Año Nuevo, Gaby.

-Feliz Año Nuevo, Adam.

-Gaby, yo...

-Adam...

Habían hablado al mismo tiempo, y ahora los dos aguardaron.

-Tengo que verte –dijo él.

-¿Cuándo?

-Esta noche trabajo. Escucha, ven al aparcamiento del hospital a las nueve. Si no aparezco a esa hora, espèrame.

-¿Y por qué crees que voy a ir corriendo en cuanto me lo mandes tÙ? –dijo ella, fríamente-. ¿Y encima esperar?

Adam sintió alarma, inquietud, arrepentimiento.

-Adam, yo tampoco estoy bien –explotó ella. Estaba riendo y llorando al mismo tiempo. Adamo no conocía a ninguna otra chica capaz de hacer ambas cosas al mismo tiempo-. Irè, querido, querido Adam.

Y colgó.

LIBRO TERCERO

PRIMAVERA Y VERANO

SE CIERRA EL CÌRCULO

ADAM SILVERSTONE

Adam había hablado con Gaby serena y largamente, sentados ambos en el Plymouth azul, con la calefacción en marcha, en el aparcamiento del hospital. Fuera, la nieve iba cayendo y el faro de las ambulancias pestañeaba entre ellos, hasta que una capa de nieve cubrió el parabrisas de tal manera que les aislò del resto del mundo.

-Fue todo culpa mía –dijo èl-. No volverá a ocurrir nunca más.

-Casi acabaste conmigo. No podía siquiera hablar con ningún hombre.

Adam guardò silencio.

Pero había que hacer frente a otras cosas desagradables.

-Mi padre es alcohólico. En este momento parece no ir mal, pero ya otras veces se ha derrumbado y probablemente se volverá a derrumbar. Cuando esto ocurra necesitarè todo el dinero de que dispongo para cuidar de èl. No puedo casarme hasta tener la posibilidad de ganar un poco de dinero.

-¿Y cuándo será eso?

-El año que viene.

Gaby no tendría nunca la impulsiva sensualidad de Liz, esto èl lo sabía, pero, sin embargo, le atraía más. La quería mucho. Había puesto buen cuidado en no tocarla, y aún ahora seguía sin tocarla.

-No quiero esperar hasta el año que viene, Adam –dijo ella, con firmeza.

Adam pensó que sería conveniente hablar con alguien del departamento de Psiquiatría del Hospital, y entonces se acordó de Gerry Thornton, que había sido discípulo suyo en el Colegio Médico y ahora estaba en el Centro de Salud Mental de Massachusetts. Le telefoneò y estuvieron cinco minutos saludándose y contándose chismes sobre otros condiscípulos.

-Ah... ¿querías algo? –preguntò, por fin, Thornton.

-Pues te dirè –respondiò Adam-. Una amiga mía, una amiga muy íntima, tiene un problema, y pensé que no estaría de más hablar de esto con una persona que, además de haber sido psicoanalizada, es amigo de uno.

-La verdad es que todavía faltan algunos años para mi propio psicoanálisis –dijo Thornton, escrupuloso.

Y aguardò.

-Gerald, si estàs muy ocupado, no tenemos por qué vernos esta semana...

-Adam –le reprochò el otro-, si yo viniera a verte con apendicitis aguda, ¿me pedirías esperar hasta la semana que viene? ¿Què te parece el jueves?

-¿Comemos juntos?

-Mejor en mi despacho –propuso Thornton.

-De modo que ya ves –concluyó-; lo que me preocupa es la posibilidad de que nuestras relaciones la perjudiquen.

-Bueno, està claro que no conozco a la chica, pero yo diría que se puede afirmar que si ella se siente seriamente comprometida mientras tù te dedicas a ligar, y perdona...

-No es èsa la cuestión. Lo que yo querría saber, so freudiano, es què efecto puede tener una larga relación amorosa en una chica que sufre de lo que parece ser hipocondría.

-Ejem... Bueno, no puedo formular un diagnóstico por la misma razón que tù tampoco podrías saber, con sòlo hablar por teléfono con èl, si un paciente tiene carcinoma.

–Thornton cogió la bolsa del tabaco y se puso a llenarse la pipa-. ¿Dices que sus padres están divorciados?

Adam asintió.

-Lleva bastante tiempo separada de ellos.

-Eso podría influir, por supuesto. Estamos empezando a aprender algo, poco a poco, sobre enfermedades imaginarias. Algunos médicos han calculado que ocho de cada diez de sus pacientes les consultan por razones psicosomáticas. Su dolor es igual de real que el de otros pacientes, claro, pero es la mente la que se lo causa, no el cuerpo. –Encendió una cerilla y dio una chupada a su pipa-. ¿Has leído las poesías de Elizabeth Barret Browning?

-Alguna.

-Pues fijate en los versos que le escribió a su perro, Fluff.

-Me parece que el perro se llamaba Flush.

Thornton pareció molesto.

-Sì, justo, Flush.

Se dirigió a una estantería y sacò un libro que hojeò.

-Aquì està:

*Pero de ti se dirà
que vigilaste la cama
día y noche sin descanso,
en una alcoba cerrada
sin sol que rompiera el cerco
en torno al enfermo solo.*

“Todo parece indicar que esta mujer durante cuarenta años fue un caso clásico de hipocondría. En realidad, una invàlida, tan grave que tenía que ser bajada y subida en

brazos por la escalera. Entonces fue Robert Browning y se enamorò primero del espíritu de su poesía y después de ella, entrando como un bòlido en la fortaleza del viejo Barret, en la calle de Wimpole. Resultado: a la hipocondriaca se la llevò el viento, o quizá fuera la noche nupcial quien se la llevò, no lo sè. Elizabeth tuvo un hijo con Robert cuando ya contaba con cuarenta años”.

¿Còmo se llama tu amiga? –preguntò bruscamente.

-Gaby, Gabrielle.

-Bonito nombre. ¿Y còmo se encuentra ahora?

-Ahora bien, sin síntomas.

-¿Ha sido psicoanalizada?

-No.

-La gente con inquietudes, como ella, puede ser tratada perfectamente, ¿sabes?

-¿Quieres verla tù?

-No, yo no. Creo que sería mejor que la viera un sujeto muy brillante que hay en el Bet Israel y que està medio especializado en hipocondriacos. Dime si ella quiere, y lo arreglarè.

Adam le dio la mano.

-Gracias, Gerry.

Gerald, acabarès hecho un pedante, profetizò al salir del despacho entre el humo de la pipa. Luego sonriò. Sin duda, Thornton tolerarìa pacientemente esta observación, calificándola de “transferencia negativa”.

Gaby veìa con frecuencia a Dorothy. Se cogieron simpatía desde el principio, y a menudo, cuando Adam y Spurgeon estaban de servicio, las dos chicas se visitaban. Fue Dorothy quien llevò a Gaby al vecindario de la colina de Beacon donde encontró el apartamento.

-Mi hermana vive aquí cerca –dijo Dorothy-, mi hermana Janet.

-¿Sì? ¿Vamos a verla?

-No, no nos llevamos bien.

Gaby notò que Dorothy estaba preocupada y no hizo màs preguntas. Dos días después, yendo con Adam a la colina de Beacon, la emoción le había hecho olvidar por completo el incidente.

-¿Adònde me llevas? –preguntò Adam.

-Ya veràs.

El sobredorado de la Casa del Estado parecía, al sol matinal, un arbusto ardiente, pero sin dar calor. Un momento después ella le cogió de la mano y le sacò de los vientos del espacio abierto hacia el relativo refugio de la calle de Joy.

-¿Queda mucho? –preguntò èl.

Su aliento se condensaba en el aire helado.

-Ya veràs –repitiò ella.

Gaby se había puesto una chaqueta roja de esquiar y pantalones elásticos azules que ceñían lo que él, la noche anterior, acariciándola, había llamado la zona glútea más bonita que jamás había visto dentro o fuera de una sala de operaciones quirúrgicas. Llevaba también gorro azul de esquiar, de lana, con una borla blanca de la que Adam tirò, a mitad de la cuesta de Beacon, para que se detuviera.

-No me muevo. No doy otro paso hasta que me digas adònde vamos.

-Por favor, Adam, ya casi hemos llegado.

-Jùralo eròticamente.

-Por tu cosa.

En la calle de Phillips ya habían dado casi la vuelta a la manzana cuando se detuvieron ante un edificio de apartamentos de cuatro pisos con paredes agrietadas.

-Cuidado con los escalones –dijo ella, indicando la entrada descendente.

-Esto es suicida –murmurò Adam.

Los escalones de cemento estaban cubiertos por casi diez centímetros de hielo sucio, sobre el que había que andar con mucho cuidado. Al llegar al fondo, Gaby sacò una llave del bolsillo y abrió la puerta.

La única ventana dejaba entrar muy poca luz.

-Espera un momento –dijo ella apresuradamente, encendiendo las tres luces al mismo tiempo.

Era una especie de estudio. El papel de las paredes había sido pintado de un marròn demasiado oscuro para tan débil iluminación. Bajo el polvo que cubría el suelo había un suelo de asfalto color ladrillo, agrietado en algunos sitios. Había también un sofà relativamente nuevo, que indudablemente se podía convertir en cama, una silla demasiado mullida, tapizada en damasco desvaído, y otra que había sido salvada de un juego de muebles de mimbre de jardín.

Gaby se quitò los guantes y se mordió el dedo gordo. Adam había notado este ademàn característico suyo, indicio de que estaba nerviosa.

-Bueno, ¿què te parece?

Adam le sacò el dedo de la boca.

-¿Què me parece què?

-Le dije a la patrona que a las diez le daría una respuesta si me interesa alquilarlo.

-Es un sótano.

-Un piso bajo.

-Hasta el suelo està sucio.

-Lo lavarè y lo encerarè hasta que reluzca.

-Gaby, ¿hablas en serio? No es ni la mitad de bonito que tu piso de Cambrigde.

-Ademàs de esta habitación sala de estar hay un baño y una cocina. Mìralo.

-No me vas a decir que a Susan Haskell le va a gustar este sitio màs que donde vive ahora.

-Susan Haskell no va a vivir aquí.

Adam lo pensó un momento.

-¿No?

-Viviremos nosotros. Tú y yo.

Se miraron.

-Cuesta sesenta y cinco dólares al mes. Me parece barato, Adam –dijo ella.

-Sí, desde luego –convino Adam-. Lo es.

La cogió por la cintura.

-Gaby, ¿estás segura de que es eso lo que quieres?

-Completamente. A menos que no quieras tú.

-Pintaré las paredes –dijo él, al cabo de un momento.

-Son feas, pero la situación es estupenda. La estación de ferrocarril elevado está a sólo dos manzanas de distancia –dijo Gaby-, y también está la cárcel de la calle de Charles. La patrona me dijo que en tres minutos justos se puede ir de aquí al apartamento de la calle de Bowdoin, donde solía vivir Jack Kennedy.

Adam besó su mejilla y notó que estaba húmeda.

-Eso sí que nos vendrá bien –dijo.

Adam tenía poco equipaje. Reunió sus cosas del escritorio en un saquito. Había algo de ropa en los colgadores del armario, y también algunos libros, que metió en una bolsa de papel. Al cabo de la calle. El cuarto parecía estar ahora igual que la noche en que lo había usado por primera vez. No dejaba nada de sí mismo en aquella pequeña celda.

Spurgeon estaba de servicio, de modo que no había nadie de quien despedirse en el sexto piso.

Fueron al apartamento de Cambridge, y Susan Haskell ayudó a Gaby a hacer las maletas, mientras él vaciaba el contenido de dos estanterías en cajas de cartón.

Susan estaba muy triste, pero trató a Adam con gélida cortesía.

-El cubo de plástico es mío –dijo Gaby, culpable-. Compré una serie de cosas, pero se me olvidó comprar un cubo. ¿Te importa que me lo lleve?

-No, mujer, llévate todo lo que es tuyo, y no seas tonta.

-Dentro de un par de días comeremos juntas –dijo Gaby-. Ya te telefonearé.

Los dos fueron en silencio hacia el puente de Harvard y luego siguieron por el río Charles. El cielo estaba ceniciento y su estado de ánimo había bajado algo, pero cuando llegaron a la calle Phillips la actividad física de descargar el coche les animó.

Adam realizó un enérgico ballet por la helada escalera, pero, a pesar del peligro, se las arregló para no caer. Cuando dejaron en el suelo del apartamento la última caja de cartón, Gaby ya había limpiado con desinfectante los cajones del escritorio y estaba forrándolos con papel corriente.

-No hay más que esta cómoda –le dijo-. ¿Te importa dónde ponga tus cosas?

-Donde quieras –respondió él, sintiéndose súbitamente mejor-. Yo voy a limpiar de hielo los escalones.

-Excelente idea –dijo Gaby, haciéndole sentirse orgulloso de ser tan hombre de su casa.

Cuando volvió al apartamento, helado pero tras vencer las fuerzas de la naturaleza, Gaby le dijo que no se quitara el abrigo.

-Vamos a necesitar sábanas para la cama –explicó.

Adam fue entonces a la tienda de Jordan, donde estuvo un momento indeciso entre sábanas blancas, o de color, sencillas o con reborde. Finalmente se decidió por el color beige y los rebordes, comprando cuatro, dos para usar y dos para lavar.

Volvió y la encontró a gatas, limpiando el suelo.

-Ponte junto a la pared, querido –dijo-. Dejé sitio para que pasaras.

Adam circunnavegó el cuarto.

-¿Puedo hacer alguna cosa?

-Sí, hay que lavar el suelo del retrete y de la cocina –dijo Gaby-. Hazlo tú mientras termino con esto.

-¿Hace falta realmente? –preguntó él, inquieto.

-No podemos vivir en un sitio sin limpiarlo antes –respondió ella, sorprendida.

Entonces Adam cogió el cubo de plástico, tiró el agua sucia, lo lavó, volvió a llenarlo de agua jabonosa, se puso a gatas y fregó lo que hizo falta. Los dos suelos eran más grandes vistos de cerca, pero él trabajó, cantando.

Cuando terminó ya había oscurecido, y los dos tenían hambre. Adam dejó que ella encerrara el suelo del cuarto de baño y, aunque estaba sudando a mares permitió que la fuerza de la gravedad llevara sus exhaustas piernas cuesta abajo, por el lado norte y ventoso de la colina de Beacon, hasta el puesto donde vendían rosbif, junto a la cárcel de la calle de Charles. Compró bocadillos y cerveza, y tuvo la clara sensación de que el del puesto sabía que era para dar de comer a un preso.

Tras haber comido, Adam se disponía a limpiar el armario, pero Gaby le dijo que lavara antes las alacenas de la cocina, mientras ella terminaba el cuarto de baño.

Esta vez no cantó. Hacia el final, los dos trabajaron con mecánica seriedad. Gaby terminó la primera y, mientras se duchaba, Adam se sentó en la silla de jardín, demasiado cansado para hacer otra cosa que respirar. Cuando salió Gaby, en bata, Adam fue a ducharse bajo el fino y caliente chorro, que comenzó a enfriarse rápidamente y le obligó a lanzarse a una carrera contra la temperatura descendente, enjabonándose y frotándose bien en una milésima de segundo, antes de que el agua se volviese insoportablemente fría.

Gaby había desplegado el sofá y hecho la cama, y ahora estaba echada en ella, en camiseta azul, leyendo una revista y marcando las recetas de cocina que le gustaban.

-Mala luz; te vas a estropear los ojos –dijo él.

-¿Por qué no la apagas?

Dio la vuelta por el cuarto, apagando las tres tenues luces, y, al volver, tropezó en la oscuridad con los zapatos de ella. Se metió en la cama a su lado, conteniendo un gemido porque los músculos se le habían puesto terriblemente rígidos; ya se había dado la vuelta hacia Gaby cuando, en algún sitio, una mujer dio un chillido largo y aterrado, seguido por un golpe sordo, justo a la entrada del apartamento.

-¡Dios mío!

Adam se bajó de la cama de un salto.

-¿Dónde pusiste mi maletín?

-En el armario.

Gaby fue corriendo a buscarlo y se lo tendió a Adam, quien metió los pies descalzos en los zapatos, se echó encima la bata y salió afuera. Hacía mucho frío y no se veía nada. En algún sitio, escaleras arriba, la mujer volvió a chillar. Adam subió por las escaleras delanteras que conducían a la parte superior del edificio y entró en el vestíbulo; la puerta del apartamento número uno se abrió y se asomó una mujer.

-¿Qué desea?

-He oído ruido. ¿Sabe lo que era?

-No he oído nada. ¿Quién es usted?

-El doctor Silverstone. Acabamos de mudarnos. Abajo.

-Ah, sí. Me alegro de conocerle. -La puerta se abrió más, poniendo al descubierto un cuerpo bajo y chaparro, y una cabellera gris en torno a un rostro redondo y fofo, con leves signos de vello en el labio superior-. Soy la señora Walters. La patrona. Su mujer es una chica preciosa.

-Gracias -dijo él, y, al instante, volvió a oírse el chillido.

-Ah, esa es Bertha Krol -dijo la mujer.

-Ah, Bertha Krol.

-Sí, no se preocupe. Se callará enseguida.

La mujer le miró. Adam estaba allí, en pie, con zapatos y sin calcetines, en pijama y una vieja bata, con el maletín en la mano; notó que a la vieja empezaban a temblarle los hombros.

-Buenas noches -dijo, con sequedad.

Al bajar los escalones de la entrada, cayó algo como un bolido y se oyó un ruido seco. Un saco de basura se rompió contra el suelo en plena calle. Asombrado, Adam observó que ahora a la luz de la farola el sucio contenido del primer saco que, pocos minutos antes, había oído caer y romperse. Levantó la vista justo a tiempo de ver una cabeza que se retiraba a toda prisa de la ventana de arriba.

-¡Esto es una vergüenza! -gritó-. ¡Haga el favor de parar, Bertha Krol!

Algo pasó silbando cerca de su cabeza, yendo a chocar metálicamente contra el escalón.

Era una lata de cerveza.

Dentro, Gaby, sentada en la silla, estaba asustada.

-¿Qué era?

-Nada, Bertha Krol. La patrona dijo que se callarà enseguida.

Volvió a poner el maletín de las medicinas en el armario, apagò las luces, se quitò la bata y los zapatos y ambos volvieron a acostarse.

-Adam.

-¿Qué?

-Estoy rendida.

-Tambièn yo –dijo èl, aliviado-, y me duele todo.

-Mañana comprarè linimento y te harè fricciones –dijo ella.

-Okay. Buenas noches, Gaby.

-Buenas noches, querido.

Arriba, la mujer seguía chillando. Afuera, se oyò el choque de otra lata de cerveza contra el helado pavimento. Gaby se estremeció ligeramente y Adam se volvió hacia ella y le pasó la mano por los hombros.

Un momento después la sentía temblar bajo su brazo, de la misma manera que habían temblado los hombros de la patrona poco antes, pero no sabía si era de tristeza o de alegría.

-¿Qué te pasa? –preguntò con suavidad.

-Estoy cansadísima y no hago màs que pensar: “esto es lo que es ser una mujer caída”

Adam riò con ella, aunque le dolía en muchos sitios.

Un pie pequeño y frío se frotò con su empuje. Arriba, la mujer –Adam se preguntò si estaría borracha, o loca de atar- había dejado de chillar. De vez en cuando pasaba un coche por la calle, rompiendo el hielo y hendiendo la basura de la señora Krol y lanzando reflejos breves contra la pared. Gaby levantò la mano, que cayò, cálida y ligera, sobre el muslo de èl. Estaba dormida y Adam notò que roncaba, pero el sonido sibilante, suave y rítmico, era musical y atractivo, como el gemido de las palomas en los olmos inmemoriales y el murmullo de innumerables abejas. Era un ruido que ya le gustaba mucho.

A la mañana siguiente despertaron temprano y, a pesar de los dolores musculares y òseos que les atenazaban, en aquel frío y tranquilo cuarto, bajo las gruesas mantas, hicieron deliciosamente el amor; luego, como aún no tenían provisiones en las alacenas de la cocina, se vistieron y fueron cuesta abajo, sobre el suelo que la noche había cubierto de blanca y suave nieve, a desayunar por todo lo alto en una cafetería de la calle Charles.

Gaby le acompañò a la estación de ferrocarril elevado y le dio un beso de despedida hasta dentro de treinta y seis hora. En los rostros de ambos se podía ver lo bien que les parecía aquel nuevo estado de cosas; pero ni èl ni ella trataron de expresarlo con palabras, quizá por superstición.

Gaby fue de compras, tratando de ser sensata y frugal, porque la acomplejaba la idea de tener que vivir con el sueldo del hospital, y sabía que no daría mucho de sí si seguía ahora comprando con su generosidad habitual.

Pero cuando vio los aguacates maduros no pudo resistir la tentación y comprò dos. A pesar de su prudencia en comprar y de que no eran màs que dos personas, Gaby decidió asentar las bases de su despensa y acabò con cinco bolsas grandes llenas. Pensó en ir a casa con el coche, pero luego decidió pedir prestado al tendero una carretilla de mano. Estaba prohibido, pero al hombre le conmovió que hubiera tenido el valor de pedírsele y hasta la ayudò a cargar los bultos. Parecía una buena solución, hasta que tuvo que enfrentarse con el problema de empujar la carretilla cuesta arriba. La nieve dificultaba mucho la tarea, y la carretilla resbalaba, y ella también.

Una chica negra, salida de no se sabía dònde, con nieve en el pelo, se ofreció a ayudarla.

-Usted empuja por un lado y yo por el otro –dijo.

-Gracias –jadeò Gaby.

Entre las dos consiguieron llevar los bultos hasta la calle de Philips.

-Me salvò usted la vida. ¿Quiere una taza de tè?

-Okay –respondió la chica.

Llevaron los bultos al apartamento y se quitaron los abrigos, dejándolos sobre la cama. La chica llevaba pantalones largos de un azul desvaído y una blusa vieja. Tenía los pómulos salientes y la piel de un precioso marròn aterciopelado. Tendría unos diecisiete años.

-¿Còmo te llamas? –preguntò.

-Ah, sí, dispensa. Gabrielle...

Se interrumpió, preguntándose si añadir Pender o Silverstone.

La chica no pareció darse cuenta.

-Bonito nombre.

-¿Y tù?

-Janet.

Gaby, de puntillas, trataba de alcanzar la tetera.

-No seràs la hermana de Dorothy.

-Tengo una hermana que se llama Dorothy.

-¡Pues somos amigas!

-¿Sì? –dijo la chica, sin apenas interés.

Gaby preparò el tè en la cocina por primera vez y abrió un paquete de galletas, y las dos tomaron tè y varias galletas cada una y charlaron. Janet vivía en la calle de Joy.

-El nombre de la calle fue uno de los motivos de que me fuera a vivir allí. A esa casa enorme.

Gaby riò.

-Lo dices como si fuera inmensa.

-Lo es.

-¿Cuántas habitaciones?

-Nunca las contè. Dieciocho, quizá veinte. Necesitamos el sitio. Vivo con una familia muy numerosa.

-¿Cuánta gente?

Se encogió de hombros.

-Depende. A veces unos se van y a veces otros vienen y se quedan. No sè cuántos somos ahora. Bastantes.

-Ah –dijo Gaby, comprendiendo lo que quería decir.

-Funciona bastante bien –dijo Janet, cogiendo otra galleta-. Cada uno hace una cosa.

-¿Qué clase de cosa?

-Pues eso. Carteles. O flores, o sandalias, lo que uno quiera hacer.

-¿Y tú qué haces?

-Merodear. Salgo a por comida.

-¿Y dónde la encuentras?

-En todas partes. En las tiendas y en los mercados. Nos dan verdura picada y cosas así. No sabes la sustancia que queda después de eliminar la parte mala. Y la gente de aquí nos conoce y nos da cosas. Somos cinco los merodeadores de la familia. Nos va bien.

-Ya –dijo Gaby.

Un poco después cogió las tazas y lo demás y lo dejó en la pila de la cocina.

-Tengo que llevar la carretilla –dijo.

-Ya lo harè yo. Tengo que pasar por allí.

-No, mujer...

-¿No te fias de mì?

-Sì, claro.

-Pues entonces te la llevo yo.

Gaby fue a la cocina y cogió una jarra de manteca de cacahuete y dos de mermelada y un panecillo y, ¿quién sabe por qué motivo?, uno de los aguacates, metiéndolo todo en una bolsa de papel.

-Te doy esto –le dijo a la chica, sintiéndose avergonzada, a saber por qué.

Janet se encogió de hombros, con indiferencia.

-Tienes muchos libros –dijo, señalando los volúmenes que había en montones en el suelo-. Las cajas de naranjas sirven muy bien como estanterías. Pintadas de distintos colores.

Saludò con la mano y se fue. El apartamento quedó silencioso y vacío. Gaby puso la compra en la alacena, diciéndose que ahora tendría que ir a comprar màs manteca de cacahuete, mermelada y pan. Cortò dos pedazos de cinta adhesiva y en uno puso a

màquina GABRIELLE PENDER, y en otro ADAM SILVERSTONE, DOCTOR EN MEDICINA. Luego los pegò en la puerta, sobre la negra y oxidada estafeta metàlica.

En el supermercado comprò lo que le había dado a la merodeadora y pidió seis cajas vacías de naranjas. Llenaron el Plymouth. Camino de casa, parò ante la ferretería y comprò dos brochas, pintura y latas de esmalte negro, blanco y color calabaza.

El resto del día lo dedicò a proyectos de decoración. Extendió en el suelo el periódico de la mañana y trabajò cuidadosa y afanosamente pintando dos cajas de cada color, esforzándose en que quedaran bien, porque quería dar una sorpresa a Adam. Cuando las seis estuvieron pintadas lavò las brochas y las puso bajo la pila de la cocina, con los botes de pintura. Luego se duchò largo rato, y se puso el pijama. No estaba contenta con la distribución de las cosas en los cajones de la cómoda, por lo que se puso a sacar la mitad del cajòn de èl y la mitad del de ella, poniéndolo todo en el otro cajòn, de modo que todos los compartimentos resultaron bisexuales. Los calcetines de Adam puritanamente junto a sus medias, y las bragas de ella junto a los calzoncillos. Bajo las blusas y junto a las camisas puso la cajita redonda de madreperla falsa que contenía las píldoras en que se basaban sus relaciones, las pociones mágicas que hacían posible su vida conyugal.

Estudiò hasta las diez, luego cerrò la puerta con llave, sujetò bien la cadena a la cerradura, tomò una de las píldoras , apagò las luces y se acostò.

Echada en la oscuridad, se sentía màs solitaria que nunca, pensó al cabo de un rato.

El apartamento apestaba a pintura. La señora Krol chillò tres veces, pero esta vez no parecía hacerlo con mucho interés, ni tampoco tirò nada por la ventana que hiciera ruido al caer. Del lado del Hospital General de Massachusetts llegó el bramido de la sirena de una ambulancia, lo que la hizo sentirse màs cerca de Adam. Al pasar los coches por la calle de Phillips los faros seguían dibujando monstruos, que se perseguían unos a otros por las paredes.

Ya había comenzado a dormirse cuando alguien llamò a la puerta.

Saltò de la cama y se puso junto a la puerta, en la oscuridad, abriendo sòlo un poquitín, lo que daba de sì la cadena.

-¿Quièn es?

-Vengo de parte de Janet.

Por la rendija, a la luz de la farola, Gaby vio a un hombre, no, un muchacho. Era muy alto, con el pelo rubio y largo, que en la oscuridad parecía casi del mismo color que el de Janet.

-¿Què quiere?

-Le manda una cosa –respondió, mostrando un paquete informe.

-¿Quiere dejarlo ahì? No estoy vestida.

-De acuerdo –dijo èl, afablemente.

Lo dejó en el suelo y su sombra oscura se fue a grandes zancadas. Gaby se puso la bata, encendió todas las luces y aguardò mucho tiempo hasta reunir suficiente valor para

descorrer rápidamente la cadena, recoger el bulto y cerrar de golpe, volviendo a atrancar la puerta. Luego se sentò en la cama, con el corazón latiéndole aceleradamente. Envuelto en una crisálida de periódicos viejos había un ramo de flores de papel de colores. Eran flores grandes negras, amarillas y de color naranja, de diversos matices. Precisamente los colores que necesitaba.

Volvió a acostarse con las luces encendidas, y estuvo así, admirando el cuarto, menos asustada. Finalmente, dejó de imaginar que oía pasos y no tardò en quedarse dormida, sintiendo por primera vez que estaba en su propio hogar.

RAFAEL MEOMARTINO

Cuando Meomartino era pequeño solía acompañar a Leo, el factótum familiar, a San Rafael, una pequeña iglesia enjalbegada de blanco, rodeada por todas partes por campos de caña de su padre, para recibir en la lengua la hostia del padre Ignacio, sacerdote obrero guajiro, a quien confesaba periódicamente los pecados de su temprana adolescencia y recibía las respetuosas penitencias de los privilegiados.

He tenido malos pensamientos, padre.

Cinco avemarias y cinco actos de contricción, hijo mío.

Me he tocado, padre.

Cinco avemarias y cinco actos de contricción. Lucha contra las debilidades de la carne, hijo mío.

Para bodas y funerales la familia prefería la pompa de la catedral de La Habana, pero en circunstancias ordinarias Rafe se sentía más a gusto en la pequeña iglesia, que los obreros de su padre habían empezado a construir cuando nació èl. Arrodillado en el oscuro y húmedo interior, ante la estatua de yeso de su santo patrón, rezaba la penitencia y luego pedía al arcángel que intercediera por èl contra un maestro tiránico, que le ayudara a aprender latín o que le protegiera de su hermano Guillermo.

Ahora, acostado junto a su dormida esposa a quien una hora antes había dado un amor frío y desesperanzado, Rafe pensaba en San Rafael y deseaba fervientemente volver a tener doce años.

Estando en Harvard había dejado de creer. Hacía mucho tiempo que no se confesaba, años y años que no había hablado con un sacerdote.

San Rafael, dijo silencioso, en la habitación oscura.

Muéstrame cómo puedo ayudarla.

Ayúdame a ver en què he fallado, por què no la satisfago, por què se va con otros hombres.

“Silverstone”, pensó.

Èl era mejor hombre y mejor cirujano, y, sin embargo, Silverstone amenazaba su existencia en ambas direcciones.

Sonrió sin alegría al pensar que Longwood había decidido que hay cosas peores que tener un cubano en la familia. El viejo se había quedado completamente desconcertado al ver a Liz en compañía de Silverstone. Desde aquella noche se había mostrado bastante cálido y amistoso con èl, como si tratara de hacerle ver que se hacía cargo de lo difícil que era su sobrina.

Pero ahora Longwood le presionaba a diario para conseguir que fuese èl y no Silverstone, el que se llevara el puesto de la Facultad.

Meomartino estaba perplejo.

“San Rafael –dijo. ¿Es que no soy bastante hombre? Soy mèdico, me doy cuenta de que cuando terminamos ella queda satisfecha. Hazme ver lo que tengo que hacer. Prometo confesarme, comulgar, volver a ser un buen católico”.

En la oscura alcoba reinaba el silencio; sòlo se oía el ruido de la respiración de ella. Recordó que, a pesar de tanto arrodillarse ante la imagen, le habían suspendido en latín, y que su cuerpo normalmente estaba negro por las palizas que le daba Guillermo, hasta que creció y se hizo lo bastante fuerte para vencer a su hermano.

Tampoco en eso San Rafael le había ayudado.

Por la mañana, con los ojos soñolientos, fue al hospital y trabajò como pudo. Estaba de pésimo humor cuando, a la cabeza de los cirujanos, fue a hacer las visitas, y se puso peor cuando vio a James Roche, un caballero de sesenta y nueve años con carcinoma del colon en estado avanzado, que iba a ser operado la mañana siguiente.

Mientras las enfermeras y los dietéticos iban por la sala con bandejas, Meomartino, sereno, explicó el caso, que casi todos sus oyentes conocían, e iba a hacer unas cuantas preguntas docentes.

Pero se detuvo a media frase.

-Cristo. No puedo creerlo.

El señor Roche estaba comiendo. En el plato había pollo, judías y patatas.

-Doctor Robinson, ¿por què està comiendo este hombre lo que està comiendo?

-No tengo la menor idea –respondió Robinson-. La orden de cambiarle el régimen està en el libro. La escribí yo mismo.

-Por favor, tráigame el libro.

Cuando lo abrió lo vio allí, escrito de puño y letra de Robinson, pero eso no calmò su ira.

-Señor Roche, ¿què desayunò usted?

-Lo se siempre. Zumo de fruta, un huevo y un poco de gachas. Y un vaso de leche.

-Borren este nombre del programa de operaciones de mañana –dijo Meomartino-. Pónganle en el de pasado mañana. ¡Diablos!

-Ah –dijo el paciente-, y una tostada.

Meomartino mirò a sus oyentes.

-¿Se imaginan ustedes lo que habría ocurrido si llegamos al colon de este hombre con tanta materia dentro? ¿Se imaginan lo que sería tratar de contener la sangre con tanta basura? ¿Se imaginan la infección? Háganme caso, no se lo podrán imaginar hasta que no lo hayan visto.

-Doctor –dijo el paciente, inquieto-, ¿dejo el resto de la comida?

-Coma a gusto y que le aproveche –respondió èl-. Mañana por la mañana comenzará usted el régimen que debiera haber comenzado hoy, régimen líquido. Si alguien trata mañana de darle algo sólido no lo coma, màndeme llamar inmediatamente. ¿Comprende?

El otro asintió.

Misteriosamente, ninguna de las enfermeras sabía quièn había servido a Roche el desayuno y la comida.

Veinte minutos después, Meomartino fue a su despacho y preparò una queja oficial contra la enfermera desconocida que había servido las dos bandejas, la cual firmò con una airada rùbrica.

Aquella tarde, Longwood le llamò por teléfono.

-Estoy descontento por el número de permisos de autopsia de usted.

-Hago lo que puedo por conseguirlos –dijo èl.

-Los encargados del servicio de cirugía de otros departamentos han conseguido hasta el doble de permisos que usted.

-Es posible que en estas secciones haya màs defunciones.

-En el servicio de usted, este año hay otro cirujano que ha conseguido muchos màs permisos que usted.

No hacía falta que Longwood le dijera el nombre del cirujano en cuestión.

Harè lo que pueda –dijo.

Un rato después, Harry Lee entrò en el despacho.

-Acabo de recibir un rapapolvo, Harry. El doctor Longwood quiere màs permisos de autopsia en mi servicio. Voy a pasar la buena noticia a todos los que trabajan en mis casos.

-Siempre que perdemos a un paciente hemos presionado cuando nos ha sido posible a los parientes –dijo el residente chino-. Eso lo sabes de sobra. Cuando aceptan, siempre tenemos su firma. Si aducen poderosos motivos personales para rehusar...

Y se encogió de hombros.

-Longwood dio a entender que Adam Silverstone ha conseguido muchos màs permisos que yo.

-No sabía que estuvièis compitiendo –dijo Lee, mirándole con curiosidad.

-Pues ahora ya lo sabes.

-Sì, ya lo sè. ¿Sabes còmo se consiguen permisos en algunos servicios?

Rafe aguardò.

-Asustan a los parientes, debilitando su resistencia con insinuaciones de que la familia entera puede tener alguna tara hereditaria que fue causa de la muerte del paciente, y que lo único que se persigue con la autopsia es salvar la vida de todos.

-Eso es repugnante.

-De acuerdo. ¿Quiere que también nosotros usemos ese método?

Rafe le mirò y sonriò.

-No, simplemente que hagáis lo que podàis. ¿Cuàntos permisos entregaste este mes?

-Ninguno –dijo Lee.

-Diablos. Eso es exactamente lo que querìa decir.

-No sè còmo ìbamos a conseguir permisos de autopsia –dijo Lee, con suavidad.

-¿Y por què demonios no?

-Pues porque el mes pasado no perdimos ningún paciente.

“No me excusarè”, pensó.

-Eso quiere decir que te debo un convite.

Lee asintió.

-Asì es. Tù o Silverstone.

-Pues pagarè mi deuda –dijo Meomartino-. Tengo un apartamento.

-Al parecer, también Adam tiene ahora un apartamento –dijo Lee-. Por lo menos ya no vive en el hospital.

“De modo que es allì donde va Liz”, pensó, con amargura, Meomartino.

Lee sonriò.

-Une necessitè d'amour, quizás. Incluso en Formosa recurrimos a esos métodos.

Meomartino se dio cuenta, con irritación, de que estaba frotando de nuevo los àngeles del reloj de bolsillo con el dedo gordo.

-Puedes difundir la noticia por ahì –dijo-. El convite corre de mi cuenta.

Liz se mostrò encantada.

-¡Con lo que me gustan a mì los convites y las fiestas! Ya veràs, serè el tipo de anfitriona que le consigue a su marido el puesto del tìo Harland cuando se retire –dijo.

Doblò las largas piernas en el sofà, y empezó a hacer en el cuaderno de notas una lista de las cosas necesarias: licores, canapés, flores, servicio...

Meomartino, repentina e incòmodamente, se sintió consciente de que la mayor parte del personal de su servicio noestaba acostumbrado a gastar dinero en flores y servidumbre cuando daban una fiesta.

-No exageremos –dijo.

Por fin, se pusieron de acuerdo: un barman y Helga, la mujer que trabajaba de interna en el apartamento.

-Liz –dijo-, te agradecería mucho que no...

-No beberè lo que se dice una gota.

-No tanto, mujer; basta con que te moderes.

-Ni una gota, digo. Eso soy yo quien tiene que decidirlo. Quiero demostrarte de lo que soy capaz.

La tregua con la muerte no durò mucho. El viernes, el día antes de la fiesta, Melanie Bergstrom enfermò de pulmonía. Ante la temperatura cada vez màs alta y la evidencia de que estaban afectados ambos pulmones, Kender la atiborrò de antibióticos.

Peggy Weld estuvo junto a la cama de su hermana, dándole la mano, bajo la tienda de oxígeno. Meomartino buscò excusas para entrar en el cuarto, pero Peggy no mostrò interés por èl. Tenìa los ojos fijos en el rostro de su hermana. Sòlo una vez oyò èl su conversación.

-Aguanta, niña –ordenaba Peggy.

Melanie se lamìa los labios reseco por su fatigosa respiración.

-¿Cuidaràs de ellos?

-¿De què?

-De Ted y de las niñas...

-Escucha –la interrumpió Peggy-, he tenido que sacarte las castañas del fuego toda mi vida. Vas a ser tù quien cuide de ellos.

Melanie sonriò.

-¡No vas a rendirte así como así!

Pero murió a la mañana siguiente, en la clínica de tratamiento intensivo.

Descubrió el cadáver Joan Anderson, la pequeña enfermera rubia. Estaba serena y lúcida, pero después de informar a Meomartino empezó a temblar.

-Que la manden a casa –dijo èl a Miss Fultz.

Pero la jefa de enfermeras había visto a cientos de muchachas jóvenes descubrir de pronto la muerte. Durante el resto del día asignò a la señorita Anderson el cuidado de los pacientes menos agradables de la sala, hombres y mujeres saturados de amargura que se quejaban de la vida.

Meomartino estaba esperando a Peggy Weld cuando èsta llegó corriendo al hospital.

-Hola –dijo.

-Buenos días. ¿Sabe còmo se encuentra mi hermana?

-Siéntese un momento y hablemos.

-Ha ocurrido, ¿no? –preguntò ella, en voz baja.

-Sì –respondiò èl.

-¡Pobre Mellie!

Dio media vuelta y se alejó.

-Peg –dijo él, pero ella no movió la cabeza y siguió alejándose.

Unas horas más tarde volvió para recoger las cosas de su hermana. Estaba pàlida, pero Meomartino vio que tenía los ojos secos, lo que le preocupò. Estaba seguro de que era el tipo de mujer capaz de esperar todo el tiempo que hiciera falta, semanas incluso, hasta verse sola, y entonces volverse completamente histèrica.

-¿Se encuentra bien? –preguntò.

-Sì. He estado dando un paseo.

Estuvieron sentados un rato juntos.

-Merecìa un fin mejor –dijo ella-, de verdad. Debiera haberla conocido cuando estaba bien.

-Làstima no haberla conocido entonces. ¿Y què va a hacer ahora? –preguntò, con voz suave.

Ella se encogió de hombros.

-Lo único que sè hacer. Después... de todo... Llamarè a mi agente y le dirè que estoy lista para volver a trabajar.

-Eso està bien –dijo él, con cierto alivio en la voz.

Ella le mirò con curiosidad.

-¿Què quiere decir?

-Lo siento. Entreoí una conversación.

Ella le mirò y sonriò pensativa.

-Mi hermana era poco pràctica. Mi cuñado no me querrìa ni regalada –dijo-. Piensa que soy una perdida. Y, si quiere que le diga la verdad, yo a èl tampoco le aguanto.

Se levantò y alargò la mano.

-Adiòs, Rafe Meomartino –dijo, sin tratar siquiera de ocultar la pena que sentía.

Èl le tomò la mano y pensó que las vidas humanas se cruzan en ritmos carentes de sentido, preguntándose al mismo tiempo què habrìa ocurrido si hubiese llegado a conocer a esta mujer antes de la noche en que Liz había salvado de la lluvia a un extraño ebrio.

-Adiòs, Peggy Weld –dijo, dejando que se fuese.

Aquella tarde, con el doctor Longwood ausente y el doctor Kender presidiendo, el servicio se reunió en la Conferencia de la Mortalidad y dedicò la sesión entera a examinar el caso de Melanie Bergstrom.

El doctor Kender examinò la cuestión serenamente, atribuyendo la muerte a una infección producida por exceso de fármacos inmunodepresores.

-El doctor Silverstone sugirió dosis de cien miligramos –dijo-, pero yo optè por dosis de ciento treinta miligramos.

-En su oponiòn, ¿se habrìa presentado la pulmonía de haberse administrado la dosis de cien miligramos propuesta por el doctor Silverstone? –preguntò el doctor Sack.

-Probablemente no –respondió Kender-, pero tengo la razonable seguridad de que con sólo cien miligramos habría rechazado el trasplante. El doctor Silverstone ha estado realizando estudios con animales y les dirá que no se trata de sencillamente de x unidades de peso corporal contra y unidades de medicamentos. Intervienen en el problema otros factores: la resistencia del paciente, el vigor de su corazón, su energía vital y, sin duda, también, otras cosas que aún no conocemos.

-¿Y qué deducimos de eso, doctor? –preguntó Sack.

Kender se encogió de hombros.

-Hay una sustancia que se produce inyectando caballos con nódulos linfáticos triturados procedentes de cadáveres humanos. Se llama suero antilinfocito; abreviado, es ALS. Hay ya informes preliminares de que, en casos como el que nos ocupa, es muy eficaz. Creo que deberíamos comenzar enseguida a experimentarlo con animales.

-Doctor Kender –preguntó Miriam Parkhurst-, ¿cuándo piensa dar un riñón al doctor Longwood?

-Estamos buscando un cadáver –dijo Kender-. Su tipo sanguíneo es B negativo. En cualquier caso, hay pocos donantes, pero aquí tenemos la complicación del tipo de sangre poco frecuente.

-Es un terrible obstáculo –dijo Joel Sack-. Menos del dos por ciento de los donantes que acuden a nuestro banco de sangre son B negativos.

-¿Ha advertido a otros hospitales de que buscamos un cadáver con tipo de sangre B negativo? –preguntó Miriam.

Kender asintió.

-Hay otra cosa que creo que deben saber ustedes –dijo-. Podemos conservar físicamente al doctor Longwood gracias a las máquinas de diálisis, pero, psicológicamente, el tratamiento no le va. Por razones psiquiátricas no podrá seguir usando la máquina mucho más tiempo.

-Eso es precisamente lo que yo quería decir –dijo Miriam Parkhurst-. Tenemos que hacer algo. Desde hace años, algunos de nosotros conocemos a este hombre, a este gran cirujano, como maestro y amigo.

-Doctora Parkhurst –dijo Kender, con suavidad-, estamos haciendo todo lo posible. Ninguno de nosotros puede hacer milagros.

Evidentemente el doctor Kender decidió volver a dar un tono profesional a la reunión, porque se volvió hacia Joel Sack.

-¿Se ha hecho ya la autopsia a la señora Bergstrom?

El doctor Sack negó con la cabeza.

-No he recibido permiso para la autopsia.

-Yo hablé con el señor Bergstrom –dijo Adam Silverstone-. Se niega a permitir la autopsia.

Kender frunció el ceño.

-¿Y cree que cambiarà de idea?

-No, doctor –respondiò Silverstone.

-Me gustaría tratar de convencerle –dijo Meomartino de pronto.

Todos le miraron.

-Naturalmente, si el doctor Silverstone no se opone a ello.

-Por supuesto que no. No creo que haya fuerza humana capaz de hacerle firmar el documento, pero si quiere usted intentarlo...

-No se pierde nada con probar de nuevo –dijo Kender, echando una mirada de aprobación a Meomartino.

Mirò a los cirujanos allí reunidos.

-Si no podemos estudiar los resultados de una autopsia será inútil votar en este caso. Pero parece evidente que, dados nuestros conocimientos, esta muerte no podía preverse.

Aguardò por si alguien tenía algo que objetar, y luego, ante el acuerdo general, indicò con un movimiento de cabeza que la reunión había terminado.

Meomartino hizo la llamada desde su despacho.

-¿Sì? –dijo Ted Bergstrom.

-¿Señor Bergstrom? Soy el doctor Meomartino, del hospital.

-¿De què se trata? –preguntò Bergstrom.

Y en su voz Meomartino notò el odio subconsciente del pariente hacia los cirujanos que habían perdido la batalla.

-Es acerca de la autopsia –respondió.

-Ya he dicho bien claro cuando hablè con el otro mèdico que esto se acabò. Ya hemos sufrido bastante. Està muerta y asunto terminado.

-Hay una cosa que querìa decirle –dijo Meomartino.

-Pues desembuche.

-Tiene usted dos hijas.

-¿Y què?

-No creo, en absoluto, que corran peligro. No tenemos pruebas serias de que la predisposición a enfermedades del riñòn sea hereditaria.

-¡Dios mío! –exclamò Bergstrom.

-Estoy seguro de que una autopsia revelarà que no tiene motivo alguno para preocuparse.

Bergstrom guardò silencio. Luego, del otro extremo de la línea, llegó el gemido de un animal dolorido.

-Mandarè enseguida a su casa el documento. Lo único que tiene que hacer es firmarlo –dijo.

Meomartino siguió allí, escuchando el terrible gemido durante mucho tiempo, o tal le pareció. Luego, con suavidad, colgó el auricular.

Aquella tarde, a las ocho y veinte, cuando sonò el timbre indicando la presencia del primer invitado, èl mismo fue a abrir la puerta.

-Hola, doctor –dijo Maish Meyerson.

Meomartino hizo pasar al conductor de ambulancia y le presentò a Liz. Aquella mañana Liz había ido a la peluquerìa, y le había sorprendido volviendo a casa con el pelo negro.

-¿Te gusta? –habìa preguntado, casi tímidamente-. Dicen que volverá a crecer con su color natural, de modo que apenas se notará la diferencia.

-Sì, mucho.

Le asustaba un poco. Le parecía aún màs ajena, casi como una completa desconocida. Pero había estado instándola a ello desde hacìa tiempo, y le agradò mucho que por fin hubiese accedido, diciéndose, esperanzado, que era buen signo.

Meyerson pidió bourbon. Brindaron.

-¿Y nada para usted, señora Meomartino?

-No, gracias.

Los dos apuraron sus copas, y la impresión des dejó un instante silenciosos.

-¿Què pasa, Maish? –preguntò Meomartino.

-¿Què?

-Nada, todo este asunto.

-No tengo la menor idea.

Ambos se sonrieron. Meomartino llenò primero el vaso de Maish, y luego el suyo.

Volvió a sonar el timbre y el rostro de Liz expresó alivio, pero sòlo un instante. Esta vez era Helen Fultz. Helga le quitò el abrigo y ella se unió al grupo en el cuarto de estar, pero se obstinò en tomar zumo de tomate, sin nada. Los cuatro se sentaron, mirándose y tratando de hablar, hasta que, menos mal, el timbre empezó a sonar con frecuencia, y el cuarto de estar a llenarse. Poco después había gente por todas partes, y el ruido era el que suele haber en las fiestas. Meomartino se preguntò si Peggy Weld habría tenido ya la oportunidad de echarse a llorar; luego, como buen anfitrión, comenzó a ahogarse en un mar de gente.

Algunos cirujanos estaban casados y llegaron con sus mujeres.

Mike Schneider, de cuyo matrimonio se decía que estaba a punto de disolverse, se presentò con una pelirroja obesa, diciendo que era su prima de Cleveland, Estado de Ohio.

Jack Moylan estaba con Joan Anderson, “cuyos ojos parecían relucir demasiado”, pensó Meomartino, aunque su disgusto interior no había dejado en ella mucha huella.

-Nunca me he emborrachado, Rafe –dijo Joan-. ¿Puedo empezar hoy?

-Haz lo que quieras.

-Empezar es la palabra justa; abajo con el orden establecido –dijo Moylan, llevándosela al bar.

Harry Lee, a quien nadie había visto nunca con mujeres, apareció con Alice Tayakawa, la anestesista.

Spurgeon Robinson, acompañado por una Venus negra, a quien presentó fríamente a Meomartino, había llegado con Adam Silverstone, y una rubia pequeña, de piel atezada. Meomartino la observó mientras hablaba con la anfitriona.

Liz la miró con curiosidad.

-Encantada –dijo.

-Encantada.

Las dos mujeres se sonrieron.

A las diez y media, Meyerson ya había convencido a Helen Fultz de que se tomase un destornillador, porque el zumo de naranja contenía vitamina C. Harry Lee y Alice Tayakawa estaban sentados en el rincón, discutiendo acaloradamente sobre los peligros del hígado enfermo en relación con cierto tipo de anestesia.

-Toma otro –le decía Jack Moylan a Joan Anderson.

Èsta iba ya lo bastante adelantada en su programa para estar imitando bastante bien el nirvana bajo un cortinaje que quedaba a tres palmos del suelo, mientras Moylan y Schneider la observaban clínicamente.

-Pelvis estrecha –observó Moylan.

-Masters y Johnson deberían escribir un ensayo sobre la receptividad fàlica de las enfermeras jóvenes –dijo Schneider, mientras la chica, arqueando la espalda, pasaba por debajo de la cortina.

Moylan se apresuró a ir al bar para llenarle de nuevo el vaso.

-¿Puedo traerle una copa? –preguntó Meyerson a Liz.

Ella le sonrió.

-No, gracias –repuso.

-Y entonces le suturè la herida del deltoides –estaba diciendo Spurgeon Robinson-. Fui y le dije: “Claro, en la confusión resultò herida”. Y ella a mì: “No, doctor, en el hombro”.

Esto dio comienzo a una ronda de anécdotas sobre descripciones de pacientes de sus propias enfermedades: fibroides del útero que se convertían en bolas de fuego; anemia avanzada en anemia desatada; viejas solteronas con glándulas hinchadas que insistían en que tenían indigestión; y niños con sarpullido que era, según ellos, carne de gallina. Meyerson dio otro sesgo a la conversación contando el caso de una señora que había ido a la tienda de comestibles de un tío suyo pidiendo harina para tortitas marca “Tía Vagina”.

-¿Piensa volver a Formosa? –preguntó Alice Tayakawa a Harry Lee.

-En cuanto termine mis prácticas.

-¿Cómo es la vida allí?

Èl se encogió de hombros.

-Bajo muchos aspectos sigue siendo algo chapada a la antigua. Los hombres y las mujeres respetables, si no están casados, nunca se encuentran en reuniones de este tipo.

Alice Tayakawa frunció el entrecejo. Había nacido en Darien, Connecticut.

-Eres un hombre muy serio –dijo.

Èl volvió a encogerse de hombros.

-Querría hacerte una pregunta –prosiguió ella, con tímida seriedad.

-¿Qué es?

-¿Es cierto eso que se dice de los hombres chinos?

Harry la miró sorprendido. Luego, parpadeó.

Con gran sorpresa se dio cuenta de que estaba sonriendo.

“Lo del pelo ha sido un auténtico fracaso”, pensó Liz Meomartino, deprimida. Cuando su pelo fue rubio, no podía compararse con el bronceado suave y soleado de aquella chica Pender, y ahora que había recobrado su color verdadero el lustre de la muchacha negra lo dejaba en lo que realmente era, paja teñida. Miró con resentimiento a Dorothy Williams; luego, se fijó en que Adam Silverstone y Gaby Pender estaban bailando muy juntos. Gaby sonrió a algo que Adam le estaba susurrando y le rozó la mejilla con los dedos.

-Después de todo, voy a tomar un Martini, pero muy pequeño –le dijo a Meyerson.

-Aquí hace mucho calor –dijo Joan Anderson.

-Te traigo otra copa –dijo Moylan.

-Estoy mareadísima.

-Vamos a otro cuarto que esté más ventilado.

Cogidos de la mano fueron a la cocina y de allí a una alcoba.

Había un niño dormido en la cama.

-¿Dónde podemos ir? –murmuró ella.

Èl la besó, sin despertar al niño, y fueron por el pasillo hacia la alcoba grande.

-Creo que deberías echarte –dijo Moylan, cerrando la puerta.

-Pero hay abrigos en la cama.

-No los estropearemos.

Se echaron sobre su nido de abrigos y la boca de èl encontró el rostro de la chica, la boca, la garganta.

-¿Deberías hacer eso? –dijo ella, al cabo de un rato.

Èl ni siquiera se molestó en contestar.

-Sí, debes –dijo Joan, como en sueños-. Jack –llamó ella al cabo de unos instantes.

-¿Qué, Joannie? –respondió Moylan, ya completamente seguro de sí mismo.

-Jack...

-No estropeemos las cosas dándonos demasiada prisa –dijo èl.

-Jack, no entiendes, es que voy a vomitar.

Y vomitó.

Sobre su abrigo, vio Moylan, horrorizado.

-¿Hay muchos japoneses en Formosa? –preguntò Alice Tayakawa, apretando la mano de Harry Lee.

Rafe fue al cuarto de Miguel y lo arrojò en torno a los hombros pequeños y finos.

Se sentò en la cama y contemplò al niño mientras del cuarto de estar llegaban ruidos de risa y música y la voz cargada de whisky de la pelirroja, que estaba cantando.

Alguien entrò en la cocina. Por la puerta abierta oyò ruido de hielo al caer en vasos y luego de líquido que se escanciaba.

-¿Estàs solo aquí?

Era la voz de Liz.

-Sì, preparándome un par de copas de repecho.

“Spurgeon Robinson”, pensò Meomartino.

-Eres demasiado guapo para estar solo.

-Gracias.

-Eres muy grande, ¿verdad?

Oyò que ella el murmuraba algo.

-Todo el mundo conoce el talento principal de los negros. –La voz de èl se había vuelto de pronto algo monótona-. Eso que dices y el taconeó.

-De taconeos yo no sè nada –dijo ella.

-Señora Meomartino. Tengo una dama màs dulce y suave en una tierra màs verde y limpia.

Hubo un momento de silencio.

-¿Dònde? –preguntò ella-. ¿En Àfrica?

Meomartino entrò en la cocina.

-¿Tiene todo lo que necesita, Robinson? –dijo.

-Absolutamente todo, gracias.

Robinson se fue de la cocina con las copas.

Meomartino la mirò.

-Bueno, ¿què? ¿Me hiciste ya jefe de Cirugìa? –preguntò.

Màs tarde, cuando se hubo ido todo el mundo, Rafe no podía echarse junto a ella. En lugar de esto, lo que hizo fue coger una almohada y mantas y tumbarse en el sofà, entre la confusión que apestaba a posos de whisky y humo. Cuando estaba ya medio dormido vio el cuerpo de Liz, los muslos maravillosamente pàlidos, tapados por una serie de espaldas masculinas de diversos colores, algunas de extraños, otras de hombres a quienes Rafe

reconocía sin dificultad. Medio despierto aún la mató en su imaginación, pero se dijo que no podía matarla, como tampoco podía irse sin más del apartamento.

“Si fueran drogas –argumentó consigo mismo- ¿podría abandonarla?”.

Ahora estaba completamente despierto.

“San Rafael”, dijo, como hablando con el cuarto oscuro.

Lo estuvo pensando toda la noche, y a la mañana siguiente, telefoneó desde el hospital.

-Señor Kittredge al habla –dijo una voz sin inflexiones.

-Me llamo Meomartino. Querría que me consiguiera usted cierta información.

-¿Quiere venir a mi oficina y hablaremos? ¿O prefiere que nos veamos en algún sitio?

-¿No podemos concretar ahora?

-Nunca aceptamos clientes nuevos por teléfono.

-En fin... pero lo que pasa es que no podré ir por su oficina hasta eso de las siete.

-De acuerdo –dijo la voz.

Pidió a Harry Lee que le sustituyese de nuevo durante la hora de cenar y fue a la dirección que constaba en la guía telefónica. Resultó ser un edificio muy viejo de la calle de Washington, en el que había varias empresas de joyería al por mayor. Las oficinas eran de lo más corriente y hubieran podido pertenecer a una compañía de seguros. El señor Kittredge tendría unos cuarenta años, vestía convencionalmente y llevaba un anillo masónico en el dedo. Daba la impresión de no haber puesto nunca los pies sobre la mesa.

-¿Se trata de un problema doméstico? –preguntó.

-Mi mujer.

-¿Tiene una foto de ella?

Sacó una de la cartera. Había sido hecha poco después de nacer Miguel, una foto de la que siempre se había sentido orgulloso, en la que se veía a Liz riendo, con la cabeza echada hacia atrás. Un excelente logro de los efectos de sol y sombra.

El señor Kittredge la miró.

--¿Quiere divorciarse, doctor?

-No. bueno, depende de la información que usted me consiga –dijo, fatigado.

Era su primera confesión de la derrota.

-Se lo pregunto –informó Kittredge-, porque necesito saber si le van a hacer falta informes por escrito.

-Ah.

-Ya sabe usted, supongo que no hacen falta fotos de cama ni tonterías de esas.

-La verdad es que sé muy poco de estas cosas –dijo Meomartino, con sequedad.

-Lo único que exige la ley es prueba de la hora, el lugar y la oportunidad de cometer adulterio. Y por eso hacen falta informes por escrito.

-Ya –respondió Rafe.

-No cobro nada por los informes.

-Por ahora, bastan informes orales –dijo-. Luego, ya veremos.

-¿Sabe los nombres de alguno de sus amigos?

-¿Es necesario?

-No, pero podrían serme útiles –respondió Kittredge.

Meomartino sentía náuseas. Las paredes empezaban a echársele encima.

-Un tal Adam Silverstone. Es médico del mismo hospital.

Kittredge tomó nota.

-Cobro diez dólares a la hora, diez más al día por alquiler de coche, y diez centavos por milla. Doscientos dólares como mínimo por adelantado.

Por eso no aceptaba clientes por teléfono, pensó Meomartino.

-¿Le puedo dar un cheque? –preguntó.

-Sí, perfectamente, señor –respondió el señor Kittredge cortésmente.

Cuando volvió al hospital, Helen Fultz estaba esperándole. “Sin el estímulo del alcohol volvía a ser de nuevo la mujer avejentada, oprimida por las preocupaciones, una mujer fatigada”, pensó él, mirando más allá del uniforme, y fijándose en la persona.

-Querría devolverle esto, doctor –dijo.

Él cogió el papel y vio que era la queja que había presentado contra la enfermera desconocida que había servido dos comidas al señor Roche el día antes de ser operado, en contravención a las órdenes escritas.

-¿Y qué quiere que haga con esto?

-Espero que tenga la bondad de tirarlo a la basura.

-¿Por qué?

-Sé quién es la chica que sirvió las comidas –dijo-, y puedo ajustarle las cuentas a mi manera.

-Merece un rapapolvo –repuso Meomartino-. Ese viejo está acabado, pero la cirugía puede aliviar un poco el dolor de los últimos días. Como la fulana esa no se tomó la molestia de leer las órdenes, le ha añadido dos días de tortura a su sentencia.

La señorita Fultz asintió, mostrándose completamente de acuerdo.

-Cuando yo empecé de enfermera nadie la hubiera contratado. Es un zorrón.

-Entonces, ¿por qué la defiende?

-Porque hay escasez de enfermeras y necesitamos hasta las zorras de que disponemos. Si la queja de usted es aceptada, se irá y encontrará trabajo a la media hora.

Rafe se quedó mirando el papel que tenía en la mano.

-Hay noches en las que me quedo completamente sola –explicó ella, sin alzar la voz-. Hasta ahora hemos tenido suerte porque no nos ha cogido un caso de urgencia en esas circunstancias, pero no debemos tentar a la suerte. Ese zorrón tiene brazos y piernas; no agotemos a las enfermeras que lo son de verdad.

Rafe rompió el papel y tiró los pedazos a la papelera.

-Gracias –dijo Helen Fultz-, ya me encargarè yo de que, de ahora en adelante, lea bien las instrucciones antes de servir las comidas.

Le sonriò, contenta.

-Helen –dijo èl-, no sè, la verdad, lo que sería de este hospital sin usted.

-Pues funcionaria como siempre –contestò ella.

-Trabaja demasiado. Hace mucho tiempo que cumpliò usted los dieciséis años.

-No es usted muy galante, doctor.

-¿Cuàntos años tiene? En serio.

-¿Y eso què màs da? –replicò ella.

Rafe se dio cuenta de que estaba demasiado cerca de la edad del retiro para querer hablar de ese tema.

-No, nada, es únicamente que tiene aspecto fatigado –dijo èl, con suavidad.

Helen Fultz hizo una mueca.

-La edad no tiene nada que ver. Probablemente, lo que me pasa es que me està saliendo una ùlcera.

Rafe la vio, de pronto, no como Helen Fultz, sino màs bien como una vieja cansada, una paciente.

-¿Y por què piensa eso?

-He tratado suficientes ùlceras para conocer bien los síntomas. Ya no puedo comer lo que me gusta y a veces sangro un poco por el recto.

-Vamos a examinarla –dijo èl.

-No, nada de eso.

-Mire, si el doctor Longwood hubiera tomado las precauciones màs elementales, ahora estaría bien de salud. El hecho de que sea usted enfermera no la exime de la responsabilidad de cuidarse. Vamos a examinarla, se lo mando.

Rafe, sonriendo, la siguió, dándose cuenta de que estaba enfadada con èl.

El reconocimiento resultò difícil, pero no le deparò ninguna sorpresa. Tenía hipertensión, 19 y 9.

-¿Siente dolores en el pecho? –preguntò, auscultándole el corazón.

-Hace nueve años que sè que noto ruido sistólico basilar –contestò ella, con sarcasmo-. Como usted dijo muy bien, hace tiempo que cumplì los dieciséis años.

Durante el examen del recto, que ella soportò en irritado silencio, Rafe vio que tenía hemorroides, lo que, indudablemente, era la causa de la sangre.

-¿Què es? –preguntò ella, recobrada la ropa y la dignidad.

-Probablemente se ha diagnosticado usted bien –respondiò Rafe-. Yo diría que es ùlcera duodenal, pero voy a ponerla en una lista para efectuar un examen general.

-¡Cuànta lata! –Helen Fultz moviò la cabeza, incapaz de darle las gracias, pero volvió a sonreír-. Lo pasè muy bien anoche, doctor Meomartino. Su mujer es muy guapa.

-Sì –dijo èl.

Inexplicablemente, por primera vez desde la muerte de Guillermo, sintió en el interior de los párpados una súbita punzada salada, de la que hizo caso omiso, hasta que, como pasa con todo, desapareció.

SPURGEON ROBINSON

Cuando Adam se fue al piso de la colina de Beacon, Spurgeon se quedó solo y solitario en el sexto piso, y comenzó a tocar la guitarra para las paredes de su dormitorio. La música era como un espejo amañado que deformaba los reflejos del alma. Estaba desesperadamente enamorado, como en éxtasis. Pero las canciones que tocaba reían con una especie de júbilo tan triste que ni siquiera podía pensar en ello. Para tocar música más optimista habría tenido que comprarse un banjo e ir a trabajar al campo.

Estaba en torno a él, por todas partes, y cada día lo veía con más claridad.

-¿Puede decirme –le preguntó Moylan, una mañana- cómo es posible que ocurran aquí tales cosas?

Estaba mirando a un niño muy pequeño con un interés mezcla de horror y de miedo, con esa expresión que Spurgeon recordaba haber visto en el rostro de los estudiantes de medicina que miran por primera vez en libros de texto fotografías de fetos anormales.

El niño era negro. Era difícil adivinar su edad, porque la depauperación había acabado con la grasa infantil que tenía por derecho propio, dejando una especie de rostro viejo y arrugado. Sus músculos se habían atrofiado, y allí estaba, echado, débil y moribundo. Sus miembros, como palillos, acentuaban la hinchazón de su vientre.

-Esto puede ocurrir en cualquier parte –comentó Spurgeon-, en cualquier parte donde los niños no reciban suficiente alimento.

-No, yo diría que cosas así se encuentran más fácilmente en las chozas de los aparceros del Misisipi –repuso Moylan.

-¿Usted cree?

-Diablos, ya entiende lo que quiero decir. Pero aquí, en esta ciudad...

Movió la cabeza y se fue, desapareciendo completamente de su campo visual.

Spurgeon no pudo huir lo suficientemente lejos.

En cuanto terminó su turno de treinta y seis horas, cogió, casi contra su voluntad, el ferrocarril elevado hasta Roxbury y se apeó en la estación de la calle de Dudley; luego, pasando junto al As Alto, pero sin entrar, siguió adelante, sin dirección fija, hasta que no vio un solo rostro blanco; sólo pieles que variaban de marrón claro a negro, pasando por todos los matices intermedios.

Se dijo que estaba viviendo de nuevo momentos de su niñez entre aquellos olores, ruidos y escenas, ante aquellas casas fatigadas, con escalones gastados, la basura y los desperdicios de carne en la calle, los gritos salvajes de los niños, las ventanas rotas, y con plantas en tuestos de latas de conserva vacías en los alféizares.

¿Qué habría sido de Fay Hartnett, la de los rollizos muslos y de Petey y de Ted Simpson y de Tommy White y de Fats McKenna?

Si le fuera posible volver a ver a la gente que había participado de su niñez, tales y como eran ahora, en este momento, ¿querría verles?

Se dijo que seguro que no.

Probablemente habrían muerto, o peor aún: serían putas, alcahuetes, drogadictos, delincuentes, basura humana fichada por la policía, seguramente atrapados... si no acabados, en la red de evasión fácil de las drogas.

Un muchachito de pelo corto llegó corriendo por la esquina y se hizo rápidamente a un lado para evitarle, tocándose casi, al pasar junto a él una maldición breve y burlona. Spurgeon se paró y le miró con una triste sonrisa, mientras el muchachito desaparecía a todo correr.

“Por mucho que corras, hijo –pensó-, como no tengas la suerte de dar con Calvin J. Priest, eres una mosca cogida en alquitrán, con la apisonadora ya encima”. Calculando sus propias posibilidades de fuga en tales circunstancias, Spurgeon miró a su alrededor con una consciencia nueva y asustada de lo milagrosa que había sido su propia salvación.

Cuando volvió al hospital miró el correo y sólo encontró un catálogo gratuito de un fabricante de productos farmacéuticos, que abrió en el ascensor, mientras el viejo armatoste luchaba contra la fuerza de la gravedad. Alguien le estaba esperando a la entrada de su cuarto. Un hombre bajo y de rostro colorado, con abrigo negro de cuello de terciopelo, y tocado, notó Spurgeon con incredulidad, con un sombrero hongo.

-¿El doctor Robinson?

-Sí.

-El otro le tendió un sobre.

-Para usted.

-Ya miré el correo.

El otro sonrió.

-Esto es reparto especial –dijo.

Spurgeon cogió el sobre, notando que no llevaba sello. Buscó una moneda en el bolsillo, pero el otro se volvió a poner el sombrero hongo y, sonriendo, rehusó.

-No soy recadero –dijo-, soy delegado del sheriff.

¿Delegado del sheriff?

Dentro, sentado en la cama, Spurgeon abrió el sobre.

COMMONWEALTH DE MASSACHUSETTS
TRIBUNAL SUPERIOR DE SUFFOLK

A Spurgeon Robinson, de Boston, en la jurisdicción de nuestro condado de Suffolk. Arthur Donnelly, de Boston, en la jurisdicción de nuestro condado de Suffolk, cita a juicio por agravio a usted por auto fechado el veintiuno de febrero de 1968, a oír en nuestro condado de Suffolk en vigésimo día de mayo de 1968 en cuyo juicio se le reclamarà, en concepto de daños y perjuicios, la suma de doscientos mil dólares, en virtud de lo siguiente:

AGRAVIO Y/O CONTRATO POR TRATAMIENTO ERRÒNEO

como se verà debidamente por la declaración que obra en poder del mencionado tribunal cuando se vea la causa en èl:

LE ORDENAMOS, si tiene alguna defensa que exponer en la mencionada causa, que el citado día vigésimo de mayo de 1968, o dentro del limite de tiempo permitido por la ley, haga acto de presencia por escrito o cualquier otra alegación legal en la oficina del escribano del tribunal de que depende el mencionado auto según manda la ley.

Por lo tanto, su abstención supondrà que el referido juicio será resuelto en contra suya sin màs advertencias.

Sus propiedades pueden ser embargadas en garantía de cualquier fallo contra usted en el mencionado juicio.

Testigo, R. HAROLD MONTANO, de Boston, el vigésimo primer día de setiembre del año de gracia de mil novecientos sesenta y siete.

Homer P. Riley
Escribano.

Lo primero que hizo fue telefonar al tío Calvin, tratando de explicarle, con calma, sin excusarse ni omitir ningún detalle importante.

-Dèjalo de mi cuenta –dijo Calvin.

-No, no es eso lo que quiero –le contestò Spurgeon.

-Yo me dedico a seguros, conozco a mucha gente y puedo resolver este asunto sin llios ni complicaciones.

-No, quiero resolverlo yo.

-¿Para què me llamaste entonces?

-Por Dios, Calvin, ¿es que no me quieres comprender? Quiero tu consejo, no que me saques las castañas del fuego. Sòlo que te hagas cargo de mi problema y me digas lo que tengo que hacer.

-La compañía de seguros debe de tener en Boston un buen procurador. Ponte en contacto con èl inmediatamente. ¿Què cantidad cubre tu pòliza?

-Por ese lado no hay cuidado. Doscientos mil dólares, el doble que la mayoría de mis colegas.

Recordó que fue Calvin quien insistió en que, como mínimo, se asegurara por esa cantidad contra procesos por tratamiento indebido.

-Muy bien, ¿necesitas algo más?

Calvin se sentía rechazado. Spurgeon lo notó en el tono de voz.

-No, nada. ¿Cómo está mi madre?

-¿Roe-Ellen? –La voz de Calvin se hizo más suave-. Está muy bien. Se pasa las mañanas en la tienda de las Naciones Unidas. Lo pasa en grande vendiendo tam-tams a los blancos de Dubuque.

-No le cuentes nada.

-No te preocupes. Cuídate, muchacho.

-Adiós, Calvin –dijo Spurgeon, preguntándose por qué sería que, después de haber hablado con Calvin, se sentía más deprimido que nunca.

Cuatro días después llegaron los dos a Boston.

-Calvin tenía que venir por negocios –le dijo Roe-Ellen, que le telefoneó al hospital-. Dijo que sería una buena oportunidad para que yo viniera también a ver a mi hijo –añadió significativamente.

-Siento no haber podido ir a casa con más frecuencia, mamá.

-En fin, si la montaña no viene a Mahoma... -estaban en el Ritz-Carlton-. ¿Puedes cenar hoy con nosotros?

-Sí, claro.

-Entonces, a las siete.

Spurgeon hizo rapidísimos cálculos, para ver cuánto tardaría en ir a Natick y volver.

-Sería mejor a las ocho. Me gustaría traer a una persona.

-Ah.

-Una chica.

-¡Qué bien, Spurgeon, hijo!

“Al diablo –se dijo, resignado-. Adelante”.

-Pensándolo mejor, querría traer a tres personas.

-¿Tres chicas? –dijo, esperanzadamente, ella.

-Es que la chica tiene padres.

-Estupendo.

Spurgeon notó que un deje de recelo sonaba en la voz de su madre al decir esa palabra.

Pero cuando Roe-Ellen vio a Dorothy, Spurgeon se dio cuenta del alivio inmediato que sintió, y se dijo que su madre había tenido miedo de que estuviera liado con alguna chica blanca. Los Priest la vieron con un sencillo vestido de seda oscura y su corto pelo

africano, y enseguida le cogieron simpatía. También sus padres les cayeron simpáticos. Los Williams nunca habían estado en un sitio como el Ritz, pero tenían una dignidad innata y Calvin y Roe-Ellen eran gente sencilla. Cuando llegaron al postre, los cuatro se habían hecho amigos y los neoyorquinos habían prometido que la próxima vez que pasaran por Boston irían a Natick a cenar con ellos.

-¿Puedes volver a tomar una copa? –le dijo Calvin, cuando Spurgeon se levantò para llevar a Dorothy y a sus padres a casa en el coche.

-¿Estarèis despiertos?

Calvin asintió.

-Tu madre no, pero yo aùn tengo trabajo.

-Sì, claro que vuelvo –dijo Spurgeon.

Cuando llamò a la puerta, Calvin abrió inmediatamente y se llevò un dedo a los labios.

-Està dormida –dijo, en voz baja.

Habìa un cuarto de estar, pero decidieron bajar e ir al jardín posterior.

El aire nocturno era lo bastante frìo para hacerles subirse el cuello del abrigo. Encontraron un banco junto a un parterre que relucía a la luz de la farola, y se sentaron frente a la calle de Boyston, viendo pasar el tràfico.

-Simpatica chica –dijo Calvin.

Spurgeon sonriò.

-Eso creo yo.

-Tu madre estaba preocupada contigo.

-Lo siento –dijo Spurgeon-. El año de internado es el peor; he tenido poquísimo tiempo libre.

-Podrìas llamarla por telèfono de vez en cuando.

-Ahora lo harè con màs frecuencia.

Calvin asintió.

-Bonito parque. ¿Hay peces en el estanque?

-No lo sè, la verdad. En verano hay botes de remo, y grandes cisnes blancos.

-¿Viste al abogado?

-Sì. Me dijo que no me preocupara, que ahora los procesos a mèdicos por tratamiento erròneo son pura rutina, como eso que se dice que no se es hombre hasta que se tienen purgaciones.

Calvin le mirò.

-¿Y què le contestaste a eso?

-Le dije que habìa visto casos de purgaciones muy serios y a veces en personas que no merecían apenas el calificativo de hombres.

Calvin sonriò.

-No eres tù quien me preocupa –dijo èl.

-Gracias.

-Me preocupo más yo mismo –prosiguió-. ¿Por qué me rechazas continuamente, Spurgeon?

Al otro lado, en la calle de Boyston, se oían voces que cantaban y reían, y el ruido de portezuelas de coche al cerrarse de golpe.

-Es el Playboy Club –dijo Spurgeon-. Ya sabes, chicas bien rellenas, con rabo de conejo en el trasero.

Calvin asintió.

-He estado en el de Nueva York –dijo-, pero gracias por la definición.

-Es difícil expresarlo con palabras –comentó Spurgeon.

-Pues es hora de que lo intentes –dijo Calvin-. No podría quererte más de lo que te quiero si fuera tu padre de verdad.

Spurgeon asintió.

-Nunca en tu vida me has pedido nada, ni siquiera cuando eras niño.

-Siempre me lo dabas todo antes de que tuviera que pedirlo. ¿Te acuerdas de lo que decían Rap Brown y Stokely sobre que los blancos nos tienen castrados?

Calvin le miró y asintió.

-¿Te tengo yo castrado? –dijo, en voz baja.

-No, no es eso lo que quiero decir. Me has salvado la vida. Lo tengo siempre presente. Me salvaste la vida.

-No soy un salvavidas, quiero ser tu padre.

-Pues entonces escúchame y trata de comprenderme. Tú eres una persona muy especial. Sería lo más fácil del mundo dejar que tú me resolvieras las papeletas. Tan fácil como ahogarme.

Calvin le miró, asintiendo.

-Sí, me hago cargo de eso.

-Déjame ser hombre, Calvin. No me ofrezcas más ayuda.

Calvin seguía mirándole.

-¿Telefonarás a tu madre? ¿Vendrás a verla siempre que tengas tiempo?

Spurgeon sonrió y afirmó con la cabeza.

-Y si te hago falta alguna vez, falta de verdad, ¿me pedirás ayuda? ¿Cómo si fuera tu verdadero padre?

-Te lo prometo.

-¿Y qué hubieras hecho si no llego a caerles bien? –le preguntó Dorothy unos días más tarde de la vuelta de Calvin y Roe-Ellen a Nueva York.

-Les caíste bien.

-Pero, ¿y si no?

-De sobra lo sabes –respondió él.

Sin necesidad de muchas palabras había comenzado a existir entre ellos una comprensión de interdependencia, pero Spurgeon encontraba cada vez más difícil tratar a Dorothy como si los dos fueran adolescentes, dificultad que aumentaba cuando visitaban a Adam Silverstone y a Gaby Pender, que, evidentemente, estaban saciándose de goce carnal, y a veces le hacían sentirse como un voyeur entre ellos.

Por la tarde, los cuatro se dedicaban a explorar la colina de Beacon, compartiendo los descubrimientos y paseando por ella como si fuera propiedad suya.

Lo admiraban todo, la elegancia ordenada y bostoniana de la plaza de Louisburg, los guijarros lisos, anteriores a los contratos políticos de construcción de calles y carreteras, la gente pomposa que discutía en la tienda de detrás de la Casa del Estado, las farolas bien conservadas de la calle de Revere, la sensación, en las noches oscuras, de que al otro lado de la cima estaba esperándoles el año 1775.

Siempre que volvían a la bohemia parte norte de la colina, su parte, habitada principalmente por gente trabajadora, y por una colonia cada vez más numerosa de gente barbuda y estrafalaria, se decían que era la mejor de las dos, la más viva y más alegre.

Una mañana, salieron los cuatro bajo una fría lluvia de primavera, fina como neblina, siguiendo la dirección que Gaby había preguntado a su patrona encontraron la casa: era de aspecto corriente, el número ciento veintiuno de la calle de Bowdoin, donde había vivido un gran presidente de los Estados Unidos, y se preguntaron lo que habría pasado en el mundo si aquel joven hubiera podido ir haciéndose más viejo y prudente con el paso del tiempo.

De pronto, Dorothy dio media vuelta y echó a correr.

Spurgeon la siguió y la encontró en la calle de Beacon, a la entrada misma de la Casa del Estado; la abrazó y besó su rostro húmedo, que tenía sabor a sal.

-El gobernador del Estado puede vernos desde cualquiera de esas ventanas –dijo ella.

-Pues démosle un buen espectáculo –respondió él, apretándola más.

Y los dos siguieron así, balanceándose suavemente, en los escalones, bajo la lluvia.

-Perdona –dijo ella.

-No te preocupes. Fue un gran hombre.

-No, no es eso; no estoy triste por Kennedy. Lloraba porque me has hecho muy feliz y te quiero tanto, y porque Adam y Gaby son tan bellos y serenos, y porque sé perfectamente que estos días tan felices no van a durar mucho.

-Durarán –dijo él.

-Pero las cosas cambiarán; nada sigue siempre igual.

Había perlas de humedad en su piel oscura, sobre el labio superior, y Spurgeon las secó con el dedo gordo, de la misma manera que le había quitado la sal seca aquel primer día, en la playa.

-Yo quiero que las cosas cambien entre nosotros.

-Pobre Spurgeon –dijo ella-. ¿Es difícil para ti?

-Saldrà de èsta, pero quiero desesperadamente que las cosas cambien.

-Pues casèmonos –dijo ella-. Por favor, Spurgeon.

-No puedo. Por lo menos hasta que termine el internado, en julio.

Ella mirò la cúpula dorada, apagada por la lluvia, de la Casa del Estado.

-Entonces podríamos usar a veces el apartamento de la calle de Phillips. Gaby y yo hemos hablado de eso.

Spurgeon cogió entre las manos la cabeza húmeda y lanosa.

-Podría comprarles un perro e ir a visitarles cuando hayan salido a pasear al animal en torno a la manzana.

Ella le sonrió.

-Podrían darle dos vueltas a la manzana.

-Y al perro le llamaríamos el rápido –dijo èl.

-Oh, Spurgeon.

Dorothy volvió a echarse a llorar.

-No, gracias, señora –dijo èl, hundiendo su rostro en la lana negra-. Nos casaremos en julio –añadiò, como hablando al pelo húmedo de Dorothy.

Un momento después la cogió de la mano, se despidieron del gobernador y volvieron por donde habían venido, hasta dar con Gaby y Adam.

No se habían puesto de acuerdo, pero, por tácita y mutua decisión, ninguno de ambos dijo nada a los otros dos sobre el notable cambio que se había producido en el mundo.

A la mañana siguiente fue a buscarla y la llevó consigo al guetto de Roxbury. Aparcò el Volkswagen y los dos fueron despacio por las calles, sin sentir necesidad de hablar. Durante la noche había cesado de llover, pero el sol era implacable.

-¿Por qué me trajiste aquí? –preguntò ella por fin.

-No lo sè –le respondió èl-. Vine aquí una vez.

-No me gusta este sitio. Por favor, vayámonos.

-De acuerdo.

Se volvieron y fueron hacia el coche.

En la calle, unos muchachos jugaban al béisbol, enterrando el invierno.

-Eh, Charlie –dijo el que tenía el bate al lanzador, en tono sarcástico-, que no eres el jodido Jim Lonborg. Tienes el culo demasiado oscuro.

-Vete al garete –gritó el lanzador, tirando la pelota con fuerza.

-Tampoco tù eres el jodido Looey Tian; ni siquiera eres Jim Wyatt.

Volvieron al coche y salieron de Roxbury sin hacer rodeos.

-No podría educar a un niño en un sitio como èse –dijo ella.

Spurgeon tarareaba canciones alegres.

-No sòlo gente pobre vive allí. También hay profesionales y se las componen para educar a sus hijos.

-Yo preferiría no tenerlos.

-Bueno, no te preocupes –dijo èl, con irritación-, no tendràs que educar a los tuyos en un sitio así.

-Una vez me prometiste una isla con flores para el pelo.

-Pues cumplirè la promesa.

-¿Y por què no podemos ir?

-¿A dònde? ¿A una isla desierta?

-A Hawai.

Èl la mirò, pensando que no podía estar hablando en serio.

-Allì no hay conflictos raciales. Es la clase de sitio donde me gustaría educar a mis hijos.

-Tus nietos tendrían los ojos oblicuos.

-Me encantaria, pero también tendrán tu nariz.

-Es que si no...

-Hablo en serio, Spurgeon –dijo ella, un momento después.

Era evidente. Spurgeon estaba empezando a acostumbrarse a la idea, comenzando a buscarle defectos.

-Tengo que hacer tres años de residente –explicò.

-¿Y no podríamos ir cuando termines? Después de casada, yo seguirìa trabajando y ahorraríamos dinero. Quizá podríamos hacer un viaje de exploración dentro de un año o dos, para preparar el terreno y trazar planes.

Estaba emocionada, segura de que aquello era lo que les reservaba el futuro.

-A lo mejor sale bien –dijo èl, cauto, cogido en su felicidad como en una trampa.

Al llegar a Natick descubrió que, mientras el coche había estado aparcado en Roxbury, alguien había robado el tapacubos de la rueda izquierda de atrás. Todo el trayecto, hasta llegar al hospital, condujo cantando a voz en cuello.

ADAM SILVERSTONE

A Adam le encantaron los estantes confeccionados con las cajas de naranjas. Inspirado, comprò pintura y un rodillo, y antes incluso de que los viejos dolores se le hubiesen calmado, ya había comenzado a sentir otros nuevos. Las paredes blancas dieron màs animación al cuarto, volviéndolo completamente diferente. Gaby en la calle Newbury comprò dos grabados baratos: una reproducción de un dibujo de Kathe Kollwitz, una madre campesina con su hijo en brazos, y uno, abstracto, de globos y cubos que hacían juego con las flores de papel.

Gaby guardò la pepita del aguacate, la cubrió de palillos hincados y la metió en un vaso de agua, como había leído en una revista, aguardando, impaciente. No pasó nada durante tres semanas, pero luego, cuando ya había pensado en tirarla, germinò, produciendo una hojita, que, después de trasplantarla a tierra espesa y negra que había comprado en el supermercado, se volvió de un verde oscuro y reluciente. El aguacate, bien alimentado al sol que caía sobre la única ventana del cuarto, adquirió dos hojas más, llenas de brillo.

El apartamento del sótano se convirtió en el marco de sus vidas; no lo hubieran cambiado por la Casa Blanca. Hacían el amor llenos de felicidad y con mucha frecuencia no sintiendo más que una ligera sensación de culpabilidad y conociéndose cada vez mejor el uno al otro. Gaby se sentía fuerte y libre, como una exploradora, y sabía que ellos dos eran los primeros y únicos amantes del mundo, aunque Adam le había dicho que, a pesar de todas sus fantasías y de todos los libros que había leído en el Colegio Médico, no les iba a ser posible crear un pecado original.

Por primera vez, se sentía preocupada por su propio cuerpo. La única incomodidad que sentía debíase a las presiones hormonales de la píldora, a las que aún no se había ajustado, y que, a veces, por la mañana, le causaban terribles ataques de mareo y náuseas. Adam le prometió que los síntomas irían desapareciendo.

Se sentía orgullosa de lo que habían hecho en el apartamento, y le hubiera gustado invitar a él a todos sus amigos y conocidos de los dos, pero sólo se decidió por invitar a Dorothy y Spurgeon. Susan Haskell fue, un día, a comer con ellos; se sentía deprimida e incòmoda y, evidentemente, esperaba oír chismes sobre lo mal que Adam trataba a Gaby, la cual, en vista de ello, decidió no volver a invitarla nunca más. Pero comprobò que el apartamento estaba convirtiéndose en una especie de salón de tertulia de alguno de los vecinos de la calle de Joy. Janet Williams iba a verla con frecuencia, pero no tanto como para ponerse pesada. Varias veces se presentò acompañada de otro merodeador, el chico grande y rubio que le había traído las flores de papel y que resultò llamarse Carl, tener modales corteses y saber mucho de música y arte. En otra ocasión, fue con ella un individuo barbudo que se llamaba Ralph, y parecía no haberse bañado en mucho tiempo, como aturdido y distante, estaba sin duda ebrio de alguna droga. Janet no parecía darse cuenta y le trataba justo igual que a Carl. O que a Gaby. Cuando los merodeadores se iban se llevaban siempre parte de la despensa.

Inevitablemente, cayeron de visita un día en que estaban allí Dorothy y Spurgeon.

-Hola –saludò Janet a su hermana.

-Hola –contestò Dorothy. Esperò un poco mientras se hacían las presentaciones y luego añadió:- ¿No quieres saber cómo están Hormiguita y papà y mamá?

-¿Cómo està Hormiguita?

-Muy bien.

-¿Y mamá y papà?

-Estàn muy bien.

-Fenòmeno –dijo Janet.

Todo el mundo estuvo muy cortès. Adam ofreció copas y mezclò las bebidas, pasò el plato de almendras saladas y participò en la conversaci3n. El problema surgi3 cuando Spurgeon dijo algo sobre las elecciones nacionales.

Ralph frunci3 el entrecejo y parpade3. Se había subido a la silla y ahora estaba sentado en el respaldo, con los pies en el asiento, como en un trono, dominando la sesi3n.

-Si se nos hiciera caso –dijo- y se acabara con esta farsa... Los condenados no tendrían entonces a nadie a quien gobernar. Estamos tratando de explicarlo, pero nadie hace caso.

-Usted no cree realmente que eso funcionara –dijo Spurgeon, sin alzar la voz.

-No me diga usted a mì lo que creo, porque eso lo sè yo mejor que nadie –dijo el otro-. Yo creo que la gente debiera irse a los bosques y tomar drogas y dedicarse a sus cosas.

-¿Y què le pasaría al mundo si todos tomàsemos drogas?

-¿Y què le està pasando al mundo ahora, que es tan estupendo, con todos ustedes, so burgueses, pasándolo en grande?

-Sin nosotros, los burgueses, como dice usted, no existirían ustedes –replic3 Adam-; sin nosotros no podrían ustedes hacer lo que les gusta. Somos nosotros quienes les damos de comer, amiguito, y quienes les proporcionamos ropa y les edificamos las casas en que viven. Ponemos cosas en las latas de conserva que compran ustedes cuando han vendido suficientes flores y posters para comprar latas de conserva, y les enviamos a domicilio el combustible que les calienta la guarida en el invierno. Y les curamos los desperfectos que ustedes mismos se hacen en esos cuerpos que Dios les ha dado –mir3 a Ralph y sonri3-, y, en cualquier caso, si todos nos volviéramos como ustedes, ustedes querrian ser de otra manera, porque no podrían soportar la idea de que son como los demás.

-Chorradas, hombre.

-Pues entonces, ¿por què diablos està sentado de esa manera, como un gran sacerdote, contemplando el mundo a sus pies?

-Me gusta sentarme así, y no hago daño a nadie.

-Nos hace daño a Gaby y a mì –dijo Adam-. Con las suelas de sus zapatos està poniendo perdido el asiento de la silla.

-A mì no me venga con psicoanálisis –le recrimin3 Ralph-, puedo volver fácilmente ese razonamiento del revés. Es usted muy agresivo. Probablemente estaría trabajando de carnicero en vez de ser cirujano, curándose el complejo de agresividad hincando cuchillos en vacas en lugar de en personas, si no llega a tener padres ricos que le enviaron a la universidad y al Colegio Mèdico. ¿Se le ha ocurrido pensar eso?

Gaby y Adam no pudieron contener la risa, y no trataron siquiera de explicar el por què.

Janet no volvió a llevar a los merodeadores al apartamento, pero dejó de ir de visita por las tardes, aunque seguía yendo por las mañanas, a tomar café. Un día estaba sentada en el sofá cuando a Gaby le acometió un ataque de náuseas y tuvo que irse del cuarto. Cuando volvió, con el rostro blanco y pidiendo excusas, Janet la miró con expresión de Mona Lisa:

-¿Estás embarazada?

-No.

-Yo sí.

Gaby se quedó mirando a la chica y contestó con gran cautela:

-¿Estás segura, Janet?

-Completamente.

-¿Y qué vas a hacer?

-Que lo cuide mi familia.

-¿Como a Hormiguita?

La chica la miró, fríamente.

-No, mi verdadera familia, en la calle de Joy. Todos serán sus padres. Pensamos que será estupendo.

Esta conversación la preocupó. La chica necesitaba cuidado médico. ¿Sería Carl el padre? ¿O Ralph? O, pensamiento aún más grave: ¿sabría siquiera Janet quién era el padre?

Pero una cosa era cierta. La chica necesitaba cuidado médico, inmediatamente. Cuando se lo dijo a Adam, éste cerró los ojos y movió la cabeza:

-Diablos, alguien que no sabía hacer bien la cosa.

-La verdad es que estamos buenos nosotros para hablar.

-¿No te das cuenta de lo diferente que es? –dijo él.

Ella le miró.

-Claro que me doy cuenta, Adam. Pero no voy a poder pegar ojo esta noche hasta que salgamos por esa tonta. ¿Se lo digo a Dorothy?

-No creo que debieras. Por lo menos, todavía no. Si viene al hospital, me encargaré de que la examinen y le den vitaminas y cuanto necesite.

Gaby le besó y esperó, impaciente, la visita siguiente de Janet, pero la chica no volvió a aparecer por el apartamento. Seis días después, subiendo cuesta arriba con un paquete de comestibles, vio a Ralph que venía en dirección contraria.

-Hola, ¿Cómo está Janet? –preguntó.

Los ojos de él estaban vidriosos.

-¿Quién? ¿La chica? –respondió-. Su familia cuida de ella.

Y siguió su camino, envuelto en su propio mundo.

Dos días más tarde vio a Carl, que estaba distribuyendo posters, y le preguntó por la chica.

-Ya no vive con nosotros.

-¿Dònde està?

-Creo que en Milwaukee.

-¿Milwaukee? –repitiò Gaby, inquieta.

-El chico èse que conoció, vino y se la llevò.

-¿Sabes su direcci3n?

-La tengo apuntada en algùn sitio, en casa.

-¿Me la quieres dar? Me gustaría escribirle.

-Sì, c3mo no.

Pero no lo hizo.

Gaby echaba de menos sus visitas matinales. La se1ora Walters habrìa querido ir a verla y cotillear, si la hubiese invitado, pensaba Gaby, pero la patrona no le era simpática y la eludìa. Estaba interesadísima en otro morador del edificio, una mujer pequeña y encorvada que de vez en cuando pasaba por su lado como una ardilla y volví siempre con un solo paquete. Su rostro era tenso y como permanentemente a la defensiva contra un mundo hostil. “La pobre parecía una bruja”, pensó Gaby; se dio cuenta enseguida de quièn era.

Un día, abrió la puerta y le sali3 al paso.

-Se1ora Krol –dijo.

Bertha Krol tembl3 al sentir la mano de Gaby tocarle el codo.

-Soy su vecina, Gaby Pender. ¿Quiere entrar y tomar una taza de tè conmigo?

Los ojos asustados otearon la calle de Phillips como pàjaros que buscan la forma de escapar de la jaula.

-No –murmur3.

Gaby la dej3 ir.

La primavera era húmeda y lluviosa. Las náuseas causadas por la píldora iban cesando. La Tierra giraba y los días iban siendo màs largos y menos fríos; la lluvia caía con frecuencia y fluía cuesta abajo, por los arroyos empedrados de guijarros, formando pequeñas cascadas en las viejas alcantarillas y los sumideros. En el hospital, Adam intervino en una serie de casos torácicos, y la cirugía cardíaca le tenía cogido como una droga. Una noche, acostados y hablando en la suave oscuridad, le dijo a Gaby que era como poner la mano en la incisión pectoral y sentir, a través de la fina goma de los guantes, el palpitar de la pequeña bomba rosada, el corazón vivo.

-¿C3mo es? –pregunt3 ella.

-Como tocarte a ti.

Adam había dejado ya de ponerle nombre a los perros. Una cosa era ir al laboratorio de experimentaci3n con animales, y oír a Kazandjian que el procedimiento quirúrgico número 37 había fallado, y otra muy distinta ser informado de la muerte de un ser vivo llamado Preciosidad, o Max, o Wallace, o Flor. Se oblig3 a sí mismo a hacer caso omiso de las

lenguas caninas que trataban de besarle la mano, y en su lugar se concentrò en las guerras microscópicas que, dentro de los animales, estaban librándose entre los antígenos y los anticuerpos.

Después de meses de trabajar solo, Kender había comenzado a ir al laboratorio y estaba siguiendo cuidadosamente sus actividades.

-En eso del puesto docente las cosas deben de estar empezando a ponerse bien –dijo Adam a Gaby una noche, hablándole de Kender, mientras ella se ungía con crema para la piel bajo la lámpara solar.

-A lo mejor no es eso –dijo ella, volviéndose y tendiéndole la crema-. A lo mejor es que Kender està tan interesado en los experimentos que no puede dejarte solo.

-Siempre ha estado interesado en los experimentos sin venir a observarlos –dijo Adam.

Su mano, llena de crema, hacía pequeños ruidos como de succión al frotarla en su lugar favorito, el hoyuelo que había entre la espina dorsal y el comienzo de la prominencia glútea. Aspiraba el olor de la crema sobre la carne pàlida, y ninguno de ambos pudo contenerse cuando se puso a frotarle la parte posterior de la rodilla. Cuando, finalmente, ella se volvió, Adam se manchò de crema la ropa. Al día siguiente, al ir a trabajar, la camisa le escocía contra la leve quemadura que se había hecho en la espalda y en el cuello.

Dos noches después, Kender le pidió que le explicara un experimento que Adam estaba seguro de haber descrito ya en el cuaderno de notas.

Adam se lo explicó oralmente; luego, mirò al cirujano veterano y sonriò.

-Por lo que a mì se refiere, aprobado –dijo Kender.

-¿Y còmo cree que me saldrá con los demás? –preguntò Adam, arriesgándose, con una sensación intuitiva de que había llegado el momento de la franqueza.

Kender sacò un puro.

-Es difícil decirlo. Lo que sì puedo asegurarle es que el campo es pequeño: sòlo hay dos candidaturas, usted y otra persona. Supongo que ya sabe a quièn me refiero.

-Estoy prácticamente seguro.

-Los dos tienen mucha fuerza.

-¿Y cuàndo lo sabremos?

Kender moviò la cabeza.

-La cosa no funciona así. Sòlo se le notifica a uno de los médicos, al que es nombrado para el puesto. El otro candidato se entera de la manera normal, oyéndolo. Nunca se le dice por què no fue èl el escogido, ni tampoco quienes votaron contra èl.

Kender se encogió de hombros.

-Èste es el sistema –dijo-. Por lo menos permite al candidato suspendido consolarse pensando que algún desgraciado cargado de prejuicios le tenía antipatía, porque no le gustaba el color de sus corbatas, o el de sus ojos.

-¿Y esa posibilidad es también parte del sistema?

Kender dio una chupada, la punta del puro se encendió como una luz de neón, y el laboratorio se puso apesadumado de humo.

-Supongo que habrá ocurrido alguna vez.

Aquella misma noche, el doctor Longwood entró en el laboratorio de experimentación con animales y Adam se dispuso, algo irritado, a aguantar nuevos exámenes y observaciones.

Pero el viejo se limitó a pedirle permiso para examinar el libro del laboratorio sobre la serie de suero antilinfocítico.

Estuvo un rato sentado, como una trágica caricatura, leyendo; la mano que tenía sobre el regazo temblaba y Adam tuvo que apartar la vista. Quizá Longwood percibió esto, porque la mano se puso a jugar con el llavero mientras él leía, y las llaves hacían un suave tintineo metálico como... ¿como qué?

“Las campanillas del Arlequín”, pensó Adam.

-¿Tienen aquí los caballos, en otra parte del edificio? –preguntó Longwood.

-No, doctor –respondió Adam-. El hospital es dueño de los animales, pero se guardan en los laboratorios biológicos del Estado. Extraemos nódulos linfáticos de cadáveres humanos y los trituramos y los mandamos a los laboratorios del Estado, donde se inyectan a los caballos para producir el suero.

El doctor Longwood tocó con un delgado dedo el cuaderno de notas.

-Ha conseguido algún resultado.

Adam asintió.

-El suero retarda el mecanismo de rechazo. Cuando lo usamos, podemos administrar potentes fármacos inmunodepresores, como imurán, en dosis lo bastante pequeñas para dejar al animal cierta protección contra la infección.

Longwood asintió, enterándose de lo que, al parecer, quería saber.

-¿Le gusta el trabajo con animales?

-Creo que me está haciendo mejor cirujano de lo que era.

-Eso sí.

Adam sintió de pronto la fuerza de aquellos ojos.

-¿Y adónde piensa ir el año que viene, cuando se vaya de aquí?

Esta pregunta le deprimió, dándose cuenta al oírla de que Longwood había decidido prescindir de él. Pero luego se consoló pensando que Kender no estaba, evidentemente, de acuerdo con esto.

-Todavía no lo sé.

-¿Por qué no decide el lugar y me lo dice? Me alegraría ayudarle a encontrar algo.

-Gracias –consiguió decir Adam.

-Querría que leyera una cosa –dijo el doctor Longwood, cogiendo su cartera de negocios y sacando una caja-. Es parte de un libro manuscrito, dos tercios del total. Para un texto de cirugía general.

-No sé el valor que mi opinión pueda tener –dijo Adam, asintiendo con un movimiento de cabeza-, pero cuente con que se la daré.

-Algunos renombrados cirujanos de otras partes del país han leído fragmentos. Me gustaría conocer la reacción de uno que ha salido del Colegio Médico hace un relativamente poco tiempo.

-Es un honor.

-Una cosa –los ojos le volvieron a sujetar-: no quiero que nadie se entere de esto. No puedo consentir que se me racionen las horas de trabajo por causa de mi enfermedad. No tengo tiempo que perder.

“Dios –pensó Adam-, ¿qué digo a eso?”. Pero no era necesario decir nada, porque Longwood le saludó con un movimiento de cabeza y se levantó.

-Buenas noches, doctor –dijo Adam.

El viejo pareció no haberle oído.

Siguió tratando a algunos animales, examinó síntomas vitales, y puso al día el libro del laboratorio. Era ya muy tarde cuando terminó y se sentía tentado a dejar para otro día la lectura del manuscrito, pero luego se dijo que si no empezaba por lo menos a leerlo, ahora que se le presentaba la oportunidad, no lo haría nunca. Llamó y dijo al encargado de hacer las llamadas que si preguntaban por él estaría en el laboratorio. Luego se sentó al viejo escritorio de roble y sacó el manuscrito de la caja. El café hervía en el mechero Bunsen. El viejo edificio crujía. En las jaulas, algunos de los perros estaban espulgándose, otros gemían y gañan en sueños, persiguiendo, quizá, lentos conejos oníricos o montando a perras que, en el frío pasado de la realidad, les habían rechazado mostrándoles los colmillos. El ruido despertó a alguno de los animales, y a los pocos minutos sus ladridos habían despertado a los demás. El laboratorio resonaba con protestas caninas.

-No pasa nada –les dijo-, volveos a dormir.

Hablaba absurdamente con ellos, como si fueran pacientes humanos y comprendieran sus tranquilizadoras palabras.

Se sirvió una taza de café muy caliente, volvió a sentarse, bebió a pequeños sorbos y comenzó a leer.

La mayor parte de los capítulos le produjeron una tremenda impresión. El estilo era tajante y engañosamente sencillo, la especie de estilo científico fácil de leer y que resulta difícil de escribir. Longwood había destinado toda su vida a la experiencia quirúrgica de primera clase y no había vacilado en recurrir a las obras de otros destacados cirujanos. Cuando llevaba ya leídas un centenar de páginas del manuscrito sonó el teléfono, y le invadió el temor ante la idea de que pudieran llamarle. Por fortuna era Spurgeon, que le pidió un consejo que pudo darle por teléfono. Inmediatamente reanudó la lectura.

Estuvo leyendo la noche entera.

Cuando hubo terminado los tres últimos capítulos las ventanas del laboratorio estaban iluminadas por una luz gris sucia.

“Quizà –pensò-, sea que estoy fatigado”. Se frotò los ojos, calentò el café y tomò otra taza, releyendo despacio los tres últimos capítulos.

Era como si hubieran sido escritos por otra persona distinta.

Incluso con su limitada experiencia le era posible encontrar errores tremendos. El estilo era oscuro, y la construcción de las frases tortuosa y difícil de seguir. Aparecían grandes lagunas en el material.

Leyò las páginas por tercera vez y comenzó a ver con claridad una especie de sombría evolución, la visión de la decadencia de un formidable intelecto.

“La desintegración de una mente”, se dijo impresionado.

Tratò de dormir un poco, pero no le fue posible, cosa poco frecuente en èl. Salió del laboratorio, y aquella mañana fue el primer cliente de Maxie`s. desayunò temprano, luego dio un paseo por el laboratorio de experimentación con animales y volvió a poner cuidadosamente el manuscrito en su caja.

Estaba aún esperando, cuando, tres horas después, entrò Kender en su despacho.

-Hay aquí una cosa que creo que debería usted leer –le dijo.

A la noche siguiente, echado, a oscuras, con Gaby, le dijo que Longwood había dimitido como jefe de Cirugia.

-Pobre hombre –dijo ella.

Y un momento después, dijo:

-¿No se puede hacer nada por èl?

-Las probabilidades de dar con un cadáver con un tipo de sangre tan poco frecuente son escasas. Puede ser mantenido vivo con diálisis, pero Kender dice que el aparato està siendo la causa de su desintegración psiquiátrica.

En un mar negro y mirando al cielo negro, ambos estaban como suspendidos, uno junto al otro.

-No creo que tampoco me sentara a mì la màquina bien durante mucho tiempo si lo estuviera –dijo ella.

-¿Si estuvieras què? –preguntò Adam, medio adormilado.

-Condenada a muerte.

Èl se durmió.

Un momento después Gaby le rozò con las uñas de los pies, dos veces, hasta que se despertó y se volvió hacia ella. Sus gritos entrecortados enviaron ondas sonoras sobre la superficie del mar negro.

Despuès Gaby flotò, con la cabeza contra su pecho, mientras èl dormía de nuevo, y su corazón le hablaba al oído.

Vivo, decía.

Vivo.

Vivo...

SPURGEON ROBINSON

Era negro y estaba encorvado, llorando, nada de lo cual era cosa infrecuente en el hospital, pero Spurgeon se detuvo junto al banco.

-¿Està usted bien, amigo?

-Le mataron.

-Lo siento –dijo, con suavidad, preguntándose si se referiría a un hijo o a un hermano, si sería accidente u homicidio.

Al principio no entendió el nombre.

-Le cerraron la boca para siempre. Nuestro jefe, el rey.

-¿Martin Luther King? –preguntò Spurgeon, en voz baja.

-Los blancos. Con el tiempo, acabarán con todos nosotros.

El viejo negro siguió agitándose y llorando. Spurgeon le censurò mentalmente por haber inventado tan monstruosa falsedad.

Pero era verdad. Las radios y los televisores no tardaron en difundirlo por todo el hospital.

Spurgeon quiso sentarse también en un banco y llorar.

-Dios mío, lo siento de verdad –le dijo Adam.

Otros le dijeron cosas parecidas. Tardò algún tiempo en darse cuenta de que la gente le daba el pèsame igual que èl se lo había dado al viejo negro, pensando que era una pèrdida que, en cualquier caso, les dejaría a ellos màs o menos igual que antes. No sintió verdadera rabia por esto hasta màs tarde.

Sin embargo, no había tiempo para permitirse el lujo de experimentar el shock. El doctor Kender llamò a todo el personal libre. En el Hospital General del condado de Suffolk sòlo había habido conflictos raciales en una ocasión, el año anterior, y entonces la situación les había cogido desprevenidos. Ahora, las salas del hospital disponían de un mínimo de personal permanente, y las salas de operaciones estaban listas para funcionar. Cada ambulancia era equipada con camillas y medicamentos adicionales.

-Que haya un mèdeico extra en cada vehículo –dijo el doctor Kender-. Si estalla la revolución, no quiero que vuelvan ustedes con un solo paciente si hay dos o incluso tres. – Se volvió a Meomartino y a Adam Silverstone-. Uno de ustedes se queda aquí, en la clínica de urgencia. El otro puede ir con las ambulancias.

-¿Què prefiere usted? –preguntò Meomartino a Adam.

Silverstone se encogió de hombros y movió la cabeza, mientras Moylan llegaba con noticias de tiroteos desde tejados, localizados por la radio de la policía.

-Me quedo en la clínica de urgencia –dijo Meomartino.

Adam dispuso las tripulaciones en las ambulancias y se asignò a sî mismo a Spurgeon, la de Meyerson. El primer incidente fue decepcionante: una colisi3n de tres coches en la carretera; dos heridos, ninguno grave.

-Han escogido ustedes un pésimo momento para hacer esto –dijo Meyerson a uno de los conductores cuando volvían en la ambulancia.

De vuelta al hospital, comprobaron que seguía reinando el orden. Las noticias de los tiroteos habían resultado falsas. Las fuerzas tácticas de la policía seguían movilizadas, pero no ocurri3 nada.

La vez siguiente que salieron fue a Charlestown, a por una chica que había pisado una botella rota.

Pero el tercer aviso procedía de Roxbury, donde había habido tiros en un bar.

-Yo no voy –dijo Meyerson.

-¿Por què?

-Lo que gano no lo fustifica. Deja que esos cabrones se maten, si quieren.

-Venga, mueve el culo –apremi3 Spurgeon.

-Allà tû –dijo Adam, sin alzar la voz-; si no conduces esta noche te echan de aquí, de eso me encargo yo.

Meyerson les mir3.

-Boy Scouts... -dijo.

Se levant3 y sali3 despacio de la clínica. Spurgeon se dijo que a lo mejor se iba a casa, pero abri3 la portezuela de la ambulancia y se puso al volante.

Spurgeon dej3 que Adam se sentara en medio.

Algunos de los escaparates de las tiendas de la Blue Hill Avenue estaban entablados. Los que seguían iluminados habían sido defendidos con letreros pintados a toda prisa en el cristal: HERMANO DEL ALMA, PROPIEDAD DE NEGRO, EL PROPIETARIO ES UN HERMANO. Pasaron ante una tienda de bebidas que ya había sido saqueada, hasta no dejar ni una botella, niños que salían de los escaparates sin cristales con botellas en la mano.

A Spurgeon se le encogió el corazón al verles. “¿Acaso no sabéis que estàis de luto?”, les pregunt3, sin hablar.

No lejos de Grove Hall tropezaron con la primera muchedumbre; eran tantos que se extendían, cortando la calle, hasta la manzana siguiente, como ganado, grupos que corrian de un lado a otro de la calle, empujando. El ruido que salía de las ventanas abiertas era carnavalesco; se oían insultos y risas brutales.

-Por aquí no pasamos –dijo Meyerson, haciendo sonar el claxon.

-Lo mejor será que salgamos de la avenida y demos la vuelta –propuso Adam.

Detrás de ellos, la calle estaba cerrada por la gente.

-¿Qué solución se os ocurre? –preguntò Meyerson.

-Ninguna.

-Boy Scouts...

A la luz de la farola, algunos hombres y muchachos comenzaron a volcar un coche aparcado, negro, de cuatro puertas. Era un modelo pesado, Buick, pero en poco tiempo lo levantaron como un juguete, dos ruedas al aire en cada empujòn, volviendo luego a caer ruidosamente, hasta que, por fin, dio la vuelta entre vitores y todo el mundo quiso escapar de allí a tiempo.

Meyerson hizo sonar la sirena con el pie.

-¡El hombre! –gritò alguien.

Otras voces repitieron esto, e inmediatamente se vieron convertidos en una isla en un mar de gente. Comenzaron a oírse golpes contra los lados metàlicos de la ambulancia.

Meyerson cerrò la ventanilla.

-Nos van a matar.

Poco después la ambulancia comenzaba a tambalearse.

Spurgeon soltò la portezuela y empujò con el hombro, tirando a alguien al aire. Se apeò del vehículo, luego subió a la capota, y estuvo allí en pie, protegiendo a los otros dos con su cuerpo.

-Soy un hermano –gritò a los rostros extraños.

-¿Y èsos què son? ¿Primos? –gritò alguien, entre risotadas.

-Somos médicos, que vamos a por un hombre herido. Necesita nuestra ayuda y nos estàis impidiendo ir.

-¿Es un hermano?

-¡Claro que lo es!

-¡Dejadle pasar!

-¡Que pasen!

-¡Mèdicos que van a salvar a un hermano!

Se iban pasando la voz.

Spurgeon siguió en la capota: nueve años de educación superior para acabar siendo un ornamento. Dentro, Meyerson le enfocò la luz. Muy despacio, la ambulancia fue avanzando, y la gente se apartaba de ellos, como si Spurgeon fuera Moisés y ellos el agua.

Pronto salieron de allí.

Meyerson dejó pasar hasta media docena de manzanas antes de parar la ambulancia y decir a Spurgeon que subiera.

Encontraron el bar. El herido yacía cara al suelo, y tenía los pantalones empapados en sangre oscura. No había indicios de quièn pudiera ser el que le disparò, ni tampoco se veían armas. Los que había allí aseguraron no saber nada.

Spurgeon cortò los pantalones y los calzoncillos ensangrentados.

-La bala atravesò limpiamente el glúteo mayor –dijo, un momento después.

-¿Seguro que no està aùn allì? –preguntò Adam.

Tocò la herida con la punta del dedo y asintió, mientras el herido gemìa.

Pusieron al herido en la camilla, boca abajo.

-¿Es grave? –gimiò.

-No –respondiò Spurgeon.

-Un tiro en el trasero –dijo Meyerson, al levantar la camilla.

En la ambulancia, Adam administrò oxígeno al paciente, y Spurgeon se sentò al lado de Meyerson. Maish no hizo funcionar la sirena. Unos minutos después de iniciar el regreso, Spurgeon se dio cuenta de que estaban acercándose al territorio fronterizo, en Dorchester Norte, vecindario inquieto donde la población negra se extendía a zonas hasta entonces blancas.

-Vas por la ruta màs larga –dijo a Meyerson.

-Es la màs corta para salir de Roxbury –dijo Meyerson. Hizo girar el volante y la ambulancia dio la vuelta en la esquina, y parò en seco al poner Meyerson el pie en el freno-. ¿Qué diablos pasa? –preguntò.

Un coche aparcado, con la portezuela abierta, bloqueaba la estrecha calle. Al otro extremo la taponaban dos muchachos que tendrían quince o dieciséis años, uno negro y otro blanco, que estaban pegándose.

Meyerson hizo sonar el claxon y luego la sirena. Ajenos a todo lo que no fuera el enemigo, los chicos seguían zurrándose. No lo hacían con arte; simplemente, se atizaban con toda la fuerza que tenían. No se sabìa cuánto tiempo habría durado la lucha. El blanco tenía el ojo izquierdo cerrado. El negro sangraba por la nariz y gemìa nerviosamente.

Meyerson suspirò.

-Tendremos que separarlos o mover el coche.

Los tres se apearon de la ambulancia.

-Tened cuidado –dijo Meyerson.

-Separèmosles –dijo Adam, al tiempo que los dos chicos se agarraban el uno al otro y forcejeaban.

Resultò facilísimo. No ofrecieron màs que la resistencia mínima compatible con su amor propio. Evidentemente, los dos se alegraban de que hubiese terminado la pelea. Spurgeon tenía cogido al blanco, sujetándole ambos brazos a la espalda.

-¿Èse es tu coche? –le preguntò.

Èl denegó con la cabeza.

-Es suyo –dijo, señalando al otro combatiente.

Spurgeon se dio cuenta entonces de que Adam tenía cogido al chico negro por los brazos, mientras Meyerson aferraba su pelo negro y ensortijado, como el de Dorothy, echándole la cabeza hacia atrás.

-Eso no es necesario –dijo, con aspereza.

El chico blanco gimiò. Mirando hacia abajo, Spurgeon vio sus propios dedos negros hincados en la carne pecosa. Asombrado, abrió la mano y el chico, como un animal puesto en libertad, dio unos pasos, erguido, con fingida indiferencia.

El negro, con aire retador, puso en marcha el motor, mientras ellos se subían a la ambulancia.

Spurgeon se sintió de nuevo como aquel viejo que lloraba en el banco.

-Tomamos partido –le dijo a Adam.

-¿Còmo dices?

-La impaciencia que sentía yo por comer al matòn blanco, y vosotros dos, valientes, os echasteis sobre el de color.

-No seas tan paranoico, por Dios bendito –cortò Adam.

De regreso al hospital, el herido gemìa de vez en cuando, pero ninguno de los que iban en la ambulancia volvió a decir una palabra.

En la clínica de urgencia había tres policías que habían sido apedreados, pero, aparte de eso, no se notaba signo alguno de catástrofe inminente. La ambulancia tuvo que volver a Roxbury a recoger a un carpintero que se había cortado la mano con una sierra automática cortando tablas con que proteger su carpinterìa. Luego tuvieron que ir a por un individuo que había sufrido trombosis coronaria a la salida de la Estaciòn del Norte. A las nueve y veintidòs minutos salieron de nuevo, en busca de alguien que se había caído de una escalerilla pintando el techo de su apartamento.

La llamada siguiente fue a un complejo de edificios de pisos en construcción, en la parte sur. Esperándoles cerca de una gran piscina de agua, había un muchacho que tendría màs o menos la misma edad que los luchadores callejeros, pero muy delgado y con una sucia chaqueta de estilo hindù.

-Por aquí, caballeros –dijo, moviéndose en la oscuridad-. Les llevarè adònde està. Realmente, parece que se encuentra muy mal.

-¿Llevamos la camilla? –preguntò Spurgeon.

-¡Eh! –gritò Adam al chico-. ¿Què piso es?

-El cuarto.

-¿Hay ascensor?

-No funciona.

-¡Diablos! –exclamò Meyerson.

-Quèdate aquí –le dijo Silverstone, cogiendo su maletìn-. Es demasiado lejos para llevar la camilla, si no nos va a hacer falta. El doctor Robinson y yo vamos a echar una ojeada. Si necesitamos la camilla viene uno de nosotros para ayudarte a llevarla.

El complejo en construcción consistìa en una serie de estructuras de cemento en forma de cajas. El edificio número 11 se levantaba junto a la piscina; era nuevo y ya parecía

viejo. Las paredes de la entrada estaban cubiertas por frases y dibujos a tiza anatómicamente improbables.

A causa de la oscuridad reinante no se veía el descansillo superior, y las bombillas habían sido robadas o rotas. En el segundo piso, la oscuridad estaba empapada de olor a basura y cosas peores.

Spurgeon oyò a Adam respirar y contener enseguida el aliento.

-¿Què apartamento es? –preguntò.

-Sìganme.

Alguien, arriba, estaba tocando algo salvaje, como caballos desbocados al ritmo de un jazz borracho. Se volvía màs y màs alto a medida que iban subiendo. En el cuarto piso, el muchacho fue por el corredor hasta llegar a la puerta de donde salía la música. Apartamento D. Llamò y alguien desconectò inmediatamente el gramòfono.

-Abre, soy yo.

-¿Vienen contigo?

-Sì, dos médicos.

Se abrió la puerta y el chico de la chaqueta hindù entrò, y Adam con èl. Spurgeon le siguió justo al oír la advertencia de Adam:

-¡CORRE, SPUR! ¡SAL...!

Pero ya estaba dentro y la puerta se había cerrado de golpe a sus espaldas. Había una sola luz. En el charco luminoso vio a cuatro hombres: no, cinco, se dijo, al ver a otro que salía de la oscuridad hacia su campo visual, tres blancos y dos negros, sin contar al muchacho. Reconoció sòlo a uno de ellos, un hombre delgado y de tez marròn, con el pelo como un zulù y un bigotito fino como un lápiz, que tenía en la mano un cuchillo de cocina afilado hasta quedar reducido a una hoja finísima.

-Hola, Speed –saludò.

Nightingale sonriò.

-Entra, doctor –le instò.

En el centro del cuarto se enfrentaron a ellos.

-No sabìa que ibas a ser tù, melenudo. No hay por què perder el tiempo. Lo único que quiero es el maletìn de tu amigo.

-¡Què estupidez! –exclamò Spurgeon-. Una persona que toca el piano tan bien como tù...

Speed se encogió de hombros, pero sonriò, halagado.

-Tenemos a un par de colegas en muy mal estado. Necesitamos algo rápidamente. Y, a propósito, tampoco a mì me vendría mal, llevo mucho tiempo sin probarlo.

-Dale el maletìn, Adam –dijo Spurgeon.

Pero Adam fue hasta la ventana.

-No hagas tonterias –advirtiò Spurgeon-, dales el dichoso maletìn. –Vio, atemorizado, que Adam estaba mirando la piscina-. No te arriesgues –dijo-, es demasiado.

Alguien riò.

-Animate –dijo una voz, en la oscuridad.

-Esa piscina es para patos, amigo –dijo el muchacho. Speed fue hacia Adam y le quitò el maletìn de las manos.

-¿Habèis terminado de perder el tiempo? –preguntò, con tono benévolo.

Dio el maletìn a Spurgeon.

-Tù nos lo encuentras, doctor.

Lo abrió, encontró un frasco de ipecacuana y lo sacò. Hightingale lo abrió, metió la punta de la lengua en el botellìn y escupió.

-¿Què es? –preguntò alguien.

-Algo para hacerme vomitar, me figuro.

Mirò a Spurgeon, esta vez sin sonreír, y se le acercò.

Adam ya estaba pegando, al azar.

Spurgeon tratò de asestar un puñetazo, pero se daba peor maña incluso que los chicos que habían visto pegándose en la calle. Varias manos le sujetaron los brazos y se sintió dominado por una sensación familiar. Mientras los puños negros se le acercaban, el mundo parecía girar en torno suyo, y se vio de nuevo con catorce años, tirando al suelo a un borracho den la calle 171 Oeste, con sus amigos Tommy White y Fats McKenna, situándose èl detrás de la víctima. El que iba a hacer ahora el papel que entonces desempeñò Fats McKenna era un experto en esas lides, pensò, mientras el poderoso puño chocaba contra su estòmago, cortándole la respiración. Algo le golpeò en un lado de la cabeza, y apenas sintió el resto. Vio, como en sueños, al hombre que èl sería ahora, de no haber sido por la gracia de Dios y de Calvin, arrodillado, registrando el maletìn y tirando finalmente su contenido por el suelo.

-¿Lo tienes, chico? –preguntò una voz.

Spurgeon no llegó a oír si Speed Nightingale lo tenía o no. alguien volvió a poner el disco en el gramòfono y los caballos desbocados lo atronaron de nuevo todo en torno a èl.

Por dos veces recobrò el conocimiento.

La primera vez que abrió los ojos, vio a Meyerson.

-No sè –estaba diciendo Maish-, se està volviendo cada vez màs difícil conseguir recetas en blanco. Tendrè que cobrarle un dólar màs. Seis dólares por receta no es excesivo.

-No estamos regateando –repuso Speed-. Suéltelas, nada màs, suéltelas de una vez.

-Va a echarlo todo a perder por pegar a esos dos –dijo Meyerson.

-Me tienen sin cuidado –intervino una voz, con un tono algo despectivo.

Estaba preguntándose còmo saldrían de allì y mientras las voces iban apagándose sintió una irritada punzada de arrepentimiento.

El rostro que vio la segunda vez era grandote, irlandés y feo.

-El negrazo està bien –decìa.

-Tambièn el otro, pero me parece que el amor propio lo tiene en muy mal estado.

Cuando se incorporò vomitò débilmente y vio que tenía delante a dos policías.

-¿Estàs bien, Adam? –preguntò.

Le dolìa la cabeza.

-Sì, ¿y tù, Spur?

-Saldrè de èsta.

Speed y sus amigos habían sido detenidos.

-Pero, ¿quièn les llamò? –preguntò Adam a uno de los policías.

-Un sujeto que decía que era conductor de ustedes, y me dijo que las llaves de la ambulancia están bajo el asiento.

Los dos policías les llevaron al hospital. En la entrada, Spur se volvió para darles las gracias y lo que les dijo le dejó sorprendido incluso a èl mismo.

-Y no vuelva a llamarme negrazo, so bestia.

Despertó tarde, entre magulladuras y rigideces y la sensación de haber olvidado algo.

El motìn.

Pero la radio informó de que no había un verdadero motìn, ni tiroteos siquiera. Unas pocas tiendas incendiadas, un mínimo de saqueo. Jimmy Brown estaba en Boston y el alcalde le había dicho que hablase por televisión. Por eso la gente que, de otra manera, habría salido a incendiar casas ajenas, estaba ahora en la suya propia, viendo a Jimmy por televisión. Los demás estaban ya celebrando mítines, calmándose.

Pasò casi una hora duchándose y secándose la piel. De pronto sonò el teléfono. La policía había detenido a Meyerson. Podía ser puesto en libertad bajo fianza de doscientos dólares. Necesitaba veinte dólares, el diez por ciento para el fiador.

-Allà voy –dijo Spurgeon.

En la comisarià, en la calle de Berkeley, entregò el dinero y le dieron un recibo.

-Pareces cansado –observò al ver a Maish.

-¡Malditos colchones!

En la mañana se percibìa un poco de calor primaveral, y el aire, a fuerza de sol, era de color limón, pero anduvieron en un incòmodo silencio hasta llegar a la plaza del Parque.

-Gracias por llamar a la policía –dijo Spurgeon.

Meyerson se encogió de hombros.

-No lo hice por vosotros. Si os llegan a matar, yo habría sido cómplice.

Eso no se le había ocurrido.

-Te devolverè los veinte dólares –dijo Maish.

-No hay prisa.

-Tengo dinero guardado en mi cuarto, el dinero de las apuestas. Me estaban esperando anoche cuando fui a recogerlo. Te lo mandarè por correo.

-¿Piensas fugarte? –preguntò Spurgeon.

-Tengo historial; esta vez no me libro de ir a la cárcel.

Spurgeon asintió.

-¡Vaya filósofo! –dijo, con tristeza.

Meyerson le mirò.

-Soy un vagabundo, ya te lo dije. Pero si tÙ fueras un negro de verdad, no habrías dicho eso.

Iban por la calle de Boylston, hacia Tremont. Se pararon y miraron a un profeta barbudo y descalzo que, desde el jardín central, se acercò a ellos diciéndoles que si no le daban un dólar no podría desayunar.

-Pues muèrete de hambre –dijo Meyerson.

El otro se fue como había venido, sin parecer ofendido.

-No sabes tÙ lo que es querer tanto ciertas cosas, que harías lo que fuese por conseguirlas –dijo Maish-. TÙ eres un shvartzeh blanco; por eso no comprendes a los negros. Esto te sitúa en la misma categoría que nosotros, los blancos, a quienes todo da igual porque vamos a lo nuestro. O quizás seas peor incluso.

“No, no lo soy”, se aseguró Spurgeon a sÌ mismo.

Ni tampoco lo es ninguno.

-¡NO TODOS SON COMO TÙ, MEYERSON! –gritó-. ¡NO LO SON!. Pero Meyerson ya había desaparecido escaleras abajo.

Una vieja con el pelo gris azulado le asestò una mirada anglosajona dura como una piedra.

-Hippies –dijo, moviendo la cabeza.

Contra su voluntad, se sintió atraído hacia el gueto.

El viento soplaba del sur, y antes de cruzar la frontera, percibió en el coche el amargo perfume de los incendios. No todos se habían quedado en casa para ver a Jimmy Brown en televisión.

Conducía muy despacio.

Los tableros que cubrían los escaparates de las tiendas parecían, a la luz del sol, muy poco eficaces. Algunos habían sido arrancados. En una tienda, la puerta metàlica protectora había sido desencajada de sus goznes. La luna estaba rota, dentro se veían las alacenas vacías, y el suelo estaba cubierto de ruinas. Un letrero en la fachada decía HERMANO DEL ALMA, pero había sido tachado con una gran X y sustituido por otro: MENTIROSO.

El primer incendio se produjo no lejos del As Alto, una casa de apartamentos pobres, sin duda incendiada por alguien que ya estaba harto de ratas y cucarachas.

El segundo incendio que vio estaba a unos tres kilómetros màs allà y ya había sido apagado. Media docena de bomberos tenían dos mangueras apuntadas a la escena de una batalla perdida. Lo único que quedaba era un cimiento de ladrillo ennegrecido y algunas ruinas chamuscadas.

Parò y fue andando hacia la ruina.

-¿Què era esto? –preguntò a un bombero.

El aludido le mirò fríamente, pero no dijo nada. “Làstima que no estè aquí Maish”, pensó.

-Una tienda de muebles –dijo uno de los bomberos.

-Gracias.

Se sentò en cuclillas y mirò un rato los restos humeantes; luego, se levantò y se fue.

Lo mismo ocurrìa màs allà, manzana tras manzana de tiendas entabladas para protegerse del huracán. La mayor parte de las tiendas que no tenian tableros estaban desiertas. Una ostentaba un letrero que le hizo sonreír: CLÍNICA DE URGENCIA. La puerta estaba abierta y èl entrò, sonriendo, pero al entrar su sonrisa desapareció. No era una broma. En una caja de cartón había rollos de vendas improvisadas, muy poco asépticas, hechas, sin duda, de tela de camisa y delantales viejos por mujeres negras de los tugurios, parte del gran plan de algùn Napoleòn negro, probablemente algùn veterano de Vietnam, que estaría ya planeando su próxima campaña. Se preguntò si tendrían antibióticos, donantes de sangre, gente ducha en cosas mèdicas, y decidió con tristeza que probablemente no dispondrían màs que de unas pocas tiendas vacías, armas escondidas y vendas de artesanìa. Era un local espacioso. Situado en el centro del barrio negro.

Se acordó de Gertrude Soames, la prostituta del pelo teñido de rojo, que, con carcinoma hepático, había pedido ser dada de alta del hospital porque no se fiaba de las manos blancas que tocaban y hacían daño, de los ojos de los hombres blancos que se mostraban indiferentes.

Pensó en Thomas Catlett Jr. Cuyo pequeño trasero èl había acariciado en la ambulancia, aparcada en el puente, que tenía ocho hermanos y cuyo padre, en paro forzoso, habría sembrado ya indudablemente la semilla de su dècimo hijo en el vientre flàccido de Martha Hendricks Catlett, porque el orgasmo era gratis y nadie se había molestado en enseñarles a hacer el amor sin germinar hijos. Se preguntò si gente echada innecesariamente a perder, como Speed Nithtingale, podría ser redimida por alguien del vecindario que estuviese dispuesto a ayudar a los drogadictos a liberarse de su vicio.

El que había escrito el letrero había dejado pedazos de tiza en el suelo. Spurgeon recogió uno y se puso a hacer un pequeño juego, dibujando compartimientos y creando así una sala de espera junto a la puerta, una mesa, una clínica de urgencia, un rincón de rayos X y, en el excusado, habitado por espesas telas de araña y tres polillas muertas, una cámara oscura.

Luego volvió a sentarse en cuclillas y se puso a estudiar las líneas blancas en el sucio suelo de la tienda vacía.

Aquella tarde anduvo por el departamento del servicio de cirugia hasta que dio con una persona que conocía, un representante de productos farmacéuticos.

Se llamaba Horowitz, simpático y lo bastante ducho en su oficio como para saber que los jóvenes internos tenían tendencia a convertirse, a los pocos años, en clientes importantes. Se sentaron a tomar café en Maxie's y escuchó todo lo que estaba diciéndole Spurgeon.

-No es tan fantástico –dijo después-. Frank Lahey comenzó la Clínica Haley en el año 1923, con sólo una ayudante de cirugía.

Frunció el entrecejo y comenzó a escribir cifras en una servilleta de papel.

-Te podría conseguir algunas cosas gratis, porque la industria farmacéutica apoya este tipo de planes. Cierta cantidad de medicinas, vendas. Parte de los instrumentos los podrías comprar de segunda mano. No te harían falta rayos X, porque podrías enviar a los pacientes al hospital.

-Sí que nos harían falta rayos X –dijo Spurgeon-. La idea es tener en el barrio negro una clínica de urgencia a la que la gente iría voluntariamente, fiándose completamente de ella, porque es suya. Y esa gente tiene tuberculosis, enfisema, toda clase de problemas respiratorios. Diablos, viven en el aire contaminado de la ciudad. Hemos de tener rayos X.

Horowitz se encogió de hombros.

-De acuerdo, rayos X. Para la sala de espera, podrías comprar muebles viejos. Ya sabes, sillas plegables, una mesa, cosas así, ¿no?

-De acuerdo.

-Te haría falta una mesa de examen y otra de operaciones. Instrumentos quirúrgicos y un autoclave para esterilizarlos. Lámparas para examinar, EKG, diatermia, un par de estetoscopios, un otoscopio, un microscopio, un oftalmoscopio. Cámara oscura y material para revelar. Y probablemente algunas cosas más que ahora no se me ocurren.

-¿Cuánto costaría todo?

Horowitz volvió a encogerse de hombros.

-Es difícil saberlo. No siempre se encuentra todo de segunda mano.

-Déjate de segundas manos. Esa gente no tuvo nunca en su vida nada de primera mano. Sillas viejas, de acuerdo, pero el material médico ha de ser nuevo.

El representante hizo unas sumas y dejó a un lado el bolígrafo.

-Nueve mil dólares –dijo.

-Hum...

-Y una vez hayas abierto deberá seguir estándolo. Algunos de tus pacientes tendrán seguro médico, pero la mayoría no. Unos pocos podrán pagar algo por el tratamiento.

-Y luego tenemos el alquiler y la electricidad –dijo Spurgeon-. ¿Crees que con doce mil saldríamos adelante el primer año?

-Yo creo que sí –respondió Horowitz-. Si puedo serte útil en algo, dímelo.

-De acuerdo, gracias.

Estuvo allí sentado un rato más y tomó otra taza de café, y luego una tercera. Finalmente, pagó y pidió a Maxie un dólar en moneda fraccionada. Canturreaba mientras marcaba el número, pero tenía el estómago tenso a causa del nerviosismo.

No tuvo ninguna dificultad en establecer comunicación, hasta que llegó al último bastión, la secretaria inglesa de voz gélida, que defendía a Calvin Priest de los mortales.

-El señor Priest tiene ahora visita, doctor Robinson –le dijo con una voz que siempre parecía estar riñendo-. ¿Es muy importante?

-No, no –dijo, e inmediatamente se sintió descontento de sí mismo-. Bueno, en realidad sí, es importante. ¿Quiere decirle que su hijo está al teléfono y necesita su ayuda?

-Sí, señor. ¿Cuelga y le digo al señor Priest que le llame a usted?

-Esperaré a mi padre –dijo él.

Al día siguiente llevó a Dorothy a ver el local. Ya había tenido toda la noche para esclarecer sus dudas e inventar muchos obstáculos, bastantes de los cuales no habían sido superados aún con razones. La casa y el local parecían aún más deprimentes que cuando los había visto por primera vez. Alguien había usado parte de la tiza para pintar en la acera una pareja en diversas posturas sexuales, o quizá fueran varias parejas, una orgía callejera. El artista había dejado allí la tiza, y ahora dos niñas, haciendo caso omiso del bacanal, estaban jugando con gran seriedad. Dentro, el local parecía menos espacioso, y más sucio.

Ella le escuchó y miró las líneas de tiza del interior.

-Parece una cosa permanente –dijo.

-Sí, claro.

-Comprendo que no podrías hacerlo provisionalmente –prosiguió Dorothy.

Guardaron silencio y se miraron con mutua inquietud, y él veía que Dorothy estaba diciendo adiós a Hawai y a los pequeños nietos con ojos oblicuos.

-Te prometí coronas de flores de franchipán –dijo él, sintiéndose culpable.

-Spurgeon, no las conocería aunque las viese.

Se echó a reír y un momento después también Spurgeon reía.

-¿Tienes miedo? –le preguntó Dorothy.

-Sí, ¿y tú?

-Muchísimo.

Se arrojó en sus brazos buscando consuelo, y él cerró los ojos y enterró su cabeza en la lana negra. Las dos niñas les miraban desde el escaparate.

Cuando terminaron de besarse, Spurgeon fue al As Alto y pidió al barman una escoba, con la que Dorothy barrió el suelo. Mientras él eliminaba las telas de araña y las polillas de la cámara oscura, ella humedeció un pañuelo y borró las figuras de la acera. Luego dio a las niñas una lección de dibujo. Cuando Spurgeon salió, el sol ya había secado el cemento y la acera estaba decorada con flores de tiza. Un campo de lirios.

ADAM SILVERSTONE

Cuando llegó abril, fue como si un reloj interior de Gaby estuviese necesitado de cuerda. Jadeaba un poco al subir la cuesta, parecía menos deseosa de hacer el amor, y comenzó a echar prolongadas siestas por la tarde. Un año antes, las preocupaciones le habrían provocado insomnio y hubiera ido al médico. Ahora se decía a sí misma con firmeza que todo aquello había pasado, que ya no era una hiponcondriaca.

Aquel invierno le había parecido excesivamente largo y creía que con la llegada de la primavera había cogido la gripe. No dijo nada a Adam ni al simpático siquiatra del Bet Israel, al que visitaba una vez por semana, y que ahora estaba escuchando la interesante historia de sus padres, haciendo de vez en cuando alguna pregunta con tono adormilado y casi indiferente. A veces, una sola respuesta llevaba semanas y le dolía terriblemente, ocasionando cicatrices de cuya existencia ella no había estado enterada hasta entonces. Comenzó a odiar menos a sus padres y a compadecerles más. Prescindió de unas pocas clases y esperó a que el buen tiempo cambiase los jardines públicos y los patios de las viviendas de la colina, imprimiendo más verdor a los arbustos y a las flores y más vigor a ella misma. En el apartamento, la planta de aguacate se estaba volviendo amarilla, por lo que Gaby la abonó, y la regó, y cuidó solícitamente de ella. Un día, al hacer la cama se dio un golpe en la espinilla y le quedó un cardenal, que no desaparecía por mucho que lo frotase con crema.

-¿Te encuentras bien? –preguntó Adam una mañana.

-¿Es que me has oído quejarme?

-No.

-Claro que estoy bien. ¿Y tú?

-Nunca estuve mejor.

-Me alegro, cariño –dijo Gaby, en tono de orgullo.

Pero cuando llegó la fecha de la regla, y ésta no se presentó, descubrió, con gélida certidumbre, lo que la tenía tan inquieta.

La condenada píldora había fallado, y ahora estaban cogidos.

A pesar de la sensación de sentirse fatigada, pasó la noche sin dormir. Por la mañana, fue al servicio médico de estudiantes, y pidió fecha para una consulta.

El médico se llamaba Williams. Tenía el pelo gris y el vientre prominente, y llevaba dos puros en un bolsillo del pecho.

“Más paternal que mi propio padre”, pensó Gaby. Por lo tanto, cuando le preguntó qué le pasaba, le dijo con gran tranquilidad que sospechaba haberse quedado embarazada.

El doctor Williams había sido médico universitario durante diecinueve años, habiendo trabajado antes otros seis de médico en un colegio de chicas. Por espacio de un cuarto de siglo, siempre había acogido esa noticia con simpatía.

-Bueno, veamos –dijo.

Con una gota de su orina, mezclada con una gota de antisuero y dos gotas de antígeno y aglutinada contra un cristal, al cabo de un par de minutos pudo decir a Gaby que no iba a ser madre.

-Pero la regla... -dijo ella.

-A veces se retrasa. Espere y verá cómo acaba teniéndola.

Gaby sonrió, aliviada, y ya se iba cuando él hizo un ademán.

-¿A dónde va tan deprisa?

-Doctor –respondió ella-, me siento idiota. Soy una de esas tontas que ustedes los médicos llaman a veces galantemente “pacientes demasiado nerviosos”. Creí que no me asustaba de nada, pero evidentemente no es así.

El doctor Williams vaciló. La había visto ya en varias ocasiones y sabía que lo que estaba diciendo era verdad. Su ficha en su mesa de trabajo, estaba llena de enfermedades imaginarias que se remontaban a seis años antes, a su primer curso universitario.

-Dígame qué otras cosas ha sentido recientemente –dijo-. Ya que está aquí podemos hacerle un pequeño reconocimiento.

-Bueno –dijo Gaby, casi una hora más tarde-, ¿puedo confesarle al psiquiatra que caí otra vez?

-No –dijo él-, se siente fatigada porque está anémica.

Ella sintió alivio, porque parecía ser que, después de todo, no era tan neurótica como había pensado.

-¿Y qué tengo que hacer? ¿Comer mucho hígado crudo?

-Voy a hacer un examen más.

-¿Tengo que desnudarme?

-Sí, haga el favor.

Llamó a la enfermera, y Gaby no tardó en sentir el frío beso de un trapo empapado en alcohol en la cadera, sobre la nalga izquierda, y el pinchazo de una aguja.

-¿Nada más? –preguntó.

-Aún no lo hice –dijo él, y la enfermera rió-. Le he administrado un poco de novocaína.

-¿Por qué? ¿Dolerá?

-Voy a extraer un poco de médula; la molestará un poco.

Cuando lo hizo, Gaby gimió y se le humedecieron los ojos.

-Hija –dijo él sin alterarse, administrándole un poco-, vuelva dentro de una hora.

Gaby fue mirando escaparates, fijándose en muebles, pero sin ver nada que le gustase. Compró una felicitación de cumpleaños y se la mandó a su madre.

Cuando volvió a la clínica del doctor Williams le vio muy ocupado con papeles.

-A ver, quiero que se haga transfusiones de sangre.

-¿Transfusiones?

-Sufre usted una anemia que se llama aplàstica. ¿Sabe en què consiste?

Gaby se cruzò las manos sobre el regazo.

-No.

-La mèdula de los huesos, por la razón que sea, ha dejado de producir suficientes hematíes, y se ha vuelto grasienta. Por eso le van a hacer falta las transfusiones.

Gaby lo pensó un momento.

-Pero si el cuerpo no produce hematíes...

-Tenemos que proporcionárselos por medio de transfusiones.

Su propia lengua le parecía ajena.

-¿Es grave esa enfermedad?

-A veces.

-¿Cuàntos años puede vivir una persona en mi situación?

-Pues... años y años.

-¿Cuàntos años?

-Eso no se puede predecir así como así. Trataremos de curarla en los primeros tres o seis meses, y luego todo irá sobre ruedas.

-¿Y la gente que muere, muere en tres o seis meses, en la mayor parte de los casos?

Èl la mirò, molesto.

-Hay que mirar el lado positivo de las cosas. Mucha gente, pero mucha, se cura completamente de la anemia aplàstica. No hay motivo para que usted no sea una de esas personas.

-¿Què porcentaje se cura? –preguntò ella, a sabiendas de que estaba dificultándole la tarea.

-El diez por ciento.

-Vaya.

“Dios mio”, pensó Gaby.

Volvió al apartamento y estuvo allí sentada sin encender ninguna luz a pesar de que por la única ventana no entraba suficiente claridad.

Nadie llamó a la puerta. El teléfono no sonò. Al cabo de largo rato se dio cuenta de que la pequeña mancha solar que, tres horas todas las tardes, caía sobre el aguacate, había desaparecido. Mirò de cerca la planta amarillenta y pensó darle algo más de abono y regarla, pero luego decidió que no iba a hacer ninguna de las dos cosas. Eso era lo malo, se dijo, que la había alimentado demasiado y empapado con agua en exceso; en el fondo del tiesto las raíces debían de estar pudriéndose.

Un momento después vio a la señora Krol acercarse a la escalera de entrada, y entonces cogió la planta de aguacate y salió a su encuentro.

Bertha Krol la mirò.

-Tenga, cuídela, a lo mejor sigue creciendo. Pòngala al sol, ¿me entiende?

Bertha Krol no dio muestras ni de entender ni de no entender. Se limitò a quedarse mirando a Gaby, hasta que èsta dio media vuelta y volvió al apartamento.

Se sentò en el sofà, preguntándose por què habrìa regalado la planta.

Finalmente, se dio cuenta de que, aunque un momento antes deseaba que llegase la mañana, era evidente que cuando Adam volviera a casa ella no estaría allí para recibirle.

Hizo la maleta, llevándose la ropa, pero dejando todo lo demás. Cuando la hubo cerrado, se sentò y escribió a toda prisa una nota, por miedo a no ser capaz de escribir nada si lo hacía despacio. La dejó en el sofà, sujetándola con el tiesto de flores de papel, para que no pudiera dejar de verla.

Salió en coche de la ciudad, y cuando mirò a su alrededor se encontraba ya en la carretera 128, pero en dirección contraria, hacia el Norte, hacia Nueva Hampshire. ¿Una tendencia instintiva de ir a ver a su padre? “No, gracias”, pensó. Dio la vuelta en Stoneham y fue de nuevo hacia el sur, con el pie bien firme sobre el acelerador. Ni el duro policía que les parò una vez en esta misma carretera, ni ninguno de sus colegas, aparecieron para humillarla, y el Plymouth se convirtió en un verdadero proyectil, marchando velozmente por entre los enormes pilares de cemento de los pasos superiores.

Se veían fotografiados en todos los periódicos, y en las pantallas de televisión, objetos inamovibles, junto con los restos de los vehículos y de la gente que mataban periódicamente, pero Gaby sabía que ella tenía la vida garantizada, condenada a ir goteando poco a poco, no a terminar como un relámpago o en un trueno; si trataba de volver ligeramente el volante para acercarse a un paso superior, su mano no le obedecía.

Màs tarde, a velocidad vertiginosa por entre el intenso tràfico de la carretera 24, se dio cuenta de lo tonta que había sido regalando la planta a la señora Krol. Casi con seguridad, Bertha Krol se emborracharìa, chillarìa y tirarìa la planta por la ventana. La tierra fertilizadora, comprada en la tienda a buen precio, se esparciría por la calle de Phillips, junto con la basura de Bertha, y la planta nunca crecerìa hasta convertirse en árbol.

Adam llamò al ver la puerta cerrada, y luego gruñò, sorprendido, porque el periódico de la mañana no había sido recogido. El apartamento estaba oscuro, pero Adam vio enseguida la nota bajo el tiesto de las flores.

Adam:

Decir que lo he pasado bien sería un insulto a nosotros dos. Recordarè estos días mientras viva. Pero nos habíamos puesto de acuerdo en que si alguno de los dos quería poner fin a esto, lo haría, sin màs. Y me temo que tengo la necesidad de romper. Llevaba algún tiempo queriendo hacerlo, pero no tenía el valor de decírtelo a la cara. No pienses demasiado mal de mì, pero recuérdame de vez en cuando. Sè feliz, querido doctor.

Gaby.

Se sentò en el sofà y volvió a leer la nota; luego telefoneò al siquiatra del Bet Israel, que no supo decirle nada.

Notò las pocas cosas que se había llevado. Sus libros seguían allí. El televisor, el tocadiscos. La lámpara solar. Todo seguía allí. Sólo se había llevado su ropa y su maleta.

Poco después llamó a Susan Haskell y le preguntò si Gaby estaba allí.

-No.

-¿Me avisaràs si sabes de ella?

Una pausa.

-No, no creo.

-¿Què quieres decir?

-Te ha dejado, ¿no? –En su voz se notaba un deje de triunfo-. Si no, no me vendrías con estas cosas. Bueno, pues si viene aquí no serè yo quien te lo diga.

Le colgó, sin màs, pero eso daba igual. Gaby no estaba allí. Pensó un rato màs, luego cogió de nuevo el teléfono y llamó a la universidad.

Cuando le respondieron en la centralita, dijo que le pusieran con el servicio mèdico de estudiantes.

Pidió prestado el Volkswagen a Spurgeon. Cuando iba ya por el puente de Sagamore, sentía miedo de lo que encontraría al apearse del coche. Una vez pasado Hyannis, apretò el acelerador, conduciendo como lo hacía ella. Era demasiado temprano para que hubiera mucho tràfico. La carretera estaba prácticamente desierta.

Al norte de Truro se metió en la carretera 6 y fue luego, después de pasar junto al faro, por el camino que conducía a la playa.

Cuando el Volkswagen llegó a la cima del promontorio, Adam vio el Plymouth azul aparcado junto a la puerta.

La choza estaba abierta, pero vacía. Salió y se encaminò hacia el acantilado. Desde la altura veía la playa blanca, extendiéndose varios kilómetros en ambas direcciones, azotada por el viento y cubierta por los restos de las tormentas invernales. Faltaba el banco de arena. No se veía a nadie.

¿Estaría Gaby allá abajo, bajo el agua? Ahuyentò tal idea de la muerte.

Luego, al volverse hacia la choza, la vio que iba, despacio, siguiendo la cima del acantilado, a cosa de medio kilòmetro de distancia. Sintiendo débil de puro alivio, corrió a su encuentro; antes de alcanzarla, ella pareció intuir su presencia y se volvió.

-Hola.

-Hola, Adam.

-¿Què le pasò al banco de arena?

-Se ha movido unos centenares de metros. Hacia Provincetown. A veces, las mareas del invierno hacen esto.

Ella comenzó a andar en dirección a la choza, y Adam se puso a su lado. Más adelante, había bayas. Las plantas que ahora pisaban llenarían el aire de aroma de arándano.

-Adam, ¿por qué viniste? Deberías haber dejado la ruptura como estaba, sin... esto.

-Vamos a la casa y charlaremos.

-No quiero ir a la casa.

-Entonces sube al coche e iremos a dar una vuelta.

Se dirigieron hacia donde estaba el Plymouth. Adam abrió la portezuela para que ella subiese por el lado del pasajero y él se puso al volante.

Durante algún tiempo condujo sin hablar volviendo a la carretera y luego al norte.

-Estuve hablando con el doctor Williams –dijo, por fin.

-Ah.

-Tengo una serie de cosas que decirte, y quiero que escuches con mucha atención.

Pero no supo qué decir. Hasta entonces, nunca había estado enamorado, y ahora se daba cuenta súbitamente de que el amor creaba diferencias en la idea de la muerte inminente, de la misma forma que las creaba en la cama. “Dios –rezò, lleno de pánico-, he cambiado de opinión. En adelante, pensarè en mis pacientes como si los amase, pero ahora ayúdame a escoger bien mis palabras”.

Ella miraba por la ventanilla.

-Si supieras que yo podría ser víctima de un accidente de automóvil, ¿te negarías a ti misma el tiempo precioso que te quedaría de estar conmigo?

Esto le pareció flojo, incluso a él mismo, algo arrogante, y no, en absoluto, lo que había estado tratando de decir. Vio que los ojos de ella relucían, y que estaba haciendo esfuerzos para no llorar.

-El doctor Williams me dijo que trataste de obligarle a hacerte poco menos que una profecía. En casos como el tuyo no es raro que el paciente viva todo el tiempo normal de una vida. Podíamos pasar de los cincuenta años juntos.

-O uno, Adam, o ninguno.

-Eso es, o uno. A lo mejor, no te queda más que un año de vida –dijo él, tajante-, pero, caramba, Gaby, ¿no ves lo que eso quiere decir hoy en día? Estamos al borde de la edad de oro. Ya se ha extraído el corazón humano para trasplantarlo a otra persona. Y riñones, y còrneas. Y ahora pulmones e hígados. Están inventando una maquinita que dentro de muy poco tiempo hará las veces de corazón. Para un paciente, cada semana es, en la actualidad, muchísimo tiempo. En algún lugar del mundo hay ahora un grupo de investigadores estudiando todos los problemas importantes.

-¿Incluso la anemia aplàstica?

-Incluso la anemia aplàstica y los resfriados. ¿No te das cuenta? –dijo, con desesperación-. En realidad, la esperanza es la base misma de la medicina. Me enterè de esto este mismo año.

Ella movió la cabeza.

-No puede ser, Adam –dijo, con serenidad-. ¿Què clase de matrimonio va a ser el nuestro, con eso cerniéndose siempre sobre nosotros? No sòlo para ti, sino también para mì.

-Tenemos siempre cosas como èsas cerniéndose sobre nosotros, lo mires por donde lo mires. Yo podría morir el año que viene, o que una condenada bomba explote mañana a mi lado. No hay garantías de ninguna clase. Lo que hay que hacer es vivir mientras se està vivo, apurarlo todo, apurar hasta la última gota.

Gaby no respondió.

-Para eso hace falta valor. Quizà te parezca mejor la solución de Ralph: desconectarse. Eso, desde luego, es màs fácil.

No tenía màs argumentos. Se sentía exhausto e inútil. Siguió conduciendo en silencio, sin saber còmo conseguir que ella comprendiera.

Poco después vieron frente a ellos, una convención de gaviotas, girando y graznando y cayendo hacia el suelo como si se creyeran halcones. Había coches aparcados a lo largo del lado derecho de la carretera.

-¿Què pasa? –preguntò Adam.

-¿Dònde estamos? ¿En Brewster? Ah, los sàbalos, me parece –dijo Gaby.

Aparcaron, se apearon y fueron hasta el río. Adam no había visto nunca nada parecido. Los peces estaban apretujados, casi como en lata, de orilla a orilla, e iban corriente arriba; una fantàstica flotilla de aletas dorsales hendiendo la superficie del agua. Bajo las aletas dorsales, se veían cuerpos de un verde grisáceo plateado iridiscente, cuyas aletas ventrales abanicaban graciosamente; las colas hendidas, cientos de miles de ellas, se agitaban a un suaver ritmo. Estaban esperando, pero ¿a què?

-¿Què son? –preguntò Adam.

-Sàbalos. Mi abuelo solìa traerme a verlos todas las primaveras.

Las gaviotas graznaban y estaban dándose un banquete. En la orilla, los seres humanos, con redes y cubos que no podían dejar de llenarse, sacaban del agua a los inquietos peces. Algunos niños se tiraban peces vivos unos a otros.

En cuanto se producía un vacío en la masa casi compacta de peces, se llenaba al instante de nuevos y plateados cuerpos, que, nadando lentamente, llegaban del mar.

-¿De dònde vienen estos peces? –preguntò Adam.

Gaby se encogió de hombros.

-De Nueva Brunswick, probablemente. O de Nueva Escocia. Vienen a desovar en el agua dulce donde nacieron.

-Piensa en la cantidad de enemigos naturales con que tienen que enfrentarse para llegar aquí –dijo èl, aterrado-: ballenas, tiburones, toda clase de peces grandes.

Ella asintió.

-Anguilas, gaviotas, seres humanos.

Fue orilla arriba. Adam la siguió y vio el motivo de que la mayor parte de los peces estuvieran inmóviles. El río se levantaba en una serie de gradas, como una docena, cuyos remansos caían en pequeñísimas cataratas que permitían pasar solamente un pez a la vez. Los sábalos nadaban hacia el chorro de agua, entrando por èl en los remansos superiores; y cada grada era más trabajosa de pasar porque los saltos anteriores les habían costado esfuerzo y energía.

-Mi abuelo y yo solíamos escoger un pez y subir con èl río arriba.

-¿Por qué no hacemos nosotros lo mismo? –propuso èl-. Escoge tù.

-De acuerdo. Èste.

Su pez tendría unos veinticinco centímetros de longitud. Le observaron esperar pacientemente la oportunidad, saltar entonces y avanzar luego por el agua que caía del remanso inmediatamente superior, donde volvía a esperar. Así subió las primeras seis gradas con aparente facilidad.

-Escogiste un campeón –dijo Adam.

Quizá fuera esa frase lo que dio mala suerte al sábalo. Cuando tratò de subir al remanso siguiente, el agua que caía resultò demasiado torrencial para èl: lo frenò en pleno salto y lo llevò de nuevo, aleteando torponamente, al remanso de donde había saltado.

La vez siguiente lo consiguió, pero la otra le costò tres saltos.

-¿Y por qué se esfuerzan tanto, sòlo por desovar? –preguntò èl.

-La preservación de la especie, me figuro.

Ahora, su pez se movía más lentamente entre salto y salto, como si incluso nadar le resultase fatigoso. Cada vez que acertaba, a Adam y a Gaby les parecía que era gracias a la fuerza de voluntad de ellos, pero el cuerpo, en forma de torpedo, estaba casi exhausto. Cuando llegó al penúltimo remanso se quedó en el fondo, descansando casi inmóvil, y sòlo las agallas, con su movimiento rítmico, indicaban que seguía vivo.

-Ay –dijo Gaby.

-Ànimo –dijo èl.

-Anda, pobrecillo.

Le vieron hacer cuatro intentos vanos de salvar el obstáculo final, y cada vez el intervalo era más largo.

-Me parece que no va a poder –le dijo Adam-. Creo que si alargó la mano podría cogerlo y ponerlo arriba.

-Dèjalo en paz.

Una gaviota descendió y, pasando sobre ellos, fue hacia el pez.

-¡No, no, no! –gritó Gaby, amenazando al ave con la mano. Estaba llorando-. ¡Déjalo en paz, condenada!

La gaviota se remontò, graznando indignada, y fue río abajo en busca de presa màs fácil. Como sintiendo el peligro recién pasado, el sàbalo saltò adelante, pero chocò y cayò grotescamente. Al instante volvió a intentarlo, saltando una vez màs y remontándose contra el agua que caía. Se cernió en el aire un momento, ya en la cima, y luego, aleteando, cayò por fin en el agua quieta del remanso màs alto.

Gaby seguía llorando.

Un momento después, en un movimiento de éxtasis triunfante, la cola se levantò y el sàbalo desapareció en las aguas profundas del remanso.

Adam tenía a Gaby muy apretada contra sí.

-Adam –dijo ella, como hablando a su hombro-, quiero tener un hijo.

-No sè por què no lo vas a poder tener.

-¿Me dejas?

-Casèmonos enseguida, sin màs. Hoy.

-¿Y tu padre?

-Nosotros tenemos nuestras vidas que vivir. Hasta que me sea posible manteneros a los dos, èl tendrá que arreglárselas como pueda. Debiera haberme dado cuenta de esto antes.

La besò. Otro sàbalo salvò de un salto, como un atleta, el obstàculo, cayendo al remanso final como en ascensor.

Gaby estaba otra vez riendo y llorando al mismo tiempo.

-No tienes idea –dijo a Adam-. Para casarse hay que esperar tres días.

-Tenemos tiempo de sobra –dijo èl, dando gracias a Dios y al magullado pez.

El martes por la mañana Gaby bajò la cuesta de Beacon y por el puente de Fiedler fue a la Explanada, donde había comenzado todo. Al borde del río abrió el bolso y sacò la cajita de píldoras. La tirò todo lo fuerte que pudo, y la madreperla falsa relució al sol antes de tocar el agua. La había tirado muy mal, pero era lo mismo. Se sentò en un banco, junto al agua, y le agradò la idea de que la cajita, en el agua lenta del Charles, sería quizá tanteada curiosamente por algún pez, o alguna tortuga. Tal vez la marea la llevase al puerto de Boston, y, en tiempos futuros, alguien la encontrara en la orilla, entre almejas y erizos de mar y un caparazón de cangrejos y la mandíbula de una lija y un botellín de Coca-Cola pulido por la arena, y acabara siendo puesta en una vitrina, como reliquia del homo sapiens antiguo, del ya lejano siglo XX.

Aquella tarde, como intuyendo que iba a ser un regalo de boda, Bertha Krol llamò por primera vez a su puerta y devolvió la planta de aguacate con el mismo silencio con que la había aceptado.

No había tirado el aguacate por la ventana. Además, el follaje ya no estaba agostado, aunque fue imposible conseguir que dijera una palabra cuando Gaby le preguntó si le había dado algo. Adam pensaba que la había regado con cerveza.

Se casaron el jueves por la mañana, siendo los padrinos Spurgeon y Dorothy.

Al volver a casa del Ayuntamiento, lo primero que hizo Gaby fue arrancar el buzón la cinta que llevaba su apellido de soltera. En su lugar dejó una marca pàlida, no pintada por el tiempo, que ella contempló con afecto mientras siguieron viviendo en el apartamento de la calle Phillips.

Poco después, estando Adam una noche en el laboratorio de experimentación de animales, entró Kender a tomar una taza de café.

-¿Recuerda usted una conversación que tuvimos una vez acerca de mantener con vida al paciente condenado a morir? –preguntó Adam.

-Sí –respondió Kender.

-Pues quería decirle que he cambiado de opinión.

Los ojos de Kender expresaron interés y asintió, pero no le preguntó el motivo. Siguieron allí sentados, tomando café en un amigable silencio.

Adam se contuvo y no le preguntó sobre el puesto de la Facultad; ahora no sólo lo deseaba desesperadamente, sino que lo necesitaba para poder seguir donde gente mejor que él podría defender la vida de Gaby con cuanto fuese necesario.

RAFAEL MEOMARTINO

Meomartino tenía la sensación de que, sutilmente y de maneras que él no comprendía, los átomos de su vida estaba reagrupándose de otra forma, sin que él pudiera hacer nada por controlarlos. Recibió al detective privado en una pizzería situada en el segundo piso, en la plaza de Washington, y hablaron de sus cosas tomando linguini marinara salados con vino que sabía a resina.

Kittredge había visto a Elizabeth entrar varias veces en una casa de apartamentos del Memorial Drice, en Cambridge.

-Pero, ¿sabe usted si se vio allí con alguien?

-La seguía sólo hasta el edificio –respondió Kittredge-. Seis veces la esperé fuera y la vi entrar. Un par de veces subí en el ascensor con ella, como si viviese en la casa. Es un hermoso edificio. Gente profesional, nivel de vida de burguesía acomodada.

-¿Cuánto tiempo suele quedarse?

-Depende.

-¿Sabe el número de apartamento que visita?

-Todavía no, pero siempre se baja en el cuarto piso.

-Algo es algo –dijo Meomartino.

-No necesariamente –replicò Kittredge, paciente-. Por ejemplo, podría subir a pie al quinto piso, o bajar a cualquier otro piso de abajo.

-¿Se da cuenta de que usted la está siguiendo?

-No, de eso estoy seguro.

-Bueno, pues supongamos que va efectivamente al cuarto piso –dijo Meomartino, algo asqueado, comenzando a despreciar el profesionalismo del detective-. Después de todo, no es una espía internacional.

-De acuerdo –convino Kittredge-. ¿Quiere que le lea los nombres de la gente que vive en ese piso, y así veremos si alguien le suena?

Meomartino esperaba, tenso.

-Harold Gilmartin.

-No.

-Peter D. Cohen, marido y mujer.

-Siga.

-En el apartamento siguiente, hay dos chicas solteras, Hilda Conway y Marcia Nieuhaus.

Meomartino movió la cabeza, algo irritado.

-V. Stephen Samourian.

-Pues ya sólo queda uno: Ralph Baker.

-No –dijo èl, deprimido por tener que recurrir a tales métodos.

Kittredge se encogió de hombros. Sacò del bolsillo la lista escrita a màquina y se la dio a Meomartino.

-Èstos son los nombres de todos los demás inquilinos del edificio.

Era como leer una página de la guía de teléfonos de una ciudad extraña.

-No –dijo Meomartino.

-Uno de los inquilinos del cuarto piso, Samourian, es doctor.

-Eso da igual; es la primera vez que oigo su nombre. –Hizo una pausa-. ¿Hay alguna posibilidad de que vaya allí a cosas perfectamente normales, como ir al dentista?

-En dos ocasiones, estando usted de servicio en el hospital, volvió a casa aproximadamente a la hora de cenar, y luego de nuevo al edificio del Memorial Drive a pasar el resto de la velada.

-Ya.

-¿Quiere informes por escrito? –preguntò Kittredge.

-No, no me atosigue –replicò Meomartino.

A petición del detective, firmò un cheque por 178 dòlares. Cada trazo de la pluma le resultò màs duro que el anterior.

Aquella noche, a las once, fue a verle Helen Fultz.

-Doctor Meomartino –dijo la vieja enfermera.

Èl vio que estaba pàlida y sudorosa, como si hubiera sufrido un ataque o un shock.

-¿Què pasa, Helen?

-Estoy sangrando mucho.

La hizo echarse y poner las piernas en alto.

-¿La examinaron con rayos X?

-Sì, he estado yendo a la clínica de aquí –respondiò ella.

Mandò a por hematíes y pidió su historial y las placas de rayos X. Las placas no mostraban úlceras, pero revelaban un ligero aneurisma aórtico, una ligera inflamación en el tronco principal procedente del ventrículo izquierdo. El personal de la clínica había pensado que el aneurisma era demasiado pequeño para ser causa de la hemorragia, que, según ellos, era debida a una úlcera que los rayos X no podían detectar. La habían sometido a una dieta blanda.

Le examinò el abdomen, sirviéndose del tacto como de la vista, y se dio cuenta de que estaban equivocados.

Quiso consultar a un cirujano veterano. Mirò en el tablero y vio que el cirujano externoera Miriam Parkhurst, pero cuando le telefoneò le contestaronque había ido al hospital de Monte Auburn, en Cambridge.

Llamò a Lewis Chin, y le dijeron que estaba en Nueva York. El doctor Kender estaba asistiendo a una convención mèdica sobre trasplantes, en Cleveland, donde esperaba encontrar a su sucesor. No había ningún otro cirujano veterano disponible.

Silverstone estaba en el hospital.

Le mandò llamar y la examinaron juntos. Meomartino guiò la mano de Adam hasta llegar al aneurisma.

-¿De què tamaño diría usted que es?

Silverstone silbò silenciosamente.

-Por lo menos de nueve centímetros, diría yo.

Llegó la sangre y Silverstone preparò una intravenosa, mientras Meomartino trataba de nuevo de dar con Miriam Parkhurst, consiguiéndolo esta vez. La habían sacado de la sala de operaciones, en Monte Auburn, y estaba enojada por haber perdido cuatro minutos, pero se calmò cuando èl le dijo que era la enfermera Fultz.

-Dios, esa mujer ya era enfermera cuando estaba yo empezando –dijo.

-Bueno, pues lo mejor es que venga lo antes posible –repuso èl-. El aneurisma puede fallar en cualquier momento.

-Usted y el doctor Silverstone tendrán que empezar a repararlo solos, doctor Meomartino.

-¿No viene usted?

-Es que no puedo. Tengo aquí mi propio problema. Uno de mis pacientes particulares, con una gran úlcera que sangra, y con el duodeno y el píloro afectados. Iré en cuanto me sea posible.

Le dio las gracias y advirtió a la sala de operaciones que iba con un caso de aneurisma. Luego, rápidamente, llamaron a un médico y al anestesista.

Helen Fultz sonrió cuando Meomartino se lo dijo.

-¿Usted y el señor Silverstone?

-Sí.

-Pues podría estar en peores manos –comentó.

Después de preparados, tuvieron que esperar mientras Norman Pomerantz la anesthesiaba con angustiosa lentitud. Pero, por fin, Meomartino pudo comenzar. Practicó una larga incisión, cortando la piel entre el conducto rectal. En cuanto comenzaba a sangrar, sujetaba, mientras Silverstone ligaba.

Exploró cuidadosamente el peritoneo, y una vez en el abdomen vio el aneurisma, una gran inflamación, que pulsaba, situada a la parte izquierda de la aorta.

-Aquí está la madre del cordero –murmuró Silverstone.

Estaba enviando sangre al intestino, y de ahí las hemorragias.

-Extraigámoslo –dijo.

Se inclinaron sobre la aorta de Helen Fultz, que seguía latiendo.

Miriam Parkhurst llegó a toda prisa a la sala de operaciones cuando ya Silverstone había llevado a Helen a la sala de recuperación. Escuchó a Meomartino, tratando de no mostrar satisfacción.

-Me alegro de que hayamos podido ser tan útiles a alguien del personal. ¿Usaron suturas de refuerzo?

-Sí –respondió él-. ¿Cómo fue su operación de Monte Auburn?

Ella le sonrió.

-Los dos lo pasamos bien.

-Me alegro.

-Rafe, ¿qué va a ser de Harald Longwood?

-No lo sé.

-Le quiero mucho –dijo ella, fatigada.

Se despidió de él y se fue.

Meomartino siguió allí, escuchando, a través de la puerta abierta, a las enfermeras que estaban limpiando la sala de operaciones.

No había otro sonido.

Cerró los ojos. Estaba sudoroso y maloliente, pero se sentía casi como después de un coito, sereno, contento de sí mismo, justificado, por un acto de amor, para reclamar su

lugar en la tierra. Se le ocurrió que era verdad lo que Liz le había dicho en cierta ocasión: el hospital le retenía más que una amante humana.

“¿Qué ramera más sucia y vieja”, pensó, divertido.

Cuando volvió a abrir los ojos la idea le inquietó y no la siguió explorando. Se quitó de la cabeza el gorro verde y lo dejó caer al suelo. Había en la mesa un magnetófono. Rafe cogió el micrófono, se retrepó en la silla y puso los pies, aún calzados con las botas de operar, estáticas y negras, sobre la mesa que había junto a la máquina.

Apretando el botón del micrófono se puso a dictar el informe de la operación.

Llovía. Todo el día siguiente, hasta bien entrada la tarde, siguió cayendo esa especie de lluvia que los granjeros de Nueva Inglaterra reciben con júbilo al principio, con temor después y finalmente con rabia, al ver sus brotes inundados y arrancados por el agua. Aquella noche estuvo echado, escuchando la lluvia, mientras ella, envuelta en un batín de seda amarilla, entraba, como una sombra reluciente, en el oscuro cuarto.

-¿Qué te pasa? ¿Estás enfadado conmigo? –le preguntó.

-No –respondió él.

-Rafe, tengo que cambiar o morir –dijo ella.

-¿Cuándo llegaste a esa conclusión? –preguntó él, sin mala intención.

-No te culpo por odiarme.

-No te odio, Liz.

-Si pudiéramos volver a empezar y evitar nuestros errores...

-Estaría bien, ¿verdad?

Fuera, la lluvia comenzaba a tamborilear con creciente intensidad.

-Me ha vuelto casi a crecer el pelo, quiero decir, mi pelo natural.

-Es suave –dijo él, acariciándolo.

-Has sido muy bueno, me has tratado muy bien, y siento todo esto.

-Silencio –dijo él, volviéndose y cogiéndola en sus brazos.

-¿Te acuerdas de aquella primera noche de lluvia?

-Sí.

-Finjamos. ¿Quieres que hagamos como si fuera ahora?

-¿Qué?

-Que eres de nuevo un muchacho y yo una chica joven y los dos vírgenes.

-Liz...

-Por favor, por favor, hazme creer que ninguno de los dos sabe nada.

Jugaron como niños y Rafe conoció de nuevo una vaga imitación del descubrimiento y el temor.

-Amoroso –le llamó ella finalmente-, delicioso, mágico, marido.

Eran las palabras de amor que él le había enseñado en las primeras semanas de su vida matrimonial.

Despuès èl riò, y ella se apartò y llorò amargamente. Rafe se levantò, abrió la puerta del balcón y salió a la lluvia. Rompió el tallo de una flor que había en el tiesto, una caléndula, volvió y se la puso a ella en el ombligo.

-Està fría y húmeda –se quejó Liz, pero le dejó y cesò de llorar.

-¿Me perdonas? ¿Volvemos a empezar? –preguntò ella.

-Te quiero –dijo Rafe.

-Pero, ¿me perdonas?

-Duèrmete.

-Di que sì.

-Sì –dijo èl, sintiéndose feliz.

Pensó que al día siguiente llamarìa a Kittredge para decirle que ya no necesitaba sus servicios.

Se quedó dormido con la mano de ella en la suya, y cuando despertó ya era de mañana. Durante la noche, ella se había dado la vuelta y la flor estaba magullada. En las sàbanas había una confusión de pètalos color naranja. Estaba completamente dormida, con los brazos abiertos, el pelo negro y revuelto, y el rostro sereno, lavado en la sangre del Cordero.

Se levantò y se vistió sin despertarla; salió del apartamento y fue al hospital, sintiéndose un hombre nuevo, en un día nuevo.

Al mediodía telefoneò, pero no obtuvo respuesta. Por la tarde estuvo muy ocupado. El doctor Kender había vuelto trayendo consigo de Cleveland a dos profesores llamados Powers y Rogerson. Fueron todos juntos a hacer visitas, lo que resultò largo y protocolario.

A las seis volvió a telefonar. En vista de que tampoco le contestaban, pidió a Lee que le sustituyera y fue en coche al apartamento de la calle de Charles.

-Liz –llamò al entrar.

No había nadie en la cocina, ni tampoco en el cuarto de estar. También el despacho estaba desierto. En la alcoba, vio que algunos de los cajones estaban abiertos y vacìos. Sus vestidos habían desaparecido de los armarios.

Y sus joyas.

Sombreros, abrigos, maletas.

-Miguel –llamò en voz baja, pero su hijo no contestò. Evidentemente, se había ido con su madre, dondequiera que fuese y sus cosas.

Bajò y fue en coche al apartamento de Longwood. Le abrió la puerta una desconocida, una mujer de pelo gris.

-Le presento a la señora Snyder, vieja amiga mía –dijo Longwood-. Marjorie, el doctor Meomartino.

-Elizabeth se ha ido –dijo Rafe.

-Ya lo sabìa –dijo Longwood, sin alterarse.

-¿Sabe dònde està?

-Se ha ido con otro hombre. Eso es lo único que me dijo. Se despidió de mí esta mañana, y me dijo que me escribiría.

Longwood miró a Meomartino con odio.

Rafe movió la cabeza. No había nada más que decir. Iba a irse cuando la señora Snyder fue hacia él, en el vestíbulo.

-Su mujer me telefoneó antes de irse –dijo.

-¿Sí?

-Por eso vine aquí. Me dijo que Harland tenía que ir al hospital hoy para un tratamiento con una especie de máquina.

Él asintió, mirando el rostro viejo y preocupado, sin comprender realmente lo que estaba diciéndole.

-Bueno, pues no quiere ir –dijo ella.

“Y a mí qué me importa todo eso”, pensó Rafe, con irritación.

-Se niega terminantemente –prosiguió ella-. Me parece que está muy enfermo. A veces me confunde con Frances. –Le miró-. ¿Qué hago?

“Déjele que se muera de una vez”, pensó. ¿O es que no sabía que su mujer le había dejado, que su hijo había desaparecido?

-Llame al doctor Kender al hospital –contestó.

Se fue, dejándola allí, en el vestíbulo, con los ojos abiertos de par en par.

A la mañana siguiente le llamaron desde el interior del hospital, y cuando respondió le dijeron que un tal Samourian estaba abajo, en la recepción, y preguntaba por él.

-¿Quiéñ?

-Señor Samourian.

“Ah”, pensó, recordando la lista de Kittredge de inquilinos del cuarto piso.

-Enseguida bajo.

El señor Samourian resultó ser decepcionante. Tendría entre cuarenta y cincuenta años, con ojos inquietos de perro de aguas, calvo y con un bigote moteado de pelos grises; era increíble que un hombre así, rechoncho y chaparro, hubiera podido destruir su hogar.

-¿El señor Samourian?

-Sí. ¿El doctor Meomartino?

Se dieron la mano protocolariamente. Eran ya más de las diez y tanto la cafetería como Maxie`s estaban demasiado llenos para poder hablar con tranquilidad.

-Podemos hablar aquí –dijo Rafe, señalando uno de los cuartos de consulta.

-He venido para hablar con usted sobre Elizabeth –le informó Samourian, cuando se hubieron sentado.

-Ya lo sé –dijo Rafe-. Les tuve vigilados por un detective durante bastante tiempo.

El otro asintió, mirándole fijamente.

-Ya.

-¿Cuàles son sus planes?

-Està con el niño en la costa occidental. Yo voy a reunirme allí con ellos.

-Me dijeron que es usted doctor –dijo Rafe.

Samourian sonrió.

-Doctor en filosofía. Enseño economía en el MIT, pero en septiembre paso a la Universidad de Stanford –dijo-. Ella quiere pedir el divorcio inmediatamente, y esperamos que usted no se oponga.

-Quiero a mi hijo –dijo Rafe.

Sintiò como si algo le golpease la garganta. Nunca hasta entonces había comprendido lo mucho que le quería.

-Tambièn ella le quiere. En general, los jueces suelen pensar que es mejor que los hijos sigan con sus madres.

-Quizàs esta vez no ocurra así. Si trata de quitármelo, me opondrè y pedirè tambièn el divorcio por mi cuenta. Tengo suficientes pruebas. Informes escritos –dijo, pensando sombríamente, que el único que iba a salir ganando de todo aquello sería Kittredge.

-Debièramos tener en cuenta ante todo lo màs conveniente para el niño.

-Llevo mucho tiempo tenièndolo en cuenta –respondió Rafe-. He tratado de impedir el divorcio precisamente para que tuviera un hogar.

Samourian suspirò.

-Lo que a mì me interesa es facilitarle esto a ella lo màs posible. Està muy nerviosa. No podrá aguantarlo si las cosas se complican. La enfermedad de su tío la ha afectado enormemente, como sin duda sabe usted. Le quiere mucho.

-Pues entonces la verdad es que escogió un buen momento para irse –replicò Rafe.

El otro se encogió de hombros.

-Cada uno expresa su amor a su manera. No podía seguir aquí, viéndole sufrir. –Mirò a Meomartino-. Tengo entendido que apenas hay esperanza.

-No.

-Cuando muera, me temo que va a ser muy difícil impedir que pierda el equilibrio mental.

-Estoy completamente de acuerdo –convino Rafe, mirándole con interés-. No sabìa que la conociese tan bien.

Samourian sonrió.

-Conozco a Beth –dijo, en voz baja.

-¿Beth?

-Es como yo la llamo. A cambio de vida, cambio de nombre.

Rafe asintió.

-En todo esto sòlo hay un fallo –señalò-. Tiene en su poder al niño, y el niño es mìo.

-Sì –dijo Samourian-, esto probablemente llevarà tiempo, porque abogados y jueces trabajan despacio. Le doy mi palabra de honor de que hasta que se decida todo esto Miguel

vivirá en una casa decente. En cuanto tenga una dirección fija en Palo Alto le escribiré dándosela.

-Gracias –dijo Rafe, encontrando imposible odiarle-. ¿De qué inicial es la V? –le preguntó, levantándose.

-¿La V?

-Sí, en su nombre. V. Stephen.

-Ah. –Samourian sonrió-. Vasken. Es un viejo nombre de la familia.

Salieron juntos. En la acera, el sol les asestó golpes gemelos y se dieron la mano, parpadeando.

-Buena suerte, Vasken –dijo Rafe-. Cuidado con los jardineros mexicanos, sobre todo los jóvenes.

Samourian le miró como si estuviera loco.

Aquella tarde, hallándose presentes los profesores de Cleveland, se celebró una reunión sobre las complicaciones quirúrgicas de la semana. Rafe apenas escuchaba el vaivén de voces. Estaba sentado, pensando en muchas cosas, pero no tardó en darse cuenta de que ahora hablaban del caso Longwood.

-Me temo que esto es el fin –decía Kender-. La máquina puede seguir manteniéndole a flote, pero él se niega a seguir usándola, y esta vez no hay manera de hacerle cambiar de opinión. Prefiere la uremia y después la muerte.

-Eso no se le puede permitir –protestó Miriam Parkhurst.

Sack gruñó.

-Sería otra cosa, Miriam, si tuviéramos alguna otra alternativa –dijo-, pero por desgracia, no la tenemos. Podemos ofrecer al paciente diálisis, pero lo que no podemos es obligarle a que la acepte.

-Harland Longwood no es un paciente cualquiera –objetó ella.

-Es un paciente –dijo Sack, a quien molestaban las actitudes emotivas-. Hay que considerarle única y exclusivamente como paciente. Es la mejor manera de ayudarlo.

La doctora Parkhurst evitaba la mirada de Sack.

-Aun cuando todos olvidemos todo lo que Harland haya hecho por todos y cada uno de nosotros, y por la cirugía, hay una razón importante para no permitir que se haga esto a sí mismo. Algunos de nosotros hemos leído el manuscrito de un libro que está escribiendo. Es una verdadera aportación, el tipo de libro de texto que influirá, de manera importantísima, en generaciones enteras de jóvenes cirujanos.

-Doctora Parkhurst –dijo Kender.

-Quiero decir que si permitimos que este hombre muera resultarán perjudicadas vidas de gente que no está en este cuarto.

“Tenía razón”, pensó Meomartino.

Miriam miró a los profesores visitantes de Cleveland.

-Ustedes son urólogos –dijo-. ¿Se les ocurre alguna solución?

El llamado Rogerson se inclinò hacia delante.

-Ante todo, hay que esperar a tener un cadáver adecuado con sangre B negativa.

-Pero es que no podemos –dijo ella, con desdén-. ¿No han estado escuchando?

-Miriam –intervino el doctor Kender-, tenemos que aceptar la situación tal cual es. No podemos conseguir un cadáver B negativo, y sin un cadáver B negativo no podremos salvar a Harland Longwood.

-Yo soy B negativo –dijo Meomartino.

Lo discutieron demasiado tiempo, pensaba èl, sobre todo por lo que se refería a la influencia que pudiera tener en la duración de su vida.

-Tengo riñones de caballo –dijo Rafe-. Uno me durará tanto como los dos.

Kender y Miriam Parkhurst hablaron con èl en privado dándole repetidas oportunidades de retirar honorablemente su ofrecimiento.

-¿Està seguro? –le preguntò Kender por tercera vez-. Lo normal es que el donante sea pariente.

-Es mi tío político –contestò Meomartino.

Kender dio un resoplido, pero Rafe sonriò. Ya habían hablado bastante y era evidente que se les habían acabado los argumentos. Tenían la conciencia tranquila y ahora aceptarían el riñòn encantados.

Kender confirmò esto.

-Un donante, aunque no sea un pariente, siempre es mucho mejor que un cadáver –dijo-. Tendremos que hacer ciertas pruebas con los dos. –Mirò a Rafe-. La operación no debe preocuparle, todavía no se ha muerto un solo donante vivo.

-No me preocupa eso –dijo Rafe-, pero existe una condición: que no sepa de quièn es el riñòn.

La pobre Miriam le mirò, perpleja.

-No lo aceptaría; èl y yo no nos llevamos bien.

-Le dirè que el donante insiste en el anonimato –sugiriò Kender.

-¿Y si aún así no lo acepta? –preguntò Miriam.

-Repita entonces su discurso sobre la obra genial que será su libro cuando lo termine –respondiò Meomartino-. Ya verà como entonces aceptará.

-Esta vez usaremos el nuevo suero antilinfocítico –dijo Kender-. Adam Silverstone ha calculado la dosis.

El único obstáculo posible fue resuelto cuando se compararon muestras de tejido de su cuerpo y el del viejo, comprobándose que estaban dentro del margen de compatibilidad. En un tiempo que a èl le pareció atterradoramente corto, Meomartino se vio en la sala de operaciones número 3, diciéndose que era una cosa extraña que èl estuviera allí así, a pesar de la anestesia que Norman Pomerantz le había aplicado, amistosamente y sin dolor, en la nalga.

-Rafe –dijo Pomerantz, como vertiéndole las palabras en la oreja.

“Rafe, ¿me oyes, amigo?”.

“Claro que te oigo”, tratò de decir.

Veìa a Kender, que se acercaba a la mesa, y a Silverstone.

“Corta bien, enemigo”, pensó.

Contento, por una vez, de dejar a los otros la operación, cerrò los ojos y se durmió.

La convalecencia fue lenta e irreal.

La ausencia de Liz se hizo màs y màs notoria y ahora la gente parecía dar por supuesto que su matrimonio había terminado.

Tuvo muchos visitantes, que fueron haciéndose menos numerosos a medida que la cosa iba perdiendo novedad. Miriam Parkhurst le dio un breve beso y un cesto de fruta demasiado grande. Con el paso de los días, los plátanos se iban ennegreciendo, los melocotones y las naranjas criaban un moho blanco y olian de tal manera que acabò tiràndolo todo menos las manzanas. Su riñòn estaba funcionando perfectamente en el cuerpo del viejo. Èl no hizo ninguna pregunta a ese respecto, pero era debidamente informado del desarrollo de la operación.

La televisión le ofrecía un refugio temporal. Un día, estaba hojeando la TV Guide, cuando entrò en su cuarto Joan Anderson con agua helada.

-El partido de hoy, ¿es en la televisión o en la radio? –preguntò.

-En la televisión. ¿Oyò lo de Adam Silverstone?

-¿Què es?

-Le dieron el puesto en la Facultad.

-No, no lo sabìa.

-Profesor de cirugía.

-Vaya, me alegro. ¿Por què canal dan el partido?

-El quinto.

-¿Me lo quiere poner? Vaya, buena chica –dijo.

Pasò mucho tiempo echado y pensando. Una tarde, vio un anuncio en el Massachusetts Physician, y lo leyò varias veces con creciente interés, mientras la idea iba cobrando forma en su mente.

El día en que le dieron el alta en el hospital cogió un taxi y fue el Edificio Federal, donde tuvo una grata conversación con un representante de la Agencia Norteamericana de Desarrollo Internacional, al tèrmino de la cual firmò los documentos necesarios para ser cirujano civil durante dieciocho meses.

De vuelta al vacío apartamento, se detuvo en una joyería y comprò una caja de terciopelo rojo bastante parecida a la que, siendo èl niño, usaba su padre para guardar el reloj. Al llegar a casa se sentò en el silencioso despacho, cogió papel y pluma y comenzó

varios borradores, poniendo “Mi querido Miguel”, y luego cambiándolo por “Mi querido hijo”, decidiéndose finalmente por un término medio.

Mi querido hijo Miguel:

Quiero empezar dándote las gracias por haberme dado más felicidad que ninguna persona en este mundo. En el corto tiempo de tu vida me has demostrado que posees todas las mejores cualidades de mi familia y ninguna de sus torpes debilidades que, por desgracia, descubriràs tù por ti mismo en el mundo, y en nosotros, sus habitantes, también.

Si en el futuro, cuando seas lo bastante mayor para comprender esta carta, te la dan a leer, será porque no habré vuelto del viaje que ahora voy a emprender. Porque, si vuelvo, moverè todos los recursos legales del mundo para conseguir que me devuelvan a mi hijo, y, si esto resultase imposible, verè la forma de visitarte periódicamente y con frecuencia.

Es posible, sin embargo, que leas estas líneas. Por lo tanto, me gustaría convertirlas en un código de conducta, en la esencia misma de lo que un padre da a su hijo en el transcurso de su vida, o, por lo menos, en prudencia quintaesenciada que le alivie el precioso dolor de la vida. Por desgracia, esto no me es posible. Lo único que te aconsejo es que trates de vivir de modo que causes el menor daño posible a los demás. Trata de hacer o reparar, antes de morir, alguna cosa que, sin tu paso por la tierra, no hubiera podido existir.

Por lo que a mì se refiere, he aprendido que cuando se tiene miedo lo mejor es enfrentarse con lo que le asusta a uno y avanzar hacia ello con resolución. Me doy cuenta de que a un hombre desarmado que se ve las caras con un tigre hambriento este consejo puede parecerle bastante dudoso. Voy a Vietnam a enfrentarme con el tigre y a descubrir si poseo o no las armas morales como ser humano y como hombre.

El reloj que te mando con esta carta ha pasado de mano en mano a lo largo de muchas generaciones, siempre al hijo mayor. Te ruego, por tanto, que, por intermedio tuyo, continúe pasando de mano en mano muchas veces. Saca brillo a los àngeles de vez en cuando y echa un poco de aceite en el mecanismo. Sè bueno con tu madre, que te quiere mucho y necesitarà tu cariño y tu apoyo. Recuerda de què familia procedes y que tuviste un padre que sabìa las cosas buenas que vas a hacer.

Con todo mi cariño.

Rafael Meomartino.

Envolvió cuidadosamente el reloj, llenando primero la caja con papel del Christian Monitor, para protegerlo contra los golpes. Luego escribió una nota breve a Samourian, explicándole el envío.

Cuando hubo terminado estuvo un rato sentado en el cuarto, fresco y grato, pensando en subarrendar el apartamento, pensando en depositar los muebles en un almacén. Pocos minutos después fue al teléfono y llamó a Ted Bergstrom, en Lexington, preguntando por un número de teléfono de Los Àngeles, que el otro le dio, aunque con

cierta frialdad. Pidió inmediatamente la conferencia, pero no había contado con la diferencia de tres horas que hay entre Boston y Los Ángeles.

Hasta las diez de la noche no sonó el teléfono y contestaron.

-¿Peg? –dijo-. Aquí, Rafe Meomartino. ¿Cómo estás...? Bien... Estoy estupendo. Me he divorciado o me divorciaré de un momento a otro... Sí, bien... Mira, tengo que pasar por California dentro de un par de semanas y me gustaría muchísimo verte... ¿Sí? ¡Estupendo! Oye, ¿te acuerdas de que una vez me dijiste que tú y yo no teníamos nada en común? Bueno, pues no sabes la gracia que te va a hacer cuando te diga...

ADAM SILVERSTONE

La inminente paternidad había convertido a Adam en un experto palpador de estómagos.

-Vamos a la plaza a ver gente –dijo a su mujer un domingo por la mañana, tocándole el vientre.

Gaby llevaba sólo tres meses de embarazo, y apenas se le notaba. Ella decía que era gas, pero Adam sabía que no. El embarazo la había convertido en una mujer rubensiana en miniatura, dando, por primera vez en su vida, un matiz de pesadez y grosor a sus pequeños pechos y cierta prominencia a sus caderas y sus nalgas, y creando en la tripa, donde estaba el cargamento, una curva elíptica demasiado bonita para ser gas. La cariñosa palma amante de Adam no notaba otra cosa que la piel de la carne inmaduramente florecida de su esposa, rota por el hoyelo del ombligo, pero en su mente veía a través de las capas la diminuta cosa viva y flotante en líquido amniótico, ahora pez insignificante, pero a punto de ir desarrollando sus facciones y las de ella, brazos, piernas, órganos sexuales.

-No quiero ir a la plaza –dijo ella.

-¿Por qué no?

-Ve tú. Paséate y mira a las chicas y mientras vuelves yo hago el desayuno.

En vista de ello bajó de la cama, se lavó, se vistió y en plena mañana de verano, se fue de paseo por la cuesta. San Francisco era historia. Este año era la plaza de Boston. Algunas de las personas que se paseaban por allí eran veteranos y otros recién llegados o pseudohippies, que de vez en cuando se vestían estrafalariamente, pero que, así y todo, tenían gracia. Los hombres eran menos interesantes que las mujeres, y no siempre por razones físicas, se dijo Adam a sí mismo, puritanamente; los varones tendían a ser muy convencionales dentro de su anticonformismo, juntándose en grupos y compartiendo una limitada variedad de marcas tribales. Las mujeres demostraban tener más imaginación, pensó, tratando de no mirar a la pelirroja que, envuelta en una manta gris y a pesar del calor que hacía, tocaba el tambor a la manera hindú; llevaba una pluma en la cinta con que se sujetaba el pelo y, al pasar junto a él, con unos pies descalzos maravillosos, Adam leyó

las letras ARMADA NORTEAMERICANA, que se movían al ritmo del tambor, en la parte posterior de la manta.

Adam dio una vuelta por la plaza, pero ni las más bellas hippies parecían comparables con su esposa.

Ahora pasaba mucho tiempo sintiéndose agradecido en su fuero interno de lo que poseía; cada día que transcurría tenía mejor suerte.

Cuando él y Gaby se enteraron de que le había sido concedido el puesto de profesor los dos se sintieron súbitamente ricos. Una de las chicas que ella conocía del colegio iba a dejar su apartamento, en un primer piso de la avenida de la República, mucho mejor, desde cualquier punto de vista, que el sótano de la calle de Phillips, más grande y, además, en una casa convertida en apartamentos, con una venerable magnolia al otro lado de la pequeña verja de hierro. Pero decidieron no aprovechar la oportunidad; acabarían mudándose, porque los dos pensaban que, para el niño, estaría bien disponer de más espacio, y conocer la hierba, cosa que en la ciudad era imposible. Pero como tenían la choza de Truro para cuando quisieran ir a respirar aire puro ahora preferían seguir en la cuesta de Beacon. Gaby decidió ahorrar y que cada mes pondría en una hucha el dinero de más que les hubiese costado el apartamento de la avenida de la República (“¿No es eso lo que llaman una canastilla?”), de modo que cuando hiciera falta ropa para el niño tendrían dinero con que comprarla.

Por su parte, Adam encontró la excusa que buscaba para dejar de fumar. En lugar de acumular complejos de culpabilidad porque era médico y consumía tabaco, lo que hacía ahora era dejar, a intervalos razonablemente regulares, en una caja de cartón diseñada para muestras de patología, el precio de una cajetilla, ahorrando así para comprar al niño el cochecito de fabricación inglesa como uno que él y Gaby habían admirado en el Jardín Público. El aspecto financiero del embarazo había sido resuelto. Gaby estaba siendo cuidada por el doctor Irving Gerstein, jefe del servicio de Obstetricia y Ginecología del Hospital, que no solamente era el mejor obstétrico que él conocía, sino que además se daba muy buena maña con los padres inminentes. Un día, Adam fue con él a la cafetería del hospital y se pusieron a hablar de la pelvis estrecha de Gaby, tomando él café y Gerstein melón. Cogiendo una gran semilla negra entre el índice y el pulgar, Gerstein la había roto en la punta, demodo que el contenido saliera de golpe.

-Así de fácil será el nacimiento de su hijo –le había dicho.

Y ahora, de vuelta al apartamento, Adam se sentía feliz y hambriento. Comió toronja, huevos y jamón frito, que Gaby le había preparado, alabando moderadamente los panecillos del supermercado; pero Gaby parecía reservada y curiosamente reticente.

-¿Ha pasado algo? –preguntó él, comenzando su segunda taza de té.

-No quería estropearte el desayuno, cariño.

“Un aborto”, pensó, como embotado.

-Tu padre, Adam –dijo ella.

Gaby quería ir con él, pero Adam insistió en ir solo. Entregó a las Líneas Aéreas Allegheny casi todo el dinero del cochecito inglés y voló a Pittsburgh. El humo que antes lo cubría todo había sido disuelto por la tecnología, y el aire parecía allí igual de puro que en Massachusetts. No había nada nuevo bajo el sol: el tráfico era parejo al de Boston; el taxi le llevó a un hospital muy parecido al General del condado de Suffolk; en el tercer piso, encontró a su padre en una cama pagada por los contribuyentes, muy parecido a los otros despojos humanos que el doctor Silverstone veía a diario en su hospital.

Le habían administrado calmantes en abundancia, porque sufría de delirium tremens y no saldría de él en bastante tiempo. Adam se sentó en una silla junto a la cama, mirando el rostro demacrado, cuya palidez era acentuada por el revelador matiz de la ictericia. Las facciones, notó con horror, eran iguales a las suyas.

“¡Qué desperdicio de energía humana!”, pensó. Uno podía hacer las cosas o deshacerlas. Y, sin embargo, el naufragio humano recibía con frecuencia larga vida sin merecerla, mientras que otros...

Pensó en Gaby, diciéndose que era una lástima no poder limpiar un cuerpo de enfermedad y pasársela a otro.

Avergonzado, cerró los ojos y escuchó el ruido de la sala, un gemido, una risita delirante de desdén, una respiración ruidosa, un suspiro. Llegó una enfermera y Adam pidió ver al residente.

-El doctor Simpson vendrá después, cuando haga las visitas –dijo ella-. ¿Es usted pariente?

-Sí.

-Cuando lo trajeron, no hacía más que decir que se había dejado algunas cosas donde vivía. ¿Sabe usted algo de ellas?

“¿Cosas?” ¿Qué podía poseer de valor?

-No –respondió Adam- ¿Sabe su dirección?

No la sabía, pero un cuarto de hora después volvió y le dio un papel.

Algo que hacer mientras esperaba. Bajó y tomó un taxi, no sintiendo la menor sorpresa cuando el taxista le dejó ante un edificio de tres pisos, de viejo ladrillo rojo, una antigua casa de apartamentos convertida ahora en pensión.

Por la rendija que dejaba la puerta entreabierta habló con la patrona, que, a pesar de ser ya por la tarde, seguía con el pelo en rizadores metálicos. Preguntó por el cuarto del señor Silberstein.

-No vive aquí nadie que se llame así.

-Es mi padre. ¿Le conoce?

-No dije eso, fue superintendente aquí hasta hace unos pocos días.

-Vine a por sus cosas.

-Era basura, trapos. Lo quemé. Esta mañana vino un nuevo superintendente.

-Ah.

Dio media vuelta para irse.

-Me debía ocho dólares –dijo ella, mirándole mientras Adam sacaba la cartera y los contaba.

Cuando se los tendió, salió una mano y cogió los billetes.

-Era un borracho y un vagabundo –gritó, como a modo de recibo, por la rendija.

Cuando volvió al hospital vio que su padre ya había recobrado el conocimiento.

-Hola –dijo.

-¿Adam?

-Sì. ¿Còmo estàs?

Los ojos azules, inyectados en sangre, trataron de enfocarle. La boca sonrió.

-¿Còmo quieres que estè?

-Ponte bien.

-¿Vas a estar aquí mucho tiempo?

-No, pero volverè pronto. Tengo que irme hoy mismo. Mañana es mi último día como jefe de cirujanos residentes.

-¿Eres ya un gran hombre?

Adam sonrió.

-Todavía no.

-¿Vas a ganar mucho dinero?

-Lo dudo, papà.

-No importa –dijo Myron, tímidamente-. Aquí tengo todo lo que necesito.

Su padre pensaba que estaba respondiendo con cautela sobre sus posibilidades económicas para protegerse de su codicia, pensó Adam, con pena.

-Fui a por tus cosas, a tu cuarto –dijo, sin saber lo que había perdido e incierto sobre si convenía contárselo todo.

-¿Te las dieron? –preguntò su padre.

-¿Què tenìas?

-Cosas viejas.

-La patrona las quemò.

Myron asintió.

-¿Què cosas eran? –preguntò Adam, curioso.

-Un violìn. Un siddur.

-¿Un què?

-Siddur. Un libro de oraciones hebreas.

-¿Rezas?

La idea, no sabìa por què, le parecía increíble.

-Lo comprè en una libreria de segunda mano. –Myron se encogió de hombros-. ¿Vas a la iglesia?

-No.

-Te engañè.

No era una excusa, se dijo Adam; era, simplemente, la afirmación tajante de un hombre que ya no tiene nada que ganar contando mentiras. “Sì, me engañaste, y de muchas maneras”, pensó. Querìa decirle que le comprarìa las cosas perdidas, pero vio que el delirium tremens estaba comenzando de nuevo. Su padre fue sacudido como por un vendaval, el endeble cuerpo se curvò bajo el dolor precordial y comenzó a agitarse, y la boca se abrió, dando un grito silencioso.

Durante un rato siguió allí, sentado, mirando al hombre acostado, un viejo que había pedido a gritos su violìn y su libro de rezos. Notò que las manos de su padre no habían sido limpiadas correctamente. Grasa, o algo parecido, se había incrustado en la piel tiempo atrás, y en el hospital no habían tratado de limpiarla.

Cogió un cuenco de agua caliente, fisohex y guata, dejando que las manos se empapasen y lavándolas suavemente hasta que quedaron limpias.

Al secarle la mano derecha la examinò casi con curiosidad, notando los arañazos y las uñas rotas, las magulladuras y las callosidades; los dedos, antes finos y largos, se habían embrutecido y engrosado. Contra su voluntad, recordó otras cosas y sintió, con la memoria, los dedos acariciándole el cabello y cogiéndole por el cuello, tenso de amor y dolor.

“Papà”, pensó.

Se cerciorò de que su padre estaba dormido antes de tocarle la mano húmeda con los labios.

Cuando entrò de nuevo en el apartamento de Boston encontró a su mujer a gatas, pintando una cuna que no había visto hasta entonces.

Ella se puso en pie y le besò.

-¿Còmo està? –preguntò.

-No muy bien. ¿De dònde has sacado eso?

-La señora Kender vino esta mañana para preguntarme si podía ayudarla en la tienda de beneficencia. Cuando lleguè se me echò encima y me enseñò esto. El colchòn estaba horrible y lo tirè, pero lo demás està perfectamente.

Se sentaron.

-¿Està de verdad muy mal? –preguntò ella.

Adam explicó lo que había revelado el historial clínico de su padre, que le había mostrado el residente. Un hígado con cirrosis, que funcionaba pèsimamente, anemia, posible daño en el bazo, delirium tremens complicado con depauperación e insomnio.

-¿Què se puede hacer con una persona que està en tal situación?

-No pueden darle de alta, porque una borrachera màs acabaría con èl. –Moviò la cabeza-. Su única esperanza estriba en un tratamiento psicoterapèutico concentrado. Los hospitales del Estado tienen buen personal, pero estàn saturados. Es dudoso que le admitan.

-No deberíamos haber ido a buscar el niño –dijo ella.

-No tiene nada que ver.

-Si no nos hubiéramos casado...

-Habrìa sido lo mismo. No tiene derecho al seguro mèdico hasta dentro de año y medio, y un tratamiento probablemente costaría màs de cuarenta dólares diarios. Yo no voy a ver tanto dinero junto ni aun con el puesto de profesor –dijo, retrepándose sobre el asiento, y mirando a su mujer-. La cuna es bonita –añadiò, fatigado.

-Tengo que seguir pintándola. No tiene màs que una capa de pintura. ¿Le das tù la mano final?

-De acuerdo.

-Y le pondremos calcamonias graciosas, de niños.

Adam se levantò, fue a sacar una camisa y ropa blanca del cajòn y se dirigió al cuarto de baño a ducharse y mudarse. La oyò marcar un número de teléfono y luego, al abrir el agua, oyò las distintas inflexiones de su voz.

Cuando volvió al cuarto de estar, anudándose la corbata, la vio sentada, esperando.

-¿Hay aquí algún buen hospital privado para èl?

-No vale la pena hablar de eso.

-Sì que vale la pena –replicò ella-. Acabo de vender la tierra de Truro.

Adam dejó la corbata.

-Vuelve a llamar.

-Era el corredor de fincas de Provincetown –dijo ella, tranquila-. Me ha dado, creo yo, muy buen precio. Veinticuatro mil dólares. Dice que èl sòlo conseguirà tres mil dólares de ganancia, y le creo.

-Pues llámale otra vez y dile que has estado hablando con tu marido y has decidido no vender.

-No –dijo ella.

-Sè perfectamente lo que significa para ti ese sitio y que quieres que tus hijos lo conozcan.

-Que se busquen ellos sus guaridas –dijo ella.

-Gaby, no te lo puedo permitir.

Ella le comprendìa perfectamente.

-No estoy manteniéndote, Adam. Soy tu mujer, has aprendido a darme, pero aceptar cosas de mì es màs difícil, ¿no?

Ella le cogió la mano y tirò de èl hasta que logró que se sentara a su lado. Adam puso la cara entre sus pechos; el jersey viejo de Gaby olià a pintura y sudor y al cuerpo que èl tan

bien conocía. Mirando hacia abajo, Adam vio en su pie descalzo un círculo imperfecto de pintura blanca reseca, y alargando la mano se la limpió. “Dios mío, la quiero”, pensó, perplejo.

La piel de ella estaba aclarándose, había dejado de usar la lámpara solar al quedar embarazada, y ahora, a medida que el verano iba transcurriendo, su mujer se volvía más y más blanca de tez, en proporción inversa al atezamiento de los demás.

Palpó el estómago, cálido, redondo.

-¿No te aprietan los pantalones?

-Todavía no. Pero no podré seguir usándolos mucho más tiempo –dijo, con cierta arrogancia en la voz.

“Por favor –pensó-, que me sea posible seguir dándole y recibiendo de ella mucho más tiempo”.

-Ya sé que no será lo mismo, pero algún día te compraré una casa en ese sitio.

-No hagas promesas –dijo ella, acariciándole la cabeza, y por primera vez, se sentía inclinada a protegerle maternalmente-. Querido Adam, crecer duele, ¿no?

Llegó algo tarde al hospital, pero aquel día no había mucho trabajo y pasó la primera hora en su despacho. Había estado preparándose para aquel día desde hacía semanas y estaban ya terminando casi todos los informes clínicos. Ahora estaba anotando la última de las fichas clínicas y pensando que en aquellos papeles había doce meses de su vida.

Detrás de la puerta esperaban cuatro cajas de latas de sopa en conserva que había pedido en el supermercado de la calle de Charles tres días antes para guardar los libros y revistas que tenía en la estantería de su despacho. Ahora pensaba con terror en la tarea que le esperaba: despejar y limpiar el escritorio, cuyos cajones, debido a su desbarajuste habitual, estaban atiborrados de cosas. La decisión de cuáles había que guardar y cuáles tirar era difícil de tomar, pero Adam resolvió ser inexorable, y el cesto de los papeles empezó a llenarse. El objeto final que salió del último cajón era una roca blanca, pequeña, muy pulida, que le había regalado uno de sus pacientes cuando dejó de fumar. Se llamaba “piedra de nervios” y, por lo visto, frotándola menguaba la tensión nerviosa cuando acuciaba el deseo de la nicotina. Estaba seguro de que no valía nada, pero le gustaban su peso y su color; también su mensaje: que las cosas sobreviven al tiempo. Pero ahora resultó contraproducente, porque le recordó el tabaco, dándole deseos de fumar un cigarrillo.

Le vendría bien un poco de aire fresco, pensó, ahora que tenía tiempo.

Abajo, en el patio de ambulancias, Brady, el individuo alto y delgado que había reemplazado a Meyerson, estaba limpiando el vehículo con un trapo.

-Buenas tardes, doctor –dijo.

-Buenas tardes.

Estaba oscureciendo. Entre las luces que se encendían Adam vio las grandes polillas salir de sus éxodos y bailar en torno a las bombillas. De los barrios cercanos llegaba el ruido

de película de guerra de los cohetes, un tableteo como de ráfagas de ametralladora de sectores lejanos del frente, y pensó con cierta culpabilidad en Meomartino, que ya estaría camino de algún lugar llamado Ben Soi, o Nha Hoa, o Da Nang.

-Aùn faltan cuatro días para el Cuatro de Julio –dijo el conductor de ambulancias-. A juzgar por esos idiotas, nadie lo diría. Por otra parte, los cohetes son ilegales.

Adam asintió. Durante el resto de la semana, el centro de pacientes de la clínica de urgencia subiría a causa de la fiesta, se dijo, con indiferencia.

-Hola –le saludò Spurgeon Robinson, saliendo del edificio y dirigiéndose hacia la ambulancia.

-¿Què sabes, Spur?.

-Pues sè que voy a dar el último paseo de mi vida en esta condenada ambulancia.

-Mañana ya seràs todo un residente –dijo Adam.

-Sì, claro, pero tengo que decirte algo sobre ese asunto. Camino de la residencia, me ha pasado una cosa la mar de graciosa: me voy del Servicio de Cirugía.

Esto le desconcertò, porque había depositado en Spurgeon gran parte de su fe profesional.

-¿Y a què te vas a dedicar?

-A Obstetricia. Ayer hablè con Gerstein y, afortunadamente, tenía un puesto para mì. Kender me dejó irme con su bendición.

-¿Y por què? ¿Estàs seguro de que eso es lo que realmente quieres?

-Me es necesario. Tengo que aprender cosas que la cirugía no me puede enseñar.

-¿Como què, por ejemplo? –preguntò Adam, dispuesto a discutir.

-Como, por ejemplo, todo lo que hay que saber sobre medios anticonceptivos, y sobre el embrión.

-¿Para què?

-Pero, hombre, es en el feto donde se perpetúa toda esta confusión. Cuando las madres están depauperadas, los cerebros fetales no se desarrollan lo suficiente para admitir màs tarde, cuando nace el niño, suficiente instrucción. Y entonces hay un aumento general en el número de proletarios, condenados a serlo durante toda su vida. Decidì que si quiero ayudar a poner orden en este asunto, lo mejor era ir a la raíz del problema.

Adam asintió, confesándose que lo que decía Spurgeon tenía sentido.

-Oye, Dorothy ha encontrado apartamento –dijo Spurgeon.

-¿Bonito?

-No està mal. No es caro y, además, està cerca de la clínica de Roxbury. Vamos a dar una fiesta de inauguración, el 3 de agosto por la noche. Toma nota.

-Pues ahì nos tendràs, si antes no pasa algo que me retenga en este sitio. Ya me entiendes...

-De acuerdo –dijo Spurgeon.

En la ambulancia sonò la radio, crepitante.

-Nosotros, doctor Robinson –dijo Brady.

Spurgeon se subió a la ambulancia.

-¿Sabes de qué me acabo de dar cuenta? –dijo, sonriendo, asomado a la ventanilla-.
Pues de que a lo mejor puedo yo ayudar a nacer a tu hijo.

-Si lo haces, silba un poco de Bach –dijo Adam-. A Gaby le gusta Bach.

Spurgeon pareció molesto.

-A Bach no se le silba.

-A lo mejor, si le pides permiso a Gerstein, te deja poner un piano en el cuarto –dijo Adam cuando la ambulancia empezó a moverse.

La risa del interno se perdió más allá del patio.

Al verle irse, Adam sonrió, demasiado cansado y demasiado contento para dar un paso. Iba a echar de menos a Spurgeon como compañero de trabajo, se dijo. Cuando las cosas comenzaran a ponerse difíciles en un gran hospital docente, era como si el personal que trabajaba en los diversos servicios se hallara en otros continentes. Se verían de vez en cuando, claro, pero no iba a ser lo mismo: habían llegado al final de una fase de sus relaciones.

Para ambos era el comienzo de algo nuevo, que, de eso Adam estaba seguro, iba a ser muy bueno.

Mañana, los nuevos internos y residentes caerían sobre el hospital.

La administración del viejo se había terminado, pero la de Kender comenzaba ahora, y Kender sería tan buen jefe y tan duro como Longwood, y plantearía parecidos problemas y exigiría las mismas responsabilidades cuando se reuniera la Conferencia de la Mortalidad. Mañana, todo el resto del personal estaría también allí y él sería uno de tantos. Enseñaría cirugía, en la sala y en la sala de operaciones, hasta septiembre, cuando llegarían sus primeros alumnos del Colegio Médico.

Siguió en el patio de ambulancias, vacío, frotando la “piedra de nervios”, y pensando en la importante primera clase y en las otras clases que seguirían, un cable lanzado al futuro que le uniría a gente como Lobsenz, Kender y Longwood. Recordó, algo molesto, que había prometido a Gaby realizar grandes proezas en medicina, encontrar soluciones a problemas como la anemita aplásica, el hambre y el resfriado. Y, a pesar de todo, él sabía que, por intermedio de los jóvenes médicos anónimos en cuyas vidas iba a influir, era muy probable que hiciera grandes descubrimientos. No le había mentado, pensó, dando media vuelta y regresando al edificio.

Arriba, en el despacho vacío, se sentó ante la mesa con la cabeza reposando en el escritorio y durmió durante unos minutos.

No tardó en despertar. Se oyó de nuevo el ruido de los cohetes, esta vez una explosión ilegal más larga, y el estallido final coincidió con el quejido de una sirena lejana; una ambulancia que volvía.

Pero no era eso lo que le había despertado.

En el bolsillo superior el aparato llamador volvió a sonar, y cuando llamó le dijeron que una de las pacientes de Miriam Parkhurst sentía dolores y pedía calmantes no autorizados.

-Llamen al doctor Moylan y que vaya a examinarla –dijo, curiosamente reacio a salir de aquel despacho, y diciéndose que el interno estaba de servicio, y era él, por tanto, quien debía ir.

Cuando colgó el teléfono se sentó otra vez en la silla. Sus libros estaban ya en una caja de cartón. Los ficheros clínicos estaban cerrados, y las baldas metálicas vacías. El despacho estaba exactamente como lo había encontrado al llegar; incluso la vieja mancha de café seguían en su sitio.

Volvieron a llamarle. Esta vez hacía falta en la clínica de urgencia para una consulta quirúrgica.

-Allà voy –dijo.

Echó una última ojeada.

En el suelo había una hoja de papel. La recogió y la puso en el cesto, donde quedó medio en equilibrio, porque estaba lleno.

Luego abrió el cajón del centro, vacío, y dejó allí la “piedra de nervios”, a modo de regalo para Harry Lee, que a partir del día siguiente sería el jefe de residentes.

El aparato llamó de nuevo, Adam se puso en pie y se estiró, dolorido. Ahora ya estaba completamente despierto. Era un ruido que él asociaría siempre con este despacho, pensó, más fuerte que el de las sirenas, más fuerte que el de los fuegos artificiales, tan fuerte que incluso, Dios mediante, acallaría el tintineo burlesco de los cascabeles y las campanillas del Arlequín.

Sus dedos hicieron involuntariamente el signo de los cuernos y sonrió al salir y cerrar la puerta. “Scutta mal occhio, pu pu pu”, pensó, aceptando la ayuda que le ofrecía su abuela para espantar al enemigo. Se dirigió hacia el ascensor, se metió en el lento y chirriante monstruo y subió en él a la clínica de urgencia.

FIN

